ALFAGUARA

Hugo Burel

El Caso Bonapelch



Hugo Burel

El caso Bonapelch

Alfaguara

El autor advierte que en esta novela se mezclan hechos reales con otros de ficción.

Lo único que la ley busca es un culpable.

RAYMOND CHANDLER

PRIMERA PARTE

Un caso lejano

1

Todo comenzó en el verano de 1933, cuando yo era apenas un investigador de segundo orden en la Agencia, ubicada en la calle 42 de New York, y la Gran Depresión todavía no se había superado.

Fue Ridley O'Mara, mi jefe, el que recibió el telegrama desde la lejana Montevideo y casi sin leerlo me lo pasó, pensando quizá que era un asunto que no valía la pena. Tal vez el hecho de que yo hubiera nacido allí lo hizo dudar antes de arrojar el mensaje de inmediato a la papelera, como lo habría hecho de no mediar esa circunstancia. Sin dejar de sostener su puro entre los labios me ladró:

–Santini, creo que esto es para usted: léalo y dígame qué le parece.

Desde que yo había ingresado a la Agencia, no había tenido la oportunidad de elegir un caso o de atender uno por mi exclusiva cuenta. Era discreto y bastante eficaz para seguir bígamos o mujeres infieles, pero tenía en contra mi condición de latino en una empresa fundada por un escocés. Luego del estallido de la depresión, tras el desastre de 1929, las opciones de trabajo no eran muchas en New York.

Ya hacía un año que había dejado mi puesto de sereno en unos depósitos de Macey's en el East River porque, gracias a un contacto fortuito con un investigador de la Agencia, llamado Thompson, pude llenar una solicitud de empleo y aguardar, hasta que un día me llamaron para hacerme una entrevista. En ese momento había más de 15 millones de desempleados en el país, por lo que podía llamarme privilegiado.

Cuando todavía trabajaba en el depósito, yo le había dado a Thompson un dato valioso para impedir un robo de mercadería y eso le había valido a él un éxito en su investigación. La crisis había aumentado la tasa de suicidios, pero también la de estafas, robos y otros delitos vinculados a la propiedad ya que, como dijo alguien, una

de las consecuencias más notables de la recesión y el hundimiento económico fue la devaluación de la honradez.

En realidad, yo había actuado como un soplón, pero eso no pesaba en mi conciencia. En el momento de ofrecer el dato, una rara señal en mi mente me indicó que podía obtener un beneficio a cambio y, cuando el robo se frustró y los ladrones fueron detenidos por la policía, lo único que sentí fue indiferencia por la suerte de los infelices. Cuando se lucha por sobrevivir, no hay que mirar a los que van quedando por el camino. Thompson había valorado mi capacidad de observación para anticipar el delito y también mi decisión para cooperar con la Agencia.

En la solicitud dudé en escribir mi verdadero lugar de nacimiento, pero al final lo hice: Montevideo, el 25 de marzo de 1900. En realidad había vivido solo cinco años en Uruguay, porque mis padres, oriundos de Toscana, decidieron volver a emigrar a New York, alentados por las cartas de Gino Santini, el hermano mayor de mi padre, que era dueño de un restaurante en Brooklyn. Fue así que, a mediados de 1905, dejé mi pequeño país natal y viajé con mi familia –mis padres y Giulio, mi hermano, un año y medio mayor que yo– en un barco que partió desde Buenos Aires hacia la ciudad en la que iba a crecer y hacerme hombre. Luego nacería Mafalda, tres años después de nuestra llegada.

Mi padre y su hermano abrieron otro restaurante en el mismo barrio y yo crecí en una ciudad despiadada y violenta que en nada se parecía a aquella en la que había nacido. En ese proceso, mi verdadero origen desapareció, porque a los ojos de los demás yo era descendiente de italianos: Guido Santini, uno más entre los miles que habían llegado a la isla de Ellis. Pese a eso y gracias a una cocinera filipina que trabajaba en el restaurante y hablaba español, no perdí mi idioma natal.

O’Mara conocía esa historia y por eso decidió que el mensaje no terminara en la basura y el caso de la muerte de José Salvo, poderoso industrial de un remoto país del sur, fuera investigado por la Agencia. Un abogado vinculado a la familia del muerto se había conectado telegráficamente con nuestra oficina de New York, diciendo que necesitaba un detective y que había llegado a nosotros por recomendación del gerente de una compañía de seguros inglesa que

operaba en Montevideo. No era habitual que atendiéramos casos tan lejanos, por más que nuestra tarifa más los gastos fuese aceptada.

El cable resumía escuetamente la propuesta y aclaraba que Salvo había sido atropellado por un automóvil en plena vía pública tres meses antes, el 29 de abril de 1933. Había fallecido veinte días después, en un sanatorio. La familia creía que no se trataba de un accidente y que la muerte había sido premeditada por su yerno, alguien llamado Ricardo Bonapelch.

–¿Qué piensa, Santini? Esto sucedió en su país y prometen pagar lo que acordemos para descubrir la verdad –dijo O'Mara.

–Supongo que es un caso como cualquiera: la diferencia es la distancia del terreno para investigar.

–¿Le gustaría encargarse?

–No tengo problema: a donde me manden, yo voy.

–Tal vez sea una buena oportunidad para ampliar nuestro negocio. En Sudamérica hay tanto o más delito que aquí. El director me comentó alguna vez cierta iniciativa de abrir una filial en Buenos Aires. A lo mejor usted puede hacer un viaje de exploración y esto que nos piden es un buen pretexto. ¿Todavía habla español?

–Sí, me defiendo bastante.

–Entonces vamos a responderles. Tarifa internacional más gastos, comida y hotel de primera. Eso incluye el pasaje de ida y vuelta. Haré que mi secretaria averigüe cuándo sale el próximo barco. ¿En qué trabaja actualmente?

–He estado siguiendo a un hombre a pedido de la familia de su esposa. Es curioso porque la engaña con otro hombre que a su vez también es casado, qué tiempos, ¿verdad? Nos turnamos con Brodsky en el seguimiento.

–Deje esa basura y que Brodsky se encargue. ¿Qué recuerda de su país?

La pregunta de O'Mara me tomó desprevenido porque hacía veintiocho años que me había ido. Mi mente buscó imágenes, sensaciones, caras.

–Era solo un niño cuando me fui. Conservo algunas fotografías. Una casa a la que accedía por un largo corredor y que tenía un patio con aljibe. Vivía cerca de la costa de un río ancho como el mar. Con mi

hermano nos bañábamos entre unas rocas que formaban como una piscina. Una vez hubo una revolución y tuvimos miedo de que la ciudad fuera invadida. Mi padre vendía fruta y verdura en un mercado cercano al puerto. No había automóviles en las calles y yo tenía un amigo negro que jugaba conmigo en la vereda.

O'Mara apagó su habano en un cenicero y dio por terminada la reunión. Al final me recomendó:

–Mientras se cumple el papeleo, infórmese, busque datos del sitio a donde va. Repase las colecciones de los diarios y trate de encontrar alguna noticia relevante. Nunca hay que ingresar a ciegas en un caso.

Cuando O'Mara dijo "un caso", sentí orgullo. Por fin yo tenía a cargo uno enteramente mío, que debería investigar en un lugar lejano, del cual casi no conservaba recuerdos. El caso Bonapelch incluía una muerte aparentemente accidental, una familia que desconfiaba, el yerno del muerto quizá implicado, sospechas, cabos sueltos, desconfianza ante la investigación oficial, ambición, dinero y poder. El asunto prometía, pero me estaba involucrando en un *affaire* que no iba a poder resolver. En ese momento eso no lo sabía.

Salí del despacho de O'Mara y me fui directo al edificio del *New York Times*.

2

Pedí las colecciones del año y busqué con paciencia noticias sobre Uruguay. La primera que encontré estaba vinculada al golpe de Estado que ese 31 de marzo había dado el presidente constitucional, disolviendo las Cámaras, proscribiendo partidos y figuras políticas y censurando la información opositora que apareciese en la prensa. Ese día se había suicidado un expresidente de su propio partido pegándose un tiro en el pecho en la puerta de su casa. “Como forma de inmolación ante el quiebre institucional”, subrayaba la información. Había una pequeña foto del muerto, apellidado Brum, pero ninguna del nuevo dictador.

Seguí pasando las páginas de sucesivas ediciones del *Times* sin que ningún titular se ocupase de Uruguay. Finalmente devolví los tomos encuadernados y salí al calor de la 5.ª Avenida.

Nunca más mis padres habían añorado el sur, como tampoco sentían nostalgia de su Italia natal. Seguían viviendo en Brooklyn y ya no se ocupaban de ningún restaurante porque mis hermanos estaban a cargo del negocio, que por ahora había logrado sobrevivir al cataclismo. Yo había seguido un camino más sinuoso: hombre sándwich, boletero en un teatro, chofer de taxi, vendedor viajero de una empresa de pinturas que desapareció llevada por la ola de quiebras, hasta culminar en el puesto de sereno y luego la oportunidad de la Agencia.

Vivía en un pequeño departamento del Lower East Side y me mantenía soltero y alejado de compromisos, salvo los de alimentar a un gato y regar de vez en cuando una planta que siempre estaba a punto de secarse. Con mi familia llevaba una relación distante porque prefería ser un solitario. Tal vez por todo eso la idea del viaje no me desagradaba. Estaba harto de los seguimientos y las interminables esperas en lugares estratégicos, anotando datos en una libreta y ocultándome todo el tiempo detrás de un periódico. Necesitaba acción

o al menos cambiar de paisaje.

Me metí en una cafetería de Lexington Avenue y pedí una cerveza, única bebida alcohólica cuya venta la ley había liberado meses atrás. La mesera me sonrió como si me conociera, pero ese era solo un tic desarrollado para incontables clientes a lo largo del día. En el asiento contiguo al mío un hombre leía los pronósticos de las carreras de caballos. Con un lápiz marcaba con un círculo sus pálpitos y daba sorbos cortos a un vaso de té con hielo. El que atendía la barra me puso delante un posavasos de cartón y enseguida un balón rebosante de cerveza rubia.

Mientras tanto yo pensaba en la decisión de O'Mara y no podía creer que estuviera mandándome a miles de kilómetros de New York para resolver un caso. No tenía ni la formación ni la experiencia necesarias para actuar solo y alejado de toda ayuda. El hecho de hablar español y haber nacido en Montevideo no era motivo suficiente para encargarme un asunto que, por lo que el cable explicaba, podía ser difícil. Pero no dejaba de ser esa una oportunidad para probarme y ascender en la Agencia. Además y por la escasa información que había encontrado, llegaría a un país en el que se había instalado una dictadura y donde los idealistas se suicidaban. ¿Pero qué más sabía sobre ese país?

Podía recordar que tres años antes, Uruguay se había consagrado campeón del mundo de *soccer*, un deporte casi inexistente aquí, aunque por lo que sabía, Estados Unidos había participado de ese torneo organizado por los vencedores. También estaba el tango, claro, que había empezado a conocerse en algunos clubes de baile, pero esa música identificaba también a la Argentina. Lentamente me fui entregando a la ilusión del viaje y decidí que esa misma noche empezaría a preparar el equipaje. Entonces el hombre que bebía té me preguntó:

–¿Cherokee o Mufflin?

Me encogí de hombros y no supe qué responder. Hacía años que los caballos habían dejado de interesarme. Al hombre no le importó, porque marcó otro círculo sobre su lista y pareció quedar satisfecho. Terminé mi copa, pagué y salí otra vez al hervidero de la calle. Pese a la placentera cerveza helada, la Ley Seca me tenía harto.

En una marquesina luminosa anunciaban más de 35 grados y los

números refulgían como soles. En un cine cercano vi que todavía exhibían *King Kong* y me metí para aprovechar la refrigeración. Esa película era la novedad actual del cine y yo no la había visto aún. No me importó que la función estuviera empezada y entré a la sala para ver lo que habían anunciado como “la octava maravilla”. En la pantalla un barco llamado Venture navegaba hacia Indonesia y la rubia protagonista parecía aburrirse. En la platea todos contenían la respiración esperando que el gorila del título apareciera de una vez. Pero la isla a la que llegarían tardaba en visualizarse. Me arrellané en la butaca y a los pocos minutos me quedé dormido.

Cuando desperté, el imponente mono que todos habían esperado estaba subido al Empire State y desde su cúspide derribaba aviones a puñetazos.

3

No fue fácil encontrar un barco que partiera de inmediato para Sudamérica. Finalmente la Agencia consiguió pasaje en un carguero de bandera canadiense que se dirigía a La Habana. Una vez allí, podría abordar un transatlántico que me llevaría hasta Río de Janeiro y luego a Montevideo. Si no había contratiempos, podría llegar en unos ocho o a lo sumo diez días a destino.

La víspera de mi partida, O'Mara me dio las últimas instrucciones. junto con los pasajes y un sobre que incluía copias mecanografiadas de los cables, una carta que me presentaba como miembro autorizado de la Agencia, un permiso de porte de armas y una licencia de detective debidamente expedida por las autoridades policiales de New York. También me entregó una buena cantidad de dólares en efectivo y cheques de viajero. En un memorándum escuetamente redactado detalló nombres y direcciones de las personas ante las que debería presentarme en Montevideo. Por último me dio un arma: un revólver Smith & Wesson de caño corto calibre 38 con la sobaquera correspondiente. También me entregó una caja de balas.

–Esto guárdelo en su valija y no lo ostente durante el viaje –me recomendó–. Supongo que su pasaporte está en regla, ¿norteamericano, verdad? –agregó.

Yo asentí. Era ciudadano legal desde que había completado la residencia exigida por la oficina de migraciones y en ningún documento que llevaba constaba mi origen uruguayo. O'Mara eso lo sabía, pero su pregunta fue retórica. Era un hombre cuidadoso al que no se le escapaban detalles y en el trabajo de campo solía ser brillante. Como empleado de escritorio era responsable y sabía dirigir una investigación sin moverse de su silla. Se decía que había sido en su juventud un excelente púgil y conocía al aspirante a campeón de todos los pesos Primo Carnera. El día de San Patricio no trabajaba y batía

récords de ingesta de *whisky*. El resto del año juraba que era abstemio.

–Una vez que llegue se contactará con su cliente. Él deberá pagar su alojamiento y los viáticos. Nos hemos puesto un plazo razonable para que investigue: digamos que tiene un mes para moverse y dar respuestas sobre el caso. No olvide que el sospechoso está libre y usted actuará solo y ni yo, ni nadie de esta oficina, podremos ayudarlo.

»Cada semana deberá reportarse telegráficamente resumiendo sus avances. Si es algo muy largo, escriba una carta y si es algo muy urgente intente llamar por teléfono. Le recomiendo no comentar nada a la prensa ni meterse en asuntos políticos o cualquier situación que lo exponga. No actuará en secreto porque usted no es un espía, pero evite vínculos innecesarios. Lleve ropa formal en su equipaje: por lo que sé, Montevideo es un lugar civilizado y con mucha presencia europea. Su tipo físico lo ayudará a no llamar la atención.

»Por último, como dijo alguien que integró esta firma y que ahora escribe: el noventa y nueve por ciento del trabajo de un detective consiste en recolectar detalles pacientemente, y esos detalles deben ser lo más frescos posible, independientemente de quién haya rastreado el terreno antes que usted. Usted va a empezar con una investigación oficial en curso, que para nuestro cliente es insatisfactoria. Como decimos acá, Santini, eso va a incomodar a la bofia, ¿me entiende? Bien, ¿alguna pregunta?

–Ninguna: ha sido muy claro, O’Mara.

–Lo veré mañana en el muelle 88 del Hudson. No se olvide del cepillo de dientes.

–¿Va a ir a despedirme? No se moleste.

–Por lo que sé, no hay nadie que lo haga.

–Eso también tiene sus ventajas.

O’Mara sonrió. No lo hacía con frecuencia. Finalmente me animé y le pregunté:

–¿Por qué le confía este caso a un novato?

–Porque creo que tiene buena madera. No es un Race Williams, porque usted es más reflexivo y no lo lleva el impulso, pero confío en su temple y su criterio. El mundo cambia a cada minuto y la Agencia quiere expandirse. Necesitamos saber qué pasa por ahí. La semana que viene vamos a enviar a Thompson a Berlín: Adolfo Hitler ha llegado al

poder con el respaldo de millones de votos, y Alemania empieza a ser una incógnita y un desafío. Cuando usted regrese va a contarme en detalle lo que vio en Sudamérica, donde también abundan los liderazgos personales: Vargas en Brasil, Justo en la Argentina. También en ese terreno me interesan esos detalles que le comenté hace un minuto. New York no es el centro del mundo, no lo olvide.

Me despedí y salí de la oficina. En el corredor me crucé con Brodsky. Lucía agitado. Se detuvo y me abordó:

–Se mató. Se tiró del puente de Brooklyn –dijo con agobio.

–¿Quién? –pregunté.

–El tipo ese al que seguíamos, no soportó la presión. Su esposa le había contado todo a sus hijos. Pobre infeliz: recién rescataron el cuerpo. Su amigo lloraba como una mujer. A veces este trabajo es una mierda, Santini. Justo me tocó el final. Parece que te vas de vacaciones al sur, te felicito. ¿Te queda algún otro asunto que yo tenga que terminar?

Brodsky no esperó a que le respondiera y siguió caminando y moviendo la cabeza, todavía incrédulo y lamentándose. Demasiada sensibilidad, Brodsky, pensé. Parecía que él había obligado al tipo a saltar. Somos solo mensajeros, me dije. O a lo sumo curiosos profesionales.

Cuando llegué a mi escritorio, sonaba el teléfono. Atendí: de inmediato reconocí la voz de mi hermano Giulio. La oí urgente y agitada. Llamaba para decirme que habían internado a nuestro padre por una embolia cerebral. Estaba en estado de coma y era poco probable que sobreviviese. Le pregunté por mamá. Dijo que estaba con Mafalda y el tío Gino en el Hospital Central de Brooklyn. Le expliqué que al otro día me embarcaba para Sud América enviado por la Agencia. Me preguntó si podía cancelar el viaje. Le dije que no. Giulio lanzó una serie de insultos y colgó.

4

En la terminal de Battery Park tomé un trasbordador para Brooklyn y casi al atardecer pude llegar al añoso edificio de ladrillos del Hospital Central. Durante el cruce pensé en muchos temas vinculados al momento: mi padre grave, lo que esperaban mi madre y mis hermanos de mí, el posible arrepentimiento si luego de mi partida el viejo se moría. Concluí que si llegaba para verlo vivo, el asunto se limitaría a despedirme a mi manera y dejar todo lo demás en manos de Giulio y Mafalda. No estábamos distanciados, pero había mucho que desde hacía tiempo nos separaba. Como sea, ambos estábamos enfrentados a un viaje, pero el de él era definitivo.

Bajé del taxi y atravesé la explanada que hay delante del pórtico encolumnado del Hospital. Pregunté en recepción y me indicaron el número de una habitación. Caminé por largos pasillos y subí escaleras hasta dar con la sala. Giulio estaba sentado en un banco de un pequeño vestíbulo. Me miró y su cara se arrugó en una mueca de dolor. Se levantó y vino a mi encuentro. Vaciló un instante y luego me abrazó.

–Todavía vive –dijo y me señaló la puerta de la habitación.

Le pregunté por nuestra madre. Giulio hizo un gesto vago. En ese momento entró Mafalda. Me sorprendió verla con el pelo teñido de rubio: parecía una mujer vulgar con el rímel de los ojos diluido por las lágrimas o una copia barata de Fay Wray. Murmuró un saludo y me tomó de la mano. Giulio le indicó que me acompañase a ver a papá. Ya se habían adueñado de la situación y con seguridad no me necesitaban. Sin duda habían asumido que viajaría de todas maneras y que lo mejor era que yo compareciese ante mi padre mientras todavía respirase.

Entramos en la habitación. Mi madre estaba sentada junto a la cama en la que Vittorio Santini agonizaba. Mafalda me explicó que era

cuestión de horas o de días. Mamá se levantó y me tendió sus brazos. La puerta de la habitación se abrió y entró el tío Gino.

–¿Vas a irte? –preguntó sin siquiera saludarme.

–Es por trabajo –dije.

–*Porca miseria* –murmuró.

–Guido va a quedarse –dijo mamá.

–No, mañana a mediodía tomaré un barco, mamá –dije y los ojos de mi tío se abrieron como platos.

–No lo necesitamos –dijo Giulio.

Mamá volvió a la silla y dejó escapar un llanto silencioso. Mafalda la consoló enseguida. Yo lo miré a mi padre y me pareció que solo dormía. Tenía conectada una vía de suero y una mascarilla de oxígeno. Me acerqué por un costado de la cama y le tomé la mano libre. Él había sabido viajar y conocía de travesías mucho más que yo. Supuse que O'Mara podía apreciar mi determinación por no quedarme a esperar el final. Horas o días, daba lo mismo: Vittorio ya no regresaría de donde estaba. Los desesperados se tiraban de los puentes y los sentimentales como Brodsky solo se lamentaban. Los primogénitos como Giulio ejercían el escarnio sobre los descarriados como yo. Mafalda quería ser una mujer rubia y mi madre se arrepentía de haberme dado un nombre. Mientras tanto Gino, el causante de mi primer viaje, seguía repitiendo por lo bajo *porca miseria*.

Le apreté la mano a mi padre y me acerqué a su oído para decirle:

–*Ciao babbo. Ti voglio bene.*

Después salí de la habitación y me alejé sin despedirme de los otros. Era la única manera de irme: postergar el adiós, las lágrimas, la previsible condena y las usuales quejas. El dolor no soluciona nada: es solo dolor, me dije. Pero Mafalda me alcanzó.

–¿Qué es ese pelo? –le pregunté.

–Nada, bobadas. No te podés ir así, Guido.

–Ya me fui hace tiempo, hermanita. Esto es solo formalidad. Me despedí de él, así que tranquila. ¿Y tu marido?

–Está en el restaurante, alguien tiene que ocuparse, ¿no?

–La vida sigue, claro.

–¿Para qué viajás? ¿No podés postergarlo?

–Es solo coincidencia: volver al origen, en otro tiempo. No quiero

perdérmelo. Creo que papá me entendería. Vas a ponerle una flor de mi parte y decirle a Giulio que me escriba: en la Agencia le darán mi dirección.

–Vas a arrepentirte, no lo dudes.

–Probablemente sí, pero nunca voy a admitirlo. Él ya no me necesita y ustedes tampoco.

Mafalda me abrazó y quedamos inmóviles en medio del largo pasillo.

Cuando salí del Hospital ya era de noche y al llegar a la terminal el último trasbordador estaba a punto de salir hacia Manhattan.

5

En esa época vivía en un pequeño departamento interior en la calle Hester, a pocos metros de la calle Mott, en pleno Lower East Side. Sus ventanas daban a los fondos de la manzana donde muere un callejón y la única virtud del sitio es la de estar aislado del ruido del tránsito. Cuando volví de Brooklyn era casi medianoche y los lugares de comida ya habían cerrado. Solo estaba abierto un pequeño restaurante de la calle Grand, a una cuadra de mi edificio. Era fama que el compositor Irving Berlin solía comer allí, pero a esa hora solo permanecía una pareja que bebía café luego de la cena y un par de solitarios cenando en mesas distantes. Del menú solo quedaba el *risotto* de mariscos, que me lo sirvieron recalentado. Bebí solo agua y no pedí café, ni siquiera ese especial que sirven con hielo. En realidad necesitaba con urgencia un *whisky*, pero recordé que en mi escritorio todavía guardaba media botella de Johnnie Walker.

Mientras caminaba hacia mi cuadra, pensé que debería alimentar al gato y colocar la planta junto a la puerta de mi vecina, acompañada con una carta de despedida y mi llave. La piedad por los animales se encargaría del resto. Si todo marchaba bien, yo regresaría en dos meses para recuperar al felino y la planta y pagaría la amabilidad con algún *souvenir* traído del Río de la Plata. Mi vecina era una mujer viuda, de unos cincuenta años, era traductora y había nacido en Austria. Trabajaba en una editorial que publicaba obras de filosofía y una vez me regaló un libro de Schopenhauer que ni siquiera abrí. Supuse que a esa hora estaba dormida y por eso no intenté despedirme.

Entré en el calor del departamento, me quité la ropa, me serví un *whisky* y me puse a preparar mi equipaje. Pensé en llamar por teléfono al Hospital, pero enseguida abandoné la idea. Encendí el ventilador del techo de la habitación y abrí la ventana. El gato saltó al alféizar y

desapareció: admiré su indiferencia y sentido práctico. Era un ser fuera del tiempo y los pesares que se movía, de alguna manera, en lo eterno. Tal vez ni siquiera notase que yo había partido y en un par de días la traductora sería sinónimo de su comida y agua. No encontraría diferencias entre una ventana y otra y hasta se ganaría el beneficio de una caricia de vez en cuando. Pude haberle traído las sobras de lo que comí, pero no se me ocurrió: se hubiera relamido con los mariscos. Tal vez su vida mejorase a partir de mañana. En cuanto a la mía, no estaba demasiado seguro.

Cerré la valija, encendí la luz de la veladora y me recosté en la cama sin abrirla. Terminé el *whisky* y cerré los ojos. Sabía que no iba a dormirme hasta la madrugada. No podía dejar de pensar en dónde estaba mi padre en ese momento, en qué zona de la existencia. Quizá había escuchado mi despedida o quizá no. No podía recordar la última vez que habíamos hablado y nos habíamos visto, tal vez en alguna Navidad anterior a mi mudanza a Manhattan. Entonces yo vivía en una pensión de Hoboken, viajaba en trenes de cercanías con un catálogo de pinturas de paredes en un maletín y tenía la obligación de reportar ventas cada semana. Una sociedad que estaba descascarándose no era proclive a cubrir nada con capas de pintura, pero era eso o ser camarero en uno de los restaurantes, por un sueldo más una pequeña habilitación sobre las utilidades. O ingresar en la mafia a favor de mi apellido y el origen de mi familia. No tuve opción y preferí la estrategia del gato: salir por ahí, con la diferencia de que nunca más regresé. La compañía de pinturas entró en crisis y despidió a la mitad de su personal, incluidos los vendedores viajeros. Después vendría el depósito, aprendiendo la rutina de vigilar y estar alerta, hasta que Miles Thompson me sacó del encierro nocturno. Toda una carrera que ni siquiera mi voto a Roosevelt a fines del año anterior y la promesa del *New Deal* podrían mejorar si un golpe de suerte no la empujaba. Tal vez el caso Bonapelch fuese todo lo que mi nuevo oficio necesitaba.

Como un relámpago negro el gato saltó desde el alféizar al piso del dormitorio y lanzó un maullido desganado. Lo escuché tomar agua de su plato y lamer su última comida allí. Me levanté y fui hasta el vestíbulo. En una pequeña biblioteca busqué el libro de Schopenhauer

dedicado por su traductora al inglés. Me lo llevé a la cama y leí su título: “El mundo como voluntad y representación”. No tuve duda de que sería todavía más adecuado que *King Kong* a efectos de dormirme.

6

El Ottawa salió puntual y con su bodega repleta y lentamente fue alejándose de la rada. Habían pasado casi tres décadas desde la última vez que me había subido a un barco, pero ahora lo hacía por propia voluntad. La vez anterior fui arrancado del lugar en donde había nacido y no había tenido una sola posibilidad de queja. Tal vez había sido ese el primer desacuerdo con mis padres, por más que entonces me habían convencido –ambos– de la fantástica aventura que estábamos emprendiendo. Pero no quería pensar en ese pasado, porque eso equivalía a transformar la misión en una especie de viaje sentimental.

Acodado en la baranda de estribor, me dediqué a mirar el conglomerado de edificios de la ciudad entre los que destacaba el Empire State, inaugurado dos años atrás para ganarle en altura al Chrysler y permitir lucirse a un gorila derribando aviones a trompadas. Los grises bloques, los puentes, la isla con la dama de la antorcha y la cercana Brooklyn, con mi padre en estado de coma, pronto irían disolviéndose en la lejanía cuando en algunas horas estuviese en mar abierto.

En el muelle, O'Mara me había dado las últimas instrucciones. Tal como lo había prometido, llegó puntual a mediodía para encontrarme antes de que abordase el Ottawa. Me entregó un sobre con la transcripción del último telegrama enviado por el cliente, en el que aceptaba las condiciones de nuestro servicio y mencionaba al abogado con el que habría de tener la primera entrevista por el caso Bonapelch. También me dio un resumen mecanografiado de una conversación telefónica mantenida con el abogado que nos había llamado.

–Una vez instalado, dedique el primer día a enterarse de lo que pasa. Lea los periódicos, converse con el personal de servicio del hotel y sobre todo observe el ambiente. Si no es necesario, no mencione su

trabajo: diga solo “negocios”. Esa es una palabra mágica que todavía funciona en cualquier lugar, pese a que estos últimos años se ha desprestigiado. Además, no estará mintiendo: lo nuestro también es una manera de hacer negocios. Resolvemos lo que otros no pueden y nos pagan para eso. ¿Alguna duda?

–No, solo un pedido: mi padre está grave, internado en Brooklyn. Si sucede algo irremediable, mis hermanos van a llamar a la Agencia. De ser posible, quisiera enterarme de alguna manera de lo que pasó.

–Claro, le enviaré un cable a través de la empresa naviera. Lo tendré al tanto, por supuesto. Cuídese, Santini.

Nos dimos un apretón de manos y subí por la rampa. Cuando me volví para saludarlo, O’Mara ya se había desinteresado de mí y se alejaba por el muelle envuelto en la nube que producía su eterno puro. O’Mara era un duro sin fisuras que no se permitía ninguna flojera sentimental, así que si mi padre moría probablemente no me lo haría saber. Esa situación estaba por fuera de sus cometidos específicos y por tanto no movería un dedo para avisarme o darme el pésame.

Una vez alejado del muelle, el Ottawa fue moviéndose paralelo a West Street y pronto dejó atrás el Hudson River para empezar a bordear Staten Island y luego acceder a la bahía del Lower New York en busca de la salida al océano.

Éramos pocos los pasajeros que íbamos en el carguero y casi todos estábamos en cubierta aprovechando el fresco de la brisa. El capitán había anunciado una travesía de cuatro días antes de llegar a La Habana. Cuando New York por fin desapareció en el horizonte, abandoné la cubierta y me metí en mi camarote. Era pequeño y con apenas las mínimas comodidades para que no se confundiera con una celda. Por el ventanuco circular apenas veía la mancha monótona y azul del mar.

De mi maleta tomé una guía Thomas Cook que me habían entregado en la Agencia y me puse a leer un artículo sobre la región sur de América. Hablaba de generalidades y sus datos solamente me servían como referencias elementales: temperaturas máximas y mínimas, geografía, usos y costumbres, algún dato histórico. A Montevideo la describía como una agradable ciudad costera que se distinguía por su población europeizada en la que no había indígenas. Mencionaba sus

playas sobre el río, la bondad de sus carnes y la excelencia de su clima benigno, aun en invierno. Comentaba la avanzada legislación social del país y su vocación democrática.

Por supuesto que la edición de la guía era anterior al golpe de Estado y al suicidio de un expresidente. En una página figuraba un sencillo plano de la ciudad con sus principales calles y avenidas. Los nombres no me dijeron nada, como si mi infancia hubiera transcurrido en otra ciudad. La calle Isla de Flores era la única que recordaba. Entre las páginas de la guía llevaba un par de fotografías. Una era la de mi padre, todavía joven y vestido de domingo, parado en la puerta del restaurante. Sonreía y llevaba un sombrero rancho de paja un poco ladeado. La otra me incluía, junto con mis padres y mi hermano mayor, y era la única que conservaba de los años de Montevideo. Estábamos sentados en un banco de la que llamaban plaza Matriz y al fondo se veía una iglesia y parte de una fuente. Tal vez había sido sacada poco antes de que partiéramos para New York. Yo no recordaba en absoluto el momento ni el lugar, pero evidentemente, había estado allí.

Los siguientes días fueron un calco: las comidas, las conversaciones circunstanciales con los otros pasajeros, alguna mano de póker para estirar las horas. Una breve detención en el puerto de Miami para subir bolsas de correo destinado a Cuba me permitió contemplar la joven ciudad que los viejos añoraban para escapar de los rigores del clima norteño. Después el Ottawa levó anclas y enfiló hacia La Habana.

Estaba en mi camarote cuando un oficial golpeó la puerta. Abrí y me extendió un papel doblado y precintado. “Telegrama para usted”, me dijo. Lo abrí, aunque no necesitaba leerlo para saber el contenido del mensaje:

FATHER DIED YESTERDAY STOP
CONDOLENCES STOP
O’MARA

Lo había juzgado mal a O’Mara. Doblé otra vez el papel y le agradecí al oficial. Cerré la puerta y me senté en la cucheta. El resto de la tarde no me moví del camarote y no dejé de mirar el ojo de buey.

No me esforcé en contener las lágrimas porque nadie estaba viéndome. Miré un par de veces la foto de mi padre hasta que su sonrisa desapareció tras una niebla líquida. En definitiva, resulté ser un detective sentimental, algo que en las *Dime Detective* que leía, era inadmisible. O'Mara tenía razón: no tenía posibilidades de ser el intrépido Race Williams en un oficio que podía acercarme a submundos siniestros en donde la violencia mandaba. Pero había algo en mí que me predisponía a develar misterios y, si podía, mejorar el mundo.

Al anochecer, entramos en el puerto de La Habana. Preparé mi valija y dejé el camarote. Cuando anunciaron que podíamos descender, yo era el primero de la fila.

7

Antes de bajar por la rampa, un oficial advirtió a los pasajeros que en Cuba se vivía una situación políticamente crítica, con una huelga general en curso en contra del presidente Machado. El deterioro de su gobierno ya hacía tres años que había comenzado y era probable que el clima se enrareciese más en esos días. Nos recomendó a todos que lo mejor, para los que se quedaran en la isla, era alojarse en un buen hotel y esperar a resguardo el desarrollo de los sucesos. El grupo que descendía prorrumpió en comentarios y alguno dijo que la noche de La Habana no se suspendía por nada del mundo y que de allí iría directo a las mesas de juego.

De acuerdo con las instrucciones de la Agencia, yo tendría que abordar el buque Valdivia, un transatlántico de mediano porte que debería haber llegado de Marsella el día anterior y que estaría amarrado en algún lugar del puerto de La Habana para partir el día siguiente hacia Río de Janeiro. Cuando me aprestaba a caminar hacia las instalaciones de la aduana, un hombre vestido de claro vino a mi encuentro.

–¿Santini? –dijo y sonrió. Era joven, de piel morena y el pelo renegrido le brillaba por la gomina. Llevaba un sombrero Panamá en la mano y un pañuelo en la otra. Se secó el sudor de la frente, guardó el pañuelo y me tendió la mano para saludarme–. Reinaldo Gómez para servirlo, O'Mara me avisó de su llegada –dijo en español con acento caribeño.

Estreché su mano. Gómez se puso el sombrero y me señaló un automóvil negro estacionado a veinte metros.

–Vamos, sígame –dijo con cierto desgano.

–¿Adónde y para qué? –pregunté, también en español, sin moverme de donde estaba.

–El Valdivia no ha llegado todavía. Era eso lo que venía a avisarle.

Me dieron instrucciones para que lo aloje y lo guíe.

–¿Es de la Agencia?

–No precisamente, pero usted no se preocupe. Está previsto que el Valdivia llegue mañana de mañana, se pertreche y siga. Lo llevaré a un hotel; la situación en la ciudad es confusa y el gobierno puede caer en cualquier momento. ¿Conocía La Habana?

Finalmente lo seguí.

Pese al aire marino, la noche era calurosa.

Gómez quiso llevarme la valija, pero no lo dejé.

–Primera vez que vengo. Tampoco pensaba conocerla: necesito llegar a Uruguay cuanto antes.

–Descuide: mañana partirá. Es solo por esta noche. ¿Norteamericano? Digo… por el acento.

–Eso dice mi pasaporte. Y mi español. Mis padres son italianos, de ahí el apellido. Pero en realidad nací en Montevideo.

–¿Vive en New York?

–Al sur de Manhattan. Pero todo esto usted ya lo sabe, ¿verdad?

Gómez sonrió y me abrió la portezuela de un oscuro y lustroso Packard del 30. Subimos y arrancó de inmediato. Avanzó paralelo al muelle, luego dobló por una calle que atravesaba una zona de depósitos, para luego desembocar en uno de los accesos del puerto. Volvió a doblar y se alejó de unos edificios que parecían destinados a trámites de inmigración.

–¿Adónde me lleva?

–Le reservé habitación en el Hotel Nacional. No es necesario que pase por la conserjería: digamos que está en tránsito y tampoco vamos a detenernos en la aduana. Hay que evitar el papeleo, cosa que de haber estado solo no hubiera podido.

–¿Instrucciones de O'Mara?

–No. Habilidades de Gómez. ¿Qué tal el viaje?

–Aburrido e incómodo.

–Lo espera un buen baño y una buena cama. Y diversión si le complace.

–¿Quién paga?

–Sus viáticos, amigo. No voy a negarme si me invita a una copa cuando lleguemos.

Lento, recién en ese momento comprendí mi error: me había dejado secuestrar por un desconocido que había aparecido de la nada invocando a O’Mara y yo le había creído. Antes de bajar del Ottawa me había colocado la sobaquera con el 38 cargado. Sin dudar un instante más lo saqué y le apoyé el caño en la sien a Gómez.

–Será mejor que pare –amenacé.

Gómez no se inmutó y siguió conduciendo.

–Cuidado con eso, chico: cuando se dispara puede ser peligroso.

–¡Pare de una vez! –insistí y oprimí con fuerza el caño en su cabeza.

Finalmente Gómez se detuvo. Habíamos abandonado el puerto y estábamos ya transitando la avenida que bordea el mar a lo largo del Malecón.

–¿Qué vaina es esa, chico?

–Yo tendría que estar a bordo del Valdivia y en cambio estoy en un auto con un desconocido que así como así me cambia los planes. No tengo por qué creerle nada, aunque he sido remiso en comprender mi error. O’Mara no me previno de ningún contacto en La Habana, dé la vuelta y regresemos al puerto.

–O’Mara me cablegrafió no bien la naviera les comunicó que el Valdivia llegaría con retraso a La Habana. La Agencia tiene contactos en todos lados y yo soy su hombre aquí. ¡Vamos, chico, qué pendejada es esa de apuntarle a tu chofer! Baja ese caño, amigo. Te estoy llevando al mejor hotel del mundo y tú me pagas con eso en mi cabeza… ¿Quién mierda te crees que le manda a O’Mara sus habanos? Piensa un poco, Santini.

–Está bien: ¿qué marca fuma?

–Solo dos le gustan: Partagás y Piedra. El 898 de don Jaime es su debilidad.

Era cierto y no era fácil conocer ese dato. Por el momento Gómez me había convencido. Guardé el revólver y con un gesto le indiqué que podía seguir. El chofer dio un largo soplido y aceleró.

En ese momento ignoraba que Gómez iba a meterme en un caso que, sin postergar mi futura investigación sobre Bonapelch, iba a salvarme del aburrimiento que prometía la futura travesía. También iba a permitirme conocer rápidamente mis reales condiciones para el oficio.

Como había oído decir en una película de *gangsters*: comenzaba la acción.

8

El Hotel Nacional refulgía como un palacio de sueños en medio de la noche. Era un edificio señorial y alto en el que destacaban dos torres gemelas, y su arquitectura resumía estilos que yo desconocía. Rodeado de jardines con decenas de palmeras y columnas de alumbrado, macizos de flores y parterres de césped, lucía alejado de toda contingencia y provisto de una atmósfera propia. Con el lenguaje típico de un guía de turismo, Gómez recitó:

–Este hotel fue inaugurado el 30 de diciembre de 1930, como el más importante de Cuba y el Gran Caribe. Antes, en el siglo pasado, aquí se levantaba la famosa batería de Santa Clara que tenía el cañón "Ordóñez", uno de los más grandes de la época, que aún puede verse en los jardines del hotel. En el Vanonillo de Punta Brava, a nuestra izquierda, don Luis Aguiar atacó a los británicos durante el sitio y asalto a La Habana. Dos empresas americanas, McKim, Mead & White y la Purdy Henderson, levantaron el hotel en dos años. Como ya dije, es el mejor del mundo, chico. Tiene hasta una entrada directa a la *Suite* Presidencial. No me extrañaría que Machado se refugie aquí si la cosa empeora. Las mujeres más sensuales que puedas imaginar bailan en el Nacional. Y aquí la bebida es libre, no como en tu país. Bienvenido al paraíso.

Gómez detuvo el auto y me bajé. El hotel era verdaderamente deslumbrante y todas sus ventanas arrojaban luz como si formasen parte de una constelación suspendida a pocos metros del suelo. Enseguida un botones se acercó para cargar mi valija y con un gesto me invitó a ingresar al enorme vestíbulo. Mi guía me tomó del brazo y le entregó al empleado la llave de la habitación 507, que ya estaba reservada.

–No es necesario que se registre, Santini. Pasajero en tránsito del Valdivia que todavía no llegó, invitado de Reinaldo Gómez, que

provee de puros a O'Mara, y a partir de ahora un hombre cansado que busca una bañera y un buen trago –declaró Gómez y largó una sonora carcajada.

Me sentí abrumado por lo expeditivo del cubano. Me dejé llevar por la situación y preferí no pensar. El talante locuaz y obsequioso de Gómez me intrigaba y a la vez me complacía. Hacía apenas unas horas que me había enterado de la muerte de mi padre y tal vez necesitaba aturdirme. Había llegado al sitio ideal para hacerlo: el lugar contaba con casino, varios bares, un *cabaret*, salones refinados en los que gente elegante y exótica se entregaba a la sociabilidad y yo tenía la posibilidad de ser un testigo no implicado en nada, apenas alguien de paso.

El ascensor, silencioso y amplio como para subir una orquesta entera, nos condujo al quinto piso. Luego caminamos por un largo pasillo alfombrado y vacío hasta que por fin nos detuvimos frente a la habitación 507. El botones la abrió y antes de que entrase, Gómez aclaró:

–Una *suite* con vista al mar, cama extra *size*, bañera y vestidor con espejos.

El empleado colocó mi valija sobre el portaequipajes y aceptó la propina que Gómez le ofreció. Me dedicó una sonrisa y se retiró luego de entregarme la llave.

–Fin de mis servicios por hoy. Mañana a mediodía pasaré a buscarlo para llevarlo al puerto. Espero que lo disfrute. En los bares o el restaurante, solo firme. ¿Necesita algo más?

–Sí. Que me explique qué es todo esto. Los puros de O'Mara no son suficientes para que me lo crea. En la Agencia no me hablaron de usted ni de nadie con quien contactarme en La Habana. Soy novato pero no estúpido, Gómez.

Gómez sonrió y se puso el sombrero. Sin responderme hizo una pequeña reverencia y se alejó por el pasillo. Tuve el impulso de alcanzarlo y tomarlo de las solapas, pero me contuve pensando que de todas maneras no valía la pena. Cerré la puerta de la habitación y me acosté vestido sobre la inmensa cama. Lentamente fui reparando en los detalles de la *suite* y concluí que nunca antes había estado en un lugar tan lujoso. En New York sin duda había hoteles mejores, pero hasta

entonces habían sido inaccesibles para mis ingresos. En muchos de ellos, luego del viernes negro, personas se suicidaban arrojándose por las ventanas.

Me incorporé, me quité la chaqueta y aflojé la corbata. Luego fui hasta el ventanal y lo abrí de par en par. A poca distancia, el rumor del océano cercano me llegó traído por una brisa tibia y húmeda. En ese momento sonó el teléfono.

Fui hasta la mesa de luz y descolgué el tubo. Una voz femenina que hablaba español me informó que un Sr. White tenía interés en reunirse conmigo y que me esperaba dentro de una hora en el comedor principal del hotel. Cuando pregunté quién era White, la voz solo dijo que trasmitía un mensaje que habían dejado a mi nombre en la conserjería. Agradecí y colgué.

Hacía veinte minutos que había llegado a La Habana y ya había alguien que se había enterado y quería verme. Sin saber qué pensar al respecto me desvestí, llené la bañera y me metí hasta el cuello en el agua espumosa. El baño era casi tan grande como mi departamento y parecía enteramente recubierto de porcelana. Tenía toallas de dos pulgadas de espesor y una bata con el monograma del hotel bordado en dorado. Tras largos minutos de placentera inmersión, salí de la bañera, me sequé y me puse la bata. Después me afeité y vestí para bajar al comedor. En todo ese tiempo me sentí inquieto y alerta. Si hubiera sido una hora adecuada, habría pedido una comunicación de larga distancia con la Agencia para preguntarle a O'Mara si conocía a Reinaldo Gómez.

9

A la hora que bajé al *lobby*, el paisaje humano se componía de hombres vestidos de etiqueta y mujeres que brillaban por obra del maquillaje y las joyas. No parecía ser ese un lugar en donde un gobierno estuviera a punto de caer: el ambiente parecía bullir con promesas de diversión y el poder del dinero se sentía en el aire casi como un perfume. A lo lejos, sonaba una música local y cargada de ritmo que probablemente fuera mambo o rumba. Mi traje claro de franela era inadecuado y lo suficientemente notorio en comparación con las blancas chaquetas cruzadas de hilo o los oscuros e impecables *smokings* que me rodeaban. Pero como había dicho Gómez, yo era alguien en tránsito que ni siquiera había firmado el libro de registro de pasajeros.

Cuando entré en el comedor, una persona me hizo señas desde una mesa. Era un hombre maduro, con el cabello brillante y renegrido por la tinta. Vestía como la mayoría esa noche. Estaba solo y bebía de un vaso largo un líquido color verde. Me acerqué sin dejar de observarlo. Él se incorporó y me tendió su mano.

–¿Santini? Mi nombre es Melvyn White. Yo lo cité y disculpe la poca formalidad de presentarme así. ¿Gusta sentarse? Me gustaría invitarlo con una copa: ¿qué bebe? Le recomiendo este trago de menta y Bacardi –dijo White en correcto inglés, dando por descontado que yo lo entendería.

–Hace poco más de una hora que llegué. ¿Cómo sabe mi nombre y el número de mi habitación? –dije y permanecí de pie.

El rostro de White no se inmutó. Esbozó una leve sonrisa, como si hubiera sabido que yo iba a preguntarle precisamente eso.

–Reinaldo Gómez es un hombre eficaz, como sin duda lo pudo comprobar.

–Creo que Gómez es mucho más que eficaz, pero prefiero

reservarme una opinión definitiva. Bien, ¿qué se le ofrece? –dije y me senté, ya que no tenía sentido rehusarme a conversar con Melvyn White.

–Solo conversar amigablemente con un compatriota de paso. ¿Primera vez que viene a La Habana?

–Vayamos al grano, White. Si habló con Gómez sabe bastante más sobre mí de lo que yo de usted. ¿Qué se le ofrece?

White pasó por alto mi impertinencia, sonrió complacido y dio un sorbo a su trago. Parecía un hombre seguro de sí mismo que estaba a gusto en su mesa y disfrutaba de su copa. Me recordaba a alguna caricatura vista en el *Saturday Evening Post*.

–Soy un hombre de negocios, Santini, y he estado en La Habana muchas veces. Hace un mes que llegué y cuando había decidido regresar a Miami, los rumores me obligaron a quedarme. Todo indica que el gobierno de Machado caerá y lo que vendrá no sé si mejorará la situación. Me refiero a la de los cubanos, claro. Tengo asuntos aquí que dependen de la política y voy a esperar a que todo se resuelva para irme tranquilo. Me dedico a los bienes raíces y construyo hoteles. Pero eso a usted no le interesa, ¿verdad?

–Como usted dijo: estoy de paso y mañana me voy. No sé, entonces, qué puedo hacer por usted.

–Por empezar, aceptar una copa.

–Está bien, no pide mucho: *whisky* escocés con hielo.

Enseguida White hizo un gesto al camarero que de inmediato se acercó, diligente. White ordenó mi *whisky* y pidió otro trago para él.

–Según Gómez me informó, trabaja para una Agencia de detectives en New York.

–Lo informó bien.

–Viaja por alguna misión, ¿verdad?

–Eso no le incumbe. Solemos ser discretos.

–Entiendo. Lo plantearé de otra manera: ¿aceptaría trabajar para mí sin que eso interfiera en lo que la Agencia le encomendó?

–No sé cómo podría. Mañana tomaré un barco para ir al sur.

–De eso se trata. Abordará el Valdivia, por lo que sé.

–Gómez, el bocón, le informó. Sí, ese es el barco.

White se enderezó la moña y alisó las solapas de su *smoking*. De

pronto su expresión cambió y su aire afable y mundano se convirtió en una expresión fría, como si estuviera calculando lo siguiente que me diría. O como si quisiera leerme el pensamiento.

–Sé que el Valdivia pasará por Río de Janeiro para luego seguir hacia el sur. Usted piensa descender en Montevideo, ¿es así?

–Es correcto, sí. Veo que conoce bien mi itinerario.

–¿Se animaría a entregar en Río algo que yo le daré?

–No soy mensajero ni repartidor, señor White.

–Podría pagarle bien, Santini. Un trabajo sencillo que no alterará sus planes.

–No sé de qué se trata, pero ¿por qué va a confiar en mí?

–No seguiré hablando si no le interesa, claro. La confianza corre por mi cuenta y asumo que Gómez sabe a quién recomienda.

–Es obvio que es por esto que Gómez fue a buscarme y me alojó en este palacio. Usted ya empezó a pagarme, por lo que veo. Pero puede que yo no esté interesado en trabajar para usted porque ya tengo trabajo. Como sabe, estoy en misión y no tengo por qué desviarme de mis órdenes.

White sonrió, pero no había felicidad en su sonrisa: era apenas un gesto de contrariedad disfrazado por la educación. Ese fue el momento en el que debí levantarme y olvidarme del asunto, pero la curiosidad pudo más ya que de dinero todavía no habíamos hablado.

–¿De veras no le interesa saber de qué se trata?

–dijo White, como si hubiera adivinado mi debilidad.

–Hable, lo escucho.

10

White me invitó a cenar en su *suite* porque no soportaba el bullicio que nos rodeaba. Quería cierta privacidad para que habláramos y llamó al camarero y ordenó que subieran a su habitación un menú completo para dos, acompañado de *champagne*. Yo estaba lo suficientemente intrigado como para seguirlo al piso séptimo del hotel y conocer la lujosa *suite*. No bien entramos, tuve la primera sorpresa.

La mujer era joven, esbelta, rubia y elegante y no se sorprendió al vernos. Tenía un vestido color esmeralda que le ceñía el cuerpo como un guante. Estaba de pie ante un espejo y parecía haber terminado de arreglarse un segundo antes de que entráramos. Era una mezcla perfecta de sensualidad y pereza, que parecía flotar sobre unos tacos con plataforma cubiertos de lentejuelas plateadas.

–¡Miranda! Pensé que ya habías bajado. Te presento al señor Santini –dijo White y cerró la puerta tras de sí.

La mujer me miró de soslayo apenas un instante y siguió retocando sus pestañas.

La vi mejor y aprecié que tenía poco más de veinte años, pero, como las diosas, era intemporal.

–Ella es mi hija, señor Santini.

La chica me dedicó una sonrisa de compromiso.

–Encantada –dijo.

–Un gusto, señorita –dije, sin tender mi mano.

Ella le dio una última mirada al espejo y luego se colocó una estola de piel de zorro que había sobre una butaca. También tomó un carterín cubierto de lentejuelas que hacía juego con sus zapatos y caminó hacia nosotros.

–Bajo a tomar una copa, no tengo apetito –habló con un tono desganado y un poco ronco.

–Está bien, pero no salgas del hotel: hay agitación en las calles –le

advirtió White–. ¿Preparaste tu equipaje? –agregó.

–Hace días que está listo –dijo la chica y salió sin despedirse.

–Venga, Santini, pongámonos cómodos: pronto llegará la cena. ¿Otro trago?

Me negué, pero él se sirvió un *whisky* sin hielo.

Pasamos al *living* de la *suite* y nos sentamos frente a frente con una mesa para ocho sillas de por medio.

–Es mi única hija, Santini, y mañana aborda el Valdivia para viajar a Río. Su madre vive allá, pero nació en Dublín, de ahí el tipo físico de Miranda. Pensé que podíamos congeniar, aunque hacía tres años que no la veía: eso es mucho tiempo para una joven como ella. Estuvo conmigo este último mes, pero no le interesa nada de lo que hago. De modo que vuelve con Odette. Lo que quiero proponerle es que la vigile durante la travesía porque tal vez pueda viajar acompañada por alguien que no me agrada.

–No trabajo como chaperón, señor White, y me parece que su hija es mayor de edad.

–También tengo miedo de que beba o que haga cualquier cosa durante el viaje. Necesito que usted se ocupe de lo desagradable y que en Río se encargue de hablar con Odette y entregarle algo de mi parte. En realidad esto no le cambia sus planes: como ya sabemos, el Valdivia recalará en Río antes de seguir. Le pagaré bien sus servicios con una entrega ahora y Odette completará el pago allá.

En ese momento tocaron a la puerta. White se levantó y le abrió al camarero que traía una mesita con ruedas con la cena. El joven procedió a poner un mantel en la gran mesa de la *suite* y distribuir las piezas del servicio.

–Ordené pez espada con salsa agridulce y ensalada de legumbres, ¿le agrada? Sírvanos *champagne*, joven –indicó White.

Le gustaba dirigir y controlar.

El camarero terminó de servir y luego de una pequeña reverencia y un “*bon appétit*”, se retiró.

–No entiendo qué puedo hacer por su hija en caso de emergencia. No soy nadie para ella y en el barco la autoridad es el capitán. Si viaja con alguien, con más razón yo no podré intervenir. Me parece inútil lo que me propone –dije y corté un bocado del pez espada. White no dijo

nada y dio un sorbo a su vaso de *whisky*.

–Bueno… el problema, en realidad, no es solamente Miranda. Para serle sincero, quiero que la proteja de alguien que podría acecharla en el barco. Tengo razones suficientes para pensar que puede ser raptada en algún momento, ¿me entiende? La desaparición y el asesinato del bebé Lindbergh han sido un ejemplo claro de los peligros de la época: el dinero lo justifica todo, hasta los actos más repugnantes, como ese desgraciado secuestro con un final trágico.

Por primera vez el aplomo de White se desarmó. Me pareció genuinamente preocupado por algo que evidentemente no podía controlar.

–O sea que podría haber alguien que a usted no le agrada a bordo, acechándola en el mismo barco. Por lo que veo no es nada fácil lo que me propone: desarticular un posible rapto y entregar algo, además de a su hija sana y salva. Desde que empecé a comer, el asunto se ha ido complicando. Cuénteme todo desde el principio, White. No me gustan las adivinanzas.

11

–Está bien. Voy a contarle todo –dijo White.

Con un tono monótono y eligiendo cada palabra que decía, White me resumió la situación:

–Como inversor en bienes raíces, me afinqué primero en Miami y luego extendí mis negocios a Cuba. Por la vía materna estoy emparentado con Henry Flagler, el gran impulsor del desarrollo de la Florida a partir de la extensión de las vías del ferrocarril. Además, mi madre conoció y tuvo amistad con Julia Tuttle, fundadora de la ciudad. En la década pasada, los terrenos de la zona sextuplicaron su valor y yo lo aproveché, hasta que el gran huracán de 1926 barrió con todo y el negocio entró en recesión tres años antes que en el resto del país.

»En 1930 pude recuperarme con el auge de los nuevos edificios y el *boom* de la hotelería. Participé del negocio del Roney Plaza Hotel. Aquí había comenzado con la ampliación y reforma del Hotel Ambos Mundos de La Habana vieja, también en 1930. Por supuesto que antes me asocié en la aventura de levantar esta maravilla en la que estamos. Tengo cincuenta y cinco años y muchos amigos, pero también he ganado enemigos. El dinero y el poder dan libertad aunque exponen a la gente.

»Hace poco más de veinte años me casé con Odette, que era muy joven, casi una niña. Enseguida nació Miranda, a quien acaba de conocer. Entonces vivía en New York y me dedicaba al comercio de arte, actividad que mi padre inició en el siglo pasado. En ese ambiente conocí a Odette Kearney, hija de un pintor que vivía en el Village y que había emigrado de Irlanda. Mi matrimonio no duró lo que esperaba y, cuando Miranda tenía cinco años, Odette se enamoró de un músico de *variété*, un pianista de cine mudo que la sedujo con nocturnos de Chopin, y se mudó con él llevándose a nuestra hija.

Enseguida, yo me fui a París y allí viví un par de años, dedicado a comprar y vender antigüedades. El pianista hizo carrera como músico de *jazz* pese a ser blanco. Pero desde 1925, las dos viven en Río de Janeiro porque Odette se volvió a casar: no con el músico, sino con un brasileño dueño de una gigantesca hacienda de café. Es uno de los varones del negocio. Yo no he vuelto a reincidir en el matrimonio.

»Pero ya estamos en el presente, permita que le sirva más *champagne*.

White sacó la botella de la champañera y escanció generosamente el líquido dorado en mi copa. Había en su actitud un aire mundano o exageradamente desenvuelto. Me ofreció un habano de una caja que había sobre la mesa. Lo rechacé. Bebí media copa y esperé la continuación de la historia.

–Como usted sabrá, los negocios ya no son un asunto de caballeros que arriesgan, de visionarios que buscan oportunidades donde otros se quedan sentados. Con la especulación y la fiebre bursátil ya vimos cómo nos fue. Ahora los tiempos son otros, por más que la resaca del 29 todavía flota y se ha enrarecido y no creo que el presidente pueda hacer mucho. En América opera la mafia italiana que desde New York y Chicago ha buscado el clima benigno y las oportunidades de la lengua de tierra que hay noventa millas al norte de esta isla.

»Los pioneros como mi pariente Flagler prepararon el terreno y ahora, con menos de cuarenta años de fundada, Miami es un territorio codiciado por las pandillas. Y no solo las italianas: están también las de los judíos, los irlandeses, los polacos. ¿Escuchó hablar de alguien llamado Lansky? Pronto se instalarán también aquí y no necesitan de ninguna enmienda Platt para operar. No les interesa el azúcar pero sí los negociados. También manejan el alcohol –ya vimos cómo los favoreció la prohibición–, el juego y la prostitución. Sus planes son trasladar su imperio a esta isla. Supongo que alguna idea debe tener sobre esos rumores, ¿verdad?

–Mis ideas sobre el tema no son importantes, señor White, pero sigo sin entender a dónde quiere llegar.

White descabezó el puro con su cortaplumas y luego lo encendió con sumo cuidado, quemando a conciencia la punta y aspirando profundamente hasta que la brasa de tabaco ardió lo suficiente. Me

miró a través del humo y sonrió. Era una sonrisa triste la suya.

–Mis negocios son legales, a la antigua usanza, podría decir. Por tanto soy vulnerable a la nueva realidad que se avecina. Construir edificios, levantar hoteles y casinos empezará a ser la fachada de operaciones sórdidas de las mafias. Pero yo ya estoy fuera de la partida. Cometí el error de endeudarme con quien no debía y no he logrado recuperarme.

»Tengo una debilidad, como todos, y la mía es el juego. Pensé que aquí podría estar a salvo, pero me equivoqué. Tampoco puedo volver a Miami, porque esa gente no perdona. Les debo demasiado y no podré pagarles. Sé que me han bajado el pulgar. Les pedí tiempo, pero no para conseguir el dinero, sino para poner a mi hija a salvo. He sido amenazado y por eso decidí mandar a Miranda cuanto antes con su madre. Había organizado nuestro encuentro con la esperanza de recuperar los años perdidos pero, con toda sinceridad, no ha resultado. Mañana mismo saldrá para Río y usted la cuidará durante el viaje y una vez que llegue se la entregará a su madre. Ella está al tanto de toda mi situación.

–Usted habló de un posible secuestro –dije, por fin entendiendo.

–Es una posibilidad que me inquieta, claro. Yo ya estoy acabado para ellos y adondequiera que escape, a la larga van a encontrarme. Pero saben que Odette se casó con un hombre de fortuna y podrían valerse de Miranda para extorsionarla y recuperar el dinero que perdieron conmigo.

»En este mes mi hija ha estado viéndose con un joven actor de segunda línea que solo ha hecho de extra en un par de películas del Oeste. Vino a la isla luego de filmar unas escenas de una comedia musical en la que actúa Dolores del Río con un tal Fred Astaire: algo vinculado a aviones y bailarinas. Pensaron hacer algunas tomas aquí, pero hubo un malentendido y finalmente no filmaron nada. Más allá del vínculo amoroso que pudiera existir, no confío en el tipo. No es descabellado pensar que quizá le pagaron para acercarse a Miranda y sonsacarle información.

»Por supuesto que a ella no la he enterado de todo esto, porque no ganaría nada inquietándola. Odette estará esperándola, pero no sabemos qué puede suceder antes o después. Es por todo esto que

quiero contratarlo. Tal vez no pase nada, pero…

–No entiendo por qué usted no se toma ese barco.

–No quiero poner en peligro a Miranda. Alejándola de mí puedo protegerla. Si me quedo pueden pensar que todavía tengo chances de pagar. Existe la posibilidad de que no sepan que ella se va. Todo lo que le he dicho es en parte especulación, solo corazonada. Usted deberá actuar como mi reaseguro, ¿comprende? Todavía tengo algo de dinero para pagarle bien y Odette le completará el monto una vez que llegue. Pero hay más: le entregaré algo valioso para que lleve en el viaje. Tal vez sea mi último regalo para Miranda.

12

White me hizo pasar a uno de los cuartos que había en la *suite*. Me señaló una maleta que había sobre una cama y enseguida la abrió. Estaba vacía. Luego levantó una tapa que servía de fondo y pude ver un violín encastrado en una concavidad en la que quedaba disimulado si otra vez se colocaba la tapa.

–Esta valija también la llevará en su viaje, espero que haya traído suficiente ropa para repartir la que lleva en la suya.

Me acerqué más a la cama y pude ver el instrumento en detalle. También había una cavidad para contener el arco. Mi cara lo dijo todo; White captó mi ignorancia:

–Es un Guadagnini legítimo, fechado en 1775. Hace muchos años mi padre se lo compró a un húngaro que apareció por su galería. Hablo de alrededor de 1900 y el violín perteneció a Joseph Joachim, amigo de Brahms y uno de los primeros violinistas que interpretó el concierto número dos de Mendelssohn. Este es uno de los dos Guadagninis que tuvo. No es un Stradivarius, claro, pero vale una fortuna para el que conoce. Si hoy lo vendiese, pagaría todas mis deudas. Nunca supe cuánto lo pagó mi padre y en qué circunstancias lo adquirió, pero ha sido un bien de la familia desde entonces.

»Esta es la valija original, me refiero a la que traía el húngaro que se lo vendió, que era un noble venido a menos. Miranda toca el violín y concurre al mejor conservatorio de Río y quiero que lo tenga ella. Usted le entregará la valija a Odette. Para Miranda será una sorpresa que no quiero anticiparle aquí.

»Y bien, ¿qué me dice, Santini? ¿Acepta el trabajo?

–Trabajo ya tengo, señor White. Ha sido muy interesante todo lo que me ha contado, pero, para serle sincero, no me siento capacitado para ayudarlo. Yo voy rumbo al sur a investigar un accidente en el que murió un empresario de Montevideo. La familia del muerto es la que

paga y lo que me encargaron es que pregunte e investigue. No tengo que cuidar a nadie ni entregar nada. Digamos que mi riesgo es nulo: llegar, investigar, enviar informes. Esto que me acaba de proponer es distinto. Hagamos de cuenta que no hemos hablado y yo voy a retirarme para dormir y abordar mañana a mediodía el Valdivia. Y sobre esto último que me ha mostrado, lo primero que se me ocurre es que el violín debió ser robado, de otra manera no se entiende el truco de la valija, ¿verdad? Allá su padre o usted mismo con ese asunto, pero no me interesa cuidar a su hija ni a su violín. ¿Por qué no lo manda a Gómez?

Por primera vez en toda la conversación, White no tuvo respuesta. De pronto me pareció vulnerable y vencido, pese a su elegante indumentaria y al esfuerzo que hacía para no indignarse. Tapó el violín y luego cerró la valija. Me miró con intensidad y súplica a la vez.

–Gómez es solo un chofer, no podría confiar en él.

–¿Y por qué confiará en mí? No me conoce. Todo esto es muy raro, White, y usted lo sabe.

–Creo que no tengo muchas opciones y en este momento no conozco a nadie que viaje en el Valdivia y pueda ayudarme. Usted es joven y quizá no tenga hijos. ¿Los tiene, acaso? –Negué con un gesto y White lo aprobó–. Entonces no sabe del dolor que nos produce saber que pueden estar en peligro y que uno es culpable de esa amenaza. Al menos quiero pensar que Miranda tiene una chance de no verse perjudicada por mis deudas. El Guadagnini es todo lo que puedo dejarle y no importa cómo ese violín llegó a mi familia. Será de ella y si tiene talento sus manos lo merecerán. Quinientos dólares ahora, Santini. Y otro tanto cuando llegue y entregue todo. Piénselo en estas horas que faltan para la partida. Yo estaré aquí esperando su respuesta.

Ahora el que no podía responder era yo. Si White quería que pensara, lo había logrado.

13

Gómez fue puntual y a las 11 de la mañana yo ya estaba dejando el Hotel Nacional y cargando mis dos valijas en el Packard negro. En el bolsillo interno de mi saco llevaba guardados cinco retratos de Benjamin Franklin. Lo había pensado hasta la madrugada, para aceptar finalmente la oferta de Melvyn White, recoger la valija con el Guadagnini y la tarjeta con la dirección anotada de Odette Kearney en Río de Janeiro. La posibilidad de consultarlo a O'Mara sobre mi decisión quedaba descartada, aunque era probable que Reinaldo Gómez lo enterase con una esquela que acompañara una caja de habanos. En todo caso, mi tarea no iba a alterar mis planes en Montevideo y el asunto duraría lo que el viaje a Río.

Como un gran iluso, pensaba así esa mañana mientras recorría el Malecón rumbo al puerto y dejaba atrás la mole del Nacional.

–Se va en el momento justo, hay rumores de que la renuncia de Machado no demora: lo tienen arrinconado y no puede durar mucho más. Hay movilizaciones en toda Cuba y todo está en huelga. Anoche hubo tiroteos en varios puntos de La Habana y una parte del ejército ya se sublevó –comentó Gómez con un tono que sonaba festivo y despreocupado.

–¿Llegó por fin el Valdivia? –dije, desinteresado de lo que pudiera suceder en la isla una vez que me fuese.

–A medianoche. Los pasajeros no han podido bajar. Las autoridades no garantizan la seguridad de nadie. Más temprano los traje a White y a su hija. El actorcito ese que revolotea a la chica también vino a despedirla. Anoche bailaron en el *cabaret* del hotel.

–Veo que no se pierde nada, Gómez. ¿Qué hará cuando cambie el gobierno?

–Lo mismo que ahora, porque en realidad no cambiará nada y los yanquis seguirán mandando: nada personal con usted, amigo. Al

contrario: ha sido un placer.

Por fin llegamos a la rada, luego de ingresar por una entrada secundaria del puerto. A lo lejos vi el Valdivia: destacaba por el casco oscuro, los dos mástiles, uno en proa y otro en popa, y el par de rectas chimeneas negras con franja roja lanzando un tenue humo producido por los motores diésel, las escalerillas tendidas como tentáculos y un grupo importante de pasajeros a punto de subir. Los changadores se movían como hormigas trasladando equipajes. El sol del Caribe ya estaba alto y calentaba el empedrado del muelle. Al igual que el día anterior, Gómez evitó los trámites aduaneros. Estacionó el Packard a media cuadra del Valdivia y descendimos.

–O veo doble o usted lleva una valija más –dijo Gómez mientras se abanicaba con el sombrero.

–Gané mucho dinero anoche en el casino.

–Apuesto que quinientos dólares.

–Tal vez más –dije y le tendí la mano a Gómez para despedirme.

De alguna manera había hecho bien su trabajo y probablemente no nos viéramos nunca más. Él correspondió al gesto y se colocó y quitó el sombrero como señal de saludo.

–Quedó pendiente la copa –comenté cuando ya me iba.

–La tomaremos junto con O'Mara en New York. Me gustaría trabajar como taxista en Manhattan: necesito conocer otra isla porque esta ya me cansó –dijo y largó una breve carcajada.

Yo me alejé sin decir más nada.

A lo lejos lo vi a White junto a Miranda. Estaban despidiéndose mientras él le daba instrucciones a un changador que se ocupaba del equipaje de la chica. Pasé junto a ellos sin detenerme y crucé con White una breve mirada. Ya no teníamos nada para decirnos. Miranda estaba de espaldas y no pudo verme. Sin el vestido verde de la noche anterior me pareció más joven de lo que su edad indicaba. Con disimulo busqué al posible actorzuelo, pero no vi a nadie que lo pareciera. Tal vez White lo había ahuyentado.

Llevando el pasaje de la Société Générale de Transports Maritimes en el bolsillo superior del saco, subí por la rampa y abordé el Valdivia. Me aguardaban ocho días de travesía hasta Río y no tenía la menor idea de lo que podría suceder a bordo una vez que el barco zarpase.

14

Por una razón que en ese momento ignoraba, el Valdivia salió de La Habana con retraso. Recién a media tarde pude contemplar el faro que custodia la entrada al cerrado puerto de la ciudad, mientras el barco iba dejándolo atrás y viraba hacia el oeste en busca del estrecho de Yucatán. Acodado en la baranda de estribor, empecé a repasar las breves horas de estadía en la isla. Salvo la obligada espera del Valdivia, todo lo demás había sido manejado por Gómez en acuerdo con White, y por más que el cubano hubiera invocado su relación con O'Mara, era evidente que desde el principio me había usado. Lo que yo llevaba en una de las valijas y el encargo de cuidar de la chica hubieran sido impensables dos días antes. Sin embargo, los billetes que tenía en el bolsillo del saco eran la prueba de mi compromiso –¿o de mi debilidad?– y también de mi desobediencia a las instrucciones de mi jefe. Pero, indudablemente, significaban una buena paga, que excedía lo que la Agencia me rendía por mes.

Una vez instalado en mi camarote –en segunda clase– y guardadas mis valijas en el placar bajo llave, me había dedicado a recorrer el barco mientras el resto del pasaje que había subido conmigo deambulaba como yo. Los turistas importantes, que venían desde Europa, impedidos de descender en La Habana por la situación política, lucían fastidiados y ansiosos y nos miraban con recelo a los recién llegados. La mayoría eran españoles, algunos franceses y había también un grupo de brasileños que regresaban a Río viajando en primera clase y hablando sin cesar en un idioma al que no estaba acostumbrado. También abundaban los emigrantes de múltiples nacionalidades mezcladas, que ocupaban las profundidades del buque y viajaban en los espacios colectivos, hacinados y con la resignación que una vez mis padres habían asumido. Ese tipo de viaje yo lo había olvidado.

En esa confusión de personas, equipajes de mano y atareada tarea de los mozos del servicio que conducían a los pasajeros a sus camarotes, no vi a Miranda. Intenté reparar en los que habían subido en el puerto y no noté a nadie sospechoso, salvo a algunos agentes de migración que de pronto empezaron a recorrer el barco.

En una cartilla que había encontrado sobre mi cucheta se me informaba:

DE INTERÉS PARA EL PASAJERO. La SOCIÉTÉ GÉNÉRALE DE TRANSPORTS MARITIMES fue fundada en Marsella el 18 de marzo de 1865, con un capital de 20 millones de francos, para el tráfico de vapores entre Marsella, Sete y Argelia, pero en ese mismo año también abrieron servicios entre Marsella, Argelia y Orán. Casi dos años después se inició un servicio a Brasil, en 1867.

Ha sido la quinta empresa francesa en emprender este servicio, pero dos de sus predecesoras ya habían desistido. Ambas hicieron de Marsella su terminal francesa y este fue el puerto de origen seleccionado por SGTM, que no tenía ninguna competencia directa, dado que las líneas francesas todavía en existencia habían elegido Burdeos y Havre.

El servicio de SGTM se inició el 15 de septiembre de 1867 con la partida hacia Río de Janeiro del vapor BOURGOGNE, de hélice y casco de hierro de 1966 toneladas, construido dos años antes por J. Laing & Sons de Sunderland bajo el nombre de UITENHAGE. Además, había comprado el vapor a paletas WASP de 536 toneladas, construido en Liverpool en 1864, cambiando el nombre a VILLE DE BUENOS AYRES, y despachado a Río para actuar como enlace entre esa ciudad y Montevideo y Buenos Aires.

Los dos últimos vapores de pasajeros construidos por SGTM antes de la Primera Guerra Mundial fueron el SALTA, de 7384 toneladas, y el VALDIVIA, de 7168 toneladas, completadas en 1911, permitiendo cuatro salidas por mes en la ruta de Marsella a América del Sur. Ambos fueron charteados por el Gobierno Británico como vapores hospital a poco tiempo de estallar la guerra.

El VALDIVIA ha rendido un valioso servicio a América del Sur. Después de la guerra hizo su primer viaje, partiendo de Marsella, el 20 de julio de 1920. A partir de entonces, miles de pasajeros han viajado de manera confortable y segura en nuestro buque, cuya tripulación se enorgullece de

poder contarlo entre nuestros pasajeros.

Bienvenido a bordo del VALDIVIA.

Para ser sincero, los miles de pasajeros transportados y las miles de millas náuticas recorridas se notaban en el barco, y los veintidós años de botado se apreciaban en el deterioro de algunos lugares y en cierto aire antiguo que las capas de pintura y lustre no disimulaban. Sus maderas eran nobles, pero envejecidas, y los detalles de bronce o acero de sus ambientes tenían un tinte verdoso y opaco. Si alguna vez el Valdivia había sido nuevo –apenas antes de ser transformado por un tiempo en buque hospital–, ese tiempo ya había quedado atrás y una cierta e inocultable decadencia flotaba en cada rincón del buque.

En la barra del bar del comedor, el barman me completó la información de la cartilla:

–Cuba nunca estuvo en nuestras rutas: en este viaje nos desviamos mucho para captar algo de pasaje en Miami y muy pocos han subido en La Habana. Dicen que tal vez sea este uno de los últimos viajes del Valdivia antes de que lo desguacen. La compañía tiene otros barcos más importantes como el Campana, el Mendoza y el Florida. ¿Conoce el sur?

–Sí. Pero hace muchos años que no lo visito.

–¿A dónde va?

–A Montevideo: viaje de negocios –dije para empezar a asumir mi papel.

–Hermosa ciudad, no va a arrepentirse de conocerla. Muchos pasajeros famosos llegaron a ella en el Valdivia. El físico Einstein, por ejemplo. Estuvo sentado ahí, al lado de donde usted está. Y Josephine Baker. Hace algunos años, los campeones olímpicos de fútbol festejaron aquí. Perdone: no le pregunté qué le sirvo.

–Nada, solo converse. Más tarde, quizá.

En ese momento un hombre alto, delgado y con el rosto picado de viruela se instaló en el asiento de Einstein. Vestía un traje de hilo marrón y llevaba un sombrero jipijapa blanco. Pidió una cerveza. Me miró de soslayo y luego se puso a liar un cigarrillo.

El barman le sirvió y el hombre agradeció con un gesto y una sonrisa que parecía la mueca de un cadáver.

–¿Por qué nos demoramos? –preguntó.

El barman se encogió de hombros y le acercó un cono de lata con algunas servilletas de papel.

–Estuvieron agentes de la aduana revisando los camarotes de los pasajeros que subieron en La Habana. Simple rutina, supongo. Oí que la situación política está que arde. No sé qué buscaban, pero tardaron dos horas en bajar. ¿A usted lo molestaron?

–No, para nada –dijo el hombre y dio un sorbo a su cerveza.

Entonces me miró:

–¿Y a usted? –dijo y otra vez me mostró sus dientes.

–En absoluto, pero qué raro, vengo de La Habana, ¿usted no?

–He subido en Miami. Voy a presentarme: Vance Lamarr.

Se tocó la frente con el índice pero no me tendió la mano.

–Guido Santini –dije y levanté mis cejas.

Nos miramos con algo más que interés circunstancial. La idea de que los policías no pasaran por mi camarote tal vez tenía que ver con el hecho de que yo no hubiera comparecido ante el control de migraciones y que en la lista de pasajeros figurase como proveniente de New York. Ese era mérito de Gómez. O de White. También me extrañó no haber abordado el Valdivia en Miami en vez de La Habana, aunque tal vez eso se debió a una mala información del agente de viajes.

–¿Negocios o turismo? –dijo Lamarr.

–Ambos, por supuesto, ¿y usted?

–Voy a Buenos Aires por un negocio de carne.

Lo último que podría pensar de Lamarr era que fuese un hombre dedicado al negocio frigorífico. Más bien parecía un matarife con un traje prestado. Miraba con unos ojos claros y fríos que casi no pestañaban y su voz tenía un dejo burlón o tal vez falso.

–Dicen que allí se come la mejor que existe –comenté. Lamarr asintió y sus dientes otra vez aparecieron.

–¿A qué negocio se dedica? –preguntó a su vez.

–Pinturas.

–¿Cuadros?

–No, la de paredes.

–El comercio mueve el mundo –dijo–. Carne, pintura, viajes. Los

alemanes viajan en ese globo que llaman dirigible. Este mismo viaje en eso sería mucho más rápido. Nos estamos rezagando en América.

–No se queje: Einstein estuvo sentado en donde está usted ahora.

–¿Quién es Einstein? No lo conozco, ¿qué hace?

El barman sonrió y yo no respondí. Lamarr pagó su cerveza y se tocó el ala del sombrero como despedida.

–Nos vemos –dijo y salió del bar.

–Sírvame un escocés con hielo –le indiqué al barman.

15

El movimiento de los pasajeros fue aplacándose y la rutina a bordo empezó a funcionar. La cena fue anunciada para las ocho en el primero de los turnos del comedor y en él me anoté porque el aire marino me había abierto el apetito. Esperaba verla a Miranda allí y de paso observar con tranquilidad el ambiente. Por ahora el mar estaba calmo y los asomos de mareo que había sufrido en el Ottawa no estaban amenazándome.

Permanecía en el camarote luego de cambiarme para la cena cuando golpearon la puerta. Pregunté quién era y una voz femenina respondió:

–Soy Miranda White, señor Santini.

Dudé y luego abrí y allí estaba la chica. Tuve la sensación de que yo era un imán que atraía complicaciones. No se suponía que ella debiera visitarme –por más que me hubiera visto en la *suite* de su padre y nos hubieran presentado– ni que a las pocas horas de travesía fuese ella la que me buscase.

–¿Puedo pasar? –dijo.

Con un ademán le indiqué que entrara. Un vestido suelto de organdí color amarillo y un sombrero a la moda no guardaban relación con la joven que yo había visto fugazmente en el Hotel Nacional. Tenía el rostro encendido por el sol de cubierta.

–No se sorprenda de verme, vine a que me explique algunas casualidades –dijo con un tono desafiante y acaso insolente.

–¿Explicarle? ¿A qué se refiere?

La chica sonrió y se sacó el sombrero. Con un gesto rápido se quitó el broche que sostenía su pelo y este cayó sobre sus hombros, rubio y sensual.

–¿Cree que soy una colegiala, verdad? Usted estuvo anoche con mi padre en nuestra *suite* y ahora estamos viajando en el mismo barco.

–Eso es una casualidad, claro. Pero no tengo ninguna explicación

que darle –dije, pensando en que ella podía creerme.

–No conozco mucho a mi padre, pero sí lo suficiente para saber que no suele perder el tiempo con extraños. Además, antes de despedirnos en el muelle, me dio su nombre y me dijo que lo buscase ante cualquier dificultad. ¿Eso también es una casualidad?

No supe qué responder. White había sucumbido a su aprensión y temores de padre y toda mi estrategia quedaba invalidada.

–¿Qué le dijo su padre exactamente?

–Eso que acabo de decirle: que buscase a Guido Santini en el barco si me sentía en peligro o tenía problemas. ¿Quién es usted: un matón, un guardaespaldas?

–¿Ha tenido problemas?

–Antes, responda a mi pregunta. Tengo derecho a saber con quién estoy hablando.

–Trabajo para una Agencia de detectives de New York y viajo al Río de la Plata para trabajar en un caso. No soy ningún guardaespaldas y menos un matón, si eso la tranquiliza. No conocía a su padre, pero a poco de llegar a La Habana y al Hotel Nacional me citó en el bar para que conversáramos. Después me invitó a cenar en su *suite*. Supongo que ese contacto se lo debo a un tal Gómez, que usted debe conocer. ¿Qué más quiere saber de mí?

Miranda hizo girar su sombrero entre las manos y dudó en responder. Luego se sentó en la silla del camarote y colocó sus tobillos sobre la cucheta, entrecruzándolos y buscando comodidad en el respaldo.

–¿Y por qué me dijo que podía recurrir a usted?

–No me dio razones. Solo una cifra de dinero, contra la promesa de evitar que se meta en problemas durante el viaje y la entregue a su madre en Río, sana y salva. Un trabajo sencillo o complicado: eso dependerá de usted. Habíamos acordado que no iba a estar enterada, pero su padre me delató. Ahora sabe de qué se trata, señorita White; ¿me contará para qué vino a verme?

–¿Está armado, señor Santini?

–Eso es un asunto que no le incumbe.

–Ya veo. ¿Revisaron su camarote?

–¿Quién? ¿A qué se refiere?

–Los policías de la aduana estuvieron en el mío antes de que zarpáramos. Revolvieron todo mi equipaje. No fue agradable para nada. Hablaban en español, pero como es muy parecido al portugués les entendí todo.

–¿Qué buscaban? ¿La trataron mal?

–No sé qué buscaban. Fueron correctos y solo me preguntaron si ese era todo mi equipaje. Les dije que sí y les pregunté por qué estaban dando vuelta mis valijas. Me dijeron que tenían la orden de controlar el equipaje de todos los que habían subido en La Habana. ¿Estuvieron aquí?

–No, pero se supone que yo estaba en tránsito o lo que sea que Gómez inventó. ¿Le hicieron más preguntas?

–Sí: me preguntaron si viajaba sola y cuál era mi lugar de residencia habitual. Después se disculparon y se fueron.

–Entonces ya ha tenido problemas y por eso ha tocado a mi puerta. ¿Qué cree que buscaban?

–No lo sé, pero me asusté bastante.

–Estuvo bien en venir a contarme esto. No creo que vuelva a suceder porque ya estamos en mar abierto y no nos detendremos hasta llegar a Río. Su padre temía que alguien conocido suyo viajase. No está a bordo, ¿verdad?

–¿Mark? Por supuesto que no. Papá vio cuando nos despedíamos. Prometió visitarme en Río dentro de dos meses. ¿Era de él que usted debía cuidarme? No lo veo haciendo de chaperón.

Sonreí y me recliné sobre la cucheta, procurando no quitarle espacio a los pies de Miranda. Hubo algo en su mirada que me inquietó: una mezcla de inocencia y a la vez sensualidad que ya había visto en la *suite*, pero que ahora, sin el maquillaje y el vestido de noche, reaparecía sin aviso y tomándome totalmente desprevenido.

–Para que yo haga bien mi trabajo debemos fijar algunas reglas –dije.

Ahora fue Miranda la que sonrió. Echó su cabeza hacia atrás y dejó de hacer girar el sombrero.

–¿Reglas? Espero que no sean las de mi padre.

–Número uno: no deben vernos juntos. Número dos: toda vez que

venga a mi camarote –si es que viene–, asegúrese de que no hay nadie en el corredor antes de golpear. Número tres: ante cualquier dificultad, también puede recurrir al capitán del barco porque él es la autoridad aquí. ¿De acuerdo?

La chica me miró con asombro y enseguida tuve conciencia de lo ridículas que pudieron parecerle mis reglas de convivencia. Había hablado en plan O'Mara y sin un solo argumento que lo justificase.

–¿En dónde está el gorila que va a raptarme? ¡Por favor, señor Santini, explíquese!

Me incorporé de la cucheta y encendí un cigarrillo. La joven seguía mirándome con gesto divertido y a la vez de sorpresa. Decidí no seguir más lejos con las advertencias:

–Digamos que quiero cumplir bien con mi trabajo y no llamar la atención. Los detectives solemos ser discretos, Miranda.

–Se le olvidó el "señorita", Guido.

Pasé por alto la ironía y mi nombre de pila dicho como al descuido, inaugurando una confianza que no esperaba. Anticipé futuras complicaciones por ese terreno y decidí dar por finalizada la visita.

–Hora de cenar. Reservé el primer turno en el comedor, así que…

–Así que me echa, señor detective. Por si acaso: mi camarote es el 17, no lejos de aquí pero en primera. Me debe una visita y algunas explicaciones más que quiero conocer pronto. Lo espero a medianoche, cuando el pasillo quede vacío, claro.

Miranda se recogió el pelo y se puso el sombrero. Luego se levantó, abrió la puerta del camarote y salió sin despedirse. Tras de sí dejó un perfume indefinible flotando en el ambiente estrecho que yo ocupaba miserablemente.

Apagué el cigarrillo, me puse la chaqueta y me encaminé hacia el comedor.

16

Cuando llegué al comedor, la mayor parte de los pasajeros del turno ya estaban en sus mesas. Yo me senté en la número seis, compartida con dos parejas francesas, un joven español y una mujer algo obesa y de unos cuarenta años que se empeñaba en hablar con el joven valiéndose de gestos y monosílabos. Por lo que entendí de su lenguaje, que mezclaba el inglés con sonidos guturales, era polaca. Había un octavo lugar que quedó libre y que fue ocupado, cuando ya habían servido el primer plato del menú, por un turista italiano que se presentó como Fabrizio Vanoni. Era un hombre maduro, atildado y alto, vestido de traje liviano color crudo y corbata de moña negra, y se disculpó por llegar tarde a la mesa. El español era joven y se apellidaba Zuloaga y dijo ser periodista. La mujer polaca, llamada Lea, explicó como pudo que viajaba a Buenos Aires para encontrarse con su marido, que había emigrado hacía seis meses. Los franceses, dos matrimonios maduros, no revelaron sus apellidos y solo se limitaron a informar que descenderían en Río. Cuando dije mi nombre, agregué que viajaba a Montevideo por negocios. La polaca preguntó si esa ciudad era argentina. Le respondí en inglés que no, que Montevideo era la capital del Uruguay y entonces ella dijo "¿Paraguay?", con lo cual yo abandoné mi clase de geografía.

Comimos en relativo silencio y desde mi mesa pude observar el ambiente. A lo lejos, en el extremo opuesto del salón, lo vi a Vance Lamarr. Se había quitado el sombrero para comer y parecía indiferente al resto de los comensales que lo acompañaban. Miranda White seguramente había tomado el segundo turno del comedor y por alguna razón que no entendí en ese momento, sentí alivio de no verla. Cuando nos habían servido el café, Zuloaga comentó en español:

–La comida era un desastre, espero que con el café se nos compense.

–Al menos no nos dieron las sobras, como harán con los del

siguiente turno –dije en su idioma.

Zuloaga sonrió: era un joven de piel aceitunada y cabellos renegridos, con modales finos y un gesto de permanente fastidio instalado en su entrecejo.

–Hombre, habla bien el español –dijo sorprendido.

–Mejor que usted el polaco.

–Han armado las mesas confiados al azar o a un criterio muy perverso: esta parece la sociedad de naciones, aunque los franceses nos han ignorado, como siempre.

–Tal vez mañana nos toque la mesa del capitán –dije y encendí un cigarrillo.

–¿A qué negocios se dedica? –preguntó Zuloaga.

–Pinturas, esmaltes y barnices de Sherwin Williams: cubren el mundo –respondí y aproveché un eslogan de la publicidad–. ¿Y usted en dónde escribe? –agregué.

Zuloaga extrajo una tarjeta del bolsillo superior de su chaqueta y me la extendió:

–Soy corresponsal del *ABC* de Sevilla. Voy a Buenos Aires en busca del tango: el director me ha pedido que explore para el *ABC* ese mundo y su música. Desde allí enviaré notas. ¿Le gusta el tango?

–Conozco algunos, pero no me interesa. Se supone que lo mejor es saber bailarlo, pero yo no lo hago. En New York hay algunos clubes en donde los músicos lo tocan. Una vez estuve en un local que se llama El Gaucho y escuché a un chico de 12 años tocar un instrumento de origen alemán: el bandoneón. Me gustó lo que oí pero quizá no fuera tango. El niño se llamaba Astor.

–Lo primero que haré cuando llegue a Buenos Aires será un reportaje al gran Carlos Gardel, ¿lo conoce?

–No, para nada –admití.

–Hombre: es un astro. Hace cinco años lo vi en Barcelona, en un teatro. Cantó vestido de gaucho y al final tuvo que dar varios bises. Recuerdo su porte y su sonrisa. Tenía algo mágico: todo un divo, señor. Su manera de cantar ha desenmascarado a muchos que se hacían pasar por expertos en tango pero que cantaban otra cosa. La voz de Gardel es extraordinaria, pudo haberse dedicado al canto lírico. Él es único, téngalo por seguro.

–No tengo duda, por lo que me cuenta. ¿Primera vez que viaja al sur?

–Sí: me han dicho que Buenos Aires es una gran ciudad, con multitudes en sus calles y mucha vida nocturna. También me han dicho que se come bien y hay muy buena mesa. ¿Se queda usted en Río o sigue hasta Buenos Aires?

–Montevideo es mi destino final –expliqué y me asombré de cómo sonaba esa frase que parecía el título de una novela. Zuloaga captó lo ampuloso de mi respuesta pero no hizo ningún comentario.

–¿Pinturas, dijo?

–Trabajo para la principal empresa norteamericana en ese rubro y es mi primer viaje de negocios al sur. Buenos Aires también está en mi agenda, dado lo cerca que está de Montevideo.

Bebimos el café en silencio y yo me levanté saludando con una reverencia a los demás comensales. Los franceses ni me miraron y la polaca sonrió. El italiano Vanoni hacía rato que había dejado la mesa. Decidí terminar de fumar mi cigarrillo en cubierta. Me despedí de Zuloaga con un "hasta luego" de compromiso, al que él respondió con un "vale" murmurado mientras hacía anotaciones en una libreta de apuntes. Algo me dijo que con el español llegaríamos a ser buenos camaradas.

17

Me acodé en la baranda de la cubierta de popa a fumar y mirar las constelaciones del norte, que pronto quedarían atrás a medida que nos acercásemos al ecuador. Era una noche perfecta y sin luna y el Valdivia navegaba a buena marcha dejando tras de sí una estela que pese a la oscuridad se podía distinguir como un rastro plateado y cambiante. Miré el reloj y calculé que en dos horas, o bien golpearía en el camarote 17 de primera clase, o me refugiaría en el mío sin haberle hecho caso a la invitación de Miranda White. Tal vez el aire marino me despejara o, a la inversa, me diese el sueño necesario para superar la tentación de estar otra vez a solas con la chica. Mi sentido común me empujaba a pasar en esa mano extraña, a entregar mis naipes sin jugarlos, pero otra parte de mí me impulsaba a ser curioso y ver las cartas que Miranda había insinuado tener. Como ella había dicho, no era ninguna colegiala y yo necesitaba saber un poco más sobre el juego en que su padre me había metido.

Arrojé mi colilla al mar, y cuando me volví, un rostro se iluminó con una cerilla.

Era Vance Lamarr, que se había materializado a un metro de mi espalda. Para O'Mara, habría sido una grave distracción de mi parte que el sujeto se hubiese acercado sin que yo lo advirtiese. Luego de dar una pitada a su cigarrillo, Lamarr me ofreció su cajetilla de Lucky Strike.

–Es muy malo el café en este barco –dijo.

–Recién tiré mi colilla, gracias.

–Estuve averiguando: los de la aduana buscaban a alguien o algo valioso.

–¿Cómo? –dije, fingiendo sorpresa.

–Volví a hablar con el barman: me confirmó que no encontraron nada y bajaron con las manos vacías. ¿Interesante, no?

–Lo que fuera ya está lejos para ellos –dije.

Lamarr se acercó entre una exhalación de humo que se disolvió en el aire nocturno. Se acodó junto a mí y largó una risita corta, siniestra. No me quedaron dudas de que mentía sobre su ocupación y que tal vez sabía quién era yo y para qué estaba en el barco. Era probable que no hubiera llegado con el Valdivia desde Miami, sino que lo había abordado en La Habana. Con facilidad lo imaginé en el bar del Nacional, a prudente distancia de la mesa en la que White y yo habíamos estado bebiendo. Tal vez White tuviera razón y sus precauciones con relación a su hija y el violín fueron acertadas.

De pronto el Valdivia empezó a doblar a estribor y la maniobra hizo que se balanceara un poco. Yo lo aproveché y me tambaleé con torpeza exagerada y para sostenerme me apoyé en un sorprendido Lamarr, que solo atinó a sujetarme de los hombros. Fue todo lo que necesité para palparlo con disimulo y comprobar que bajo su axila izquierda llevaba un arma.

–Disculpe –le dije–, no soy ducho en travesías ni puedo estar quieto sobre algo que se mueve.

–Ya veo, ¿está mareado?

–No, creo que no, pero voy a regresar a mi camarote.

–Le recomiendo que se acueste –dijo el falso comprador de carne.

–Eso es lo que voy hacer, nos vemos mañana.

Me alejé caminando por la borda de estribor y no necesité volverme para saber que Lamarr me seguía. Pensé que alguien que viaja armado en un barco y lleva su arma encima necesariamente lo hace por hábito: se siente indefenso o desnudo sin su hierro. O tal vez es un profesional que está acostumbrado a cargar con él con la misma indiferencia con que lleva una corbata. También imaginé lo fácil que sería para Lamarr utilizar esa arma sin miramientos o como manera de cortar camino para cumplir sus objetivos.

18

Antes de entrar a mi camarote, hablé con un mozo de cuerda con el que me crucé en un pasillo de la primera clase:

–Estoy buscando a un pasajero: se llama Vance Lamarr y viaja desde Miami. ¿Podría decirme su número de camarote?

El mozo dudó y me informó que tenía que consultar en la lista. Le dije que podía esperar a que lo hiciera porque era importante que yo localizase a Lamarr. Finalmente el chico se alejó por el pasillo y al rato regresó con un listín del pasaje. Me pidió que le repitiera el nombre que le había dicho y luego buscó en el papel.

–Sí, señor: Vance Lamarr, camarote 34 de segunda clase. Está sobre babor. Pero usted está en un error: el señor Lamarr subió en La Habana, no en Miami.

–Estaba mal informado, gracias.

El mozo sonrió y se alejó de nuevo.

Atravesé primera clase y luego descendí la escalera hacia el sector de segunda. Llegué a mi camarote y cuidando de que nadie me viese me agaché y retiré el trozo de hilo dental que con disimulo había pegado entre el marco y la puerta. Nadie la había abierto desde que yo había dejado la habitación para ir al comedor.

Una vez dentro, abrí el armario y saqué la valija que contenía el violín. Aparté la ropa, quité la tapa del doble fondo y vi que el instrumento seguía en su sitio; coloqué otra vez la tapa y ordené la ropa. Cerré la valija, tranqué sus cerrojos y salí de la habitación con ella. No había nadie en el pasillo.

Me alejé y caminé por un laberinto de pasadizos y escaleras descendentes hasta dar con la oficina de la consigna de equipaje y la encontré luego de que un empleado de la limpieza me la indicó. En un vestíbulo en el que confluían dos corredores y dos bocas de escalera, había un mostrador y dos ventanas corredizas. Oprimí un timbre que

estaba a un costado y una de las ventanas se abrió. Un hombre medio adormilado me ofreció una sonrisa automática, nerviosa:

–¿Qué necesita, señor?

–Quisiera dejar esta valija en depósito, en mi camarote me incomoda.

–¿Está cerrada con llave?

–Sí. Solo contiene ropa.

–¿Número de camarote? –dijo el hombre y se preparó a anotar en una planilla.

–Veinticinco.

–¿Nombre?

–Guido Santini.

–¿Viaja en segunda?

Dudé y finalmente respondí:

–Claro, en segunda.

El hombre anotó y luego buscó un cartón de cuyo extremo asomaba un cordel de un orificio. Anotó mi nombre y el número que le había dado en cada mitad y luego cortó una y me la entregó.

–Con esto puede retirarla cuando quiera. ¿Baja en Bahía o en Río? –preguntó mientras yo ponía la valija sobre el mostrador y él ataba el cartón en el asa.

–¿Bahía? Pensé que íbamos directo a Río de Janeiro.

–Los transatlánticos de la Société que vienen de Europa hacia Brasil siempre hacen escala en Bahía, señor. Unas horas para reaprovisionarse y seguir hasta Río.

–Pero este hizo escala en La Habana.

–Sí, y antes en Miami; fue algo excepcional que quizá no se repita. Pero la parada en Bahía siempre se cumple.

–Voy a Montevideo, pero quizá descienda unas horas en Río.

–Hágalo, vale la pena conocerla.

Me guardé el cartón en el bolsillo y le agradecí. El hombre colocó la valija en una mesa larga donde había otras. Ahora era una más, prescindiendo de lo valioso de su contenido. La ventana corrediza se cerró y yo pensé en todo lo que podía suceder antes de que llegáramos a Salvador. El violín estaba relativamente seguro y a salvo. En cuanto

a Miranda White, todo dependía de lo que sucediese antes de detenernos en Salvador. Ya no tuve dudas de ir esa noche a visitarla a su camarote.

19

Salí otra vez a cubierta y caminé a lo largo de la borda en dirección al comedor. Según mis cálculos, el segundo turno de la cena debía estar finalizando y era probable que Miranda estuviera terminando los postres. A Vance Lamarr aparentemente lo había perdido, aunque quizá él se había desinteresado por el momento de mi persona. Me crucé con un oficial y le pregunté:

–¿Cuándo llegaremos a Bahía?

–Si el tiempo no cambia, en unos cuatro días estaremos entrando a puerto.

–¿Se puede descender allí?

–El Valdivia siempre tiene un lugar en Salvador de Bahía: queda fondeado y con la escalerilla puesta. El gobernador de la ciudad suele almorzar a bordo con el capitán. Al muelle llegan taxis y si quiere conocer la ciudad puede contratar uno. La noche del día que llegamos salimos para Río. Pero no se pierda de conocer la primera capital del Brasil colonial, subirse en el Elevador Lacerda, recorrer la bahía… ¿Primera vez que viaja con nosotros?

–Sí, oficial… gracias por la información.

El oficial sonrió e hizo una pequeña reverencia con la cabeza. Su inglés tenía un acento marcadamente francés. Seguí caminando hasta llegar a la zona del comedor, cuyas ventanas iluminadas indicaban que la cena no había concluido. Entré al salón luego de pasar por el vestíbulo que comunicaba con la borda. Las conversaciones de las mesas se unían en un rumor en el que se podía discernir media docena de idiomas.

En una mesa, algo alejada de la entrada, vi a Miranda White. Tenía puesto el mismo vestido verde que llevaba la noche anterior. Aparentemente se aburría y los comensales que la acompañaban también: un hombre obeso y vestido de etiqueta, una mujer pálida que

parecía ser su esposa, otra pareja de aspecto nórdico y una mujer negra que comía y reía sin parar. Miranda me vio, pero no hizo ningún gesto: solo me acompañó con la mirada hasta que yo llegué a la barra y me senté en uno de sus bancos altos, más precisamente en el de Einstein.

El barman no era el mismo que horas antes. Ahora era un individuo moreno y bajo de mirada incisiva que me hizo acordar en algo al actor Edward G. Robinson. Le pedí un *bourbon* con hielo y me acomodé en el asiento de perfil a la barra, de manera que pudiera observar el salón. Era lo que me recomendaba el manual de O'Mara: observar, retener mentalmente detalles, mimetizarme con el paisaje y estar atento a movimientos que para el común de la gente no son significativos.

Si no hubiera sido por la demora del Valdivia en llegar a La Habana, tal vez la travesía hubiera sido un tiempo en el cual podía estar entregado al tedio o al lento duelo por la muerte de mi padre. Sin embargo, ahora tenía dudas y un compromiso de trabajo que, tenía que admitirlo, nunca debí aceptar.

Cuando estaba dándole el primer sorbo al *bourbon,* Vance Lamarr entró al salón comedor. Desconté que iba a acercarse a la barra, pero, dubitativo, pareció tener la intención de sentarse en una de las mesas. Pensé que eso era raro porque Lamarr ya había cenado. Pasó junto a la mesa de Miranda y la miró brevemente, como si la conociese o le hubiera llamado la atención el color del vestido. Después se detuvo y buscó a alguien en otra mesa. Al fin se volvió hacia el bar y entonces fue inevitable que me viera. Parecía contrariado o, tal vez más, acaso era fastidio lo que le agriaba el semblante. Atravesó el salón y al llegar a la barra me dedicó una breve sonrisa helada. Esta vez no me ofreció un Lucky y solo dijo:

–La silla de Einstein: al fin me acordé. Alemán, por supuesto. ¿Qué toma?

–Ya estoy servido, Lamarr.

–Lo mismo para mí –le dijo al barman.

El barman procedió y Lamarr hizo chasquear sus labios.

–¿Se le fue el mareo? –dijo sin mirarme.

–Fue algo pasajero. Ya estoy bien.

–Beber no va a ayudarlo: es peor. Le recomiendo que descanse hasta

que se acostumbre. ¿Viaja en primera?

–Turista. Supongo que el negocio de la pintura no va tan bien como el de la carne. ¿Sabía que paramos en Bahía?

–Unas horas. Ni siquiera voy a mirar por el ojo de buey. No me interesa nada de Brasil, un país salvaje a mi modo de ver, pese a que aprecian el progreso. ¿Usted va a bajar?

–Depende del tiempo que nos den. Probablemente no lo haga. Un oficial me comentó que subirá el gobernador a almorzar con el capitán.

–Típico de un lugar atrasado: es solo un barco y un franchute que lo maneja. Tal vez los aborígenes nos reciban en sus canoas, parloteando sonidos extraños, desnudos y con el cuerpo pintado. Este *bourbon* es muy malo, como todo lo que nos han servido desde que zarpamos.

–Lo noto fastidiado, Lamarr. ¿A quién buscaba en las mesas?

–A nadie, solo miraba. Veo que es muy observador, usted.

–No tengo nada mejor que hacer.

–Salvo cuidar su negocio, ¿no? ¿Vio a la chica de verde?

–¿La de la mesa de la izquierda?

–Es la única vestida así.

–Sí, estoy viéndola. ¿Qué pasa con ella?

–¿No la conoce?

–No, para nada, ¿Y usted?

–Sé quién es: hace unas semanas vi su foto en el *Miami Herald*. Es la hija de Melvyn White, un conocido hombre de negocios. Estuvo envuelta en un escandalete con unas fotografías. Eran de ella, claro, y en todas aparecía desnuda. Hubo una extorsión y al fotógrafo lo encontraron muerto en un hotel de South Beach, ¿qué me dice?

–Me asombra lo fisonomista que es usted –dije y lo miré a los ojos. Lamarr disfrutaba del chisme.

–La chica es una beldad y por unos días fue la comidilla de los periódicos. Un periodista contó que su padre tuvo que pagar una suma importante para hacerse de los negativos. No se sabe quién se cargó al fotógrafo, pero el orificio de una 45 en la frente no deja dudas de que alguien no quería dejarlo con el cerebro funcionando. Hoy esa monada de los retratos está viajando con nosotros y apostaría diez grandes a que está huyendo de las huellas del escándalo. Me sorprende que viaje

sola.

Terminé mi *bourbon* y pensé bien lo que iba a decir. Todo me había sonado a trampa para sonsacarme algo que a Lamarr le interesaba. No tenía cómo comprobar si lo que había contado era verdad, salvo preguntándoselo a Miranda. Preferí ser cauto:

–Veo que en Miami pasan cosas interesantes. ¿A qué se dedica cuando no sale a comprar carne?

Lamarr captó la ironía y sonrió con su rutina de cadáver revivido.

–Administro un par de prostíbulos en Little Havana, así que en vez de comprar, vendo –dijo, y largó una carcajada corta, casi histérica.

–No me lo imagino haciendo negocios con reses congeladas.

–Yo tampoco lo veo a usted abriendo latas y nombrando colores. ¿Cuál es su juego, amigo?

–Llámeme Santini, si no le cuesta mucho recordar mi nombre.

–¿Italiano?

–Vivo en Manhattan, la capital del mundo.

–New York… una ciudad violenta, plagada de judíos, chinos, irlandeses, toda la bazofia polaca y además los negros. ¿Está orgulloso de eso?

No me quedaban dudas de que Lamarr estaba provocándome y midiendo mi capacidad de concentración en mi papel. Le habían informado quién era yo y estaba tanteándome para saber hasta dónde podía llegar mi aplomo.

–No estoy orgulloso de nada: simplemente vivo allí –dije y le hice una seña al barman para pagar los *whiskies*. La conversación con Lamarr me había hartado.

–Cóbreme a mí –dijo Lamarr– por la ofensa.

–Se equivoca: no me ha ofendido. Para ofender hay que tener con qué. El que mira su traje arrugado y presta atención a sus uñas sucias sabe enseguida que usted es un fraude. Recién me preguntó por mi juego y le contaré de uno que me enseñó mi padre y que me gusta mucho practicar: tomo una nuez y la parto con los dedos y la palma de la mano. Apuesto a que usted no puede hacerlo. Imagínese cómo puedo dejarle los cojones si realmente me llegara a ofender. Gracias por el *whisky*.

Sin darle tiempo e responderme, lo dejé a Lamarr con la boca

abierta y me alejé del bar rumbo a la salida del salón. Por primera vez desde que había salido de New York algo en mi interior se había acomodado. Era una sensación nueva la que estaba sintiendo; empezaba a entender en dónde estaba parado y algo que supuse era adrenalina me invadía con un leve cosquilleo en mi nuca. Creo que había reconocido, por fin, el olor del peligro. Y, no podía negarlo, la sensación me gustaba.

20

Quince minutos después de medianoche golpeé la puerta del camarote 17 de primera clase. Desde adentro la voz de Miranda preguntó:

–¿Guido?

–Guido Santini –confirmé.

Enseguida la puerta se abrió y el rostro un poco adormilado de Miranda White me sonrió. Vestía un *déshabillé* de seda azul y tenía el pelo recogido en un moño. Se apartó para que entrase. Enseguida comprobé la diferencia entre primera y clase turista al apreciar el espacio del camarote. En realidad no era demasiado lujoso y su mobiliario era de estilo pero funcional. Miranda me señaló una butaca tapizada en cuero, para que me sentara. Ella se reclinó en su cama y encendió un cigarrillo, que extrajo de una petaca de plata que estaba sobre la mesa de luz. Me ofreció uno y lo rechacé. Sin poder evitarlo, imaginé la historia de las fotografías que Vance Lamarr había mentado.

–Creo que me quedé dormida. El vino de la cena… –dijo y se desperezó con lenta indolencia.

–Si está cansada podemos conversar en otro momento.

–No. En realidad lo esperaba, detective –dijo y lanzó una risita corta, traviesa.

–Mire usted: yo dudé en venir, pero aquí estoy. De todas maneras no sé si ha sido prudente de mi parte. No estaba en mis planes originales… pero usted quería algunas explicaciones mías. La escucho.

Miranda dio una pitada y lanzó enseguida el humo: un gesto teatral con el que buscaba ganar tiempo. Me pareció que estaba indecisa sobre lo que quería saber de mí.

–No sé. En realidad en su camarote me lo dijo todo. Cuidarme, para que llegue sin problemas a Río. Cuidarme no sé de qué o quién. Creo

que mi padre exageró un poco.

–¿No ha estado en problemas?

–¿Quién? ¿Él o yo?

–En realidad ambos. Por lo que él me contó es jugador y contrajo deudas. Su temor es que se las cobren con usted. ¿Conoce a alguien llamado Vance Lamarr?

–No, primera vez que escucho ese nombre: ¿es un magnate o pariente de la pobre Barbara? Me encantaba esa actriz. ¿No la vio en *Sandra*? Murió tuberculosa.

No pude menos que reírme.

–Claro que no. Aquella era La Marr, escrito separado. Este Lamarr se escribe junto, es alguien que viaja en este barco y hace un rato estaba en el bar. Me invitó con un *whisky*. Tal vez lo vio: alto, desaliñado y bastante ordinario. Se presenta como un comprador de carne, pero eso es una tapadera. Debe cuidarse de él.

–Usted debe mostrármelo. No vi a nadie con esa descripción.

–Sin embargo él si la conoce: la vio retratada en los periódicos de Miami.

La boca de Miranda se congeló en un gesto de estupor y sus ojos se abrieron como si de pronto viesen algo aborrecible. Enseguida intentó una explicación.

–Claro… estuve en fiestas y las páginas sociales mandan reporteros a perseguir a la gente que se divierte, puro fastidio.

–Habló de fotografías en las primeras planas y de otras más íntimas cuyos negativos su padre debió comprar. Mencionó un fotógrafo con un tercer ojo abierto en la frente cuyo cadáver fue encontrado en un hotel de South Beach. Quiero pensar que este Lamarr es muy fantasioso.

Miranda dejó el cigarrillo sobre el cenicero y se levantó de un salto. Estaba pálida y a la vez enfurecida.

–¿Qué dice? No voy a tolerarlo… no sé de qué me habla.

–Yo tampoco. Explíquemelo usted –dije y me levanté de la butaca.

Miranda vaciló y enseguida y para mi sorpresa se arrojó a mis brazos y no tuve más remedio que sostenerla. La abracé y traté de tranquilizarla acariciando sus hombros con suavidad. Su perfume fue

como un abismo que se abría a posibilidades turbadoras. Permaneció unos instantes contra mi cuerpo y luego nos separamos y ella se dejó caer en la butaca. Me miró y sus ojos tenían lágrimas y el moño de su pelo se había deshecho. Lívida y vulnerable, era a cada minuto más hermosa.

–Vamos, Miranda, cuéntemelo todo, será lo mejor. Si tengo que protegerla debo saberlo. No puedo hacer mi trabajo a ciegas –le dije, mientras ella bajaba la cabeza y aceptaba el pañuelo que le ofrecía.

21

–Hace dos meses llegué a Florida para rencontrarme con mi padre. Hacía tres años que no lo veía: la última vez había sido cuando me visitó en Río, durante diez días en la época del Carnaval. No sé si le contó que cuando yo tenía cinco años él y mi madre se separaron y desde entonces nos vimos muy poco y prácticamente crecí sin padre en New York y, hace ocho años, cuando mi madre se casó con Marcio Piñeyro, mi padrastro, nos mudamos para Brasil. Antes se había divorciado de Melvyn y con Steve, el músico por el que lo dejó, nunca pensaron en formalizar. Odette y Steve fueron una buena pareja hasta que mi madre se cansó del pianista, que era muy buen mozo, pero cuando descubrió el *jazz*, dejó las *variétés* y las salas de cine y empezó a llevar una vida nocturna que mamá no soportó. Marcio, al que conoció en Atlantic City, fue nuestra tabla de salvación. Pescar un millonario no es fácil, detective, pero Odette lo logró. Pero mis andanzas familiares no tienen por qué aburrirlo, ¿verdad?

–No me aburre nada de lo que dice, por favor, siga.

Miranda me devolvió el pañuelo y continuó con su relato:

–Después de vivir en París, mi padre se mudó a Palm Beach y empezó con las inversiones inmobiliarias. Cuando este año me invitó a pasar una temporada con él, Odette no estuvo de acuerdo, pero él insistió y a regañadientes mi madre aceptó que viajara. No bien llegué a Florida, mi padre buscó complacerme en todo. En su casa de Coconut Row me había preparado un cuarto según lo que él pensó era mi gusto, aunque me di cuenta de que no me conoce en absoluto. Enseguida fuimos de compras a las tiendas de Worth Avenue y en las primeras noches me presentó a sus amigos ricos en reuniones aburridísimas, siempre al borde de piscinas. Me mostró como un trofeo o un fenómeno de circo, y durante el día, ocupado en sus negocios, puso un auto con chofer para que me llevase a donde quisiera. Nos

veíamos durante la cena, y entonces él fingía interés en mis planes y jugaba a ser el padre cercano que nunca tuve. Obviamente, como él no trata nunca a personas de mi edad, sus conversaciones giraban siempre en torno a inversiones y costos del metro cuadrado de edificación, cuando no hacía referencias a la vida social de Palm Beach, que a mí no me interesaba en lo más mínimo. Entonces me atacó un aburrimiento mortal y para colmo en el viaje no traje mi colección de sellos. No le haga caso a esto último, es solo una expresión de mi madre.

A medida que hablaba, Miranda fue recomponiendo su semblante, como si la posibilidad de contar la liberase. Eso suele pasar con las personas que confiesan un crimen o admiten un pecado, aunque al final terminen quebradas. Yo la dejé desahogarse, casi sin intervenir.

–Aburrirse es peligroso, detective. Aunque Rusty Donahue no sabía cuánto aburrimiento llevaba acumulado yo esa tarde.

–¿Rusty Donahue?

–El fotógrafo que conocí en Worth Avenue. Salí cargada de paquetes de una tienda y allí estaba él, como un milagro de simpatía. Uno de los paquetes se me cayó y Rusty me ayudó a recogerlo y enseguida hubo cumplidos, preguntas, la invitación a llevarme a donde quisiera. Me propuso ir a tomar un refrigerio en los jardines del hotel The Breakers o caminar por el Ocean Boulevard. Tuve que despedir al chofer de mi padre, luego de darle las bolsas y decirle que regresaba sola a Coconut Row. Enseguida, con Rusty nos contamos nuestras vidas, la de él más extensa porque tenía –y me parece mentira hablar de Rusty en pasado– casi treinta y había nacido en Fargo y odiaba el frío, por lo cual un día se había largado al sur y desde hacía dos años vivía en Miami trabajando como fotógrafo de eventos sociales. También hacía retratos de estudio en un local que alquilaba. Ese primer encuentro fue lo que yo necesité para dejar de aburrirme, porque Rusty era divertido y además manejaba un automóvil descapotable, italiano creo, que alguien le había prestado mientras estaba de viaje. A los dos días se lo presenté a mi padre y las siguientes dos semanas fuimos inseparables. Tal vez me enamoré, aunque fue todo tan rápido que a veces se me ocurre que sucedió en un sueño. Rusty me llevó a fiestas y me presentó amistades más divertidas que las de mi padre. Conocía a todo el

mundo en la sociedad de Palm Beach y hasta sabía el monto de sus fortunas y con quiénes engañaban a sus cónyuges. En realidad, a mí no me asombró mucho el lujo ni los millones, porque mi padrastro es un hombre rico y en Río vivimos en la avenida Río Branco y cuando él viaja a San Pablo a visitar su hacienda nos alojamos con mi madre en el Copacabana Palace. Cuando le decía a Rusty que yo era carioca, me preguntaba si eso era alguna enfermedad o un plato exótico. Era muy ingenioso Rusty y sabía halagar. No voy a negarle que casi enseguida me entregué a él, porque era irresistible y siempre inventaba juegos para seducirme, como ese de las fotografías.

Como si hubiera llegado a una especie de precipicio en el que temía caer, la locuacidad de Miranda se esfumó y solo atinó a morderse el pulgar y evitar mirarme a los ojos. Parecía una niña que estaba contando una travesura.

–¿Rusty le sacó fotos? ¿Dónde? –inquirí, sin hacerle caso a la actitud reticente. Miranda dudó y por fin siguió con su relato.

–Al principio al aire libre, en el Ocean Boulevard, y en el parque de la finca de mi padre. Estaba fascinado conmigo porque decía que yo era muy fotogénica. Después me propuso ir a su estudio de Miami Beach, en donde tenía un equipo de luces y otros elementos para hacer un retrato más artístico. Me encontraba muy parecida a Carole Lombard y me lo quería demostrar con una fotografía. Él mismo me maquilló y ayudó a peinar como ella. Puso música de *foxtrot* en un fonógrafo y hasta descorchó una botella de *champagne* mientras preparaba la toma. Dijo que tenía vínculos con el *Miami Herald* y haría que publicasen mi retrato en las páginas de vida mundana. Desde esa tarde volvimos varias veces al estudio y me sacó muchísimas fotos, sin dejar de invitarme con bebida, porque decía que así yo me desinhibía y posaba mejor. Por supuesto que no le interesaba solo mi cara y poco a poco el juego fue quedándose sin ropa. Él ni siquiera me tocaba, solo quería verme a través de su cámara de fuelle y modelar mi cuerpo desnudo con las luces; hacíamos el amor cuando las tomas habían finalizado y el estudio quedaba en penumbras. Para que yo me tranquilizara, decía que los negativos los revelaba en su laboratorio y que las copias las imprimía él mismo y que nadie más que nosotros las contemplaría. En realidad había algo extraño en el juego: no me veía a

mí, la veía a Carole Lombard y yo tenía que fingir que era ella.

Miranda hizo una pausa, como si hubiese olvidado cómo seguía la historia. Luego se recompuso y contó:

–Hasta que una tarde Rusty no vino a buscarme y al otro día tampoco. Me extrañó que ni siquiera me llamase por teléfono. Entonces mi padre recibió en la casa un sobre que contenía algunas copias que Rusty había impreso. Creo que eran las más atrevidas, supongo. Junto con las fotos había una esquela con instrucciones que mi padre no quiso revelarme. Enseguida me prohibió salir por nada del mundo de la finca. Sobre las fotos no hizo ningún comentario y solo me pidió los datos de Rusty, en dónde nos veíamos y todo eso. También me pidió que recordase exactamente cuántas fotos me había sacado Rusty en su estudio. En realidad yo no tenía la menor idea y solo le dije "muchas".

–¿Y después qué sucedió?

–No lo sé exactamente. La policía no intervino y supongo que mi padre pagó para recuperar los negativos. No pienso que todo eso haya sido idea de Rusty: alguien se aprovechó de su trabajo para extorsionarnos. Después encontraron a Rusty muerto de un tiro en la cabeza en un hotel, en South Beach. La historia de la extorsión salió a luz porque un periodista la publicó en el *Herald* con uno de los retratos que me hizo Rusty. Lo había mandado él mismo y era, por supuesto, solo mi cara o la de Carole Lombard. Con los negativos en su poder, papá había dado licencia a los sirvientes de la casa, y luego de cerrar la finca una noche tomamos una avioneta que nos llevó a La Habana. Yo nunca había volado en un avión tan pequeño y me asusté bastante porque íbamos entre nubes y en medio de la oscuridad.

–¿El vuelo fue antes o después de que mataran a Rusty?

Miranda volvió a bajar la mirada y no respondió.

–Responda, es importante –dije y le puse dos dedos en el mentón hasta que irguió su cabeza y me miró.

–Fue después.

–A ver si entendí: su padre pagó, recuperó los negativos, Rusty fue asesinado en un hotel de South Beach y luego ustedes huyeron en una avioneta. Con seguridad no hicieron trámites migratorios y en La Habana descendieron en cualquier lado menos en un aeropuerto.

¿Cuándo sucedió esto?

–Hace un mes, más o menos. No lo recuerdo con precisión porque como ya le dije estaba muy asustada.

–¿Tiene idea de cuánto dinero pagó su padre y a quién?

–No, claro. Él me mantuvo al margen.

–Me lo imagino. La noticia apareció en los diarios antes de que se fueran, ¿verdad? No tuvieron más remedio que desaparecer de Palm Beach, porque el crimen del fotógrafo iba a involucrarlos. Su padre no me contó nada de esto cuando hablamos, pero es evidente que quiere alejarla definitivamente de esos hechos. ¿Cuándo conoció al actor?

–Fue hace dos semanas, en el hotel. Mark estaba alojado y…

–Y otra vez usted se estaba aburriendo, Miranda. Rusty ya era pasado y en La Habana quizá no leyeron con atención los ejemplares del *Miami Herald* con su foto y la historia del chantaje. Pero el señor White no podía estar tranquilo a solo noventa millas del escenario del crimen. Un asesinato inútil si al final había conseguido los negativos, ¿verdad? ¿Quién mató a Rusty y para qué? Un secuestro no vale menos de cincuenta mil dólares, según se ha visto. Digamos que su padre no podía pagar por el rescate –dice estar arruinado– pero sí contratar a alguien que obtuviese el material comprometedor y sacara de circulación al ocurrente Rusty por cinco de los grandes, un diez por ciento de lo que le pedía el chantajista. Apuesto a que fue esto lo que hizo: un sicario recibió un adelanto a cuenta y rastreó sin problemas al fotógrafo, lo encontró, le quitó los negativos y le abrió un orificio en el cráneo con una 45. Después le llevó el sobre a su padre y cobró la otra mitad del trabajo. Si White ha recurrido a prestamistas, es muy posible que conozca personas capaces de hacer un trabajo así. Ni que hablar que por doscientos pavos, un piloto de fumigaciones lo saca a uno de donde sea sin preguntar otra cosa que a dónde quiere llegar. Pero nada de esto me ha contado su padre, pese a que sigue pagando para protegerla. Digamos que ahora, y pese a que me ocultaron información, empiezo a tener una idea de lo que puede suceder de aquí en adelante.

–¿Y qué va a suceder?

Tomé la cigarrera de Miranda y la abrí. Saqué un cigarrillo, lo encendí con mis fósforos y di algunas pitadas antes de responder.

Todavía estaba asombrado de mi serie de deducciones y necesitaba terminar de ordenar el puzle que había descubierto. Ya tenía una idea sobre quién pudo matar al oportunista de la cámara, pero preferí guardármela. Finalmente respondí:

–Su padre estaba en lo cierto y usted no está segura en este barco. Es probable que antes de llegar a Bahía, alguien intente secuestrarla. Esta vez no se trata de fotos, usted misma será lo que alguien querrá cambiar por dinero. Y ni que hablar que el rescate lo tendrá que pagar su madre o, más precisamente, su padrastro millonario. Por supuesto que yo trataré de impedir que eso suceda, para lo cual usted deberá colaborar y portarse bien y por nada del mundo deberá descender en el próximo puerto, ¿me entiende?

Lentamente la expresión de Miranda fue pasando del asombro al miedo. No fue capaz de responder a mi última pregunta y solo asintió con un lento parpadeo. Ahora era una pobre niña rica que había comprendido que su travesura de Palm Beach todavía seguía generando consecuencias.

22

Dejé a Miranda con el cerrojo trancado por dentro y con la advertencia de que no le abriese a nadie que no fuera yo. Le recomendé que durante el día no se descuidara al caminar por los pasillos del barco y le sugerí que estuviese atenta a cualquier movimiento sospechoso de alguien con las señas de Vance Lamarr, a quien volví a describirle en detalle. No quise abundar en la hipótesis de que a medida que nos acercáramos a Bahía, aumentarían las probabilidades de que fuera secuestrada. No valía la pena especular con esa posibilidad cuando yo aún no tenía claro cómo iba a protegerla de esa amenaza.

Tras visitar el baño colectivo de la segunda clase, volví a mi camarote, me quité la ropa, encendí la veladora de la cucheta y me acosté. No tenía ni una pizca de sueño y tras la conversación con la chica White, mi mente divagaba por un pantano de dudas. Con la información que tenía, disponía de una base seria para reunirme con el capitán del Valdivia y plantearle mis temores. Era probable que si lo convencía de que Miranda corría peligro, dispusiese que un marinero la custodiase; pero era posible también que desestimase mi recelo y me tomara por un alarmista sin fundamentos. No podía argumentar que sospechaba de Vance Lamarr por el solo hecho de que viajaba armado y sus uñas estaban sucias. Mentar el *affaire* de las fotografías equivalía a complicar más la suerte de Miranda, porque el capitán podía comunicarse con Miami y comprobar que ese era un asunto todavía no resuelto por la policía. En definitiva, tenía que arreglármelas solo, como desde que salí de New York. Desentenderme del caso equivalía a faltar a mi palabra ante White, quien, por más que me había ocultado información, había confiado en mí y me había adelantado quinientos dólares. Por lo tanto, como fuera, tenía que seguir involucrado.

Por fin, el cansancio de la primera jornada de navegación pudo más

y me dormí. Tuve un sueño agitado en el cual Brodsky me recriminaba por no haberme quedado cuidando a mi padre en el hospital de Brooklyn. En el sueño estaba casado con mi hermana, que amenazaba con tirarse desde el puente, y aparentemente mi madre era mi vecina, la traductora. Me desperté al amanecer, transpirado y con la sensación de que todavía no había salido de Manhattan.

Los días subsiguientes fueron un calco y la vida a bordo una serie de rituales que se sucedían sin variantes: el desayuno, el sol en cubierta, los breves diálogos en el salón de fumar, el azar de las mesas del comedor, las horas muertas en el camarote, la última copa en el bar escuchando a un trío de músicos que animaba la noche, cuando el restaurante se convertía en club nocturno. En esa rutina, Miranda y yo apenas si cruzábamos miradas, procurando fingir que no nos conocíamos. Por eso no vino más a mi camarote y yo no necesité visitar el suyo. Así, la espera fue transcurriendo en una tensa expectativa para mí, convencido de que cuanto más próximos estuviéramos de Salvador, más probable sería que el tedio se interrumpiese y mis temores se concretaran.

Por supuesto que continué vigilando los movimientos de Vance Lamarr, pese a que tras mi mención al juego de las nueces, prefirió evitarme. Seguí notando algo amenazante en su actitud y, por más que me esforcé en descubrirlo, no pude ubicar a su posible socio entre el resto de los pasajeros.

Lamarr también cumplía los rituales de a bordo sin apartarse de los hábitos y se movía por el barco con un aire cansino y hosco. Solía beber a última hora acodado en la barra y luego irse a dormir. Al otro día, muy temprano, desayunaba en el comedor, recién bañado pero sin indicios de haber descansado a gusto. Podría haber apostado que Lamarr esperaba lo mismo que yo y que hora tras hora iba midiendo distancias y oportunidades para sorprenderme.

En esos días, la locuacidad de Zuloaga fue ganándome y el español se convirtió en un buen adversario del dominó, que sazonaba cada movida con animados comentarios sobre la travesía. Fue él quien me dio la información de que el cruce del ecuador se celebraría al otro día con una cena de gala que culminaría con baile.

–Es tradicional que en los barcos se celebre ese cruce. En el

momento en que pasemos esa línea imaginaria, que no será de noche según mis cálculos, sonará la sirena del Valdivia. Ingresaremos en el misterioso y lejano sur y empezaremos a internarnos en la parte pobre y vacía del mundo. Un día después recalaremos en la bahía de todos los Santos, una de las más grandes y hermosas del planeta. ¿Piensa descender?

–Depende –respondí.

–¿Depende de qué? –inquirió.

–De cuánto necesite estirar las piernas –dije y el español se encogió de hombros.

23

En esos días de calma y molicie me concentré en la amenaza que significaba Vance Lamarr. Según O'Mara, cuando uno tiene unos pocos datos valiosos sobre un sospechoso es posible completar su retrato infiriendo lo demás. A veces se logra y a veces no, pero ese ejercicio mental siempre es mejor que permanecer de brazos cruzados y no avanzar, aunque más no sea manejando hipótesis.

No me costó imaginarlo como el ejecutor de Rusty Donahue. Lo que llevaba bajo el saco bien podía ser una 45. Su trabajo había sido sencillo porque Rusty era un principiante y conocía a demasiadas personas que podían delatarlo. A su vez, Melvyn White sabía cómo moverse, pese a sus aires de caballero intachable. Pero al contratar a Vance, se expuso y le dio la idea al matarife de que Miranda era algo muy valioso para él. Tal vez fue el propio Lamarr quien le aportó el dato de la avioneta. El resto lo hicieron los periódicos, contando la existencia de una fortuna en Brasil vinculada a la chica. Pero, para el siguiente trabajo, Lamarr no podía actuar solo y además necesitaba dinero para pasajes, alojamiento en La Habana y sobre todo contactos allí. Bien podía estar haciendo un trabajo para la mafia.

La sonrisa untuosa de Reinaldo Gómez flotó sobre el mar: lo vi dispuesto a ser comprado, a vender información. Sus fidelidades eran múltiples: White, O'Mara, yo mismo por unas horas. Probablemente, en un tiempo anterior a la extorsión con las fotografías, ya fungía como hombre de confianza de Melvyn White en Cuba y acaso le había facilitado el contacto con Lamarr en Miami. Todo era posible, si se unían los datos con cierta audacia. Entonces encontré la pieza que faltaba: Vance Lamarr no iba a actuar solo si pensaba secuestrar a Miranda. Se necesitan por lo menos dos personas para realizar un secuestro. Había alguien más en el Valdivia, que era su cómplice. Cada vez me convencía más de que la estrategia no podía ser otra que bajar

por la fuerza a la chica en Bahía y luego negociar con Odette Kearney y su marido potentado un importante rescate. En ese punto, mis razonamientos se interrumpieron porque no veía cuándo y de qué manera Lamarr y su posible socio habrían de actuar. En ese punto las hipótesis me abandonaban y todo cuanto podía hacer era estar atento y esperar.

Hasta que por fin cruzamos el ecuador y en medio del ulular de sirenas y broncos pitazos, el personal de servicio repartió en el comedor una cartilla invitando a la cena de gala de esa noche con el subsiguiente baile de celebración. Ya navegábamos frente a costas de Brasil y en poco más de día y medio estaríamos llegando a Bahía. Los plazos se acortaban.

Contraviniendo lo pactado, esa tarde Miranda golpeó la puerta de mi camarote:

–Soy yo, abra, por favor.

Obedecí y Miranda entró rápidamente, como si un instante antes la hubieran estado siguiendo. El sol de cubierta le había dorado la piel y lucía saludable e inquieta.

–Habíamos quedado… –empecé a decir, pero ella me interrumpió:

–No me importan sus reglas. Necesito saber qué puede suceder ahora que nos acercamos a un puerto. Esta espera me tiene harta y empiezo a creer que todo son fantasías suyas. Hace dos días que deambulo por este barco sin que nadie se interese por mí, salvo un oficial bastante insistente que no cesa de decirme piropos cada vez que nos cruzamos. Al hombre que me describió lo he visto, pero no me parece una amenaza. Le informo que esta noche voy a divertirme y a olvidar esta novela que mi padre y usted han inventado.

Luego de su discurso, Miranda se dejó caer sobre la cucheta y cruzó sus piernas de manera provocativa. Estuve tentado de responderle en términos duros y comentarle mi teoría sobre Vance Lamarr. Pero supe que sería inútil. Preferí seguirle el juego:

–No sería mala idea divertirnos juntos, o tal vez espera que el oficial la invite.

–¿Me está proponiendo una cita, detective?

–Creo que es la mejor manera de cuidarla.

–¿Deber o placer, Guido?

–¿Sería placentero para usted?

–¿Baila bien?

–Me defiendo bastante.

–Podría enseñarle el mambo y hasta la rumba, incluso practicar aquí mismo para no hacer papelones en el salón –dijo, con el tono que hubiera empleado Mae West.

La miré y me fui inclinando lentamente. Ella me tomó del cuello y me atrajo sin dejar de mirarme. Hubo un instante eterno en el que dudé, hasta que finalmente me dejé llevar y nos besamos. De pronto estaba sobre ella y sus piernas me enlazaron y cada movimiento que hice culminó en una prenda arrancada casi con desesperación. En un rincón de mi mente se agitaba un destello de advertencia, pero yo no lo obedecía porque el perfume que había sentido la primera vez que nos abrazamos se mezclaba con otro mucho más turbador que fluía desde su piel, que era joven y prometía el deseo como un rayo anticipa el trueno.

24

Para la cena de gala me puse el único traje oscuro que había traído y una corbata de seda color azul piedra. El atuendo era lo más parecido a un *smoking* que podía lucir, pese a que el calor lo transformaba en una tortura. Llegué al salón solo, porque habíamos convenido con Miranda en seguir con nuestra comedia previa. De esa manera yo podía vigilarla y cuidar también los movimientos de Vance Lamarr. Sí habíamos resuelto que ella dormiría esa noche y la siguiente en mi camarote, antes de que llegáramos a Salvador.

El ambiente era distendido pero con un rumor festivo que justificaba risas y pequeñas exclamaciones. Las mesas –dispuestas de manera más cercana, de modo tal de dejar espacio para el baile– fueron ocupadas rápidamente por los pasajeros con derecho al comedor. Tal vez los inmigrantes que viajaban en las bodegas de tercera clase realizaran su festejo de cruce del ecuador celebrando que cada vez faltaba menos para llegar por fin a tierra. Pero no tendrían antifaces ni sombreritos de fantasía o serpentinas como nosotros y su música sería el sordo rumor de la sala de máquinas.

Cuando llegué a mi lugar, los comensales ya estaban sentados en sus sitios y yo me ubiqué entre Zuloaga y el italiano apellidado Vanoni, a quien había conocido la primera noche. En una mesa no muy lejana estaba Miranda, luciendo un vestido negro que la transformaba en una estrella de cine. Por más que busqué con la mirada no ubiqué a Vance Lamarr. Supuse que no le interesaba la fiesta o que llegaría más tarde. No sospeché en ese momento que su ausencia era un detalle que debió inquietarme.

–Hombre, espero que esta noche el cocinero se despabile –dijo Zuloaga.

–Yo me conformaría con *champagne* francés en la mesa –comentó Vanoni y me dedicó una sonrisa.

–Con que el mar no se agite demasiado me alcanza –respondí.

Enseguida la conversación siguió con los habituales temas de circunstancias, oscilando entre las ocurrencias del español y el mesurado tono del italiano que, hablando un español bastante claro, contó que era escritor y académico. Su actitud era la de un profesor que ha transformado su vida en una larga disertación sin importar lo que diga ni en dónde esté: todo lo que decía sonaba a discurso de chupatintas y pronto empezó a aburrirme. Por suerte, Zuloaga recogió el guante un par de veces y ambos se enfrascaron en sucesivas discusiones que me dejaron al margen. Así pude observar cómo el oficial galante se había logrado sentar junto a Miranda para envolverla con una charla incesante llena de mohines de seductor. También noté la rapidez con que la chica tomaba una tras otra las copas del *champagne* que Vanoni había exigido. Antes de que sirvieran el postre me levanté.

–¿No se queda al baile? –preguntó Zuloaga en una pausa de su debate con el italiano.

–No soy buen bailarín y aquí dentro hay mucho calor. Voy a dar un paseo por la cubierta –dije y con una leve reverencia me despedí de mis compañeros de mesa.

El trío de músicos estaba instalándose sobre la tarima, en la que había un piano y una batería.

Antes de salir del comedor busqué a Lamarr en la barra, pero solo vi al barman. Ya en cubierta, el aire nocturno me dio la bienvenida. Necesitaba ordenar mi mente porque los hechos de las últimas horas la habían confundido. Desde la noche en La Habana todo parecía producto de la imaginación de un autor de *Black Mask* y, a cada paso, la trama de mi viaje parecía complicarse un poco más. Horas antes le había añadido la pasión con una joven que, por lo que sabía, hacía de la seducción su juego preferido. Ahora estaba ansioso por que la fiesta del salón terminase para rencontrarme en mi camarote con esa delicia. Tal vez el único secuestro posible era el que yo quería realizar en ese mismo momento y que Vance Lamarr, el oficial o el que fuera se cocinaran en su bilis.

El rumor de la música empezó a llegarme como un agregado de la brisa. Imaginé el cuerpo enfundado en el vestido negro y la insolencia

de sus movimientos siguiendo el ritmo. Aflojé el nudo de mi corbata y encendí un cigarrillo. La música estimuló la asociación de ideas y llegué a la conclusión de que las manos de Miranda jamás habían sostenido un violín. Esa era otra de las trampas que por mi inexperiencia no había advertido.

Melvyn White estaba arruinado y le enviaba el Guadagnini a su exmujer, que posiblemente se lo pagaría con un giro a su cuenta bancaria. En realidad el que pagaba era el magnate Marcio Piñeyro, tal vez a precio vil, y así el asunto quedaba en familia. Era asombroso el poder del aire marino combinado con tres copas de *champagne*. Lo sórdido se volvía claro y los misterios se desvanecían. Tal vez no hubiese secuestro y los temores de White habían sido una cortina de humo para que el encargo principal pasase como un agregado por la misma tarifa. La voz de Zuloaga interrumpió mis brillantes deducciones:

–Como ya vimos estos días, el trío hace con la música lo mismo que el cocinero con la comida, pese a que el tío del piano se esfuerza bastante con Cole Porter. Me vine porque hay una rubita pasada de tragos que juega a los San Fermines entre las mesas, nombra a un tal Rusty a los gritos y creo que terminará vomitándolo todo sobre los manteles.

Sin dar tiempo a que Zuloaga siguiera con su reporte del suceso, corrí hacia el comedor. Había sido un error dejarla a Miranda sola y bebiendo a su aire todo lo que le servían. Atravesé la cubierta de proa y llegué al vestíbulo del comedor. Entré al salón y allí estaba Miranda, en medio de la improvisada pista, moviéndose como una sonámbula, trémula y desencajada. El maquillaje de sus ojos se le había diluido por el llanto y su cara tenía surcos ennegrecidos que le llegaban al mentón. Un oficial procuraba convencerla de que se retirase a su camarote. El resto de los pasajeros prefería ignorar el bochorno que siempre produce un borracho, mientras el pianista intentaba retomar una melodía interrumpida. Pero a cada intento, un nuevo grito de Miranda lo desconcentraba. Detrás de mí se acercó el capitán, que había ocupado su mesa sin intervenir en la fiesta. Era un hombre alto, sesentón, y la cuidada barba canosa le sentaba con la chaqueta blanca del uniforme. Parecía sereno y también asombrado. Con voz

autoritaria dijo algo en francés, una orden destinada al oficial o a Miranda, que se volvió hacia nosotros y lanzó un insulto. Con esa obsesión que persigue a los alcohólicos, renovó su patetismo y su ira:

–¡Yo amaba a Rusty! –gritó y se apoyó en el respaldo de una silla.

El oficial procuró sujetarla de un brazo, pero ella lo rechazó:

–¡Suélteme, marinero! ¿Quién es usted para tocarme?

Me adelanté hacia la pareja y con un gesto le indiqué al oficial que yo iba a encargarme. Entonces Miranda enfocó su mirada turbia hacia mí.

–¡Imbécil chaperón, piérdase, deje que me divierta! –chilló.

Era asombroso el efecto de lo que había bebido durante la cena y al comienzo del baile. El capitán volvió a intervenir:

–¿La conoce, viaja con usted? –dijo en inglés.

–Conozco a su padre. No viaja conmigo, pero yo voy a llevarla a su camarote, capitán.

El capitán asintió y se apartó, indicándole al oficial que se despreocupara. Yo llegué junto a Miranda y en ese momento estuve a punto de abofetearla para que se calmase. Ante mi gesto, ella se aflojó hasta casi caerse. La sostuve y como pude la arrastré hasta sacarla del comedor.

La cargué en brazos e ingresé al laberinto de corredores hasta llegar a mi camarote. Abrí la puerta y la dejé caer sobre la cucheta. Con un murmullo casi ininteligible me dijo que había olvidado su cartera. Le quité los zapatos, la tapé con una manta, salí, cerré el camarote y regresé al comedor. La fiesta seguía y el baile había despoblado las mesas. Encontré la cartera de Miranda colgada de su silla, la tomé y volví a los corredores. Antes de entrar otra vez al camarote, alguien me sujetó por detrás y enseguida un trapo cubrió mi cara. Intenté librarme, inútilmente, mientras una vaharada de éter o cloroformo penetraba por mi nariz y rápidamente empezaba a aturdirme. Eso fue lo último que recuerdo.

25

Cuando desperté estaba en mi camarote, acostado vestido y me dolía mucho la cabeza. No tenía idea de la hora y la sensación de haberme hundido en un abismo de negrura no había desaparecido. A través del ventanuco del camarote, vi la claridad del amanecer y el recto horizonte marino. Con lentos movimientos me fui incorporando y la confusión empezó a disiparse.

¿Dónde está Miranda?, me pregunté y la única respuesta que obtuve fue una leve carcajada que se abría paso a través de mi conciencia y que alguien llamado Lamarr lanzaba desde su garganta cavernosa.

La chica había desaparecido sin que quedase un solo rastro. Ya de pie, empecé a buscar cosas por la estrecha habitación: mi revólver del 38, la cartera de Miranda que recordaba haber recuperado antes de que me durmieran, mis documentos. Revisé mi valija: el arma y mis credenciales de la Agencia habían desaparecido; también se había esfumado el sobre con la documentación vinculada al caso de Montevideo. Solo había quedado mi pasaporte, cuya única referencia a mi ocupación era "empleado". Finalmente busqué dentro de un zapato la tarjeta de la consigna y por suerte todavía estaba allí. La saqué y la coloqué entre una de mis medias y el tobillo.

Intenté pensar en lo sucedido y mi única conclusión fue que estaba a merced de mi torpeza y que O'Mara podría despedirme sin miramientos si se enterara de todos mis errores, que nada tenían que ver con mi misión en el sur, en la cual no había empezado aún a trabajar.

En el pequeño lavatorio de la habitación, me mojé la cara para borrar el rastro del olor a cloroformo que todavía me envolvía. Poco a poco fui entendiendo, y antes de empezar a formular una teoría, llamaron a la puerta con golpes enérgicos:

–¡Capitán Benoit, abra *monsieur* Santini!

De inmediato abrí la puerta y allí estaba el barbado capitán, acompañado por dos marineros armados. Con gesto preocupado el capitán Benoit me preguntó:

–¿Está *mademoiselle* White con usted?

Negué con mi cabeza al tiempo que me aparté de la puerta para que entrasen al camarote y lo comprobaran. A una seña de Benoit, uno de los marineros se asomó y miró.

–Anoche la dejé en su camarote, estaba casi dormida –mentí.

Benoit asintió. Su preocupación iba en aumento.

–Me temo que *mademoiselle* White ha desaparecido, *monsieur* Santini. Por lo que yo mismo pude ver, usted anoche se retiró con ella del salón comedor y me acaba de confirmar que la dejó en su camarote. Tenga la amabilidad de acompañarme para que le haga unas preguntas en la cabina de mando.

–¿Qué tipo de preguntas, capitán?

–Antes de hacérselas, le explicaré mis motivos. El pasajero *monsieur* Lamarr se ha presentado hoy, muy temprano, a informarme que *mademoiselle* White es una ciudadana norteamericana prófuga de la justicia; Lamarr me ha mostrado su credencial de agente del FBI y una orden de captura dirigida a las autoridades de Salvador para que, a través de Interpol, *mademoiselle* White sea detenida una vez que lleguemos a ese puerto. Como yo soy la autoridad en este barco, me solicitó que lo acompañase al camarote de la pasajera, porque lo sucedido anoche en el comedor lo alertó sobre la posibilidad de que ustedes estén viajando juntos, y entonces la discreta vigilancia que estaba haciendo sobre *mademoiselle* White se complicaría. Yo quería advertirle a *mademoiselle* que sería detenida al llegar a puerto y notificarla sobre la acusación. Cuando golpeamos en el camarote, nadie respondió. Di la orden para que un mozo de cuerda abriese con la llave maestra y así comprobamos que la pasajera Miranda White no estaba. Recorrimos el barco y nos detuvimos en todos los espacios y dependencias comunes, sin encontrarla. Concretamente, quiero preguntarle sobre su vínculo con *mademoiselle* y que me explique con todo detalle lo que sucedió desde que usted la ayudó a abandonar el salón hasta el momento en que he golpeado su puerta. ¿Me acompaña, por favor? Traiga su pasaporte.

Lancé un largo silbido y me rasqué la cabeza. La formalidad del capitán Benoit era indigerible en ayunas y mucho más lo era esa historia de Vance Lamarr agente del FBI. Ya sabía que Miranda había sido secuestrada y que lo que me esperaba, además de un latoso interrogatorio, era una nueva trampa.

–Por supuesto que iré con ustedes. Mi pasaporte está en mi valija.

Saqué el documento y se lo entregué al capitán, que lo miró con detenimiento.

–Por ahora tendré que retenerlo –dijo mientras caminábamos por el corredor.

Uno de los marineros había quedado montando guardia en mi camarote –y posiblemente registrándolo de arriba abajo– y el otro iba detrás de nosotros.

–Es increíble que usted crea que Lamarr pertenece al FBI.

–Por su conveniencia, ahorre sus comentarios *monsieur* Santini.

26

Era evidente que el capitán no jugaba y que las calamidades previstas por Melvyn White a propósito de su hija habían sido pocas. Subimos un par de escaleras hasta llegar a la cabina de mando, una estancia amplia recubierta de madera, con ventanas que daban a cubierta y con una enorme mesa y una docena de sillones alrededor. Se ingresaba a ella desde un vestíbulo que la separaba del puente de mando propiamente dicho, en el que estaban el timón y todo el instrumental de navegación. En la sala ya había dos oficiales instalados. En el compartimiento siguiente, separado apenas por una arcada también de madera, vi lo que se suponía era el despacho privado del capitán. Sus puertas corredizas estaban entreabiertas, y sobresaliendo de una *bergère* de cuero vi unas piernas entrecruzadas, enfundadas en un pantalón muy arrugado y una mano sosteniendo un cigarrillo que reconocí en el acto: la mano y las piernas eran las de Vance Lamarr. Las orejas de la *bergère* ocultaban su cabeza y su brazo.

–Siéntese, *monsieur* Santini –ordenó Benoit–. Le presento a los oficiales Lemercier y Danton.

Obedecí. Los oficiales me miraron con interés y recelo a la vez. Uno de ellos, Lemercier, era el que me había informado sobre nuestra parada en Salvador y, obviamente, el que intentó seducir a Miranda durante la cena. El capitán se sentó frente a mí. Lanzó un largo suspiro mientras procuraba disimular el fastidio evidente por la situación. Si esa iba a ser la última travesía del Valdivia, no debía agradarle en absoluto un caso criminal distrayendo su tiempo y sus menesteres de capitán. Sin perder un gramo de cortesía, dijo:

–*Monsieur* Santini, nos gustaría que nos informase a qué se dedica, cuál es el motivo de su viaje, de dónde proviene y, en especial, cuál es su vínculo con *mademoiselle* White. El oficial Lemercier tomará nota de su declaración.

El aludido hizo una pequeña reverencia, abrió un carpetín con folios que tenía delante y preparó su estilográfica. Benoit aguardó haciendo tamborilear sus dedos sobre la mesa.

–Danton, por favor haga que nos traigan café –dijo el capitán, como si de pronto me hubiera leído la mente. Necesitaba un barril de café en ese momento.

Danton obedeció y se incorporó para comunicarse por un teléfono que colgaba de la pared.

Procurando ser lo más claro y escueto posible, le dije a Benoit toda la verdad: que trabajaba en New York para una Agencia de detectives, que era hijo de italianos nacido en Uruguay y que por esa razón viajaba a Montevideo a investigar un caso, contratado por la familia de alguien que había muerto en circunstancias sospechosas. Le detallé mi llegada en el Ottawa a La Habana, el retraso del Valdivia y mi noche en el Hotel Nacional donde por mediación de Reinaldo Gómez, supuestamente hombre de la Agencia en la capital de Cuba, había conocido a Melvyn White, padre de *mademoiselle* White. Finalmente le confié que White me había contratado para que acompañara discretamente a Miranda durante la travesía y me abstuve de dar los motivos amparándome en el secreto profesional. Para cuando llegó el café, la expresión de Benoit era de un indefinido asombro. Luego de dar un largo sorbo a mi taza, concluí:

–Evidentemente, la señorita White ha sido secuestrada y debe estar oculta en algún lugar de este barco. Los documentos que prueban mi pertenencia a la Agencia, mi licencia de investigador privado y mi arma han desaparecido de mi camarote. Solo en una cosa le mentí: anoche no dejé a la señorita White en su camarote sino en el mío, porque temí por su seguridad. Una vez que la deposité en mi cama, salí, cerré y fui de nuevo al comedor para recuperar la cartera de Miranda. Después que la recogí regresé a mi camarote. En realidad no pude llegar porque alguien me atacó por la espalda y me tapó la cara con un trapo embebido en cloroformo. Desperté sobre mi cucheta, con dolor de cabeza, y enseguida supe que me habían quitado todo lo que le enumeré, incluida la cartera. De más está decir que la señorita White ya no estaba. Acababa de lavarme la cara cuando usted llamó a mi puerta.

Benoit miró a Lemercier para comprobar que lo había anotado todo. El oficial sostenía le estilográfica como si esperase más palabras mías. El otro oficial sirvió más café para todos. Los tres parecían confundidos y como dudando, no de mí sino de la entera situación. Entonces agregué:

–Puede decirle a Lamarr que deje de escuchar lo que digo desde su despacho y se integre a este amable interrogatorio.

El capitán acusó el golpe y miró a sus oficiales buscando algún tipo de alivio. Era notorio que estaba incómodo. Finalmente capituló:

–*Monsieur* Lamarr, ¿puede acercarse, por favor?

Enseguida Vance Lamarr entró en escena. Lo vi desvelado, dominador y tan desaliñado como siempre. Su traje de hilo marrón se había arrugado un poco más, quizá por los menesteres del secuestro. Una semisonrisa desdeñosa le torcía la boca y ni siquiera me saludó cuando se sentó junto al capitán y frente a mí.

–El señor Lamarr ha dicho que cuando se conocieron en el bar, usted se presentó como representante de una empresa de pinturas –dijo Benoit, abandonando por fin el fastidioso “*monsieur*”.

–De la misma manera que él dijo que viajaba por un negocio de compra de carne en Argentina –repuse–. No sé qué credenciales le ha mostrado Lamarr para disfrazarse de agente del FBI, pero veo que usted es capaz de creerse cualquier cosa, capitán. Mi referencia a la empresa de pinturas no es totalmente fantasiosa, de hecho trabajé en una.

Lamarr extrajo un carné de cuero, que abrió delante de mis ojos mostrándome una placa de metal con la sigla del FBI. El capitán pasó por alto mi insolencia, pero sonrió a Lamarr, agradeciendo su contundencia.

–El mismo director William J. Flynn me lo entregó –comentó Lamarr–. Persigo parejas desde la Ley Mann –agregó, aludiendo a la prohibición de trasladar mujeres de un estado a otro para propósitos inmorales, un delito federal vinculado al racismo.

–Puede ser robado o falso, qué más da –comenté.

Lamarr guardó su placa.

–No estamos aquí para discutir eso, señor Santini. Como capitán del barco debo cumplir un procedimiento vinculado a una grave denuncia,

que complementa la que el señor Lamarr ha realizado y que a su debido tiempo conocerá. Me temo que está usted en problemas. No tiene documentación que pruebe su oficio de investigador y no tenemos constancia de su ingreso a Cuba proveniente de New York en el carguero Ottawa. Hemos consultado por radio al puerto de La Habana y nos han respondido que su dirección de inmigraciones no tiene datos de su pasaje por la aduana ni para entrar ni para salir. Su boleto solo indica que abordó el Valdivia en La Habana hace cinco días. No hay registro, tampoco, de la fecha de adquisición de su pasaje. He revisado su pasaporte y no hay un solo sello que certifique su ingreso a Cuba. Sí, hay uno que refiere a su salida de New York, pero lamentablemente la fecha es ilegible. Como puede ver, todo muy irregular, *monsieur* Santini.

Otra vez el "*monsieur*" aparecía, lo que indicaba que Benoit estaba más molesto con la situación. En ese momento, ingresó un tercer oficial y se acercó al capitán para decirle algo al oído. Benoit asintió y le indicó algo en francés. Lamarr aprovechó la interrupción para mirarme con insolencia. Su risa de cadáver reapareció fresca, renacida.

–Podrían comunicarse con mi Agencia en New York y aclarar la situación con Ridley O'Mara, que es mi jefe. Él está perfectamente enterado de todo esto –dije, para ganar tiempo, pero sabiendo que mi sugerencia no sería atendida.

–Ya hemos hecho bastante, *monsieur* –repuso Benoit.

–Está bien, pero ¿de qué se me acusa?

–Danton, dígale a *monsieur* Vanoni que pase –ordenó Benoit.

Instantes después Fabrizio Vanoni, el italiano con el que había compartido la mesa de la cena, ingresó a la cabina de mando. Su aire profesoral, su aparente distinción y su latosa charla me habían confundido. Era el complemento ideal de Lamarr y su compinche en sus sucios manejos.

27

Fabrizio Vanoni apenas saludó a los presentes con un breve gesto y se sentó junto a Lamarr, que ni siquiera lo miró. A su vez Vanoni no quiso sostenerme la mirada cuando lo encaré. Todo parecía tan bien armado que hasta pensé que el severo y formal Benoit formaba parte de la banda. No obstante, su papel era el de celoso cumplidor de la ley a bordo y estaba tratando de que el asunto no se le fuese de las manos. Volviendo a su rol de moderador del interrogatorio, solicitó a Vanoni:

–*Monsieur* Vanoni: tenga a bien relatarnos nuevamente lo que vio anoche en la cubierta de popa.

Vanoni se aclaró la garganta y vaciló antes de hablar. Después se decidió y contó, hablando en inglés con más dificultades que Benoit:

–Como ya dije: había cenado en la misma mesa que el señor Santini y no me quedé en la fiesta porque preferí recluirme en mi camarote a leer. Estoy traduciendo a D'Annunzio al portugués y quería aprovechar que a esa hora, con la fiesta en pleno auge, nadie caminaba por los corredores. Pasada la medianoche no tenía sueño, por lo que salí a tomar aire a la cubierta superior y me quedé ensimismado en la noche pensando en el trabajo que había estado corrigiendo. No sé cuánto tiempo estuve así, apoyado en la baranda. Después, caminé hacia la popa por la cubierta de estribor –¿se dice así?– y creo que era poco más de la una de la mañana. Entonces, al llegar a la explanada de la cubierta posterior, vi algo que me paralizó: una pareja forcejeaba contra la baranda. La mujer era joven, vestía de negro y parecía que había bebido. El hombre la sujetaba y, creo, trataba de calmarla. Pero ella no se dejaba dominar y lo insultaba. Yo no atiné a hacer nada, lo reconozco, y preferí esperar a que se calmaran. De pronto el hombre la abofeteó y ella se libró de sus brazos y se abalanzó peligrosamente sobre la baranda. Hubo un instante en que pensé que el hombre quería apartarla del peligro. Pero me equivoqué: sin percatarse de que yo

estaba viéndolo, empujó a la mujer, que cayó al océano. Después se quedó mirando el mar, inmóvil y acodado en la baranda como si nada hubiese ocurrido. Yo me oculté tras unos tubos de respiración. Por fin el hombre se volvió y pude verlo claramente cuando pasó junto a mí. En su mano llevaba la cartera de la mujer que acababa de empujar.

–¿Puede indicarnos quién era ese hombre? ¿Lo reconoció? –interrogó Benoit con firmeza, sin dejar de mirarme.

–Sí, está sentado frente a mí –respondió Vanoni y me señaló con un dedo pálido y tembloroso–. Es el señor Santini –agregó.

Por fin perdí la calma y me abalancé sobre la mesa para sujetar a Vanoni por las solapas. Enseguida los oficiales se levantaron y rápidamente me contuvieron.

–Eso que ha contado es una vulgar mentira que usted ha inventado –grité, mientras forcejeaba ante la mirada atónita del capitán Benoit.

Entonces Lamarr dio la vuelta y me golpeó en el estómago y luego en el mentón, aprovechando que me tenían inmovilizado. Benoit, reaccionó:

–¡*Monsieur* Lamarr, le ordeno que se siente! Los oficiales lo tenían todo controlado. ¡Y usted, Santini, si no se calma haré que lo esposen! Les ruego a todos que se serenen.

Vance Lamarr me había golpeado fuerte y por unos minutos me quedé casi sin aire. La mandíbula me dolía como si hubiese chocado contra un yunque. Ignorando la agresión, Benoit expresó sus conclusiones:

–Como ha podido oír, *monsieur* Santini, lo acusan de la desaparición de *mademoiselle* White. Para mí es gravísimo perder un pasajero en medio del océano. En muchos años de servicio, nunca me había sucedido. La ley del mar me habilita a detenerlo y ponerlo a disposición de las autoridades del primer puerto al que arribemos. El oficial Lemercier hará un informe detallado y cuando lleguemos a Salvador podrá solicitar un abogado de oficio que lo defienda. La denuncia que previamente me presentó *monsieur* Lamarr estaba documentada con páginas de periódicos de Miami en las que *mademoiselle* White aparece vinculada a un escándalo con fotografías y al asesinato de un fotógrafo en un cuarto de hotel. Hace un momento, el oficial Barrière me ha informado que en su camarote, bajo el

colchón de su litera, encontraron la cartera de *mademoiselle* White y un arma: una pistola automática calibre 45. También había un sobre con fotografías escabrosas de *mademoiselle* White. Por supuesto, he averiguado también por radio que no existe constancia del ingreso a Cuba de la dama. Considérese detenido: un oficial y un marinero lo conducirán al camarote de seguridad. Recibirá alimento y podrá asearse y sus pertenencias quedarán consignadas bajo mi responsabilidad. Descenderá en Salvador, en donde será entregado a la policía. ¿Tiene algo que agregar?

–Sí: mande que revisen todo el barco y busquen a Miranda White, capitán. Tiene que estar oculta y narcotizada en alguna parte: lo han engañado, capitán Benoit. Bastará con telegrafiar al FBI y preguntar si conocen a un agente llamado Vance Lamarr que viaja en el Valdivia. Nos están usando para ocultar un secuestro. Y sobre todo: ¿cuál es el móvil de mi supuesto crimen?

–Yo voy a decírselo –intervino Lamarr–: Se me ocurre que hace algunas semanas usted mató al fotógrafo Richard Donahue de un disparo en la cabeza. Eso ocurrió en un hotel de South Beach, en Miami, y las razones usted las sabrá, aunque es fácil imaginárselas. El fotógrafo extorsionaba al señor White con fotos comprometedoras de su hija. Es probable que usted haya liquidado al chantajista por contrato con White, ¿quién sabe? Nunca pensé que la autora hubiera sido la chica, pero no tenía otro camino que seguirla para averiguarlo. Ahora, las pruebas encontradas en su camarote cambian los hechos. La chica tenía un amorío con Donahue y seguramente nunca quiso para él ese final. Pero con los acontecimientos consumados y ventilándose en la prensa, White, la chica y usted escaparon de Miami hacia La Habana. Quizá cobró poco por su trabajo de sicario y decidió seguir aprovechándose de las debilidades de *Mr* White. Usted en realidad viaja en este barco para raptarla una vez que llegue a Salvador. Es evidente que ambos simularon no conocerse, hasta que en el comedor los hechos se precipitaron cuando la chica se embriagó. En Brasil alguien tiene mucho dinero como para pagar un buen rescate. Pienso que hace unas horas el asunto se le fue de las manos: supongo que ella se cansó de que la asediase y amenazó con delatarlo. Entonces sucedió lo que el señor Vanoni nos ha contado.

El cinismo de Lamarr atribuyéndome a mí lo que él había hecho y planeaba hacer fue más removedor que su golpe en mi mandíbula. Lo miré sin responderle. Benoit tampoco lo hizo, pero un resquicio de duda asomó brevemente en su mirada. Vanoni y Lamarr se pusieron de pie y dieron por concluida su función. Enseguida, el oficial Danton se acercó y dijo:

–Acompáñeme y procure no intentar nada violento. Por su bien le pido que me obedezca y no cree más problemas a bordo.

28

Atravesamos corredores, descendimos escaleras y por fin llegamos al camarote de seguridad, que no era otra cosa que una celda subsumida en las profundidades del barco. Cercano a la sala de máquinas, el calor lo rodeaba como el aliento de una bestia infernal. El oficial a cargo me indicó que entrase y constató que el lugar estuviese limpio y con todo lo necesario para mis futuras horas de recluso. El marinero se encargó de llenar de agua una jarra y entregarme un par de toallas limpias, una colchoneta y una manta para poner sobre la cucheta. La puerta no era ciega y tenía un pequeño ventanuco enrejado y sin vidrio. El habitáculo carecía de ojo de buey y apenas tenía espacio para la cucheta, un armario, un pequeño lavatorio, una silla y una mesa. Bajo la cucheta asomaba una bacinilla.

–¿Necesita algo, *monsieur* Santini? –dijo Barrière.

–Sí: que ubiquen al pasajero Zuloaga y le informen que deseo hablar con él. ¿Supongo que tengo derecho a recibir visitas, verdad?

Barrière dudó, pero finalmente anotó el nombre en un papel y ordenó al marinero que me encerrase. Antes de irse me advirtió:

–A mediodía se le servirá el almuerzo y a las ocho la cena. Cuatro veces por día se le retirará la bacinilla para limpiarla. El guardia se encargará de abrir y cerrar esta puerta. De más está decirle que no intente escapar, porque no llegará muy lejos. En este momento navegamos frente al cabo San Roque, a unas cien millas de la costa, y falta un día y medio para que lleguemos a Salvador.

La puerta se cerró y maldije mi estupidez. Lamarr era sin duda un consumado profesional, que iba a mantener oculta y silenciada a Miranda hasta que llegáramos a Salvador. ¿En dónde estaba? ¿Cómo iba a bajarla sin que nadie lo notase? ¿El capitán Benoit se quedaría con la versión de los hechos dada por Vanoni o buscaría a Miranda por cada recoveco de su barco? La primera complicación de un

secuestrador suele ser la víctima, que normalmente no suele colaborar con él. Tal vez Miranda estaba todavía bajo los efectos de un potente narcótico que le hubieran inyectado, inconsciente y ajena a todo, pero una vez que despertase, podría gritar o pedir ayuda.

Extendí la colchoneta sobre el camastro y me senté, cada vez más convencido de que debía salir cuanto antes de esa celda para rescatar a Miranda. Iban a seguir dopándola y debilitándola, dándole apenas agua para que no se deshidratase y hundiéndola sin remedio en un sopor del cual no escaparía si no la liberaba. Probablemente estuviera atada y amordazada y no podía así intentar hacer nada para escapar. Era una chica indefensa y frágil como solo puede serlo una pobre niña rica. Los golpes en la puerta me sobresaltaron:

–Tiene visita –anunció el guardia.

–¿Quién es? –pregunté.

–El señor Zuloaga –repuso el guardia.

–¿Podría permitirle entrar?

–Antes debo revisarlo y cerrar con llave cuando entre.

–Por mí no hay problema.

Finalmente el cerrojo se abrió y entró el periodista del *ABC*. Su rostro estaba encendido y preocupado, pero por suerte se había animado a venir.

–Hombre… qué le ha pasado. Cuando lo vi correr anoche, supe que se metería en problemas –dijo al verme.

–Tranquilo, voy a explicarle. Gracias por venir.

La puerta se cerró y le indiqué a Zuloaga que se sentara. Obedeció y miró con detenimiento los detalles de mi encierro.

–¡Esto es sofocante! –protestó.

–No es lo peor, créame.

–Un oficial me informó de su llamado, ¿está usted detenido?

–Al uso de Benoit y su ley del mar. Voy a contarle por qué estoy aquí y solo le pido que me crea. Tal vez sea un relato un poco largo, así que voy a resumírselo para no fastidiarlo demasiado –dije y luego le conté la trama en la que estaba envuelto.

Zuloaga escuchó con interés y con cada detalle significativo murmuraba frases breves que comentaban mis dichos. Por fin dijo:

–¿Y dónde cree que esté la chica ahora? ¿En un sitio como este?

–No lo sé, pero tengo que encontrarla lo antes posible.

–¿Y cómo lo hará? Está encerrado y bajo vigilancia.

–Tendré que escaparme y para eso usted me va a ayudar.

Zuloaga se estremeció como un niño que está dominado por una pesadilla.

–Oiga: que yo no puedo ser su cómplice. Vine solo por el asombro. Debería consultar a un abogado.

–Vamos, Zuloaga. Aquí voy a freírme si espero que me rescate el Derecho. La chica está en peligro y encerrado no puedo hacer nada por ella, ¿entiende? Me contrataron para protegerla y ella ha desaparecido. Necesito salir de esta lata de sardinas cuanto antes.

–Pero… ¿y cómo podré ayudarlo? –dijo, bajando la voz.

–Preste atención –le expliqué casi en un susurro–: en la consigna de equipajes de la segunda clase dejé una valija guardada. Tome: aquí está el talón que lo comprueba –lo saqué de entre mi media y se lo di–. Vaya hasta la consigna, pida la maleta, ábrala y busque entre las ropas una navaja retráctil que siempre debería llevar conmigo. Guárdesela en el bolsillo y luego, en su camarote, póngasela dentro del zapato y después regrese con el pretexto de traerme algún periódico. Necesito que me consiga también un plano de las plantas del barco, donde esté detallado cada piso. Están colgados en los pasillos. Quite uno de su marco, dóblelo bien y métalo dentro del periódico. Y lo último: averigüe el número del camarote de ese Vanoni que me acusó. Es importante. ¿Entendió?

–Creo que sí… Pero no me parece que con una simple navaja, un plano y un número solucionemos nada. ¿Está seguro de lo que me pide?

–Hace años en el Bronx, esa navaja me sacó de una encerrona peor y gracias a ella puedo contarlo –mentí, para darle ánimos a Zuloaga.

Confiaba en que su curiosidad de periodista lo guiase a cumplir con el encargo.

Zuloaga me saludó con un gesto y golpeó la puerta para que el guardia la abriese.

El calor iba en aumento y el ruido de los motores cercanos también.

29

De acuerdo con lo que O'Mara una vez me dijo, las primeras veinticuatro horas posteriores a un secuestro son decisivas, tanto para el secuestrador como para los que lo persiguen. En ese lapso todo puede fracasar o consolidarse y los investigadores lo saben. Por eso iba a ser fundamental que Zuloaga cumpliese con el encargo y me ayudara a salir del encierro.

Por el momento, Lamarr y Vanoni llevaban la delantera y habían logrado quitarme del medio con una acusación falsa que Benoit había comprado. Si yo permanecía en donde estaba, nada podía impedirles mantener a Miranda oculta hasta llegar a Salvador y una vez en puerto descender y perderse. ¿Cómo pensaban bajarla? No valía la pena detenerme en esa posibilidad. Necesité creer que al final, como en el cine, los buenos ganan, y que una vez que el español regresara, mi suerte empezaría a cambiar.

La espera se hizo larga mientras una y otra vez repasé mentalmente la estrategia que iba a seguir. Como siempre sucede, el factor sorpresa iba a ser mi llave. Me levanté de la cucheta y miré con disimulo a través del pequeño ventanuco enrejado. El marinero de guardia dormitaba sentado en una silla y era probable que no se moviese hasta que Zuloaga regresara. Estaba armado con una pistola automática que llevaba en una canana y por la contextura física no me pareció muy en forma. Era probable que esa guardia que cumplía no estuviera en sus planes y que ni siquiera supiera qué había sucedido para que yo estuviera encerrado.

Volví a la cucheta y al rato golpearon de nuevo la puerta:

–Visita. Voy a abrir –dijo el marinero, con voz adormilada.

La puerta se abrió y Zuloaga ingresó con cara de circunstancias. De inmediato me tendió un diario doblado en cuatro y bajó la vista señalándome sus pies.

–Le traje un diario para que se entretenga, aunque, claro, no es el de hoy –comentó Zuloaga.

El marinero volvió a cerrar con llave. Zuloaga me entregó el diario y luego se sentó en la pequeña silla, mirando hacia la puerta con aire distraído. Después se quitó un zapato y metió la mano dentro para extraer la navaja. Con gesto rápido me la pasó. Su rostro estaba encendido y la mandíbula inferior le temblaba.

–¡Bravo, Zuloaga! –le dije por lo bajo y sopesé mi navaja recuperada.

–Es el número seis de primera clase –me informó.

–¿Cómo?

–¡El camarote!

–Bien: ahora empieza la acción. Voy a pedirle que se acueste en la cucheta y se haga el dormido –le ordené.

–¡Hombre, que no quiero más líos! –protestó–, bastante me ha costado esto que le he traído.

–Acuéstese y finja que se desmayó, el resto lo haré yo –precisé.

Zuloaga abrió los ojos con expresión de pánico. Finalmente, obedeció.

No bien Zuloaga se tendió bocabajo, golpeé la puerta y grité:

–¡Abra, marinero! ¡Zuloaga se desmayó, ayúdeme!

Enseguida el marinero abrió y entró. Se detuvo a contemplar al que yacía en la cucheta.

–Creo que es el calor –le dije– hay que reanimarlo.

El marinero dudó y luego se inclinó un poco sobre Zuloaga, que estaba rígido y desmañado como un cadáver. Esa distracción fue todo lo que necesité. Saqué la navaja del bolsillo y accioné el resorte, que soltó la hoja. Enseguida acerqué el filo a su garganta mientras lo sujetaba del cuello con mi brazo derecho. Con la mano libre, le quité la pistola de la canana al tiempo que ordené a Zuloaga:

–Levántese, Zuloaga, necesitamos la cama.

El español se volvió con ojos aterrorizados y se incorporó enseguida. Con la culata de la pistola golpeé la nuca del marinero, que cayó de bruces aturdido sobre la cucheta.

–Vámonos de aquí –ordené y Zuloaga me siguió.

Cerré el camarote con llave y me la guardé. Luego cerré la navaja y

me calcé la pistola en la cintura. El español seguía mirándome con asombro y pavor a la vez, pero aceptó seguirme el juego.

–Espero que cuando se ponga a gritar no lo escuchen –dije y rápidamente abandonamos el estrecho corredor y subimos por una escalera.

Desplegué el plano que había guardado en el bolsillo del saco y traté de orientarme para encontrar el camarote número seis de primera. Prácticamente estaba en el otro extremo del barco. Miré la hora y faltaban veinte minutos para que en el comedor se iniciara el primer turno del almuerzo. Tenía un único naipe para apostar y no tenía más remedio que confiar en mi intuición.

–¿Adónde vamos? –preguntó Zuloaga.

–A visitar a Vanoni, ¿lo recuerda? Apúrese, tenemos poco tiempo.

Subimos tres escaleras más y desembocamos en el vestíbulo del primer puente, en el que confluían dos largos corredores de primera clase. Nos cruzamos con pasajeros y personal de servicio. El plano me indicaba que el camarote de Vanoni estaba casi al final de uno de los corredores. Caminamos por él más de cincuenta metros y por fin llegamos a la puerta seis. Tenía colgado de su pestillo un cartón con el rótulo "No molestar". Enseguida apoyé mi oreja en la puerta y escuché. No se oía ningún sonido dentro del camarote.

–Trate de encontrar al supervisor de primera. Dígale que venga con la llave maestra –le ordené a Zuloaga–. Yo me quedo aquí, ¡vamos, muévase!

–¿Qué voy a decirle?

–¡Dígale que hay un incendio en un camarote cerrado y que nadie responde!

Zuloaga obedeció y salió en busca del supervisor.

Me recosté contra la pared del corredor y saqué la pistola de mi cintura. Era una Mauser calibre 6,5. Nunca había manejado una. Me pareció pesadísima. Le quité el seguro y la volví a calzar en donde estaba. Seguí atento a cualquier sonido del camarote mientras la espera empezó a ser interminable. Dos pasajeros salieron de un camarote contiguo y me miraron: era una de las parejas de franceses que había conocido la primera noche en el comedor. Les sonreí por compromiso y los vi alejarse haciendo comentarios por lo bajo. Hasta

que por fin, a lo lejos, apareció Zuloaga seguido de un individuo vestido con uniforme de color azul. Cuando llegaron, el supervisor preguntó:

–¿Dónde es el incendio? No veo humo, me parece que…

No lo dejé terminar porque lo encañoné con la Mauser.

–Abra ahora mismo este camarote –le ordené.

Al ver el arma, el hombre se sobresaltó. Finalmente colocó la llave maestra en el orificio de la cerradura y abrió. Enseguida lo aparté y entré en el camarote, que estaba en penumbras porque las persianas de sus dos ventanas estaban cerradas. Hice girar la perilla de la luz y entonces, en una de las camas, vi a Miranda atada de pies y manos y amordazada. Parecía dormida o, más bien, narcotizada. Tal vez Fabrizio Vanoni estaba en el salón de fumar leyendo a D'Annunzio. Detrás de mí entraron Zuloaga y el supervisor. Me acerqué a Miranda y le quité la mordaza y empecé a desatarla. Oprimí su muñeca y vi que tenía pulso.

–Pronto: que venga el capitán con un médico –le ordené al supervisor, que lo miraba todo con expresión incrédula.

–¡Apúrese, hombre! –me apoyó Zuloaga, que al ver a Miranda podía creer finalmente en mi historia. Mientras tanto yo trataba de reanimar a la chica, pero mis vehementes sacudidas a su cuerpo no producían resultados. Busqué en el camarote –que era amplio y de un lujo sobrio– hasta que en el cajón de una mesa de luz encontré la caja metálica con la hipodérmica y las ampollas. Con seguridad le habían inyectado una dosis de pentotal. Minutos después llegó el capitán Benoit acompañado del médico del barco.

Le señalé a la chica y le mostré la mordaza y las cuerdas con las que la habían atado:

–*Mademoiselle* White está viva; espero que sana y salva –le dije y Benoit arqueó sus cejas por toda respuesta–. El profesor Vanoni nos debe una explicación y supongo que Lamarr también –agregué mientras el médico revisaba a Miranda.

Benoit asintió y se rascó la barba.

–Tal vez le deba una disculpa, *monsieur* Santini –dijo y le ordenó al supervisor que llamara al oficial Lemercier. El médico destapó un pequeño frasco que extrajo de su maletín y lo puso bajo la nariz de

Miranda. Poco a poco la chica empezó a reaccionar. Le mostré la hipodérmica y las ampollas y el médico las examinó. En ese momento Fabrizio Vanoni entró al camarote. Sin dudarlo levanté mi brazo y lo encañoné con la Mauser. Su expresión no se alteró. Al ver el arma y a Miranda atendida por el médico, se rindió sin hacer ningún comentario. Incluso me pareció que sentía alivio.

–Considérese detenido, *signore* Vanoni –dijo el capitán Benoit.

30

Contra lo que pude pensar, Vanoni no delató a Lamarr y asumió toda la culpa del secuestro. Tras ser detenido e interrogado por Benoit y los oficiales, confesó que su plan era mantener a Miranda narcotizada y luego de ocultarla en el enorme baúl que había en su camarote, descender en Salvador y llevarla a un lugar seguro desde donde podría comunicarse con la familia y pedir un rescate. Las pruebas que se encontraron en su habitación eran concluyentes: las ampollas y la hipodérmica y por supuesto la documentación y el Smith & Wesson que me quitó y que extrañamente no arrojó al mar.

Luego de reaccionar del sueño profundo, Miranda quedó bastante confundida y por unas horas no recordaba lo que le había sucedido después de la cena. Por orden de Benoit, se instaló de nuevo en su camarote y quedó en compañía de una enfermera del personal de servicio. El médico le recomendó beber mucho líquido y tratar de no volver a dormirse.

En cuanto a Vance Lamarr, la situación de Vanoni lo llevó a admitir ante Benoit que se había equivocado al sospechar de mí, pero según su parecer la situación de Miranda seguía incambiada, por lo cual pensaba entregarla a las autoridades de Salvador una vez que tocáramos puerto. Con relación a Vanoni, solo aclaró que no tenía jurisdicción alguna en el barco y que el capitán era quien debía encargarse del italiano.

Benoit iba a deshacerse de Vanoni al llegar a Salvador, de manera que, bajo otras circunstancias, los dos secuaces podrían salirse con la suya y bajar a tierra llevándose a la chica, porque yo descontaba que Lamarr manejaría la situación con las autoridades brasileñas. Bastaba dar con el precio de los funcionarios para que Vanoni quedara libre y Miranda al cuidado de Lamarr.

Lamarr fue claro con Benoit:

–La chica queda a su cargo mientras naveguemos; después yo me ocuparé.

Estábamos otra vez en la cabina de mando y el oficial Danton ya había conducido a Vanoni al mismo camarote en donde yo había estado recluido. Benoit no respondió, pero yo pude captar su reticencia ante el comentario de Lamarr.

–Veo que quiere seguir con su comedia –dije y lo miré a Lamarr. Me sonrió y sus manos se tensaron sobre la mesa.

–No sé de qué me habla –respondió.

–Apuesto a que en su camarote hay un frasco con cloroformo y un trapo.

–Se imagina cosas, amigo.

–Usted también: cree que podemos tragarnos su embuste. Basta verlo para saber que vive del fraude. No creo que el FBI caiga tan bajo como para tenerlo como funcionario.

–*Messieurs*, la reunión ha terminado –terció Benoit y se puso de pie. Estaba claro que dudaba de todo y que el *affaire* Miranda lo tenía harto–. Les recomiendo que ninguno de los dos se acerque al camarote de *mademoiselle* White por el resto de la travesía. Mañana de tarde llegaremos a Salvador. *Monsieur* Santini: quédese, tenemos que hablar.

Lamarr se sorprendió, pero sin agregar más nada dejó la sala. Benoit me invitó a pasar a su despacho. Lo seguí. Una vez allí, se arrellanó en la butaca del escritorio y me señaló la *bergère* frente a él. Me senté y aguardé.

–No me tome por tonto, *monsieur* –dijo Benoit.

–Jamás pensé eso.

–Cree que *monsieur* Lamarr me engaña y que puede decidir qué hacer en mi barco. Verá: ya he tomado decisiones, pero antes de confiárselas usted deberá darme su versión de los hechos o, mejor dicho, explicármelos más en detalle. Ya me ha mostrado sus credenciales que prueban su profesión, pero creo que su vínculo con *mademoiselle* White es extraoficial, ¿verdad?

–Es cierto, pero me comprometí con su padre a que la cuidaría y la entregaría a su madre en Río de Janeiro. No es una misión que me haya encargado la Agencia, pero quiero cumplir con mi trabajo. Para serle sincero, me han adelantado dinero y quiero ganármelo. Que

Miranda llegue a Río sin más contratiempos es todo lo que pretendo, y espero que usted no cometa el error de entregársela a Lamarr. En cuanto a los hechos, pienso que sucedió todo como Lamarr lo contó, salvo que él tuvo el rol que me atribuyó a mí. Me refiero a que mató al fotógrafo por encargo y luego entrevió la posibilidad de seguir lucrando con la chica. Como puede comprobarlo si mira su pasaporte, Vance Lamarr abordó el Valdivia en La Habana, no en Miami como me dijo la noche que lo conocí.

–Ya lo sé –dijo Benoit–. Y por supuesto que no le entregaré a *mademoiselle*. Tengo buenos contactos en Salvador a los cuales he radiado mensajes. En algunas horas fondearemos a unas diez millas de la costa –ya estamos en aguas brasileñas– y una lancha de la prefectura del puerto vendrá a buscar a Vanoni y Lamarr. La acusación sobre Vanoni está en un informe que Lemercier ya ha preparado. Lo de Lamarr corre por mi cuenta. No lo quiero en mi barco y por tanto ejerceré el derecho de admisión. Este es uno de los últimos viajes del Valdivia, que ha tenido pasajeros ilustres: el científico Einstein, por ejemplo; quiero que su historia termine bien y esto que ha sucedido me fastidia bastante. Voy a ponerle final, *monsieur* Santini. Le recomiendo que lo evite a Lamarr hasta que baje. Y algo más: he guardado su arma y se la entregaré recién en Montevideo. Con la de Lamarr haré lo mismo: en este momento deben estar requisándosela. *Ça sufi, monsieur*.

Benoit se puso de pie y dio por concluida la conversación. Me miró con un aire satisfecho, como si la autoridad que estaba ejerciendo lo hubiera rejuvenecido. Tal vez sentía que había recuperado su barco de una especie de motín.

Salí de su despacho en busca del bar y un merecido trago.

31

A esa hora el personal de servicio ya había ordenado las mesas luego del almuerzo y el comedor estaba desierto. Muchos pasajeros tomaban sol en cubierta y otros caminaban a lo largo de las bordas. La mayoría, quizá, descansaba en sus camarotes o hacía planes para aprovechar las pocas horas de recalada en Salvador.

Me acerqué a la barra y me senté en el banco de Einstein. El barman, el mismo que me había atendido la primera vez que pedí un trago, me reconoció:

–¿Qué tal la travesía?

–Cada vez falta menos –respondí. El barman asintió y colocó un posavasos sobre la barra.

–¿Almorzó?

–No me sentía con ganas, tal vez por el calor –expliqué–. Escocés con hielo –pedí. Con el rabillo del ojo vi que alguien se había acercado a la barra. Me volví y era Vance Lamarr. Me dedicó una mirada en la que había un cierto desafío o quizá un sórdido rencor. Yo había visto antes esas miradas y en general anticipaban discusiones o peleas.

–Sabía que usted era un fisgón a sueldo –dijo Lamarr.

El barman me sirvió el *whisky* y supe que antes de responder iba a beber el trago que me había ganado. Cuestión de principios y prioridades. Di un largo sorbo y dejé el vaso sobre la barra.

–No finja más conmigo, Lamarr: está claro que siempre supo quién era yo y para qué estaba viajando. Gómez se lo dijo en La Habana, lo puso al tanto de todo. Usted pertenece tanto al FBI como yo al *ballet* ruso y el italiano es su cómplice. Cualquiera que sepa sumar dos más dos se daría cuenta. Ahora quisiera tomar mi *whisky* en paz y usted me altera.

Lamarr se acercó dos pasos. Imaginé que iba sin su arma y que seguramente se sentía desnudo sin ella. El barman nos miró extrañado,

aunque nunca imaginó lo que sucedería cinco segundos después.

Con un rápido movimiento lancé mi mano contra la entrepierna de Lamarr y cerré con todas mis fuerzas mis dedos sobre sus testículos. Ya le había advertido que era capaz de partir nueces hasta triturarlas con solo concentrarme y presionar. El rostro de Lamarr se contrajo y largó un agudo quejido; intentó liberarse con sus brazos, pero yo seguí apretando y el dolor fue creciendo hasta que Lamarr se dobló y gimió como un extraño animal. Lo mantuve sujeto largos segundos, hasta que finalmente lo solté y el cuerpo pesado se fue aflojando hasta caer ovillado al piso. Pude patearle la cara pero me aparté. Lamarr empezó a toser y sus manos buscaron aliviar sus cojones. De niño me valía de esa treta para defenderme del abuso de los más grandes y en Brooklyn eso sucedía muy a menudo.

Me bebí el resto del *whisky* y lo pagué. Para el barman nada había sucedido, porque ni siquiera abandonó la barra para ayudar a Lamarr, que todavía se retorcía en el piso.

–Creo que un pasajero se siente mal, por favor llame al médico –le dije y me fui.

El barman no respondió.

32

Al atardecer de ese día el Valdivia fue enlenteciendo su marcha hasta detenerse. El mar estaba calmo y el buque se mecía con suavidad. Desde la cubierta de estribor vi llegar la lancha que traía a los de la prefectura. Enseguida dos marineros del barco desplegaron un sistema de poleas con una escalera lateral dispuesta en diagonal con una plataforma que casi llegaba al agua. La lancha se acercó lentamente y se amarró a la plataforma. De su pequeña cabina aparecieron tres hombres uniformados y armados y un cuarto de particular.

Benoit no tardó en llegar a la cubierta. Lo seguían sus dos oficiales, Lemercier y Danton. Este llevaba una carpeta, seguramente con informes, y descendió por la escalerilla para abordar la lancha. El hombre de particular lo recibió con un apretón de manos y aceptó la documentación. Abrió la carpeta y miró su contenido. Luego miró hacia la borda y saludó al capitán del Valdivia con un gesto. Benoit se volvió y dio una orden a Lemercier. El oficial se retiró y minutos después regresó acompañado por dos marineros que conducían a Fabrizio Vanoni esposado. Le quitaron las esposas y le indicaron que descendiese por la escalera. Lo hizo con lentos cuidados entre los dos marineros. Una vez a bordo volvieron a colocarle las esposas.

Instantes después otros dos marineros llegaron a la borda acompañando a Lamarr. No iba esposado y vestía su traje marrón y arrugado. También traía su valija. Lentamente algunos pasajeros se habían acercado a contemplar el operativo y muchos se preguntaban qué estaba sucediendo:

–Están desratizando el Valdivia –dije ante la pregunta de uno.

Lamarr parecía no resistir la orden de abandonar el barco. No obstante, antes de acceder a la escalera se volvió hacia Benoit:

–Comete un grave error, capitán, del que prometo se arrepentirá –

dijo entre dientes.

Benoit no respondió.

Mientras bajaba, Lamarr miró hacia arriba y nos vimos brevemente. Le mostré los dedos de mi mano derecha, no como saludo sino para que los recordara. Enseguida los cerré hasta transformarlos en un puño. Lamarr entendió y me juró venganza a la usanza de Sicilia: pasándose su índice por la garganta.

Una vez que los prisioneros descendieron, Lemercier trepó por la escalerilla, de regreso a la borda. Luego los marineros bajaron el equipaje de Vanoni y Lamarr, incluido el enorme baúl donde pensaban ocultar a Miranda. Finalmente la lancha partió hacia Salvador. Con el sol en el horizonte, el Valdivia empezó a moverse de nuevo. En ese momento Zuloaga llegó y se apoyó en la baranda junto a mí.

–¿Qué me he perdido? –preguntó.

–No mucho: solamente el desalojo de dos ratas peligrosas. Respire tranquilo, Zuloaga, viajaremos mejor.

–¿Se los han llevado? –insistió, como si dudase.

–Sí: Benoit aplicó la ley del mar.

–Es una buena historia: ¿me permite contarla en el *ABC*?

–Solamente si no usa los nombres verdaderos, en especial el de la chica.

–¿Y el suyo?

–No soy importante y lo único que hice fue cumplir con un encargo. Y a propósito: no he tenido tiempo de agradecerle su colaboración. Sin usted no lo hubiera logrado.

–Hombre, no es para tanto. Necesito un rival a mi nivel para el dominó.

Ambos nos reímos con ganas y después nos quedamos callados hasta que el sol se hundió en el océano.

33

De madrugada entramos en la bahía de Todos los Santos y el Valdivia permaneció en su muelle hasta la media tarde, en que volvió a partir. En ese lapso se reaprovisionó y muchos pasajeros bajaron a tierra y pudieron visitar la ciudad. Yo preferí quedarme a bordo, recluido en mi camarote. Todavía estaba pendiente el trámite con el Guadagnini y, más allá de mis sospechas sobre el sentido de su entrega en Río de Janeiro, me sentí con derecho a no seguir siendo un tonto mandadero. Entonces, con el Valdivia zarpado, me decidí y fui hasta el depósito de equipajes y presenté el talón de mi maleta. El funcionario me la entregó y con ella fui derecho al camarote de Miranda. Con Vanoni y Lamarr lejos y ya recuperada la joven de su sueño artificial, la enfermera que la cuidaba había abandonado su guardia. Golpeé en la puerta y esperé. Enseguida Miranda preguntó:

–¿Quién es?

–Su ángel de la guardia.

La puerta se abrió. Miranda vestía un pijama casi masculino y todavía lucía un poco demacrada. Me invitó a entrar con un gesto desmañado.

–¿Se siente bien? –me sorprendí tratándola de "usted", como si la pasión de dos días antes no hubiera existido. Ella se encogió de hombros y volvió al revoltijo de su cama.

–No sé, pero al menos he quedado en libertad.

–¿Tomó suficiente líquido hoy?

–¿Qué pasa? ¿Qué es ese trato tan respetuoso, detective?

No sabía qué responder y entonces inventé:

–Digamos que me cuesta mezclar el trabajo con el placer.

–Tal vez sea mi pijama, idea de esa mujer que me cuidó. Piensa que me secuestraron por el escote de mi vestido. ¿Qué trae en esa valija? ¿Va a mudarse con la niña mala?

–No, claro. Le he traído un regalo. En realidad era una sorpresa que debía recibir en tierra, pero no quiero ser cómplice de los manejos de su padre. Demasiado me ha manejado ya. Por eso se me ocurrió mostrarle lo que hay aquí adentro.

Miranda se incorporó y yo abrí la maleta y quité la ropa. Enseguida desmonté el doble fondo y el violín y su arco quedaron visibles. Ella los miró y sin decir palabra tomó el violín con un gesto de absoluta fascinación. Con la mano izquierda pulsó sus cuerdas y de inmediato ajustó un par de clavijas. Después sacó el arco de su hueco, lo sostuvo en alto y se irguió en el borde de la cama, conteniendo la respiración y concentrándose en lo que instantes después haría. Luego pasó lentamente el arco sobre las cuerdas y volvió a ajustarlas. Quedó otra vez inmóvil y enseguida empezó a tocar el Guadagnini y una lenta melodía fue creciendo y llenando el camarote mientras yo me quedaba sin palabras.

Como si yo no existiera Miranda siguió tocando hasta culminar con una nota en suspenso, tres o cuatro minutos después.

–Tercer movimiento del cuarteto para cuerdas número dos en Re de Borodin: ya me siento mucho mejor –dijo y dejó el violín y el arco sobre la cama.

Yo iba a aplaudir pero ella me abrazó y quedó en silencio apretada contra mi pecho. Se separó y sus ojos estaban húmedos.

–¿El Guadagnini, verdad?

–Sí. Su padre me lo había confiado. Ahora es suyo, señorita White.

–Gracias –murmuró.

Recogí mi ropa y la amontoné para llevármela. Entonces ella dijo:

–Por favor, quédate, prometo quitarme este pijama.

La miré y ella me devolvió una mirada cargada de destellos tórridos.

–En todo caso, yo voy a quitártelo.

Luego de hacernos el amor y de perder la noción del tiempo, me incorporé y me vestí. Mientras lo hacía, Miranda, totalmente desnuda y sentada al borde de la cama tomó otra vez el violín.

–Te dejo el estuche –le dije, señalando la valija.

Ella no respondió. Estaba embobada con el instrumento y lo había tomado y sostenía con un cuidado infinito, como si se tratase de una criatura frágil. Sin decir más nada la dejé en su burbuja de música y

salí del camarote. Esta parte de la historia también iba a interesarle a Zuloaga.

34

El día y medio siguiente antes de llegar a Río de Janeiro lo navegamos en medio de una furiosa tormenta que zarandeó bastante al Valdivia por varias horas. La mitad del pasaje se descompuso y casi nadie quiso salir del camarote hasta que, con la ciudad divisándose en la lejanía –sus montañas, que allí llamaban "morros", parecían gigantes que emergían de las aguas–, el cielo se despejó, la calma sobrevino y el sol secó la cubierta. Poco a poco reaparecieron las poltronas y las aves sobrevolaron el barco.

Durante la reclusión y tratando de sobrellevar el mareo acostado, esperé en vano los golpes en la puerta. Tal vez a Miranda le sucedía lo mismo, pero no tuve oportunidad de comprobarlo. Como fuera, la hija de Melvyn White estaba regresando sana y salva a casa y los quinientos dólares del adelanto seguían en mi bolsillo, listos a duplicarse una vez que pisara Río.

Por la cartilla que me habían deslizado por debajo de la puerta la detención en la capital de Brasil sería más breve de lo habitual: apenas un día y luego se iniciaría el tramo final de la travesía. Estaba harto de la vida a bordo y no veía el momento de llegar a Montevideo, en donde empezaría la verdadera misión de mi viaje.

A medida que nos íbamos acercando a tierra, el perfil de Río iba dibujándose de forma nítida, y sus elevaciones, que en nada se parecían a las de New York porque eran naturales y de un verde azulado, iban creciendo y provocando exclamaciones de los pasajeros que deambulaban por la cubierta. Todos querían descubrir la enorme estatua del Cristo Redentor que el año anterior había sido inaugurada sobre la cima del Corcovado, la montaña más alta de la ciudad. En un folleto que había en el salón de fumar había leído que el mismísimo Guillermo Marconi había participado de la ceremonia desde su yate Ellectra fondeado en la costa de Inglaterra. Desde allí había enviado

una señal de radio hacia una estación de Rochester que a su vez la había retrasmitido a otra ubicada en Jacarepaguá, en Río, dando la orden de encendido de las luces que iluminarían el monumento. Lamentablemente algo había fallado y la señal no llegó, por lo que las luces se encendieron de forma manual.

Por fin divisamos la estatua, parcialmente envuelta entre nubes, y en ese momento el Valdivia lanzó tres largos pitazos de sirena anunciando su ingreso a la bahía de Guanabara.

En el extremo de la cubierta de proa encontré a Miranda. Me acerqué y le hablé al oído:

–Parece que pasaron todas las tormentas.

Me miró y sonrió. Otra vez su piel se había dorado y el pelo rubio se le agitaba con el viento. En sus ojos había una nota triste, que rápidamente se disipó cuando me habló:

–Tuve mucho miedo, pero al final me dominé y logré dormirme. En poco rato llegaremos: ¿Quieres que te muestre Río? Le pediré a mi madre el chofer…

–No es necesario: con lo que estoy viendo es suficiente, y tú querrás estar con tu familia.

–¿Odette y Marcio? No tengo familia, detective. ¿Y nosotros, qué? El olvido, claro, ¿qué otra cosa puedo esperar? Me intrigas, Guido, ¿cómo puedes dejar todo atrás? Tu barco sigue y el mar va a separarnos… ¡pero estoy hablando como una tonta romántica, perdóname!

–No te disculpes, tienes razón. Pero yo voy escapando de otros asuntos y la inercia del viaje me condiciona. No te lo dije: estoy en medio de un duelo. Mi padre murió luego de que salí de New York: apenas si me despedí en el hospital. Ya estaba inconsciente y mis hermanos se encargaron de todo. Después la travesía me aturdió y no he tenido tiempo para el dolor.

–Y yo fui parte de la evasión, ¿verdad?

Dudé, no pude responderle, después fingí sinceridad cuando al final dije:

–Tal vez no fue así, pero ya no podré averiguarlo. Eres tan joven y yo voy de paso y de alguna manera viajo al pasado. Te vi cuando tomaste el violín: yo dudaba de que lo tocases, creía que todo era un invento de tu padre. Pero eres una artista. Tienes un mundo por

delante: talento, belleza, dinero, el respaldo de tu madre. ¿Para qué tropezar conmigo? Yo soy nadie, Miranda. Además, creo que tú seduces por impulso, como en un juego: fotógrafos, actores, oficiales de a bordo, detectives. Prueba a enamorarte de veras.

Lo último no le gustó. Quiso responder, pero se arrepintió. Sus mejillas enrojecieron de rabia. Bajó la cabeza y se alejó entre los grupos de pasajeros. Había actuado bien mi número y probablemente ella ya empezaría a olvidarme, algo que quizá yo no lograría.

35

Las maniobras de atraque del Valdivia se cumplieron con tiempo suficiente para que los pasajeros que iban a descender en Río terminaran agolpados en el vestíbulo de recepción, aguardando nerviosos a que colocaran las rampas. Los mozos de cuerda auxiliaron a los pasajeros que viajaban en primera clase en el acarreo de sus equipajes, mientras que los inmigrantes que venían en tercera esperaban con sus pertenencias para bajar por una rampa de popa que comunicaba la bodega directamente con el empedrado del muelle.

El casco de ciento cincuenta metros de largo del barco se iluminaba por la luz de la tarde, que los morros circundantes acortaban y precipitaban a un crepúsculo anticipado. Los largos muelles albergaban otros barcos, la mayoría cargueros, y en una veintena de depósitos se adivinaban mercaderías de la más diversa procedencia. En torno al barco, changadores y parientes de los recién llegados circulaban sin cesar.

El final de mi trabajo para White me obligó a acompañar a Miranda en el descenso por la rampa, ayudándola con sus maletas y demás enseres. Para la llegada se había puesto un vestido color malva y una chaqueta de gabardina marrón y lucía como una modelo del *Harper's Magazine*. Su rostro nuevamente lucía radiante y probablemente había olvidado la conversación de dos horas antes. Llevaba la maleta con el violín casi como un trofeo obtenido en la travesía y su actitud era la de una joven satisfecha que regresaba a casa. Nadie que la viese podía sospechar que en pocas semanas había sido extorsionada y secuestrada y que un amante suyo había terminado con un orificio en el cráneo.

Luego de descender, quedamos a la espera de Odette Kearney, la madre de Miranda, que debía recibirnos según lo indicado por Melvyn White.

–Veo que esperas tu recompensa, detective –dijo Miranda con

calculado desdén.

–Cumplo con lo que prometí: entregarte a tu madre sana y salva. Y entregar el violín que tu abuelo le compró a un pobre húngaro arruinado, que por supuesto era robado. Fin de mis servicios, señorita White.

–No soy una mercadería para que me entregues. Puedes volver al barco si lo deseas, me arreglaré sola con el equipaje.

En ese momento se acercó una mujer seguida por un individuo de uniforme que parecía ser su chofer. Era alta y hermosa y caminaba como sobre nubes. Sus ojos azules relumbraban bajo el ala del sombrero que le caía sobre el rostro y le daba un aire misterioso. Su pelo recogido era dorado con tintes rojizos y le hacía juego con el vestido elegante y vaporoso que llevaba. Parecía una heredera de los Vanderbilt, envuelta en ese aire aristocrático que distingue a los ricos. Cuando llegó junto a nosotros solo dijo:

–Miranda, querida, por fin.

La abrazó con un gesto tan cariñoso como el de un robot y enseguida me miró, dando por descontado que yo sabía quién era. Yo corroboré su intuición:

–Mi nombre es Guido Santini, señora Piñeyro –le dije y me quité el sombrero.

–Llámeme Odette –dijo y me tendió su mano.

Dudé entre estrechársela o inclinarme y besarla como había visto en las películas. Finalmente la estreché apenas y volví a ponerme el sombrero.

Odette me miró como si yo fuese un vagabundo cubierto de alimañas.

–Es muy abrigado ese traje que lleva, nuestro invierno es muy caluroso, señor Santini –comentó con un tono afectado.

–Guido no va a quedarse en Río, madre: va al sur con su carné y sus reglas que todo lo prevén –terció Miranda–. Lo mejor será que le pagues para que desaparezca –agregó con evidente rencor.

–¡Claro! Melvyn me telegrafió explicándome. Aquí tiene, señor Santini.

Odette me entregó un sobre azul cerrado.

–Ábralo y cuente el dinero para saber si es lo convenido –me indicó.

–No es necesario, estoy seguro de que está bien. Supongo que para usted esto es apenas una propina.

–¿Había algo más, verdad? –preguntó Odette, ignorando mi comentario.

–Está aquí, madre –dijo Miranda y le mostró la valija que contenía el Guadagnini.

–Entonces ha sido muy eficaz, señor Santini –comentó Odette con una sonrisa tan falsa como la placa del FBI de Vance Lamarr.

A una señal de Odette, el chofer cargó con todo el equipaje y madre e hija se dispusieron a seguirlo.

–Hasta la vista, señor Santini –dijo Odette, casi sin mirarme.

El fastidio terminó por ganarme y harto de la escena me desquité con el único recurso que me quedaba. Tomé de los brazos a Miranda, la acerqué a mi cuerpo y sin que ella se resistiese la besé largamente en la boca. Después la aparté y sin dejar de mirar sus inolvidables ojos dije a su madre:

–Hasta la vista, Odette.

Miranda se quedó sin habla. Confundida y acaso ya imaginando todo lo demás, Odette la arrastró para alejarla rápidamente de mí. Siguieron al chofer a lo largo del muelle en busca del automóvil que adiviné enorme y lujoso. Antes de perderse entre el gentío que rodeaba al Valdivia, Miranda volvió su cabeza para mirarme y una sonrisa le iluminó la cara. Me guardé el sobre en el bolsillo de la chaqueta y regresé a la rampa para subir a bordo. Decidí que conocería Río al regreso, luego de investigar el caso Bonapelch en Montevideo. La aventura en el Valdivia había terminado.

SEGUNDA PARTE

Un caso perdido

1

Luego de dos días de travesía sin novedades, el Valdivia llegó a Montevideo al amanecer y tuvo que aguardar casi hasta mediodía fondeado en el antepuerto a que la niebla se disipase para poder atracar. En contraste con el sol de Río, la grisura que envolvía a la ciudad me pareció un mal presagio, pero la idea fue pasajera.

Acodado en la borda y con ropa de abrigo vi surgir la costa y sus edificios casi como si estuvieran naciendo en ese momento. A mi izquierda divisé el cerro bajo a un costado de la bahía que, comparado con los morros exuberantes de la capital brasileña, me pareció apenas un extraño bulto en una tierra baja y desprovista de accidentes.

Las construcciones que empezaron a tomar volumen a medida que la niebla se iba disolviendo no tenían importancia si las cotejaba con el horizonte de New York. Apenas algunas se despegaban de la chatura; la primera, la torre del edificio portuario. Más al fondo se adivinaba una silueta alta e irregular que no se distinguía con claridad pero que se destacaba con ventaja del resto. Parecía ser el edificio más alto de la ciudad.

Mientras dos remolcadores ayudaban al Valdivia a maniobrar, regresé a mi camarote y acomodé y cerré mi valija, guardando antes el Smith & Wesson que el capitán Benoit me había devuelto. Había venido en persona a entregármelo y, con esa amabilidad que lo caracterizaba, me dedicó el último “*monsieur*” del viaje al desearme suerte en mi misión en Montevideo. Los días de Miranda White, Vance Lamarr y Fabrizio Vanoni habían quedado atrás para ambos y el apretón de manos que nos dimos pareció sellar un pacto de olvido ante hechos de los que preferíamos no hablar.

No obstante, el recuerdo de Miranda todavía me perseguía y la última mirada que me había dedicado seguía ocupando mi mente. Quería descender cuanto antes del Valdivia para que todo eso se

disolviera en la novedad de una ciudad que era a la vez nueva y antigua para mí.

Antes de acceder a la rampa de descenso, me crucé con el joven Zuloaga. Nos despedimos con un efusivo apretón de manos. Le deseé suerte con su reportaje y le agradecí una vez más su ayuda para liberar a Miranda. Al separarnos me recomendó:

–Si va a Buenos Aires no deje de verme: Hotel Rochester, en pleno centro.

Me quité el sombrero y asentí con una sonrisa. La mole del Valdivia ya casi estaba paralela a la rada y el personal de tierra amarraba los cabos. Había regresado por fin a Montevideo y lo que guardaba en mi memoria era muy escaso como para compararlo con lo que veía.

Valija en mano descendí por la rampa y por fin pisé el suelo adoquinado del puerto. Un viento frío había disipado la niebla y un sol anémico empezaba a aparecer entre nubes que iban disolviéndose para que el azul del cielo surgiera otra vez. Enseguida un niño de diez u once años se ofreció a cargar con mi valija. Llevaba apenas un pulóver apolillado, pantalón corto y una gorra con visera. Dijo algo en español, que no entendí porque había hablado muy rápido. Lo miré y me negué y luego empecé a caminar hacia el edificio de migraciones. El niño insistió y trató de convencerme:

–¡Dele, maestro, se la llevo por dos pesitos! –dijo y por fin lo entendí.

–Acabo de llegar, no tengo dinero uruguayo.

–¡Entonces un cigarrillo, señor!

–Eres muy joven para fumar.

Notó mi acento y me respondió:

–¡Qué importa, gringo, dame uno!

–¿Cómo te llamas, niño?

–Américo –dijo.

Por fin, busqué algún *quarter* en el bolsillo del saco. Encontré uno y se lo di.

–Tendrás que cambiarlo, muchacho.

Lo miró y se lo guardó sin agradecerme. Después se fue corriendo en busca de otro pasajero.

2

A la salida del edificio de migraciones una fila de taxis aguardaba a los pasajeros. El hotel que me habían recomendado estaba a algunas cuadras del puerto, pero preferí abordar un automóvil para llegar cuanto antes. Me subí y le indiqué al chofer:

–Grand Hotel, por favor.

–Enseguida, señor. Estamos muy cerca.

Rápidamente recorrimos algunas manzanas y pronto llegamos a una plaza que creí reconocer: era la misma de una de las fotos que guardaba entre las páginas de la guía Thomas Cook. En una esquina de la plaza estaba el Grand Hotel. Era un edificio de cuatro pisos, de estilo francés y recargado, que en su planta baja tenía un salón de té. La cuadra en la que estaba tenía otros edificios importantes y a un costado de la plaza se veía una iglesia con dos torres muy esbeltas que dominaban su fachada.

Era el mediodía y el movimiento de gente, tranvías y automóviles daba al lugar un cierto aire de pueblerina actividad que me recordó la de un pueblo mexicano de frontera.

–¿Acepta dólares? –le dije al chofer cuando nos detuvimos.

El hombre dudó y finalmente asintió:

–¡Claro que sí… aunque ahora no se cotizan tanto! La plata es la misma en todos lados. ¿Norteamericano? –preguntó mientras le extendía un billete de un dólar.

–En realidad nací aquí, pero hace muchos años que me fui.

–Eligió un buen hotel. No puedo darle el cambio…

–Guárdeselo. Hasta la vista.

Me registré en el mostrador del *lobby* y pude apreciar que el Grand Hotel no tenía nada que envidiarle a uno de New York, aunque por supuesto había una cuestión de escala. Sillones de cuero, alfombras mullidas, plantas, espejos y una araña importante que pendía del techo

daban categoría al lugar y un aspecto internacional o, por los detalles del mobiliario, quizá europeo. El conserje –un hombre cincuentón, algo obeso, de tez encendida, calvo y de evidente bigote teñido– llamó de inmediato a un botones para que me condujese a mi habitación, que estaba en el cuarto piso y tenía balcón y vista a la plaza. Antes de subir a la habitación, pedí al empleado cambio de cien dólares en moneda uruguaya.

–En una época nuestro peso valía más que sus dólares, señor –comentó mientras me extendía los billetes del cambio–. La historia cambió, claro, y ahora el régimen trata de devolvernos lo perdido: ojalá lo logre, aunque tres meses es poco tiempo.

–Se refiere a la dictadura.

El hombre sonrió con cierto embarazo y explicó, bajando la voz:

–Entre nosotros: es una “dictablanda”. Se instaló sin que se oyera un solo tiro, salvo el que se pegó Brum –dijo, con cierto desencanto.

–Algo leí: fue un idealista.

La cara del conserje expresó duda.

–Sí, por supuesto, aunque quizá estaba un poco trastornado: nadie movió un dedo por él en esa tarde trágica. El salvoconducto para exiliarse ya lo tenía, había herido a un policía y, en fin, fue un arrebato que no sirvió de nada. Hubo rumores de que su esposa le gritaba desde la planta alta instigándolo a que se matara. Todo pasó a pocas cuadras de acá, pero ya no se habla de esa muerte. Y a los que hablan mucho se los llevan a una isla. Hace unos días hubo elecciones para una Asamblea Constituyente: hay dictadura pero también actos democráticos. Votó un cuarto de millón de ciudadanos, aunque hubo mucha abstención. ¿Quién entiende esto, señor? Y, cambiando de tema, permítame comentarle que para ser norteamericano habla bien el español. ¿Dónde lo aprendió?

–Tengo una novia mexicana –dije.

Le agradecí los billetes, y acompañado por el botones, me metí en el ascensor.

–¿Va a quedarse muchos días, señor? –preguntó el botones.

–Solo los necesarios –respondí.

El chico sonrió y notó que yo no era locuaz.

–¿Primera vez en Montevideo?

—Ya estuve antes, pero muchos años atrás —dije sin precisar las circunstancias.

Llegamos al cuarto piso, y con diestro movimiento, el botones abrió las puertas enrejadas del ascensor y salimos al vestíbulo. Enseguida llegamos a la habitación 403 y luego de abrirla el chico me dejó pasar.

Era un cuarto amplio y bien amoblado, en donde yo iba a descansar a mis anchas luego de haber pasado demasiados días en un camarote de segunda.

El botones abrió la puerta que daba al balcón y luego las celosías, dejando entrar la luz y una bocanada de aire invernal. Le extendí un billete y él dejó la maleta sobre la cama y se retiró luego de agradecerme y colocar la llave sobre la mesa de luz.

Me asomé al balcón y contemplé la plaza y todo lo que la circundaba. Un poco más allá se divisaba el puerto y más lejos la pequeña elevación coronada por una especie de fuerte que había visto desde la cubierta del Valdivia.

El sol había ganado el mediodía y la calle había acrecentado su movimiento. Las bocinas de los autos competían con el campanilleo de los rojos tranvías que pasaban por la puerta del hotel. No parecía que esa ciudad estuviese soportando una dictadura o que en algún momento el estado de sitio la hubiera amenazado.

No se veían soldados patrullando y el único uniforme lo llevaba el policía que dirigía el tránsito en la esquina del hotel. La vida parecía discurrir al ritmo cansino con el que caminaban los peatones, que en nada se comparaba al frenético ir y venir de Broadway o la 5.ª Avenida. Pero yo no había venido allí para jugar al turista o escribir un reportaje como el que Zuloaga haría en Buenos Aires. Al otro día tendría que empezar a trabajar en el caso Bonapelch.

3

Antes de almorzar, caminé unas cuadras por la calle Sarandí hasta desembocar en un portal alto y antiguo hecho en piedra por el que se ingresaba a una plaza que, según me informaron en el hotel, era la principal de la ciudad. En su centro había una estatua ecuestre. El jinete miraba al norte. La guía Thomas Cook informaba que era José Artigas, el héroe nacional uruguayo. Me extrañó ver palmeras en la plaza, como si se tratase de un país tropical. Si hubieran sido más altas me habrían parecido iguales a las que había visto en La Habana.

Un poco a la derecha, a uno de los lados de la avenida que partía desde el otro extremo de la plaza, se erigía el edificio contemplado desde la borda del Valdivia. Ocupaba un ángulo del perímetro de la plaza. Desde donde estaba, me pareció de una arquitectura insólita. Su silueta tenía algo tétrico y a la vez blando, y en el conjunto se destacaba una torre que culminaba en una cúpula redondeada como una bala. Mostraba unos elementos esféricos en balcones y salientes, relieves rebuscados, cornisas sinuosas, y había algo de repostería en la fachada recargada y con detalles curvilíneos que en New York hubieran parecido insólitos porque allí se ama la línea recta.

Caminé hasta el centro de la plaza y aprecié el color gris desvaído del edificio. Iluminado por el sol invernal lucía como la piel de un animal prehistórico. Su torre, que dominaba la esquina, parecía un gigante que vigilaba la ciudad y amedrentaba al jinete que atravesaba la plaza. Era un edificio imponente y extraño, con algo de pesadilla. El resto de los edificios que rodeaban la plaza era antiguo y en casi todo el perímetro predominaba una sombría pasiva encolumnada que me recordó una postal de Tijuana.

Después regresé por donde había venido y caminé hasta el Café Brasilero, ubicado en la misma calle de la catedral, a dos cuadras del hotel. El conserje me lo había recomendado como un sitio en donde la

cultura se daba cita y en el cual era posible almorzar platos sencillos bien preparados. El café era pequeño pero acogedor, con un ambiente revestido de madera y agradablemente caldeado. Pedí guisado de vacuno con papas y verduras y cerveza de barril. Las pocas mesas estaban ocupadas por individuos vestidos de traje y cuello duro que parecían discutir sobre cada tema que conversaban. Noté una animación controlada pero vital y la costumbre de hablar fuerte.

Cuando el mozo trajo mi plato, le pregunté:

–Ese edificio en el extremo de la plaza principal, alto y enorme, ¿cómo se llama?

El hombre pareció asombrarse:

–¿No lo conoce? Es el Palacio Salvo, señor, fue el rascacielos más alto de América del Sur –respondió con un destello de orgullo en la mirada.

El nombre "Salvo" enseguida me interesó porque era el apellido del hombre cuya muerte yo debía investigar.

–¿Palacio Salvo? ¿Por qué, quién es Salvo? –indagué.

El mozo sonrió al comprender la situación:

–Por su acento, me parece que es extranjero, ¿verdad?

–En realidad nací aquí, pero me fui hace muchos años. No recordaba casi nada de lo que vi. Y menos ese palacio.

–Comprendo... Le explico: la familia Salvo lo construyó. Es gente poderosa. Hace más de diez años empezaron el proyecto del edificio, sin duda el más importante de la ciudad junto con el Palacio Legislativo. Para hacer los cimientos hubo que perforar basamento rocoso. Se inauguró en 1928 y una parte funciona como hotel. Antes tiraron abajo el café La Giralda, que estaba en la esquina de 18 de Julio y Andes: la piqueta fatal del progreso, señor.

–Muy interesante, y dígame: ¿sabe quién es José Salvo?

El mozo volvió a sonreír como si yo hubiera dicho una obviedad o una inconveniencia.

–Más bien hay que decir "quién era", señor. El pasado abril fue atropellado por un automóvil en el Paso del Molino y murió diez días después. José Salvo era uno de los hermanos que impulsaron la construcción del edificio. Toda una pérdida, sin duda.

–Ya veo, ¿y qué sabe del accidente?

–Lo que salió en los diarios… pero, disculpe el atrevimiento: hace muy poco que llegó, ¿verdad?

–Así es, acabo de llegar a Montevideo.

–Entonces supongo que no está al tanto de nada y lo que yo le comente no va a interesarle. En esta ciudad hay muchos accidentes y los choferes a veces no tienen experiencia, hacen maniobras arriesgadas. Hay mucha velocidad y poca precaución, señor. La muerte de Salvo fue accidental, según se dijo, y detuvieron al que manejaba el auto, pero luego quedó en libertad.

–Entonces se sabe quién es el culpable…

–Claro, pero fue un accidente.

4

Salí del café, caminé una cuadra por la calle Ituzaingó y atravesé en diagonal la plaza Matriz para regresar al hotel. En un puesto de venta de diarios compré un periódico –el *Imparcial*–, el único que quedaba a esa hora, y luego pregunté al vendedor en dónde había una oficina de Telégrafos. Me indicó una, ubicada a pocos metros de donde estaba. Fui hasta allí y envié mi primer reporte a la Agencia. Fue escueto, pero no veraz:

> ARRIVED SAFELY STOP TOMMORROW I'LL START RESEARCH STOP GREETINGS
>
> GUIDO

Era una manera de comenzar mi trabajo y sabía que O'Mara iba a apreciar mi mensaje.

En la habitación leí las noticias del *Imparcial*, que reparaban en sucesos locales que poco entendía o no me interesaban: comentarios sobre decisiones políticas del dictador Terra, hechos de la crónica policial o cotilleos de la vida social y otros sucesos. La información internacional destacaba la muerte de un expresidente argentino, Hipólito Yrigoyen, a la edad de 81 años, y una foto mostraba la multitud congregada en sus honras fúnebres. También mencionaba la victoria por *knock out* de Primo Carnera ante Jack Starley en New York, en el sexto asalto para consagrarse campeón mundial. Recordé que era amigo de O'Mara y que quizá en ese momento estuvieran festejando.

Un periódico siempre es una instantánea de la realidad en un momento determinado. Pero su vida es efímera y su destino inexorable es envolver pescado o forrar la lata de la basura. Estaba a punto de tirar el *Imparcial* a la papelera cuando descubrí una noticia en recuadro que debí ver antes: "*El arribista Bonapelch será constituyente:*

resultó electo por el herrerismo". La información consignaba que el dinero producía milagros y destacaba que aquel joven de mínima formación intelectual, y hasta entonces nula militancia política, había sido electo constituyente *herrerista* por la lista 1 de Montevideo a la Convención Nacional Constituyente tras las elecciones del 25 de junio, en las que había obtenido el lugar 14 en la lista de suplentes. La información culminaba con una alusión a sus vínculos con el poder y con los principales del régimen.

Más allá del dato sobre Bonapelch, me asombraba llegar a un país bajo dictadura y en el que, sin embargo, se celebraban elecciones. Arranqué esa parte de la hoja, la doblé y la guardé en mi bolsillo. Poco a poco empezaba a recabar datos interesantes: un sospechoso de instigar un crimen era electo por voto popular y un diario lo tildaba de arribista al dar la información.

Busqué entre los papeles que había traído un número de teléfono y enseguida pedí a la telefonista del hotel que me comunicase. Minutos después estaba hablando con el doctor Fernando Reyles, mi contacto en Montevideo:

–Reyles, habla Guido Santini. Llegué hoy a mediodía y estoy a su disposición para vernos cuando usted lo sugiera.

La que siguió fue una conversación breve. Reyles prefería hablar de todo personalmente y me propuso pasar esa misma tarde por el hotel. Nos citamos a las seis en el *lobby*. Consulté la hora y vi que no valía la pena volver a salir. Me bañé y afeité y luego me recosté en la cama envuelto en la toalla.

Evoqué la cara de Miranda alejándose por el puerto y sentí que todavía era posible volver a verla. En el viaje de retorno descendería en Río para buscarla, un proyecto acorde con mi desamparo en ese momento. Estaba solo en el sur y nada de lo que me esperaba me interesaba realmente. Por lo que había visto, la ciudad que dejé de niño y esta en la que estaba no eran las mismas. La travesía en el Valdivia no me había acercado al pasado y Montevideo podía ser tan desconocida para mí como Bahía o Río de Janeiro.

Me vestí y repasé la información que O'Mara me había entregado sobre el caso Bonapelch. A las seis en punto bajé al *lobby*.

El abogado ya estaba esperándome en uno de los sillones de la

entrada. El empleado de la conserjería me señaló cuando salí del ascensor y Reyles se puso de pie y me saludó quitándose el sombrero y extendiéndome su mano. Era un hombre más o menos de mi edad, elegante, que superaba el metro ochenta y tenía el aire de un deportista. Vestía un ambo gris y un sobretodo de paño azul, y su bigote oscuro estaba impecablemente recortado. Cuando nos saludamos, el apretón fue ostensible y la sonrisa franca. Me entregó un sobre manila cerrado con gancho.

–Aquí le dejo la información que la prensa publicó desde el accidente. Hay visiones sesgadas y medias verdades, pero puede servirle para su investigación. A su vez me tomé el trabajo de resumirle lo más sustantivo.

Sin abrir el sobre se lo entregué al conserje para que lo mandara a mi habitación.

Luego con Reyles intercambiamos frases de circunstancia: mi viaje, el tiempo, la comodidad del hotel, las formas de orientarse en la ciudad. Finalmente el abogado me propuso conversar en un café cercano y yo acepté.

5

Reyles describió el Tupí Nambá como uno de los cafés típicos de la ciudad, en el que se congregaba un público que incluía siempre a artistas y visitantes extranjeros. Me llamó la atención el nombre.

–Alude a los indios tupí-nambás de la región de San Vicente, en el nordeste brasileño; primer lugar al que llegó desde España San Román, el dueño del café –me explicó Reyles y se apartó gentilmente para dejarme entrar.

Ocupamos un lugar alejado de sus ventanas y pude apreciar su ambiente acogedor y el movimiento de parroquianos que por la hora crecía a cada minuto. Las mesas de tapa de mármol me recordaron las de un salón de baile de Harlem. Reyles me recomendó el café de moka, que se importaba directamente de Arabia y Yemen y el *whisky* escocés Dun Spey, que la casa traía en exclusividad desde hacía muchos años. Acepté el *whisky*. El abogado pidió lo mismo. Una vez que nos sirvieron, pasamos a nuestro asunto:

–Supongo que leyó lo que le envié a la Agencia –dijo sin preámbulos.

–No era mucho, pero me dio una idea sobre lo que iba a investigar. Una muerte sospechosa y una familia que duda. Un posible instigador llamado Ricardo Bonapelch, casado con la hija del occiso. ¿Voy bien?

–Sí, pero voy a aclararle algo. Yo no tengo nada que ver con la familia Salvo ni lo he contratado por encargo de ellos. En realidad invoqué esa razón cuando los contacté porque me ahorró otras explicaciones. John Landis, de la compañía de seguros Royal Insurance, me sugirió que recurriese a la Agencia. La filial en Nueva York los conoce. Yo soy asesor legal de Royal Insurance en Uruguay y en representación de ellos estoy ahora hablando con usted.

–Me sorprende el cambio. Me gustaría que me lo explicase.

Reyles sonrió y mostró sus dientes de anuncio de dentífrico. Pero

enseguida armó una expresión seria:

–Se trata de una póliza, un seguro de vida que Salvo tenía contratado con Royal Insurance. Su muerte por accidente en la vía pública habilita el pago de la indemnización, una suma muy importante, claro, y quienes se beneficiarían serían sus dos hijas, entre ellas María Elisa y, por lo tanto, su esposo Ricardo Bonapelch. Es un asunto delicado, porque por supuesto que Royal Insurance no cree lo del accidente. Si se probase que Bonapelch instigó de alguna manera al que embistió a su suegro, la compañía no tendría que pagar un solo peso, ya que uno de los beneficiarios indirectos del seguro sería responsable de la muerte del asegurado. ¿Soy claro?

–Por ahora sí, pero no entiendo por qué no manejó esta información cuando nos contactó. En realidad usted no ha sido claro, o al menos ha empezado esto con una mentira.

–Un seguro de vida es un asunto confidencial entre el asegurado y la compañía aseguradora, al menos así lo entiende Royal Insurance. A Landis no le pareció prudente manejar ese dato en la correspondencia. Prefirió que desde New York nos mandaran un investigador para explicarle personalmente las verdaderas razones de su tarea. Su trabajo no cambia. Además, usted trabajará para mí. Mientras reúne pruebas que involucren a Bonapelch, Royal Insurance congelará el pago de la indemnización. Tiene todavía espacio de maniobra, sobre todo porque nadie aún se ha presentado a reclamar. No sabemos si las hijas de José o su hermano Lorenzo conocen la existencia de la póliza que, por lo que Landis me ha confiado, beneficia a las hijas de Salvo.

Lo que dijo Reyles sonaba razonable. Aun así me extrañó estar hablando del asunto en un café y sin más credenciales del abogado que su tarjeta de visita. Reyles levantó su vaso:

–Por el éxito, Santini.

Acompañé el gesto, pero no sonreí.

–El éxito en esto no es fácil y menos cuando el propio cliente no es claro desde el principio. ¿Qué es lo que espera que yo haga?

Reyles bebió un sorbo de su *whisky* y su sonrisa desapareció.

–Ya le dije, su trabajo es el mismo que podría estar llevando adelante para la familia. Voy a resumírselo: usted deberá encontrar las pruebas suficientes que señalen a Bonapelch como autor intelectual de

la muerte de su suegro, José Salvo. Eso es ya un secreto a voces, pero, lamentablemente, esas pruebas, testimonios y testigos para condenar a este trepador no aparecen. La compañía consideró que por el lado de la investigación oficial sería difícil obtener resultados, cosa que la familia de José ya ha comprobado. Ahora confiamos en lo que usted pueda obtener.

–Por lo que hace un rato leí, su sospechoso acaba de ser electo constituyente, nada menos. Supongo que eso significa que tiene alguna relación con el poder político. La información lo definía como un arribista y usted lo llamó trepador. Así que, con el suyo, llevo contabilizados hoy dos insultos gruesos contra Bonapelch. Por lo visto, se trata de un hombre bastante especial, del cual todavía no sé nada.

La mirada de Reyles se perdió en algún punto más allá de las mesas y pareció atravesar el cristal del ventanal en busca de algo preciso pero invisible para mí.

–Supongo que tendrá tiempo para que se lo describa –respondió por fin, regresado al vaso y al presente.

–Mi trabajo también consiste en escuchar –dije y el abogado sonrió de nuevo.

6

–A Bonapelch no lo conozco. No pertenecemos al mismo círculo. Ni siquiera nos hemos cruzado por la calle. Es cierto lo que comentó recién: es un arribista. Conozco su historia: Bonapelch proviene del barro, su origen es humilde, nació en un suburbio y luego fue haciéndose a sí mismo. No tiene cultura ni oficio, apenas si se educó y luego trabajó como mozo de restaurante o fue chofer. Cuando era muchacho anduvo holgazaneando por la Tablada, una zona de troperos por la que pasa el ganado vacuno que viene del interior para ser faenado en los frigoríficos. Dicen que allí aprendió sus vicios y entrevió sus virtudes. Ya siendo mozo aprovechó su figura agradable y cierta simpatía innata para enamorar a sirvientas y costureras. Tuvo sus romances en la zona del Paso del Molino, donde nuestros apellidos pudientes tenían y tienen sus quintas de descanso. También por entonces se hizo jugador y aprendiz de gigoló. Le diría que rápidamente acumuló los vicios del holgazán vividor. Pero hubo un detalle de su aspecto que fue decisivo: el parecido físico con su ídolo, el cantor Carlos Gardel. ¿Sabe quién es Gardel?

Reyles me miró con la indiferencia de alguien que ha dicho algo decisivo pero obvio a la vez.

–Durante la travesía en el Valdivia, escuché algo sobre él. Un periodista español que iba a Buenos Aires lo mencionó. Pero no lo conozco, nunca lo he visto ni escuchado.

–Gardel ha estado aquí, este café es uno de sus predilectos cuando viene a Montevideo. En esa mesa junto a la ventana suele sentarse. Y allí, sobre el mostrador, puede ver su fotografía.

Me volví y distinguí el retrato enmarcado de un individuo sonriente y vestido de impecable *smoking*. El pelo reluciente y estirado por la brillantina, la frente despejada, los ojos oscuros bajo unas cejas bien delineadas, la nariz recta y la boca sonriente con labios marcados me

dieron la idea de un astro de la pantalla. Ese era el artista que había subyugado a Zuloaga y por el cual había viajado al sur. La imagen tenía algo etéreo y el retratado parecía estar rodeado de un halo de misterio, porque desmintiendo a la sonrisa su mirada parecía triste.

–Gardel es un gran intérprete, por si no lo sabe. El gran ídolo de las masas. Es un astro que pronto viajará a Estados Unidos contratado por la Paramount para filmar varias películas. Vive en Buenos Aires y ha triunfado en Europa. Su voz es indiscutida, aunque también tiene detractores. Lo he visto actuar un par de veces, pese a que suelo deplorar el tango y todo lo que representa. Reconozco su calidad, por más que a veces me resulta execrable lo que canta; en fin, no quiero abrumarlo con asuntos que no vienen al caso.

–¿Y usted dice que Bonapelch se parece a Gardel?

Reyles se encogió de hombros y sonrió.

–No soy el único que lo dice. Dejando de lado que él se ha esforzado en parecérsele, puede decirse que hay una innegable similitud que Bonapelch fomenta. Lo imita, y para muchos lo hace bien. Incluso, y eso ya es el colmo de la audacia, se anima a cantar como su ídolo. Lo que en Gardel ha sido auténtico y original, en Bonapelch es falso. Pero debajo no hay nada, claro. O tal vez sí: hay ambición por figurar y una clara actitud servil con el modelo. Pero esto no interesa a efectos de su trabajo. Solo se lo he comentado para que usted entienda al personaje y para explicar un aspecto de su ambición por lo material.

–¿Entonces? No veo a dónde quiere llegar.

–No se apresure. Ese hombre, ese imitador arribista hace unos años se casó con la hija de alguien poderoso. Supongo que vio ese edificio que hay en una esquina de la plaza.

–Sí. Se ve desde el barco cuando uno llega. Una ciudad con un único rascacielos siempre va a llamarle la atención a alguien que viene de New York. Más temprano pude mirarlo desde la plaza. ¿Por qué lo llaman "palacio"?

–Es culpa de ese delirio del arquitecto Palanti y de la inspiración popular. La monarquía nunca nos sedujo por estas tierras, pero el edificio es todo un símbolo, en especial de la familia que lo mandó construir.

–Los Salvo, ¿verdad?

–Exacto. El suegro de Bonapelch, el “occiso” como dicen en su jerga, fue uno de los que impulsaron esa obra colosal. Aunque le parezca mentira, ese edificio fue el nexo entre Bonapelch y la hija de Salvo, su esposa. Un tío suyo era capataz en la obra y facilitó el noviazgo. Además, debo aclarárselo, fue una presa fácil: parece que la chica tiene algún déficit intelectual.

–Veo que mi viaje está signado por los constructores de hoteles –dije y evoqué a Melvyn White.

–¿Sí? No lo entiendo, explíqueme –dijo Reyles, sorprendido.

–Sería largo de contar: alguien que conocí en La Habana. Pero no quise interrumpirlo, continúe hablándome de Salvo.

Reyles le hizo una seña al mozo para que nos sirviera otro *whisky*. Pareció necesitar, más que impulso para seguir con su relato, un motivo tangible y saboreable para permanecer en el café donde parecía sentirse a sus anchas. Su conversación me recordaba la de Melvyn White: ponderada, llena de datos, incapaz de aburrir pero tampoco permitir una sola reflexión de su interlocutor.

7

El abogado paladeó el siguiente sorbo de *whisky* y perdió su mirada en una ventana a través de la cual se veía el enorme teatro –llamado Solís– erigido en la vereda que enfrentaba al café. Después siguió su relación:

–Los Salvo llegaron al Uruguay en una fecha imprecisa que algunos dicen fue el año 1866. El primero en venir fue don Lorenzo, que viajó solo. Era oriundo de Liguria y había nacido en 1825. Tuvo cuatro hijos varones, de los cuales solo uno, llamado como él, nació aquí. Aquí nacieron, además, sus otras hijas mujeres. Su gesta comienza con una tienda de ramos generales instalada en el Paso del Molino, un suburbio de la ciudad. Pero en menos de cuatro décadas estos humildes inmigrantes italianos se convierten en comerciantes, industriales y productores rurales poderosos, y acompañan el proceso de transformación del país que, tras el armisticio de 1904, superó las revoluciones armadas. En ese esquema, los Salvo pueden considerarse un símbolo de cierto espíritu que hizo progresar a la nación, por más que hoy, bueno… ya sabrá lo que sobrevino después del 31 de marzo. En apretada síntesis, la de ellos es la historia de muchos apellidos del país: trabajo y ambición. ¿Me sigue?

–Por supuesto: mi familia hizo lo mismo, aunque con otros resultados y el viaje original terminó siendo triangular.

Pensé en mi padre prisionero de los restaurantes, en mi hermano resentido con mi fuga y, sin saber por qué, en el pelo teñido de mi hermana Mafalda. Mi comentario no le interesó al abogado.

–Ahora vuelvo a Bonapelch –continuó Reyles–. Frecuentar el Paso del Molino e ignorar el significado del apellido Salvo no era posible en esta ciudad. Cuando Bonapelch conoce a María Elisa, una de las hijas de José, el tercero de los hermanos, es lógico que viese en ella lo que

comúnmente se llama “braguetazo”. Era un advenedizo capaz de todo. Por entonces la familia había dado comienzo a las obras del edificio que iba a resumir sus logros y simbolizar su grandeza y el tamaño de su ambición. El proyecto, del arquitecto italiano Mario Palanti, elegido entre decenas que les presentaron, se transformó en un símbolo del país en ese momento. Pese a que todo en él es desmesura y –según amigos arquitectos– mamarrachesco eclecticismo, esas toneladas de cemento, producto de los febriles delirios de Palanti, también representaban la vocación de la época por encarar desafíos. Los Salvo estaban construyendo el edificio más alto de Sudamérica, por más que a usted, viniendo de donde viene, le parezca un chiste. Ese fue el desafío, que de alguna manera simbolizaba el espíritu del país de entonces.

La mirada de Reyles regresó de la ventana y se detuvo en mi cara. Esperó que yo aprobase el comentario, pero preferí el silencio y la espera de más nociones sobre Bonapelch. Habilitado por mi expectativa, el abogado continuó:

–Como ya le dije, un tío de Bonapelch trabajaba como capataz en las obras del edificio. Ese fue el nexo, la buena mano de naipes que recibió el trepador. Las coincidencias también tejen la historia. Como un depredador de la noche, Bonapelch se lanzó sobre su presa mientras el futuro Palacio Salvo crecía. Pensar que todo fue casual es desconocer la naturaleza humana. Había esperado años Bonapelch una ocasión como esa y, como ya le dije, la chica tenía problemas, es de pocas luces. De pronto el humilde muchacho de La Teja se encontró con una fortuna que descansaba sobre la inocente María Elisa. Solo tenía que seducir a la joven y armas no le faltaban. En esta parte entra, claro, su parecido con Gardel, el máximo ídolo del momento. En enero de 1927 se casaron, pese a que Salvo se opuso. Lo que sobrevino fue despilfarro, negocios turbios, infidelidades, dilapidación de la dote, la noche, los caballos: la historia del vividor que se permite todos los excesos, además de ese juego patético de querer parecerse a Gardel. Pero últimamente Bonapelch pifió demasiado en sus negocios. Al borde de la ruina, lo único que podía salvarlo era que su mujer heredara, como años antes había heredado la parte de su madre. Para eso, su suegro tenía que morirse. Y se murió nomás, gracias al favor de

un tal Artigas Guichón.

Tras pronunciar ese nombre, Reyles se tomó un respiro y luego me contó lo sucedido la noche del accidente.

8

Tomamos un tercer *whisky*, que le permitió a Reyles completar su relato, y cuando eran casi las ocho de la noche, él pagó los tragos y salimos del Tupí Nambá. Acordamos que yo empezaría al otro día a hacer mis averiguaciones, a partir de los recortes de prensa del sobre y lo que él me había explicado durante la charla. Cuando nos despedimos, le advertí:

–Por lo que pude entender de lo que me contó, será difícil que obtenga resultados inmediatos en la investigación. No quiero desilusionarlo, pero pese a que el asunto huele muy mal, todo parece haber concluido y ese fulano, Guichón, que usted mencionó, está libre.

Reyles se ajustó el nudo de la corbata y movió la cabeza en una negativa:

–Los Salvo tienen mucho dinero, pero por más barullo que hagan con esa campaña del *Imparcial* y toda la presión que metan sobre la justicia o la autoridad, no creo que por esas vías consigan el objetivo de encarcelar a Bonapelch. Ni siquiera lograron que Guichón, que manejaba el auto que atropelló a don José, quedase en la cárcel. Apenas fue procesado sin prisión por homicidio culposo. ¿Cuánto cuesta la verdad, estimado Santini? Necesitamos conseguir una condena por comprar un crimen. La compañía no quiere beneficiar a un vividor sin escrúpulos. Es casi un asunto personal de Landis, ¿me entiende? Y también es un asunto personal mío: Bonapelch representa demasiadas cosas que desprecio. Aunque no lo crea, el anterior crimen con escándalo que hubo en el país también fue por encargo, el asesinato de Jacinta Correa, esposa del estanciero Saravia, hace cinco años y todavía no se ha resuelto. Su esposo y los sicarios que contrató están presos, pero el jurado todavía no dio su veredicto. En fin, no quiero distraerlo con otro crimen. Pero voy a decirle algo más: usted corre con ventaja porque no lo conocen, no puede ser comprado por el

poder –que cobija a Bonapelch hasta el punto de haber permitido que se postulase a constituyente– y creo que va a moverse sin que lo molesten. Sus viáticos y estadía están cubiertos y cada viernes recibirá un cheque con sus honorarios, así que solo le pido que no pierda tiempo y trabaje. Ni hablar que la policía no va a facilitarle nada, así que evite todo contacto con ellos, en especial con el comisario Cavassa. Y un último dato: vaya al café Jauja. Yo empezaría ahí la pesquisa. Se dice que Bonapelch y Guichón se conocen de allí.

Después de la recomendación final, Reyles se alejó en dirección a la plaza. La noche estaba fría y las luces de Montevideo eran escasas en comparación con las de Broadway. Salvo el teatro al que llegaba gente en ese momento y cuyo vestíbulo, precedido de una escalinata, parecía destellar, el entorno era bastante lúgubre y la calle del café se oscurecía a medida que se internaba en la que llamaban Ciudad Vieja.

Como decía siempre O'Mara, "el noventa y nueve por ciento del trabajo de un detective consiste en recolectar detalles pacientemente, y sus detalles deben ser lo más frescos posible, independientemente de quien haya rastreado el terreno antes que usted". Por lo que Reyles me había contado, yo accedía a la investigación cuando el caso estaba cerrado y los detalles ya no eran frescos. No obstante, tendría que empezar de cero.

De pronto me vino hambre y añoré los *spaghetti* con mariscos que preparaba mi tío en el restaurante. Caminé dos cuadras por la oscura calle Buenos Aires en dirección al hotel y a veinte metros de la esquina con Mitre encontré un pequeño bodegón abierto. Ofrecían pescado a la milanesa y sopa de verduras como menú principal. Sin pensarlo demasiado entré y me senté ante una corta barra envuelta en olor a frito y atendida por un individuo calvo vestido solo de camisilla y delantal. Me saludó y enseguida puso sobre la mesada de la barra un trozo de papel a modo de mantel, los cubiertos y un vaso de vidrio grueso. Detrás de la barra había una heladera con puertas de madera y encima una vitrina con botellas de bebidas diversas. En un hueco en medio de las botellas vi una foto en la cual se reproducía un caballo, su magro *jockey* todavía montado y sosteniendo la rienda del pura sangre el hombre sonriente que había visto retratado en el Tupí Nambá: era Gardel otra vez. Hubiera querido tener una foto de

Bonapelch para compararlos.

9

Regresé al hotel cerca de las once de la noche y antes de acostarme abrí el sobre de Reyles y me dediqué a repasar los recortes de prensa que habían aparecido tras el accidente de Salvo. En una libreta fui anotando detalles que me parecían relevantes y traté de ordenar la secuencia de hechos que Reyles había sintetizado en cuatro prolijas hojas mecanografiadas y que repetían lo que ya me había contado en el Tupí Nambá:

> La noche del sábado 29 de abril se presentó bastante templada pese al ya avanzado otoño, lo que favorecía las salidas nocturnas. En el cine Paso del Molino se ofrecía un programa que incluía una comedia divertida y una semblanza histórica: *Locos de remate* y *Fermín Galán*.
>
> Como habitué del cine, José Salvo había invitado a tres de sus jóvenes amigas para que lo acompañasen. Aparentemente fueron caminando con el grupo dividido en dos. Salvo y Angélica Saybenes iban adelante y un poco retrasadas la hermana menor de esta, María del Carmen, y una amiga, Selva Placeres. En algún momento atravesaron la plazoleta ubicada en Lucas Obes y Agraciada y antes de cruzar la primera de estas calles miraron a ambos lados. Las dos muchachas todavía no habían empezado a cruzar cuando se sorprenden al ver aparecer por Lucas Obes un automóvil sin luces que, en una brusca maniobra aceleró y se desvió, sin razón aparente, hacia la derecha (es decir, a contramano) hasta casi alcanzar el lado opuesto de la acera. Acto seguido atropelló a Angélica y José, que estaban terminando de cruzar la calzada. Luego, sin disminuir la velocidad,

torció hacia la derecha hasta estrellarse contra un auto estacionado frente al cine, que a su vez embistió a otro que estaba al lado. Angélica Saybenes se incorporó y comprobó que solo estaba herida en un brazo. José Salvo yacía bocabajo, en medio de gritos de dolor y rodeado por un charco de sangre.

Pese a la confusión, el dolor y la fuerte impresión, Angélica pudo reconocer al conductor, que se había bajado del vehículo. Era Artigas Guichón, un joven que ella conocía del Paso del Molino. El joven gritaba y a ella le pareció oír: "¡Es José Salvo! ¡Y está vivo!".

Enseguida lo increpó por la maniobra. Guichón, nervioso, se mesaba el pelo y la cara y pedía que "no lo denunciara por ser el único sostén de su madre". Finalmente cargaron a Salvo en el auto de Guichón y este lo condujo hasta el Sanatorio Navarro, en donde quedó internado. Tenía fracturas en las dos piernas y en varias costillas. La seccional 18.ª de la Policía y el juez Julio Bastos tomaron intervención.

En el parte del accidente, Artigas Guichón declaró que la mala maniobra al volante se debió a que confundió el acelerador con el freno cuando le pareció que iba a atropellar a las dos muchachas que empezaban a cruzar la calle. Los peritajes de la policía técnica probaron que la caja de velocidades del automóvil estaba en segunda y dedujeron que no iba muy rápido en el momento de embestir a Salvo. A su vez, la pericia realizada por los expertos de bomberos concluyó que los frenos del vehículo no estaban en buenas condiciones.

Guichón fue detenido, pero tras sus declaraciones y luego de un corto proceso no se dictó sentencia por el sumario que se inició bajo la carátula de "lesiones graves" y que luego continuó como "homicidio culposo". Pese a esto, Guichón no llegó a estar detenido ni diez días, aunque desde un principio se manejó la hipótesis de la intencionalidad de su proceder. A una semana del

accidente, el diario *Imparcial* ya titulaba en primera página: "¿Fue casual el accidente ocurrido al Sr. José Salvo?".

A partir de entonces, el matutino hizo énfasis en las notorias irregularidades que presentaba el caso, como por ejemplo que testigos claves como las amigas de Salvo no hubiesen declarado. La información sugirió siempre que había circunstancias extrañas en el accidente, y denunció la preocupación de la familia Salvo por las lentas investigaciones que se iban desarrollando. También mencionó una lucha de intereses encontrados que hacían suponer que podía tratarse de un hecho delictuoso cuyo móvil aún no estaba claro. También subrayó los vínculos de Bonapelch con el poder político, en especial con el dictador.

José Salvo falleció el 19 de mayo, veinte días después del accidente. Las fracturas del cuello del fémur, las dos piernas y las costillas se complicaron con una gravísima bronconeumonía y asistolia, que en el certificado de defunción se esgrimieron como causantes de la muerte.

Durante el sepelio un discurso encendió la polémica: el juez de Paz, Dr. Mario Ardoino, no se limitó a ensalzar la personalidad de su amigo, sino que finalizó hablando de un crimen cobarde que debía merecer el repudio de la sociedad. En realidad existían motivos suficientes para sospechar. Salvo había sido amenazado de muerte antes, aunque nunca presentó ninguna denuncia. También recibió amenazas epistolares anónimas. Pero ni siquiera estos antecedentes pudieron agilizar las investigaciones, que siempre parecían estar en punto muerto. Por otra parte, el caso empezó a ser objeto de polémicas en la prensa, con la campaña del *Imparcial* arreciando e involucrando a otros medios, como el diario herrerista *El Debate*. La inoperancia de la Policía y la Justicia desesperó de tal forma a Lorenzo Salvo que este decidió ocuparse del caso personalmente. Así las cosas y con

Artigas Guichón libre, la muerte de José Salvo continúa impune.

Terminé de leer y guardé todo otra vez en el sobre. Como había dicho Reyles, había un culpable pero, aparentemente, la justicia no había encontrado mérito para condenarlo. Las pruebas y las declaraciones de los testigos y la suya propia lo señalaban a Guichón, pero aun así había logrado eludir la cárcel mientras el caso se ventilaba en las páginas de los diarios. Además, era asombroso que el embestidor hubiera reconocido de inmediato a su víctima, no bien descendió del automóvil. En especial porque Salvo estaba caído de bruces sobre la calle. Estaba claro que antes de atropellarlo ya sabía quién era. Nadie podía negar que se trataba de un chapucero que ni siquiera se había preocupado de fingir estupor o sorpresa.

Todo el asunto apestaba y me asombré de la esperanza de Reyles en lograr pruebas que lo incriminaran a Bonapelch. Desde la muerte de Salvo habían pasado ya casi dos meses.

Como diría O'Mara, el caso estaba más enterrado que el propio Salvo.

10

Pese al cansancio que arrastraba de la travesía, dormí mal y al otro día me levanté temprano, me bañé y afeité y luego bajé a desayunar en el comedor del hotel. Estaba inquieto y sorprendido a la vez.

Desde que había estado con Reyles y leído su informe comprendí que tenía pocas posibilidades de tener éxito en el caso Salvo. Había demasiada torpeza –o más bien desidia– en el procedimiento policial o quizá entretelones del ambiente que yo no entendía. A ningún hombre verdaderamente poderoso –y por lo que el abogado había relatado José Salvo lo era– se lo podía atropellar en plena calle y a la vista de testigos sin que el culpable claramente individualizado no fuese condenado de inmediato al menos por lesiones graves. Si bien no conocía la legislación uruguaya, el accidente había sido tan confuso como inexplicable, más allá de los argumentos que había manejado Guichón para justificar su pésima maniobra. A su vez, Salvo parecía ser una víctima inevitable y alguien que estaba expuesto desde antes que el auto de Guichón lo embistiese. Pero esa situación era equivalente a que el colosal edificio que había levantado en la esquina de la plaza se derrumbase en cinco minutos.

Tomé dos tazas de café y comí huevos revueltos con jamón, lo que me resultó una sorpresa porque imaginaba que en el Río de la Plata estaría obligado a renunciar a ciertos hábitos. Pero el Grand Hotel cumplía con el criterio internacional como no me había sucedido a bordo del Valdivia.

En el vestíbulo del hotel miré los diarios de la mañana y los repasé uno por uno, buscando la resaca del caso Salvo. Ni siquiera el *Imparcial* incluía ese día nada vinculado al accidente y posterior muerte del empresario. Entonces consulté mi libreta. Reyles me había mencionado un lugar como sitio habitual al que concurrían Bonapelch y Guichón. Yo había retenido el nombre y lo había anotado porque,

además, me asombraba su sonoridad, tan exótica para mí como Tupí Nambá. Le pregunté al conserje por la ubicación del café Jauja.

–Veo que el señor está bien informado –dijo–. Es uno de los más animados cafés de la ciudad. Concurre gente importante y está muy próximo a teatros. Es bastante cerca de aquí, en la esquina de Andes y Mercedes.

El empleado me explicó cómo llegar, le agradecí y me fui.

Volví a encaminarme por la calle Sarandí, que otra vez lucía animada y bañada por un agradable sol invernal. La gente que caminaba lo hacía sin el ritmo frenético habitual de New York y todos parecían tomarse su tiempo para detenerse frente a las vidrieras y escaparates de los comercios de la calle. Atravesé otra vez la plaza y volví a contemplar el solitario rascacielos, que a esa altura de mi estadía en Montevideo se había convertido en una visión inevitable. También pude ver, al costado de la plaza y a pocos metros del Palacio Salvo, el edificio en donde estaba instalado el dictador, al que llamaban Casa de Gobierno. La custodia no me pareció demasiado importante y el movimiento ante su puerta escaso.

Sin problema me fui mimetizando con la gente de la ciudad. O'Mara me había recomendado bien la ropa que debía traer: no había diferencias entre mi terno, mi sombrero y mi sobretodo y los de la mayoría de los peatones con los que me cruzaba. Cuando llegué a la calle Andes, torcí hacia la izquierda y a la media cuadra pude ver uno de los teatros mencionados por el conserje. Se llamaba Artigas, ocupaba toda una esquina y en sus carteles se anunciaban películas norteamericanas. Caminé otra cuadra más y en otra esquina contemplé otro teatro, denominado Urquiza, un edificio importante con entrada en ochava. Enfrente estaba el café Jauja. Por lo que podía concluir, Montevideo era una ciudad tranquila pero con buena cantidad de lugares de esparcimiento que parecían marginar cada pocas cuadras el deambular de los paseantes. Eso era tan significativo que hasta el "accidente" que había venido a investigar había ocurrido frente a un cine.

Entré en el bar dispuesto a mirar e interpretar el entorno mientras tomaba un café. Por la descripción que Reyles había hecho de Bonapelch, no lo imaginaba a media mañana en el lugar.

Busqué una mesa alejada de la puerta que me permitiese observar a los que llegaban o ya estaban en el café. Este no escapaba al estilo de los otros dos que había conocido: mesas con sillas de Viena, un mostrador importante, piso de tablas, ventanales que daban a la calle, reservados para citas con discreción y mozos solícitos que atendían a la clientela y se mostraban dispuestos a conversar si era necesario.

Por lo que anunciaban un par de pizarrones, a mediodía se almorzaba con un menú variado, sobre el cual no me interesó indagar por el momento. En algún sitio detrás del mostrador, rodeado de botellas vi el inevitable retrato de Gardel, esta vez ataviado como un mago vestido de gala. No me quedaban dudas de que en relación con el personaje existía una especie de religión y una idolatría que exigía colocar su imagen en cada lugar en donde se bebía y conversaba.

Cuando el mozo se acercó a atenderme le pedí un café doble, un paquete de cigarrillos Lucky y el periódico de la casa. Me informó que no tenían esa marca, pero que importados podía ofrecerme Craven A, de Canadá, o si me gustaba el tabaco aromático tenía Sheik, de elaboración local. Le pedí Craven A.

A poco de ser servido, se acercó a mi mesa el lustrabotas del bar. Un hombre mayor, de tez bastante oscura y equipado con un taburete bajo y una caja con apoyapié. Se ofreció a lustrarme con un "¿lustramos, señor?", dicho extrañamente en plural. Sin dejar de atender las páginas de *El Día* –que a juzgar por sus títulos era un diario opositor–, acepté el servicio.

Si hay alguien capaz de manejar información de primera en un lugar como en el que estaba es el lustrabotas: trabaja por debajo de las conversaciones que se desarrollan y desde allí las escucha todas, sin interrumpir ni ser considerado. Su grado de curiosidad y de memoria puede transformarlo en un testigo valioso y en mi oficio nunca se desdeña lo que un lustrabotas sabe sobre los zapatos que lustra.

Cuando el hombre estaba en plena faena concentrado en mi pie derecho, bajé el diario y le pregunté:

–¿A qué horas suele venir Bonapelch?

11

El hombre pareció no inmutarse y no perdió el ritmo con el que venía extendiendo la pomada sobre el cuero.

–Depende del día, pero nunca antes de las ocho de la noche. Alguna vez cae al mediodía a almorzar, por lo general con su socio, el boxeador.

Di un sorbo al café y dejé el diario doblado sobre la mesa.

–¿Hace días que no lo ve?

El hombre se encogió de hombros y me tocó el tobillo para que bajara el pie y subiera el otro.

–Anoche estuvo, pero hacía días que no venía. Viene también a buscar cartas. Muchos se las mandan aquí.

–¿Ya dejó el luto?

–Nunca lo usó: además por lo general él viste de oscuro, no lo necesita. ¿Usted anda buscándolo a Bonapelch?

–No a él en especial: me interesa un amigo suyo que también suele venir por aquí. Tal vez usted lo conoce; se apellida Guichón.

El ir y venir del paño con la pomada se detuvo. Fue una pausa imperceptible, pero suficiente para que yo lo notara.

–¿Usted es de por acá, maestro?

–No me contestó la pregunta. ¿Lo conoce a Guichón?

–No lo ubico en este momento… –dijo el hombre y dejó de lustrar.

–¡Qué raro! Hace muy poco su nombre salió en todos los diarios. Entiendo: a lo mejor es muy desprolijo y no cuida bien sus zapatos. Pero voy a pedirle un esfuerzo para que lo ubique. Cuando termine de lustrar a lo mejor tengo una buena propina para usted. Todo depende de su memoria.

Tras dudar unos instantes, el hombre bajó la voz y dijo:

–Hace un tiempo que dejó de venir. Dicen que se fue para el interior… después que lo dejaron libre. Y, palabra, nunca se lustraba.

–Bueno, parece que al final usted tiene buena memoria, ¿verdad?

–No crea, estoy viejo, como puede ver. Pero… ¿usted qué anda buscando?

–Desde donde usted está sentado, a veces las cosas se ven mejor. Contésteme solo sí o no y aquí va un adelanto –le di un billete de un peso que pagaba cinco servicios al hilo.

El hombre lo miró con asombro y se lo guardó.

–¿Los vio juntos a Bonapelch y Guichón alguna vez? Piense bien, y si es sí, mueva la cabeza.

El lustrabotas asintió. Enseguida le mostré otro billete igual y luego lo escondí bajo la palma de mi mano.

–¿Fue aquí, en este bar?

El hombrecito dudó pero otra vez asintió. Enseguida el billete estuvo en el bolsillo superior de su camisa y mi mano quedó limpia.

–Siga lustrando y no me mire. Responda sí o no con la cabeza. Yo voy a guiarlo y tengo muchos billetes más. Después que me levante va a poder tomarse una semana de descanso.

–¿Usted es un *cana*? –dijo.

–No, me dedico a la venta de latas de pintura.

–¿Entonces?

–Entonces nada, no importa. Usted me vende información y yo la compro. Solo respóndame lo siguiente: ¿había alguien más con ellos cuando usted los vio juntos?

El lustrabotas negó.

–¿Se reunieron antes del accidente de Salvo?

El lustrabotas asintió.

–¿Fue en este bar?

El lustrabotas negó.

–¿Usted los vio?

Un leve gesto me indicó que sí.

–¿Fue cerca de aquí, en la calle?

Otra vez la cabeza se movió en un gesto afirmativo.

–¿Había otros testigos que usted conozca? Esta vez el lustrabotas negó.

–¿Usted conoce a otros que hayan estado en este bar en la misma mesa con ellos?

El interrogado pareció reticente ante la pregunta, pero finalmente con su mirada me respondió que sí. Lo dejé terminar de lustrar y le di tres billetes más.

–¿Juntos? Digo: ¿reunidos con los dos?

El hombre negó.

–¿Cómo se llama, amigo?

El hombre se incorporó. Parecía asustado. Levantó su taburete y su caja y finalmente dijo:

–Todos aquí me conocen por Sabino. ¿No va a delatarme, verdad?

Sonreí y negué.

–Vaya tranquilo, esto queda entre nosotros. Va a seguir lustrándome, no se preocupe.

Le hice una seña al mozo para pagar. Por esa mañana, la visita al Jauja había rendido demasiado.

12

En la esquina del Jauja paré un coche de alquiler y me hice conducir hasta la calle Isla de Flores.

–¿A qué altura? –preguntó el chofer.

–¿Cómo? –respondí.

–Isla de Flores corre entre Andes y Juan Jackson: ¿a qué cruce lo llevo?

–Quiero recorrerla toda.

Ya no podía recordar en qué cuadra de Isla de Flores yo había vivido, pero necesitaba verla otra vez para que mi viaje al sur hubiera valido la pena. Más de un cuarto de siglo era demasiado tiempo, pero no tenía sentido explicarle al chofer cuánta distancia me había separado de mi casa natal y mi niñez.

El chofer maniobró con agilidad y yo le pedí un viaje de ida y vuelta hasta Jackson. Quizá no necesitara detenerme en una cuadra en particular, salvo que mi memoria hubiese guardado en algún resquicio algún otro dato para ubicarme.

–¿Qué anda buscando? –me preguntó el hombre.

–Por empezar, mi infancia hasta los cinco años –le dije.

–¿De dónde viene? Le pregunto por su acento.

–De muy lejos: New York.

El chofer lanzó un silbido.

–Nací aquí y a los cinco años mis padres volvieron a emigrar. Habían llegado de Italia. No volví desde entonces.

–La ciudad cambió mucho.

–Ya lo creo –dije–, cuando me fui creo que no circulaban automóviles y todo se movía por caballos.

–¿No recuerda el nombre de otra calle?

–No, para nada. Sé que estábamos muy cerca del río y había rocas y una pequeña playa. Se llegaba a través de un simple sendero, creo.

–Bueno, algo es algo –dijo el chofer–. Si ve un detalle que le interese, avíseme así paro.

–Recuerdo un olor que había, una planta, unas macetas en un patio. La calle era empedrada como ahora.

El automóvil se detuvo.

–Bájese y camine: es lo mejor. Si quiere lo espero –dijo el chofer.

–¿Puede ser *madreselva*? –pregunté y evoqué el olor.

–Claro, es muy común, pero ahora no es la época.

Me bajé del automóvil y miré en torno: casas bajas, veredas grises, árboles cada pocos metros. Me esforcé en recuperar algo más que un aroma. Yo nunca había estado allí. No había nada que pudiera reconocer. Solo podía pensar en mi padre cuando aún estaba inconsciente sobre una cama del hospital de Brooklyn. Qué absurdo era todo ahora que lo pensaba. O'Mara debió tirar el telegrama a la papelera porque yo no iba a poder resolver ningún caso en esa ciudad. De pronto me asaltó la necesidad incontenible de tomar el primer barco que saliese para New York, de la cual sentí que me había ido hacía siglos.

De no ser por Miranda White, el viaje habría resultado un fiasco. No había nada en Montevideo que me interesara de veras. Tal vez esa misma tarde telegrafiaría a la Agencia para anunciar que renunciaba al caso y me volvía. O'Mara se había equivocado: yo no tenía madera para investigar nada porque en realidad era un sentimental. Los buenos profesionales necesitan distancia y frialdad para no dejarse vencer por las dificultades. Pero sobre todo tienen que sentir que vale la pena el trabajo que realizan, que algo se resuelve gracias a ellos y que el mundo es un poco mejor una vez que el caso queda aclarado. Y a mí no me importaba en lo más mínimo lograr que inculpasen a Bonapelch por la muerte de su suegro.

Me subí otra vez al coche.

–Lléveme hasta la plaza Matriz.

–¿Fin del viaje al pasado?

–Creo que no fue una buena idea.

–¿A qué se dedica?

–Por el momento a equivocarme. En realidad vendo pinturas Sherwin Williams.

–¿En qué hotel para?

–En el Grand.

–Es de los caros y muy bueno, ¿se queda allí?

–Sí, tengo que preparar un par de reuniones que tengo esta tarde.

–Lo de la pintura no se lo creo.

–No se preocupe, yo tampoco.

El chofer se negó a cobrarme el viaje: dijo que en realidad no me había podido llevar a donde yo quería ir. Me asombró su punto de vista. Era un hombre de mediana edad, discreto pero no tonto, que no me había abrumado con las preguntas que otro me habría hecho a partir de los datos sobre mi origen. Al bajarme le pregunté:

–¿Cómo se llama?

–Antonio Fernández.

–Antonio: ¿se anima a venir esta noche a las ocho? Necesito que me lleve a otro lugar, sin duda no tan lejano. Y por supuesto, va a tener que cobrarme.

–No hay problema, ¿señor…?

–Me llamo Santini, Guido Santini. Voy a estar esperándolo en la puerta.

–A las ocho estaré, señor Guido.

13

A mediodía almorcé en el Tupí Nambá y me entretuve escuchando conversaciones sueltas en las que predominaba el tema político, en especial con referencias al “régimen”, como se nombraba a la dictadura instalada desde el 31 de marzo. Había en el ambiente del café un permanente intercambio de opiniones, muchas veces encontradas, que parecía formar parte de una representación en la que cada uno asumía un rol. Muchas discusiones se procesaban por lo bajo, aunque algunos eran capaces de declamar sus posiciones sin llegar nunca al grito o al insulto, pero la tensión se notaba. Sin embargo, el asunto no pasaba de ser un torneo de esgrima verbal: para algunos el dictador era “el tirano” y para otros “el doctor”.

Después de haber conversado con el lustrabotas del Jauja y teniendo en cuenta los informes de Reyles, no tenía duda de que mi viaje había sido inútil. Iba a ser difícil descubrir un nexo entre Guichón y Bonapelch que pudiera probarse. Que hubieran estado juntos y frecuentaran el mismo bar no significaba nada, por más que las implicancias fueran evidentes. Para colmo, el autor material del crimen había desaparecido luego de quedar libre.

Yo había llegado muy tarde al lugar de los hechos y tenía muy claro que a la larga la compañía de seguros iba a terminar pagando. No obstante tenía que urdir una estrategia para, en parte, justificar los honorarios que me habían prometido.

Se me ocurrió improvisar.

Tras pagar el almuerzo le pregunté al mozo en dónde podía encontrar una imprenta que hiciera tarjetas de visita. Me nombró una cercana, perteneciente a un tal Canel. Caminé unas cuadras por la Ciudad Vieja y la encontré. Era un local pequeño y con un simple mostrador que separaba la recepción del taller. Creo que el propio dueño me atendió. Le encargué cincuenta tarjetas que debían decir:

EMPIRE MOTION PICTURES
1066 / 2017 - 20th floor / Fifth Avenue
Manhattan, New York
Guido Santini
Producer Manager

Elegí una letra elegante y pedí que las imprimiera en color azul, sobre una cartulina mate. Pagué por adelantado y el hombre prometió entregarme las tarjetas al otro día. Antes de que me fuera me preguntó:

–¿Alguna broma, verdad?

–Lo miré con toda seriedad.

–Hacer películas no es broma. ¿No vio *King Kong*?

–No, todavía no… pero usted no es…

–No soy yanqui, si eso le preocupa. Acabo de llegar al Río de la Plata y soy encargado del área sudamericana de la compañía. En Buenos Aires se me terminaron las tarjetas. Trate de que le queden bien, amigo.

El hombre sonrió, todavía con incredulidad.

Ahora yo era un productor de cine que venía al sur a buscar estrellas para una producción internacional. La pintura había dejado de ser un buen negocio.

14

Pasé la tarde leyendo revistas que me ilustraron sobre Carlos Gardel y su asombrosa vida. Las había comprado en el kiosco de la plaza y eran en general panegíricos entusiastas sobre el cantor, que alternaban anécdotas y crónicas salpicadas con fotografías que repetían las poses y los gestos que ya había visto en las imágenes de los bares.

En una de las revistas, *El alma que canta*, había una instantánea que lo mostraba a Gardel en compañía de Ricardo Bonapelch. Ambos caminaban muy erguidos y sonrientes, vestidos de forma similar. Ternos entallados, zapatos con polainas, corbatas ceñidas, cuellos altos y picudos, que sobresalían de las solapas de los trajes cruzados, y sombreros volcados sobre la frente con la misma inclinación, confirmaban lo que Reyles me había dicho: Bonapelch fomentaba el parecido imitando a su ídolo y en la foto eso era ostensible. Pese a ello, el imitador me pareció más alto y fornido que su imitado. Ese era el hombre que esperaba encontrar esa noche en el Jauja, si tenía suerte. Lamenté no tener todavía las tarjetas de Empire Motion Pictures.

A las ocho en punto, Antonio Fernández me estaba esperando en el *lobby* del hotel. Me saludó con una inclinación de cabeza y me informó que el coche estaba estacionado sobre la plaza, a media cuadra del Grand Hotel. Lo seguí.

–¿Adónde lo llevo, señor? –preguntó cuando estuvimos instalados en el auto.

–Al café Jauja –respondí.

Fernández asintió y arrancó.

–Es muy cerca –dijo el chofer.

–Lo sé. Pero usted va a esperarme estacionado por si tenemos que ir a algún otro sitio.

–Ya veo por donde vienen sus intenciones: algunas damas divertidas

que gustan de los caballeros como usted suelen parar en el Jauja. No creo que le hagan problema en el hotel por subir alguna compañía a la habitación.

La actitud de Fernández me recordó a la de Gómez, pero el uruguayo era más sobrio y hacía menos aspavientos al hablar.

Pronto llegamos a la esquina del Jauja. Probablemente fuera un poco temprano para que encontrase a las damas que prometió el chofer, pero yo necesitaba cubrirme y estudiar los movimientos nocturnos del café.

Fernández estacionó el auto en la calle Mercedes, casi frente al teatro. Le indiqué que no se moviera y me esperase, que iba a pagarle bien. Él respondió con una ancha sonrisa y se resignó a esperarme.

Entré en el Jauja y el ambiente cálido y las conversaciones rápidamente me envolvieron. En un rincón, el lustrabotas meditaba y fumaba sentado en su banquito. Me reconoció, pero no lo expresó. La mitad de las mesas estaban ocupadas: quizá por artistas o intelectuales que yo no conocía.

Miré con disimulo y no vi a Bonapelch. Elegí una mesa apartada de la entrada y distante del mostrador, desde donde podía dominar todo el salón. Cuando el mozo se acercó, le pedí una ginebra y un plato de queso cortado en trozos. Sobre una mesa desocupada había un periódico vespertino doblado en cuatro. Lo tomé y lo abrí. Rápidamente recorrí sus páginas y no vi ninguna información referida a la muerte de Salvo ni a Bonapelch. Solo se destacaban la crónica policial y la deportiva, además de las consabidas noticias políticas, aunque estas últimas se dieran seguramente censuradas.

Desde Europa se informaba sobre tropas alemanas realizando maniobras cerca de la frontera checa. En la primera página se destacaba una declaración del dictador Terra sobre la recientemente electa Asamblea Constituyente. Pude conocerlo por fin: una fotografía lo mostraba como un hombre de mirada acerada y aspecto decidido, que había sido captado en el momento de decir alguna frase en medio de un discurso, por lo que su gesto al pronunciar una “o” lo caricaturizaba. Con todo su talante, estaba lejos de la bonhomía de Roosevelt y sus lentes sin montura. El dictador tenía algo que remotamente me recordaba a mi tío Giulio, sobre todo su calva, que él

se empeñaba en disimular peinándose un mechón del costado por encima del cráneo bruñido. Sin embargo, ningún rasgo de su fisonomía indicaba que se tratase de un dictador, parecía más bien un hombre común que se ocupaba de negocios o vivía de rentas.

Vino la ginebra y dejé el periódico a mano para levantarlo y ocultarme si era necesario. Me estaba moviendo en un espacio que no conocía, pero nada de lo que veía me parecía extraño. El ritmo lento y anodino de la ciudad parecía condensarse también en los lugares de reunión, donde la existencia transcurría sin sorpresas ni estridencias innecesarias. En comparación con lo que veía en New York todo me parecía pequeño y dominable. Las "damas divertidas" no estaban a la vista y la presencia femenina se limitaba a dos señoras que cuchicheaban en una mesa junto a una ventana y bebían café con leche.

Un individuo obeso entró al Jauja. Vestía de oscuro y su traje estaba bastante arrugado. Llevaba corbata de lazo y bajo el saco asomaba un chaleco con los botones a punto de saltar. Saludó con un gesto a algunos presentes y eligió una mesa en el centro del salón. Enseguida un mozo se acercó a atenderlo. Se saludaron de un modo familiar. El gordo hizo algunos gestos que denotaban un aire confianzudo. Sobre la mesa de mármol colocó un cartapacio del que sobresalían hojas. En ese momento el lustrabotas se levantó de su banquito y con su caja de pomadas y cepillos se acercó a mi mesa. Con voz queda preguntó:

–¿Va a lustrarse, señor?

Horas antes ya lo había hecho y se había ganado una suculenta propina. Al principio pensé que lo había malacostumbrado. Sin embargo, su mirada me dijo que debía aceptar un retoque al lustre de mis zapatos.

–Está bien, Sabino, lustre.

Sabino acomodó su banquito y yo mi pie derecho sobre el cajón. Las mujeres se levantaron, pagaron y se fueron. El gordo recién entrado decidió ocupar la mesa que dejaron libre.

–¿Vio al gordo que entró? –dijo Sabino, hablando sin mirarme.

–Claro.

–Se llama Casaravilla y es poeta. Es argentino. También compone tangos. Amigo de Gardel y de los que hablamos hoy.

–¿También de Guichón?

–No, pero se conocen.

–¿Entonces?

–No puedo contárselo aquí.

–¿A qué hora termina de lustrar?

–Una hora más.

–Lo espero. Aquí enfrente hay un auto negro estacionado. Lo llevo a donde usted me diga y conversamos. ¿Le parece bien?

–¿Cuánto va a pagarme?

–Depende de lo que me cuente.

–Está bien.

15

Me quedé cuarenta minutos más haciendo durar la ginebra y el queso para vigilar al gordo que iba dando cuenta de una fuente de *spaghetti* –aquí llamados “tallarines”–, regados con una botella de *chianti*. En ese tiempo no llegó nadie parecido a Bonapelch y el lugar se animó con la presencia de un cantor, que se acompañaba con una guitarra y entonaba melodías para mí desconocidas que me recordaban a la música mexicana, con lamentos y emoción exagerada. Imaginé que sería inútil intentar escuchar en Montevideo un poco de *jazz* y tuve que reconocer que los mambos y rumbas que había oído en La Habana me resultaban más llevaderos. No obstante, cuando el cantor se acercó a mi mesa y extendió su guitarra dada vuelta para que le depositara un billete, accedí, acaso por piedad o por un obvio afán de mimetizarme con el ambiente.

Pagué, salí y me dirigí al coche, que estaba con las luces apagadas.

–Veo que no hubo suerte, ¿verdad? –dijo Fernández.

–En realidad la hubo, pero no la que usted piensa. En veinte minutos nos vamos. Esperamos a alguien que trabaja en el Jauja.

–¿Un cliente de su pintura?

Era evidente que Fernández no se tragaba mi tapadera. Preferí respetar su intuición, pero sin explicarle mucho:

–Si va a trabajar para mí, lo mejor será que no pregunte demasiado. Voy a pagarle bien y si sabe ser discreto, mejor.

–Está bien, disculpe.

–Está disculpado. ¿Conoce a un tal Casaravilla, un gordo que está comiendo allí, junto a una ventana?

–Sí, lo conozco. No personalmente, pero sé quién es. Le dicen Alhaja Falsa. Compone tangos, pero no sabe nada de música. Se las da de poeta y es hombre del ambiente musical y tanguero. Enrique Delfino le

grabó hace unos años “Berretines de grandeza”. El gordo es un personaje. Tiene amigos en todos lados, me refiero al mundo artístico. ¿Lo esperamos a él?

–No, a otra persona. Mire, allí viene. Ábrale la puerta para que suba.

Enfundado en un sobretodo raído y llevando una gorra calzada hasta las cejas, apareció Sabino. Rengueaba. Fernández lo ayudó a subir al asiento trasero del auto.

–Salió antes, Sabino –comenté.

–Hoy no había mucho trabajo.

–¿Quiere que lo llevemos a su casa?

–Sí, me gustaría tomar unos mates… pero vivo un poco lejos.

–No se preocupe. ¿Mates, dijo? ¿Qué es eso?

Fernández intervino:

–Algo que nos sostiene con vida y nos ayuda a meditar. Es solo una hoja molida y secada, agua caliente y una bombilla para sorber. Todo eso en un cuenco con forma de corazón, una calabaza reseca y ahuecada. ¿Nunca tomó, amigo?

–No, pero me acaba de describir lo que sucede con otras bebidas.

Fernández largó una risa corta y arrancó.

–Ustedes dirán. ¿Adónde vamos?

–Vivo por Camino Corrales y General Flores –dijo Sabino.

–Se me fue lejos, el hombre –comentó Fernández.

Avanzamos por la calle Mercedes y luego torcimos a la izquierda para tomar una avenida ancha, recta y bastante sombría. Ninguno hablaba, pero se notaba que Sabino estaba asustado. Quizá no había previsto que ofrecerse a conversar conmigo implicaba mucho más que una charla casual mientras lustraba un par de zapatos. Tal vez la tentación del dinero había aflojado y ahora se veía involucrado en algo que sin duda lo preocupaba.

Al final de la avenida accedimos a una amplia rotonda, en cuyo centro se destacaba un voluminoso edificio de mármol con escalinatas y columnas que Fernández mencionó como el Palacio Legislativo. Parecía que en la ciudad cada edificio importante era nombrado como “Palacio” y en lo poco que había visto ya me había topado con dos muy importantes. El chofer aclaró que se trataba del Parlamento de la República y se había terminado de construir unos años antes.

–Pero ahora no funciona y cuando funcione otra vez, Terra va a dominarlo con su nueva Constitución –dijo Fernández.

El resto del viaje transcurrió en silencio. El auto avanzó por otra avenida que progresivamente se fue despoblando y haciéndose más oscura. Apenas nos cruzamos con algunos tranvías y otros automóviles. También vi ómnibus. Montevideo no tenía un tren elevado ni, por supuesto, uno subterráneo. Era una ciudad baja y oscura por la noche: su alumbrado se mostraba anémico y espaciado y a medida que íbamos alejándonos del Centro se convertía en un suburbio extenso que se desgranaba en las sombras.

Por fin llegamos a la zona en donde vivía Sabino. Nos indicó doblar a la izquierda por una calle sin pavimentar y el taxi fue dando bandazos hasta detenerse, por indicación del lustrabotas, ante una pequeña casilla de madera y chapa acanalada. Al ver el entorno me lamenté de no haber traído el Smith & Wesson.

16

Lo dejé a Fernández dentro del auto, que estacionó con las luces apagadas frente a la casilla de Sabino.

–Aquí pueden "achurarme" –dijo Fernández y yo no entendí a qué se refería. En el Río de la Plata mi español era limitado.

El lugar donde vivía Sabino era minúsculo y hacía las veces de dormitorio, cocina y estar. Un perro viejo nos recibió y Sabino lo acarició un poco hasta que se echó sobre un edredón sucio y percudido. Una única lámpara de pocos vatios iluminó la estancia. El lustrabotas logró encender una especie de salamandra alimentada a carbón para calentar el lugar y sobre ella colocó una pava con agua. Se quitó el sobretodo y la gorra y me indicó que me sentara en una silla con esterilla bastante desvencijada. De una jaula con tejido mosquitero que colgaba del techo sacó queso y un embutido reseco que me ofreció y yo rechacé. Sobre una mesa con mantel de hule dispuso un trozo de pan y cortó una rebanada del queso y luego rodajas del embutido. Todo lo hizo en silencio, como si yo no estuviera. Después llenó de agua el cuenco del perro, que extrajo de una canilla sobre una pileta en una mesada. De un paquete hecho con diarios sacó unos huesos que tiró al piso. El animal de inmediato los recogió entre sus mandíbulas y se los llevó a un rincón. Cuando consideró que las tareas inmediatas estaban concluidas, Sabino se sentó en su camastro y comentó:

–Yo era tropero y peleé en la revolución del cuatro. Se me murieron dos hijos jóvenes, dos muchachos apenas, en el entrevero de Mansavillagra. Cuando volví a las casas después del armisticio, mi mujer no quiso recibirme: estaba conchabada con un cabo del ejército del gobierno. Me quedaba solo el dolor y mi caballo. Pude matarlos, a los dos, pero no valía la pena ir preso por una desagradecida. Junté lo poco que me quedaba y me vine a la capital. Hice de todo hasta que conseguí un trabajo en el hipódromo, porque de caballos sé bastante.

Pero un zaino me volteó feo y me fracturé la tibia y el peroné y quedé como me ve, baldado para siempre y sin mucho para hacer. Hace cinco años que lustro y sobrevivo, qué más remedio…

Sabino recitó su historia sin inflexiones en la voz, como si lo que contó le hubiera sucedido a otro al que remotamente conocía. Mientras hablaba, yo reparé en más detalles de su casucha y me pregunté si O'Mara iba a creerme cuando le describiera en donde había estado haciendo mi investigación. En una pared había una lámina coloreada clavada con chinches que mostraba a un equipo de fútbol vestido de celeste. Posaba ante una tribuna repleta de público y sobre la foto un texto decía: "Campeones del Mundo 1930". Junto a la foto había un calendario de 1933, por supuesto con la foto de Carlos Gardel vestido de gaucho sosteniendo una guitarra. Encima de la cama de Sabino colgaba un crucifijo de madera con una rama de olivo entrelazada.

Finalmente, la pava hirvió y Sabino empezó a preparar eso que él llamó mate. Se tomó su tiempo y me pareció que toda la ceremonia iba aliviando el recelo que desde que subió al taxi yo había notado. Sabino acercó un banco de tres patas a la mesa, vertió agua caliente en el recipiente de calabaza y luego sorbió a través de la bombilla generando un sonido extraño. Por fin dijo:

–Bueno, aquí estamos: vamos al punto. Yo voy a decir lo mío, pero antes usted va a explicarme lo que busca y para qué.

–Está bien, amigo, tiene razón. Para ser claro: estoy investigando la muerte accidental o deliberada de un señor Salvo, ocurrida hace unos meses, días después de ser atropellado por un automóvil conducido por un tal Artigas Guichón. Como usted ya sabe, Salvo era el suegro de Ricardo Bonapelch, habitué del bar en donde usted lustra y amigo del artista que sonríe desde el almanaque, que, por lo que me han informado, también suele visitar el Jauja. Si uno sabe sumar dos más dos tiene que darse cuenta de que si Guichón y Bonapelch son parroquianos del mismo bar, algún vínculo deberían tener y que, mal o bien, algo pudo suceder entre los dos antes que el accidente se produjese. Para llevar adelante mis averiguaciones, tuve que viajar muchas millas hasta llegar a mi patria natal, porque la Agencia para la que trabajo queda muy lejos. Los que me contrataron confían en mis

habilidades para dar con el hilo que une a Guichón con Bonapelch y entonces, según lo que usted me ha dicho mientras me lustraba, quizá yo esté bien orientado y a lo mejor hasta encuentre un testigo que lo incrimine al yerno del muerto. ¿He sido claro?

Sabino me miró en silencio y me ofreció el recipiente con la bombilla luego de echarle agua hirviendo de la pava:

–¿Quiere tomar un mate?

Me pareció que rechazar la invitación no iba a congraciarme con mi informante y que aceptarla, sí. Pensé en la cara de O'Mara cuando le contase. Cuando sorbí, me imaginé ingresando en una intimidad necesaria para mi trabajo. Paladeé el líquido amargo y caliente y luego lo tragué como si se tratara de una medicina.

–Hábleme del gordo que llegó hoy al Jauja. Iba a decirme algo sobre él, ¿recuerda?

–Tengo buena memoria, como vio ayer. Pero antes dígame en cuánto voy en esto.

–Ya se lo dije: depende de lo que recuerde. Ya le di un anticipo, pero eso puede mejorar. Es importante, también, que lo que me diga sirva para algo.

Sabino se preparó otro mate. Miró en torno y señaló el espacio con un gesto.

–Usted puede ver cómo vivo –dijo, y volvió a sorber de la bombilla.

Yo saqué un billete de veinte dólares y se lo mostré:

–Es un retrato de Jackson. ¿Alguna vez vio uno? Es suyo si me cuenta cosas interesantes sobre lo que investigo.

Enseguida dejé el billete sobre el mantel de hule y saqué mi libreta del bolsillo del saco.

Entonces Sabino me contó.

17

Sabino García –así se llamaba el lustrabotas, un solo nombre, un solo apellido– finalmente se ganó el retrato de Jackson, aunque posiblemente no tuviera idea de lo que valía. Con su peculiar manera de hablar y sin dejar de tomar su mate –que no siguió compartiendo conmigo luego de que yo le rechazara una segunda invitación– me fue confiando datos que fui anotando en mi libreta.

Al parecer, en el verano de este año, el gordo desaliñado –apellidado Casaravilla– que yo había visto entrar esa noche en el Jauja había inoculado en la cabeza de Artigas Guichón la idea de ayudar a Bonapelch atropellando a su suegro con un auto. Una noche de verano en el bar, en medio de bromas y sobrentendidos, había lanzado la propuesta en voz alta y sin ahorrar detalles. La razón era que Bonapelch, a quien trataba y conocía, "estaba en la mala" y la única solución para que recuperara su capital era que lo heredara a su suegro a través de la hija, su mujer. Le sugirió a Guichón –un joven de buena familia pero de vida disipada, con varios vicios y urgencias materiales– que aceptara la comisión del hecho, a cambio de una buena suma de dinero.

Según García, el gordo era un hombre influyente, amigo de Gardel y de alguien quizá más importante: el mafioso argentino Juan Galiffi, conocido como don Chicho Grande y visitante del Jauja en ocasiones porque estaba "refugiado" en Uruguay. Al parecer tenían intereses comunes: compartían negocios y en ocasiones Casaravilla le servía de garantía pero, además, el gordo se veía con su hija Ágata. En algún momento, Galiffile había prestado dinero a Bonapelch –para que en un breve plazo se lo devolviese con un interés elevado– con el respaldo de Casaravilla y de un posible seguro de vida en favor de María Elisa Salvo, esposa de Bonapelch, lo que hace suponer que en algún momento se pensó en la muerte de Salvo como forma de obtener

dinero.

Casaravilla conocía bien a Bonapelch y sabía de sus penurias monetarias, producto de sus hábitos de despilfarro y los malos negocios que solía realizar. Sabía también que si Bonapelch no le devolvía el dinero a Galiffi, él también estaría en problemas. No era raro que pergeñase el "accidente" y además eligiese al ejecutor, porque sabía que Artigas Guichón era lo suficientemente ambicioso como para aceptar el encargo. Se dice que Guichón y Bonapelch se conocían de cuando vivían en el barrio Paso del Molino.

Sabino García lo había conocido a Bonapelch años antes de rencontrarlo en el Jauja, cuando el futuro yerno de Salvo trabajaba como mozo en un restaurante de la avenida General Flores, la misma que habíamos recorrido para llegar hasta la casilla. Por lo que describió Sabino, Bonapelch era un joven entrador y bien parecido antes de jugar a emular a Gardel. Tenía veinte años y se entreveraba fácilmente con sirvientas y empleadas de comercio. Cuando García lo vio entrar la primera vez al Jauja, era otro: un imitador bien vestido, que había ganado kilos y se movía como en una película.

–Él no me reconoció, o fingió no hacerlo, tanto da –explicó el lustrabotas. Dijo que apareció un día acompañando a Gardel, haciéndole chistes y festejándole cada cosa que el cantor decía.

Tomaban copetines que Bonapelch siempre pagaba, y por lo que García evocó, al cantor no le gustaba demasiado tanta alcahuetería. Para entonces el imitador ya estaba casado con la hija de Salvo, pero todos sabían que el matrimonio era una farsa y que Bonapelch era un vulgar vividor que ni siquiera se cuidaba de mantener las apariencias.

–El conchabo con Guichón es un asunto que Bonapelch buscó, aunque también pudo ser al revés –dijo García casi sin énfasis, como si aludiese a algo que pensara desde hacía tiempo. Entonces habló de imperceptibles señas, de miradas cómplices y conciliábulos a los que no fue ajeno un mozo del Jauja llamado Crescende–. Él también iba prendido –dijo García.

El lustrabotas recordó retazos de conversaciones escuchadas mientras lustraba. Se mencionaron cifras de dinero y comentarios sobre los hábitos de Salvo. También hablaron del auto y los peligros del tránsito.

–El mozo era el mensajero –concluyó García. Pero el arreglo final se hizo a pocas cuadras del bar, en la pensión en donde vivía Guichón–. Un tal Gaja también sabía –evocó de golpe, como si a medida que iba contándome la historia fuese descubriendo en su memoria detalles que surgían como las piezas de un puzle que iba armando delante de mí.

Tenía bastantes nombres: Casaravilla, Crescende, Gaja y por supuesto Guichón, quien había desaparecido luego de quedar en libertad. Con relación a este, García fue tajante:

–Era de buen origen, pero estaba estropeado por el vicio y la mala vida, y por lo que alguno comentó, antes había matado a un hombre de una puñalada.

Sabino García concluyó su relación y vio que no había más agua en la pava. Supe que era el momento de irme y que solo me quedaba una pregunta por hacer:

–¿Usted escuchó detalles del arreglo?

Sabino asintió.

–¿Se anima a contarle todo esto a un abogado?

El lustrabotas me miró y esbozó una mueca de desdén.

–¿Va a servir de algo? –dijo y sonrió.

–A lo mejor sí. Pero tiene que prometerme que no hablará con nadie más sobre esto. Voy a volver con la persona que me contrató y vamos a arreglar su recompensa. Cuando me vea en el Jauja no se ofrezca a lustrarme.

Me despedí con un simple apretón de manos. Pese a la salamandra, el aire de la casucha era gélido. En ese momento ignoraba el error de haber dejado allí el billete de veinte dólares.

18

Previsiblemente, el chofer estaba dormido cuando regresé al coche. Se sobresaltó cuando le golpeé el vidrio de la ventanilla para que me abriese.

–Pese al frío me dormí –comentó, despabilándose.

–Regresamos al hotel, por hoy fue demasiado –dije.

Arrancó y el auto corcoveó en el camino de tierra. Una luna enorme iluminaba el paisaje y apaciguaba el aire lúgubre de la calle. Nunca me había sentido tan lejos de New York.

–Aprovechemos el viaje –dije–, ¿qué sabe de un tal Bonapelch?

Fernández lanzó un silbido.

–Se refiere al yerno de Salvo, ¿verdad?

–Sí, claro.

–No creo que le compre pinturas.

–Deje eso y no me venga con juegos a esta hora.

–Está bien, pero usted no siga fingiendo lo que no es. Me imagino que si pregunta es por algo.

–Sí: digamos que preguntar es parte de mi ocupación.

–Me parece que sé a qué vino desde tan lejos. ¿Bonapelch? Por lo que sé es un arribista, un acomodado. Ahora es constituyente, fíjese en qué país vivimos. Dicen que el tirano lo cobija, que maneja influencias. Un tal Trujillo, secretario de Terra, es su apoderado. ¿Qué más quiere saber?

–Con poco, ya me dijo bastante. ¿Qué sabe del accidente de Salvo?

–Bueno… se habló mucho. El que lo atropelló está libre; un escándalo, claro. Dijo que le fallaron los frenos. Es todo muy raro, ¿verdad? Un hombre poderoso como Salvo, morir así. Está la plata de por medio, siempre es igual, aunque por lo que sé, el viejo tenía algunos enemigos. Dicen que le gustaban las jovencitas y, en fin, para qué abundar. Hay miseria en todos lados, mugre. Y Bonapelch forma

parte de esa mugre. Se dicen muchas cosas que no se investigan porque Cavassa es el jefe de la policía del régimen, ¿me entiende? Está el poder allí, las influencias. Vivimos una época oscura como esta calle, señor. Y Bonapelch está a sus anchas y a las risas.

–¿Dónde puede estar Guichón, el chofer torpe que reconoció enseguida a su atropellado?

Fernández lanzó una risa corta.

–En cualquier lado: quedó libre y enseguida desapareció. Nadie va a encontrarlo. Si escapó para el interior no aparece más, olvídese. También pudo cruzar el charco; si le pagaron el favor, debe tener con qué. Con plata todo se puede. Mire la hora que es y estoy trabajando. Y perdone: ¿no tiene hambre?

–Sí, un vacío enorme. Pero usted lo dijo: la hora.

–Conozco un lugar que todavía sirve puchero, nos queda de paso para el Centro.

–¿Puchero?

–Un cocido español hecho de gallina, un trozo de carne, chorizo, morcilla, tocino, boniatos, papas, garbanzos, zapallo, zanahoria y repollo, con un poco de mostaza y un vaso de vino. La especialidad de mi amigo Medina. Con este frío es lo mejor porque dicen que un puchero es capaz de revivir a un muerto. ¿Se anima?

–Está bien, me tentó. Pero yo invito.

–No, invito yo, pero si usted me aclara todo esto.

Recalamos en un café llamado Vaccaro, abierto en una esquina que, en medio de la oscuridad de la avenida, parecía un faro en medio de la noche. Casi enfrente había una estación de tranvías con escaso movimiento. En la otra esquina, a la derecha del café, había una tienda de ropa masculina que me siguió confirmando la obsesión por los palacios que había en la ciudad: su luminoso decía “Goes Palace” y en ella vendían ternos de casimir a crédito.

El café estaba instalado en la planta baja de un edificio de cuatro pisos, con un gran comedor en la entrada y casi todas sus mesas ocupadas pese a que era cerca de la medianoche. Nos ubicamos en una alejada de la puerta. El ambiente era cálido y las conversaciones animadas y, en algunas mesas, vehementes. Los mozos iban y venían con sus bandejas cargadas de platos humeantes y diversos. De a poco

estaba descubriendo una ciudad que por momentos era capaz de vibrar con destellos de una gran metrópoli. El comedor, alargado y con piso de tablas, me hizo recordar a un salón de baile de Brooklyn llamado The Special.

–Antes esto era el Yirumín y estaba abierto toda la noche. Este nuevo local se terminó hace algunos años –informó Fernández–. Del otro lado del comedor está el bar.

–Veo que esta es una ciudad de palacios y bares en la que la verdadera vida transcurre en mesas como esta.

–Mire, aquel morocho que está con una rubia en la mesa de la entrada es Ángel Rodríguez, el socio de Bonapelch.

–¿Socio?

–Negocios varios: mujeres, prostíbulos, contrabando… ¿Sigo?

–Buenas espaldas.

–Boxeador. Así como lo ve, en enero del 18 el negro lo noqueó a Luis Ángel Firpo, que después iba a pelear con Jack Dempsey por el título de los pesados, en 1923.

De pronto sentí asombro.

Yo había visto esa pelea que mencionaba Fernández en el estadio Polo Grounds de New York junto con ochenta mil fanáticos. Había ido con mi hermano, mi padre y mi tío Giulio. Podía recordar que no bien empezó la pelea Firpo derribó a Dempsey con un golpe de derecha que pareció un martillazo. El público lanzó un lamento ahogado, como si a todos nos hubiera dolido ese golpe. Pero Dempsey se recuperó rápidamente y lo tiró a Firpo varias veces a la lona. En el final de ese primer asalto, Firpo acorraló a Dempsey contra las cuerdas y con un certero golpe en la mandíbula lo arrojó fuera del *ring*. Fue un derechazo increíble, que hizo pasar a Jack por sobre las cuerdas, como si fuera un muñeco de trapo. Dempsey cayó sobre los periodistas del *ring side* y se golpeó la cabeza contra una máquina de escribir, haciéndose un corte en la cabeza. Estuvo varios segundos aturdido fuera del *ring*, pero el árbitro llegó solo a la cuenta de 9. Dempsey logró regresar al cuadrilátero ayudado por los periodistas. Fue una cuenta increíblemente lenta, y Dempsey no pudo subir al *ring* por sus propios medios. El argentino debió haber ganado por *knockout* en ese momento. Pero la pelea siguió y en el segundo *round* Dempsey se

recuperó y lo derribó a Firpo tres veces. Hasta que el árbitro paró el combate y levantó el puño de Dempsey. Firpo, noqueado, todavía estaba de pie, asombrado de lo rápido de la pelea y de la parcialidad del juez. Pero miles de sombreros estaban volando y los fanáticos rugían como cien trenes entrando en la Penn Station. Evoqué todo eso en un instante mientras Fernández miraba mi cara de asombro.

–¿Ese hombre lo noqueó a Firpo? –pregunté.

–Sí, entonces era muy bueno. Está retirado, claro. Fue campeón sudamericano de los mediopesados. Peleó cuarenta y ocho veces como profesional y ganó todas las peleas menos una, cuarenta y dos por *knockout*. Todo un récord, mi amigo.

Pude ver mejor a Rodríguez cuando se levantó y con una manera de caminar aparatosa y lenta atravesó el salón en busca del baño. Vestía un terno oscuro y no llevaba corbata. Solo en Harlem había visto negros así. Vi también a la rubia que lo acompañaba, con algo de una Jean Harlow mal imitada y con diez kilos de más.

–¿Tiene algo que ver el boxeador con el accidente?

Fernández llamó al mozo con una seña y encendió un cigarrillo. Me convidó pero no acepté.

–No creo. Pero se conocen de hace tiempo con Bonapelch. Se dedicaban a comprar casas y revenderlas. También se dijo que estaban en el negocio de la prostitución aprovechando las casas. Hasta los denunciaron por proxenetismo, pero al parecer zafaron.

–¿Y ese hombre ha sido electo constituyente?

–No se asombre. Los tejemanejes de la política lo pueden todo. Se dio un golpe de Estado pero la vida sigue. Ese fin de semana, después que se mató Brum y con una dictadura recién estrenada, se jugaron partidos por el campeonato de fútbol y la gente continuó yendo a los cines, mientras en razias se apresaban opositores y se deportaban gremialistas. Por supuesto que se torturaba y se allanaban locales políticos. Muchos fueron a parar a la isla de Flores, donde hay una cárcel. Se cayó toda la legalidad pero a la mayoría no le importó. "Amansarse para vivir" es el lema del dictador: como si fuéramos bestias sin raciocinio. Pero así van las cosas, mi amigo. Entonces llega usted y dice que vende pinturas. En vez de eso se mete en un asunto que huele muy mal y le paga a un servidor para pasearlo por los

arrabales o llevarlo hasta su infancia.

–Entiendo su curiosidad, pero no debería contarle nada. Mi ventaja también está en el secreto. Cuando subí al barco mi padre agonizaba en un hospital de Brooklyn; al otro día con un telegrama me avisaron que había muerto. Después, en medio de la travesía a Sudamérica, quedé prendado de una niña bien que me abandonó en Río. En esos días conocí gente peligrosa y pude terminar flotando en el océano. Pero aquí estoy, a punto de comer eso que se llama ¿puchero? y tratando de que su curiosidad no haga flaquear mi reserva profesional. Vine a preguntar cosas y redactar un informe y no bien pueda voy a regresar a casa, aunque tal vez recale en Río y busque a la niña. Tengo que reconocer que venir fue un error y un mal cálculo de mi jefe, el sagaz O'Mara. Pero tal vez yo necesitaba escapar por un tiempo de mis rutinas y dejar que mi gato se las arregle solo. No vi muerto a mi padre porque el deber me impuso subir al barco mientras él se apagaba. Pensé que la coartada era cruzar el mar para recuperar el pasado y desandar los años hasta llegar a cinco. Quizá ese fue mi responso, pero ahora no encuentro un buen epitafio. Como usted pudo ver, no recuperé nada de aquello y me perdí en una calle en la cual alguna vez viví, pero de una ciudad distinta, de la que ya nada queda. Una trampa más de la nostalgia, claro. El mío es un oficio duro y solitario: camino y pregunto; observo cosas, detalles quizá imperceptibles para los demás. A veces saco conclusiones acertadas y otras erróneas. No tengo una gran experiencia porque solo he seguido a bígamos u homosexuales con esposa e hijos. Trabajos menores en una gran ciudad llena de historias absurdas. Entonces a mi jefe O'Mara se le ocurre contestar un telegrama y aquí me tiene. Para usted vendo pinturas, no lo olvide. No puedo ser más explícito para ganarme esta cena.

El mozo llegó con una fuente de loza humeante y repleta de lo que Fernández había prometido. De una jarra nos sirvieron vino y de otra agua en copas diferentes. El chofer colgó una servilleta de su cuello y con presteza llenó mi plato de carne y todo lo demás.

–Déjeme hacerle una única pregunta y nos olvidamos de lo que hace –dijo Fernández.

–Pregunte.

–¿Está armado?

Sonreí mientras masticaba el primer trozo de carne hervida.

–Por ahora no es necesario que lo esté –respondí y de pronto recordé a Vance Lamarr y su bulto debajo del saco.

19

Comimos hasta saciarnos. El cocido era sustancioso y colmó mi apetito.

Mientras tomábamos una tisana –recomendación de Fernández– pregunté al chofer:

–¿Hace tiempo que maneja el Ford A?

–Antes tenía un Graham Paige del 28, que había sido de un diplomático. Hace unos años acerté con un número de lotería y compré el Ford, nuevo, claro. Mi familia siempre estuvo en el negocio de coches de alquiler, desde la época de los carruajes tirados por caballos. Tengo treinta y seis años y manejo desde los veinte. Al primer auto que me subí fue a un Ford A.

–Por lo que he visto, conduce muy bien. ¿Hay muchos accidentes en el tránsito?

–Más que los inevitables. Los coches ahora son más veloces y el tránsito está lleno de conductores sin experiencia. Hasta las mujeres manejan hoy.

–A lo mejor lo hacen mejor, ¿no? ¿Qué recuerda del accidente de Salvo? ¿Leyó alguna crónica, alguien le comentó algo?

Fernández enarcó las cejas y miró al vacío.

–Ya veo por dónde viene su pregunta. El que lo atropelló a Salvo terminó llevándolo a un sanatorio. Se dijo que ese hombre, Guichón, confundió los pedales y en vez de frenar, aceleró. Supongo que haberse detenido y auxiliado al viejo tuvo que ver con que al final lo dejaran libre. Con todo, creo que la maniobra que hizo con el auto fue rara. Hablo por lo que leí y por lo que un amigo me contó.

–¿Un testigo?

–En realidad nunca declaró, pero algo llegó a ver.

–¿Quién es?

–Un portero del cine frente al que ocurrió el accidente.

–¿Qué le dijo?

–Nada. Dijo: “me pareció que la maniobra fue a propósito”.

–¿Cuándo hablaron?

–Lo encontré una semana después. Salvo todavía estaba vivo e internado. Nos vimos por casualidad en un boliche de la Unión. Yo había parado para almorzar y él vive cerca de allí. Nos conocemos de la tribuna. Los dos somos hinchas de Wanderers, un club de fútbol del Prado. No recuerdo por qué salió el tema, pero él tuvo dudas de lo que vio. Otras personas también lo vieron.

–¿Y él por qué no declaró? ¿No le dijo nada a la policía?

–Estaba trabajando. Dijo que en el momento no tuvo conciencia del detalle, pero que después lo pensó. A veces nos pasa que vemos algo y solo después entendemos qué fue. Además creyó ver antes al auto dando vueltas por la zona.

–¿Cómo se llama su amigo?

–Solo sé su apellido: Paretti. Trabaja en el cine Paso del Molino.

Saqué mi libreta y anoté. Fernández me miró como si viera a Sherlock Holmes. Enseguida pensé que el dato no agregaba nada a lo que sabía: era un secreto a voces que Guichón lo había atropellado deliberadamente a Salvo y mi caso consistía en encontrar pruebas de que Bonapelch había comprado el accidente para eliminar a su suegro. En realidad lo del portero confirmaba los errores o vacíos de la investigación policial. Pero lo que me había contado Sabino García sí era importante y por ahora era mi único naipe ganador.

–Estoy cansado, Fernández. Volvamos al hotel.

Fernández insistió en pagar y yo no me opuse. Cuando salimos le dediqué una última mirada al exboxeador que sobaba una mano de la rubia mientras con la otra bebía *cognac*. Pensé que esa misma mano que sostenía la de la mujer había noqueado a Firpo. La mujer me miró con cierto desdén, como si pensase que yo desaprobara la unión interracial. Su mirada tenía algo de la de mi hermana viendo cómo me iba del hospital y los abandonaba a todos en medio de la tragedia. El pelo también me la recordaba.

Ya en el auto, Fernández comentó:

–Ahora sería el momento de visitar otro lugar típico… un buen polvo para terminar el día.

Dejé pasar la invitación. La cena y la tisana ya habían hecho su efecto y lo único que necesitaba era dormir y descansar.

–Otra vez, Fernández… Ahora, al hotel.

20

Fernández estacionó frente al hotel y yo le pagué los servicios. No acordamos encontrarnos al otro día, pero él me anotó en un papel un teléfono en donde ubicarlo. Le agradecí otra vez la cena y me bajé del Ford. Antes de arrancar, el chofer me dijo:

–Ese hombre que usted investiga está protegido por el poder; no va a poder tocarlo.

No le respondí y me despedí sujetando el ala de mi sombrero.

A esa hora la plaza estaba totalmente vacía y el vestíbulo del hotel apenas iluminado. A través de los ventanales de la entrada, pude ver al conserje dormitando acodado en el mostrador de la recepción. Iba a entrar cuando a pocos metros de donde estaba, a media cuadra del hotel, un hombre alto y de sombrero apareció saliendo de un portal. Acababa de encender un cigarrillo y el breve resplandor del fósforo ardiendo iluminó su rostro.

Tal vez fue sugestión o una mala jugada de mis ojos, pero me pareció que el hombre era Vance Lamarr. Contuve la respiración y esperé que la silueta avanzara. Pero no lo hizo. Se quedó inmóvil fumando y mirándome, envuelto en una breve niebla plateada. Dudé un instante y luego avancé resuelto hacia donde estaba. Entonces el hombre se volvió y se alejó caminando con rapidez sin mirar una sola vez hacia atrás. Pensé en seguirlo, pero finalmente me detuve. ¿Era posible que ese matón hubiera escapado de Bahía? Como le había dicho a Fernández, estaba muy cansado y necesitaba dormir. Quizá tanto que las pesadillas se anticipaban al sueño.

Ya en la habitación, saqué el Smith & Wesson de la valija y lo revisé a conciencia. Después abrí la puerta ventana y salí al balcón de la habitación. La plaza seguía desierta y una fina llovizna había empezado a caer. Me asomé hacia la izquierda y miré la calle que se perdía en las sombras y más lejos parecía morir en el río. No vi a nadie

caminando, ni cerca del hotel.

Me desvestí y colgué mi ropa del respaldo de una silla. De pronto necesité un trago, pero a esa hora el bar del hotel estaba cerrado. Tranqué con media vuelta de la llave la puerta de la habitación y me acosté. La llovizna se convirtió en un fuerte aguacero acompañado de viento.

Descolgué el tubo del teléfono y aguardé a que el conserje nocturno atendiese:

–Disculpe: ¿estuvo alguien preguntando por mí?

El hombre dudó y con voz adormilada respondió:

–¿Número de habitación?

–Cuatrocientos tres.

Hubo un silencio, una tos. Finalmente el hombre dijo:

–No, desde que tomé el turno, hace dos horas. Antes no sé, no dejaron ningún mensaje.

Agradecí y colgué.

Apagué la luz y traté de dormirme. El resplandor del fósforo sobre la cara del hombre se amplificó en la negrura de la habitación. En ese momento sonó el teléfono. Su campanilleo fue como un latigazo en mi cerebro porque el vino y la comida abundante me habían dado jaqueca. Atendí. El conserje se disculpó:

–Llamado para usted. Perdone la hora. Pensé que todavía no se había dormido. Un señor Reyles lo llama.

–Pásemelo.

–¿Santini? ¡Por fin!, lo llamé varias veces hoy –la voz de Reyles sonó fresca, como si recién hubiera nacido.

–Acabo de volver al hotel, ¿qué se le ofrece?

–A veces puedo ser una persona ansiosa, disculpe. Veo que estuvo ocupado y espero que con provecho para nuestro asunto. Pero surgió algo que va a interesarle.

–¿Sí? ¿De qué se trata?

Hubo una pausa y Reyles lanzó una risa corta, destemplada.

–Parece que después del accidente, Bonapelch visitó a su suegro varias veces en el hospital. Tal vez tuviese remordimientos –Reyles volvió a reír– o quería guardar las apariencias.

–¿Entonces?

–Bueno, como usted sabe por los informes que le di, Salvo terminó muriéndose de una bronconeumonía que complicó todo lo demás. Para un hombre de su edad, severamente herido en el accidente y postrado casi veinte días en una cama, una infección fue letal. Usted dirá que finalmente Bonapelch tuvo suerte para que su deseo se cumpliese. Pero dicen que a la suerte hay que ayudarla y eso es lo que hizo el yerno macabro, ¿me sigue?

–Creo que sí, pero sea más concreto.

–Tiene razón. Voy al punto: parece que una noche, antes de retirarse de la visita, Bonapelch abrió las ventanas de la habitación para dejar entrar el aire frío de la noche. Alguien lo vio, porque esa versión me la confió un periodista –un tal Aldasoro– que ha seguido el caso. Él no ha podido dar con el o la testigo. No es extraño que la bronconeumonía sea producto de ese frío que Bonapelch suministró, ¿no cree?

–Sería muy difícil probarlo.

–Es cierto, pero de encontrar a alguien que lo atestigüe, al menos podríamos intentarlo. Sería una prueba circunstancial. Tal vez usted deba ir al hospital y tratar de ubicar a ese testigo. Sin duda es alguien del personal que estaba de guardia esa noche.

–¿Su informante tiene algún nombre?

–No lo sé, pero trabaja en esa punta de la historia. Quiere dar su primicia, ¿entiende?

–Lo que entiendo es que de todas maneras el asunto principal no es ese. Lo importante es la conexión entre Guichón y Bonapelch. Estuve en el Jauja.

–¡Qué bien! ¿Y?

–Su llamada me obliga a decirle algo que va a interesarle. Tal vez encontré esa conexión, pero usted deberá juzgar si sirve. Hablo de un testigo, de alguien que vio todo y en silencio.

–¡Formidable! ¿Quién es?

–No se apure. Estoy muy cansado y antes de que llamara estaba a punto de dormirme. Mañana hablamos o nos vemos.

–Lo acompaño a desayunar. ¿Le parece bien a las nueve? –preguntó Reyles con el entusiasmo de un niño en la víspera de un picnic.

–Está bien, a las nueve en el comedor. Y me está debiendo veinte

dólares.

21

Recién bañado y afeitado y vestido de manera impecable, el doctor Reyles me recibió con una sonrisa en la puerta del comedor. Yo no había dormido bien porque la idea de que Vance Lamarr estuviera en Montevideo había desbaratado mi sueño. A su vez, la llamada de Reyles había disparado mis especulaciones sobre el caso que investigaba. Todo olía cada vez peor y sobraban los motivos de sospecha, pero aun así iba a ser difícil lograr incriminar a Bonapelch. Me parecía escandalosa la inoperancia judicial y policial y la absurda circunstancia de que el deliberado agresor estuviera libre convertía todo en un asunto para mí liquidado, salvo que Sabino García, mi testigo sorpresa, torciera el curso de la historia.

Nos saludamos y Reyles comentó:

–Anoche me dio una gran noticia, espero que me la confirme.

Entramos al comedor y nos sentamos ante una mesa preparada para el desayuno. Reyles olía como una florería en primavera y sus uñas estaban tan brillantes como los gemelos de los puños de la camisa.

–Digamos que es una posibilidad que usted deberá evaluar, como ya le dije anoche.

–Bien, cuénteme y evaluaré.

A lo largo de dos tazas de café le relaté a Reyles mi conversación con el lustrabotas del Jauja. El abogado siguió mi relación en silencio y sin ocultar un creciente entusiasmo que se trasuntaba en el arqueo de sus cejas y en esporádicas caricias a su bigote. Tuve la precaución de consultar mi libreta cada vez que debí citar un nombre. Cuando terminé el relato, Reyles me dedicó una nueva sonrisa.

–Muy interesante, Santini. Veo que no me equivoqué al traerlo de tan lejos. Así que Sabino García podría testificar. ¿Usted le creyó?

–¿A qué se refiere?

–A lo mejor el hombre fantasea, ¡qué sé yo! Por lo que me ha

descrito es una persona humilde, sin duda ignorante. Temo que quizá se desdiga si tratamos de consignar su testimonio en un escrito ante un juez penal.

–Por ahora es lo único que tenemos, doctor. Le prometí una recompensa de la que ya le adelanté veinte dólares. Le pedí que no hablara con nadie del asunto y me pareció un hombre confiable en ese aspecto. De todas maneras, todavía no pude ubicarlo a Bonapelch.

Reyles congeló su sonrisa.

–¿De veras piensa hacerlo? Digo… ¿no será contraproducente? ¿De qué manera...?

Lo interrumpí:

–No se preocupe, tengo una buena tapadera para interesarlo en hablar conmigo sin que sospeche nada.

–¿Es necesario que lo encare?

–Necesito conocerlo y, si puedo, tantear sus debilidades. El trabajo de campo nunca debe desdeñar el contacto con un criminal siempre que sea posible.

–Veo que le gusta aplicar el manual. Haga, nomás. Pero volvamos al lustrabotas: ¿podría llevarlo a mi bufete?

–¿Cuándo quiere verlo?

–Hoy mismo, si pudiera. Quisiera interrogarlo personalmente mientras mi secretaria toma una versión taquigráfica.

–Puedo ubicarlo en el Jauja. Espero convencerlo de que me acompañe. Está un poco asustado porque sabe que es un asunto pesado este de Bonapelch, hay mucha gente importante detrás, incluido el mismísimo presidente.

–Dictador.

Reyles ya no sonreía. Por un momento me pareció que detrás de su interés en el caso había algo más que obligación profesional. Creí percibir en su mirada un asomo de odio cada vez que yo había mencionado el nombre de Bonapelch.

–Tengo que irme, doctor. Voy a pasar por una imprenta y luego iré al Jauja a contactarme con Sabino. ¿A qué hora va a recibirnos?

–Estaré todo el día en mi estudio. Llámeme por teléfono cuando arregle con Sabino.

Nos despedimos con otro apretón de manos. En el semblante de

Reyles se percibía ansiedad y me pareció que durante la conversación había transpirado.

La mañana era gris y ya no llovía cuando salí del hotel en dirección a la imprenta. Me detuve otra vez en la agencia del telégrafo y le envié un mensaje a O'Mara:

> RESEARCH IN PROGRESS STOP MODERATE ACHIEVEMENTS STOP KEEP CONTACT STOP BYE
>
> GUIDO

22

Las tarjetas estaban impresas de acuerdo con mi pedido. Las pagué y me fui. Guardé un par en el bolsillo superior del saco y el resto del paquete lo puse en el bolsillo del sobretodo. Acababa de convertirme en un productor de Empire Motion Pictures con la misión de contactar posibles estrellas rioplatenses para una futura película a filmarse en New York.

Mientras caminaba hacia la plaza Independencia miré varias veces sobre mi hombro porque tenía la sensación de que alguien me seguía. La visión del hombre encendiendo el cigarrillo en la oscuridad todavía revoloteaba en mi mente. No podía estar seguro de que fuera Vance Lamarr. Pero, de ser él, no era extraño que supiera dónde encontrarme en Montevideo. En el Valdivia había tenido acceso a mis documentos y papeles en los que constaba el nombre del hotel en el que habría de alojarme. ¿Había logrado Lamarr evadirse de las autoridades de Recife? No era imposible, teniendo en cuenta la gama de recursos que había utilizado en el barco. Por los días transcurridos desde que nos separáramos quizá había tenido tiempo para llegar al Río de la Plata, si había dado con el buque adecuado. Tal vez debiera empezar a llevar el Smith & Wesson encima, pensé.

Atravesé la plaza y me enfrenté otra vez a la mole del Palacio Salvo. Crucé la calle en dirección al edificio porque quería apreciar mejor su solidez e imponencia. Era un símbolo de lo que estaba investigando. Por un lado representaba el poder de la familia que lo había construido y a la vez mostraba lo relativo de ese poder: uno de sus gestores había muerto embestido por un oscuro chapucero que ahora se había esfumado con apenas un procesamiento sin prisión. ¿Cómo una familia tan poderosa había permitido que el responsable del absurdo accidente se hubiese escabullido sin pagarlo? De pie en la esquina en la que se elevaba el rascacielos, miré hacia lo alto y

contemplé las salientes redondeadas que marginaban la torre y luego mi mirada se perdió en los oscuros nubarrones que toldaban la ciudad. Tuvo que ser audaz ese Bonapelch –pensé– para animarse a conquistar a la heredera de alguien capaz de concebir este coloso.

Desde siempre mi padre me había impuesto una idea: un hombre es hombre no solo por lo que conquista sino también por lo que concibe conquistar, sin importar para nada el logro. Lo que hay que valorar es el monto de la apuesta, el tamaño del desafío.

Me encaminé por debajo de la pasiva que marginaba la colosal estructura y entré al edificio. Enseguida pregunté a un portero por el hotel que allí funcionaba. Me indicó un ascensor por el que debía ascender para llegar al *lobby*. El ambiente me pareció señorial: pisos de mármol, paredes decoradas con motivos geométricos, artefactos de luz que combinaban bronce y vidrio y macetones con plantas de interior.

Ascendí al primer piso y entré al amplio *hall* de la recepción del hotel. El movimiento era escaso y en los cómodos sofás de cuero algunos pasajeros leían el periódico. Me acerqué al mostrador y encaré al empleado, un hombre canoso de edad indefinida y aspecto solícito:

–¿Tiene habitación?

–Claro, señor, ¿para usted?

–Sí, quisiera tomarla ahora.

–¿Puede ser con vista a la plaza?

–Está bien, perfecto.

–¿Tiene equipaje?

–No…

–¿Me permite el documento?

Le entregué mi pasaporte y luego de mirarlo el empleado comenzó a llenar una ficha de cartulina. Mientras lo hacía observé el entorno. No se habían ahorrado nada en la ambientación del hotel y el lugar estaba a la altura de lo que inspiraba el resto del edificio.

El empleado me extendió la ficha para que la firmase.

–Disculpe –dije mientras trazaba una rúbrica–, necesito ubicar a una persona y quizá usted pueda informarme: un señor Bonapelch. Tengo entendido que es familiar de los dueños de este hotel.

El empleado sonrió: pura circunstancia y nervios reflejos. Se rascó el lóbulo de la oreja. Aclaró su garganta.

–Este… para serle sincero, hace tiempo que no se lo ve por aquí. Digo, desde los hechos de notoriedad, claro –me informó con un cierto balbuceo al hablar.

–¿Cuáles hechos?

El empleado lanzó una tosecita. Recuperó la ficha que le entregué firmada. Miró a los costados. Se inclinó sobre el mostrador como un consumado confidente.

–Vive aquí cerca con la señora María Elisa, aunque era muy habitué del hotel. Pero desde que el señor José falleció…

–No sé de qué me habla. Si vio mi pasaporte sabrá que vengo de muy lejos para tomar contacto con el señor Bonapelch –dije y le extendí mi flamante tarjeta de productor de películas. El empleado la miró con interés y esbozó un gesto de asombro. El cine siempre produce magia.

–Verá, señor: un tiempo atrás podía verlo al señor Bonapelch por aquí. Incluso con amigos, entre ellos nada menos que Carlos Gardel –¿sabe quién es?–, que suele alojarse en este hotel cuando nos visita. Pero, como ya le dije, hubo un lamentable accidente hace unos meses y don José, suegro de Bonapelch, murió a consecuencia de que un automóvil lo embistiera. En realidad se lo llevó una neumonía, después de estar veinte días internado, pobre hombre.

–Me apena mucho eso. ¿Entonces?

El hombre se acercó todo lo que pudo por sobre el mostrador para poder hablar en voz baja:

–No eran buenas las relaciones entre suegro y yerno. Don Lorenzo, hermano de José, tampoco lo aprecia. Él ha quedado a cargo del hotel y bueno, se han dicho cosas desde que don José falleció.

–¡No me diga! ¿Qué cosas?

–Las hijas de Salvo lo heredan y, claro, por supuesto que el señor Bonapelch también. Pero supongo que a usted no le interesan los chismes, señor Santini. Veo que se dedica a las películas.

–¿Usted lo conoce bien a Ricardo Bonapelch?

El hombre dudó en responder. Se encogió de hombros pero luego pareció asumir mi pregunta.

–No sé la razón por la que usted quiere conocerlo, espero que no sean negocios porque, francamente, el muchacho es bastante

irresponsable… más de una vez hasta me pidió dinero, fíjese: yo soy apenas un empleado. En fin, no quiero influirlo, pero es una bala perdida, como se dice vulgarmente. Y con esto ya le he dicho demasiado.

–Me han comentado que se parece mucho a Carlos Gardel…

El empleado hizo un mohín despectivo.

–Más bien lo imita: en la ropa, la manera de peinarse, los sombreros, quiere caminar igual, hasta se anima a cantar tangos con un seudónimo: "Bona". Pero no pasa de eso, señor. A mi modo de ver es una copia barata que a muchos les hace gracia. Gardel es un ídolo, pero Bonapelch es otra cosa. Hay que verlo cuando está con el verdadero, parece un perrito que le hace fiestas al dueño. Sin ánimo de ser indiscreto, me llama la atención que usted haya venido de tan lejos por él.

Sonreí y aclaré:

–No solo por él, claro. Vamos a producir un documental artístico que va a llamarse *Imitadores* –inventé en ese momento–, con gente que imita a Chaplin, Douglas Fairbanks, Buster Keaton, Gardel… ¿Me explico?

–Muy interesante, señor Santini.

Armé una expresión contrariada y dije:

–Claro, lo que usted ha comentado me preocupa.

–¿Señor? ¡Oh! No hubiera querido decir nada.

–Usted insinuó que Bonapelch tuvo alguna vinculación con el accidente, ¿o escuché mal?

–Yo no dije eso, señor.

–Pero a buen entendedor…

El empleado puso los ojos en blanco.

–No me haga hablar de más, señor. Son habladurías que circulan. No hay pruebas, claro.

–¿Pruebas?

–Sí, no las hay. Sobre un arreglo con el autor del atropello.

–Ya entiendo. ¿Y usted cree capaz al señor Bonapelch de haber participado de alguna manera en los hechos?

El empleado sonrió con sorna. Ya había traspuesto el umbral del chismorreo y se sentía habilitado a especular:

–Entiendo su interés. No tome mi opinión en cuenta, soy apenas un empleado, como ya le dije. Pero con toda sinceridad, no creo que la persona que usted busca sea capaz de eso. Por debajo de esa ropa y el gacho ladeado no hay mucho seso, me parece. El yerno de Salvo es un vividor, sin duda, pero nada más. No creo que sea un criminal. Y si me disculpa, tengo que atender a otros pasajeros. ¿Le doy su llave? Es la trescientos treinta.

–No, todavía no voy a subir a la habitación. Solo quería registrarme. Volveré en algunas horas. Le agradezco la información. Y a propósito: ¿conoce el domicilio de Bonapelch?

–Vive a pocas cuadras, pero no lo tengo registrado.

El aire de confidente se esfumó y el empleado me miró como si nunca hubiéramos hablado.

23

La tarjeta de la Empire Motion Pictures era solo una pequeña estafa para presentarme ante Bonapelch sin necesidad de mostrar mi juego y sabía que conocer al yerno de Salvo no iba a incidir en la investigación. Entre lo que Reyles me había informado y lo que en conversaciones casuales o deliberadas yo había averiguado, me había formado una idea sobre el caso.

La primera intuición que tuve al llegar y enterarme de algunos detalles fue correcta: el asunto estaba concluido porque el ejecutor estaba libre y desaparecido. Lo que pudiera declarar Sabino García quizá diera lugar a un escrito que llevara al juez a reabrir el expediente, pero aun así sería difícil que Guichón apareciera para que fuera enfrentado en careo con Bonapelch. No obstante, mi deber profesional me indicaba que tenía que seguir escarbando en donde pudiera.

Esa mañana regresé al Jauja y me instalé otra vez en la misma mesa de la última vez, pedí café y con cierta inquietud comprobé que el lustrabotas no había venido a trabajar. Al no verlo en su rincón, atento a la llegada de cada parroquiano, pensé que quizá fuera muy temprano, pero a medida que transcurrieron los cafés y Sabino no llegaba, supe que mi naipe ganador podía estar en problemas. Por fin le pregunté al mozo:

–¿El lustrabotas no vino?

–Parece que no. Es raro, porque suele venir temprano todos los días. A lo mejor está enfermo, con estos fríos anda el catarro.

La explicación no me tranquilizó, pero no insistí. Me puse a hojear el diario de la casa y llegué así al cuarto café.

Entonces lo vi entrar a Bonapelch.

Lo reconocí enseguida porque la foto de la revista me había mostrado bien sus rasgos y su indumentaria. Avanzó por el salón

sonriendo y saludando como si fuera una estrella. Llevaba un sombrero de cinta ancha y un abrigo de paño *beige* claro. Debajo, el terno oscuro, la camisa y la corbata, así como unos botines con polainas, completaban su elegancia afectada. Yo había visto ese atuendo a la entrada o la salida del público en el Radio City Music Hall o en los teatros de Broadway, pero de noche y nunca a las once y media de la mañana. Cuando se quitó el sombrero antes de sentarse a la mesa, el pelo brillante y estirado por la gomina parecía emitir destellos, al igual que sus dientes blancos y parejos. Con gesto ampuloso se sacó el sobretodo, que colgó de una percha de la pared. Luego, con una voz fingida y arrastrando casi las palabras pidió "un capuchino con medialunas".

Quedamos enfrentados, a dos mesas de distancia, y me asombró de que estuviera solo o que su socio negro no lo secundase. Quizá yo me merecía esa oportunidad de abordar al yerno de Salvo sin molestos testigos que lo acompañaran. Por fin iba a poder armar mi pequeña comedia del productor de cine y entonces conocer al arribista del que todo Montevideo hablaba. Como suele decir O'Mara, "los hechos de un crimen siempre conducen a una persona o varias: algunos están muertos y otros vivos, pero todos dicen lo suyo".

Doblé el diario en cuatro, me levanté y avancé hacia Bonapelch. Me enfrenté a su sorpresa y le dediqué mi recién inventada sonrisa de productor. Saqué la tarjeta del bolsillo del saco y se la entregué.

–Señor Bonapelch, ¿verdad? Soy Guido Santini, de la Empire Motion Pictures, vengo de New York.

Le extendí mi mano y él vaciló mientras leía la tarjeta. Luego me saludó: fue como un guante vacío que estrechara con mi mano, una cosa blanda y fría. Sonrió con asombro y desconfianza.

–¿Puedo sentarme?

Él asintió con un gesto y me señaló una silla:

–Claro, siéntese, ¿a qué debo...?

–Disculpe. Me informaron que lo podía encontrar aquí. Lo reconocí no bien entró. Por un momento creí que entraba Carlos Gardel…

Bonapelch volvió a sonreír, bajó la vista, suspiró.

–Bueno… no es para tanto, pero a lo mejor…

–Tranquilo: es a usted al que vine a ver. Me dedico a producir

películas y también he trabajado como cazatalentos. Espero estar ante uno.

Bonapelch congeló una sonrisa y pareció crecer, dilatar su pecho bajo el chaleco. Su mirada me pareció embobada.

–Usted dirá –dijo–. ¿Qué toma? –agregó y alertó al mozo con un gesto de su mano.

–Ya tomé varios cafés, gracias. Estoy alojado en el Hotel Salvo, si prefiere podemos reunirnos allí. Quizá usted espera a alguien y yo lo estoy interrumpiendo.

–Para nada, amigo. Conozco ese hotel, claro. Pero el Jauja también es mi oficina y un poco mi casa. Hizo bien en venir aquí. De casualidad hoy llegué temprano. Veo que tenía bien el dato, pero si hubiera preguntado por mí a los muchachos que atienden, me hubieran avisado enseguida. ¿Películas, dijo?

–Entre otros negocios. Acabo de llegar de La Habana, donde también conocí futuros artistas para otra producción, una importante, con playa y muchas palmeras. Un poco de mambo también, mulatas y todo eso. Me han dicho que usted canta, ¿es cierto?

Mientras el mozo le servía el "capuchino" con las medialunas, Bonapelch se miró los puños de la camisa, sujetos con gemelos dorados con su monograma, y ese gesto pareció darle una secreta satisfacción. Quiso ofrecerme una expresión de humildad pero no pudo: el orgullo le resultó más fácil. Parecía abrumado por lo que creía que yo representaba.

–Modestamente –dijo.

–¿Tangos, verdad?

–El tango me tira, claro. Estuve en algunas radios y creo que mal no me ha salido. Siempre con seudónimo, qué más remedio.

–¿Y por qué seudónimo?

–Soy un hombre de negocios, amigo, y también un político. Uno cuida el nombre que, a la larga, es lo único que tiene. Como artista soy un aficionado y canto por placer y para los amigos. En el ambiente se me conoce como Bona, que cualquiera adivina que soy yo. Pero no hago papelones, ¡eh! ¿Usted es norteamericano?

–Sí, aunque hablo el español porque me lo enseñaron de chico: soy hijo de emigrantes.

–Pero su apellido es Santini… italiano, ¿no?

–Sí, mi familia tiene restaurantes en Brooklyn. Una cocinera filipina me enseñó a hablar castellano. Además viví años en México. En Tijuana.

–Así que Empire Motion Pictures, mire usted –dijo Bonapelch sosteniendo la tarjeta ante sus ojos.

–Sí… estamos desarrollando proyectos en Latinoamérica y el Caribe. El negocio del espectáculo exige siempre innovar. Además, el cine sonoro ha cambiado por completo el negocio. Como ya dije, hice una escala en Cuba. De aquí sigo para Buenos Aires…

El rostro de Bonapelch se iluminó. Con rapidez mordió una media luna y sus ojos me enfocaron con algo de velada ambición. Ya se había tragado mi cuento sin haberlo masticado.

–Mi interés en usted se basa en algunas referencias que me llegaron antes del viaje. Digamos que su parecido con Gardel, ahora que lo miro bien, es asombroso.

–Carlos es mi amigo y yo, bueno, qué puedo decir, apenas trato de ser un buen alumno. Por supuesto que él es único. Siempre está por delante… Lo del parecido es cosa del destino, aunque no niego que me gusta parecerme a él. Soy un poco más alto, como habrá notado. En cuanto a la voz, bueno, hago lo que puedo, pero canto con sentimiento ¡y creo que mal no me sale!

Bonapelch sonrió y cruzó una pierna sobre la otra mientras se abría el saco.

–Más alto y también más joven, ¿verdad? Eso es muy importante a efectos del proyecto que le quería comentar. Los del departamento de publicidad ya lo imaginan: un hermano o un hijo asombrosamente parecidos al ídolo… En fin, no quiero adelantarme.

–Pero entonces usted ya tiene algo concreto en mente…

–Bueno, hay algunas ideas, pero yo me ocupo solo de los contratos con los artistas, el papeleo y todo eso.

–Entonces usted dirá, como ya le dije soy hombre de negocios y artista *amateur*. Me interesa su negocio.

–Por lo que me informaron, también se dedica a la política.

Bonapelch ensayó una expresión de modestia, de negativa ante mi comentario:

–En realidad es algo muy reciente, pero, sí, no voy a negarlo. El voto así lo dispuso y no puedo dejar de sentir orgullo, claro. Me eligieron por el nacionalismo, pero soy hombre del presidente, eso todos lo saben, y la Constituyente es la salida a esta situación que gracias a Terra va a superarse. Lo llaman dictador, pero para mí es un patriota y un hombre valiente. Nos conocemos desde hace tiempo, así que sé de lo que hablo… ¿Conoce el juego de bochas? El presidente arrima muy bien y sabe acertarle al bochín. Pertenecemos al mismo club. También nos vemos en el hipódromo, es muy buen *turfman*. Entre nosotros: hasta he cantado en la casa presidencial en alguna reunión íntima, pero eso a usted no le interesa, me imagino.

–Todo me interesa y siempre que llego a un lugar, a una ciudad que no conozco, trato de saber en dónde estoy parado. También me hablaron de un accidente que hace poco sufrió su suegro, el señor Salvo. Me informaron que después murió. ¿Cómo está su esposa?

Bonapelch congeló la sonrisa que instantes antes había armado para asentir a mis comentarios. Tal vez palideció, pero la oblicua luz sobre la mesa me impedía verlo con claridad. Lanzó un largo suspiro y su frente se surcó de arrugas.

–Escuchemé, Santini: no crea en todo lo que le digan, puede llegar a equivocarse. No entiendo bien lo que busca de mí. Creí que traía algo concreto, pero me parece que se está metiendo con asuntos que no vienen al caso. Le pido que vaya al grano, mi amigo, porque puede que usted empiece a caerme mal.

Había llegado a un borde de la conversación que, si lo traspasaba, el disfraz se me iba a caer. Era evidente que Bonapelch no iba a hablar sobre la muerte de Salvo con un desconocido. Ante mi comentario había reaccionado como un culpable. O no tenía la habilidad de fingirse apesadumbrado y compadecido por la situación de María Elisa, su esposa. En realidad, no era un buen actor, que mereciese aparecer en ninguna película. Nuevamente tuve que improvisar:

–Está bien, disculpe si lo ofendí. Como me pidió, iré al grano. Necesito verlo actuar, comprobar si lo que me han dicho es bueno para el proyecto. Sobre su aspecto no me quedan dudas, pero quisiera escucharlo cantar algunos tangos, acompañado por músicos, claro. Después le haré una oferta.

Al oír lo último, Bonapelch pareció regresar al personaje y su desagrado desapareció otra vez bajo la sonrisa. Miró en torno con un aire satisfecho, imaginando, tal vez, que el bar entero había escuchado mi propuesta.

–Sí, claro, no hay problema. Yo puedo citar a los muchachos esta noche. He cantado más de una vez aquí, por lo general antes del cierre. Si le parece bien, llamo a los músicos y asunto arreglado. ¿Le parece bien hoy a las once?

Escuchar cantar a Bonapelch no iba a agregar mucho a mi investigación, pero no perdía nada siguiendo la charada hasta esa noche. Me pregunté si al doctor Reyles le gustaría acompañarme y terminé aceptando la invitación:

–Muy bien, señor Bonapelch, nos vemos esta noche.

Bonapelch volvió a sonreír y ahora lo hacía agradecido y confortado por la ilusión. Me levanté, le estreché la mano y lo dejé soñando con seguir el camino de su ídolo. Durante toda la conversación me estuvo preocupando la ausencia del lustrabotas y al dejar el Jauja ya había decidido ir hasta la humilde casa de Sabino.

24

Según lo que me había dicho el conserje del hotel, recién ese año habían empezado a instalarse algunas cabinas de teléfonos públicos en la ciudad. No sabía en dónde había una, y por lo tanto, para realizar una llamada desde la calle no tuve más remedio que hacerlo desde un bar que distaba una cuadra del Jauja porque no quise hablar a la vista de Bonapelch.

El empleado del mostrador me cedió un aparato grande y negro y me indicó que la llamada me costaría veinte centavos de peso. Disqué el número del estudio de Reyles y cuando me atendió su secretaria pedí para hablar con él.

–Malas noticias: el lustrabotas no vino –dije no bien Reyles me atendió.

Entonces le expliqué que iba a cambiarme de hotel y que lo esperaba en una hora en la puerta del Hotel Salvo para que fuéramos hasta la casa de Sabino García. Antes de despedirme le comenté:

–Conocí a Bonapelch y esta noche va a cantar para mí en el Jauja. ¿Le gustaría acompañarme a ver el *show*?

Reyles dudó pero finalmente no aceptó mi invitación. Dijo que no convenía a la investigación que estábamos realizando. El plural me sorprendió, pero no insistí en que fuera. Con cierta inquietud el abogado quiso saber cómo me había acercado a Bonapelch. Le dije que luego se lo contaría. Reyles me preguntó la razón del cambio de alojamiento. Aduje que el Hotel Salvo era un lugar más próximo a Bonapelch, por obvias razones. Reyles admitió que era una buena idea el cambio y que él seguiría pagando la pensión, pero me recomendó no arriesgarme en el asedio a Bonapelch. Le dije que el doble de Gardel era la persona menos desconfiada que había conocido.

Regresé al Grand Hotel y cancelé la cuenta luego de rehacer mi

valija. El conserje se extrañó de que me fuese:

–¿Alguna queja con el servicio o la habitación?

–Ninguna, es solo un cambio estratégico.

El hombre no podía entender el sentido de mi explicación, pero prefirió no seguir preguntando.

–Si alguien lo llama puedo darle su nueva dirección, señor Santini… si usted me lo indica, por supuesto.

–Estaré en Buenos Aires y todavía no sé en dónde voy a alojarme –mentí.

–En ese caso, buen viaje y regrese cuando quiera al Grand Hotel, señor.

Agradecí y salí llevándome la valija.

Caminé hasta el Salvo con la extraña idea de que me mudaba de un sitio agradable a uno siniestro. Debería enviar un telegrama a la Agencia para informarles sobre mi nueva dirección y acaso un primer informe sobre mis avances en la investigación, aunque no era mucho lo que podía decirle a O’Mara.

Tenía claro que en comparación con lo que había vivido a bordo del Valdivia, la aventura de Montevideo se iba desarrollando de manera aburrida y desprovista de acción. Tal vez por eso, mientras caminaba, había mirado dos veces sobre mi hombro, tratando de ver de soslayo si alguien me seguía. En mi mente todavía tenía la imagen del hombre encendiendo el cigarrillo en la plaza Matriz, el breve destello sobre el rostro y la fugaz posibilidad de que su cara fuese la de Vance Lamarr. El cambio de hotel también se vinculaba a la necesidad de evadir un posible asedio del matón al que había hecho expulsar del Valdivia.

Ya en el Salvo, el conserje me entregó la llave y me hizo conducir por un botones hasta mi habitación, que estaba en el tercer piso del hotel.

La habitación era más grande que la del Grand Hotel y tenía dos ventanas que daban a la plaza Independencia. Todo parecía nuevo: la cama de plaza y media, el tocador, el pequeño escritorio con el teléfono, el ropero con luna de espejo en su puerta central. No obstante, ni por asomo se aproximaba a la *suite* del Hotel Nacional de La Habana. Dejé la valija sin abrir sobre el portaequipajes y llamé a recepción:

–Necesito que me averigüe qué barcos de pasajeros llegaron estos últimos días desde Brasil, concretamente desde Bahía o Río de Janeiro. También cargueros, si es posible. Gracias.

Diez minutos después bajé y Reyles ya me esperaba en el *lobby*. Su cara era de preocupación:

–¿Preguntó en el Jauja por qué no vino el lustrabotas? –dijo por todo saludo.

–Sí, a un mozo que no supo explicármelo. Le extrañó la ausencia, claro.

–¿Sabe cómo llegar a su casa?

–Fui de noche, pero creo que puedo guiarlo.

–Entonces no perdamos tiempo, tengo el coche en la puerta.

25

El Hudson de Reyles tomó la larga avenida Agraciada y se dirigió rumbo al norte de la ciudad. Cuando llegamos al edificio de mármol blanco que llaman Palacio Legislativo, le indiqué que siguiese por la siguiente avenida, que pasaba frente a otro edificio importante, el de la Facultad de Medicina. Reyles conducía rápido y no se preocupaba en describir nada del paisaje. En el trayecto fui contándole mi encuentro con Bonapelch y la comedia del productor de películas.

–Muy ingenioso, ¿se lo habrá creído? –comentó.

–Por lo visto, sí.

–¿Y qué piensa obtener con eso? ¿Una confesión?

–Claro que no. Pero es una forma de acercarme al personaje, meterme en su ambiente con ciertas posibilidades. Ya le habrán comentado que fui al Jauja el día antes y él debe creer que lo hice para conocerlo.

–Está bien, es un buen plan, pero no sé a dónde puede llevarlo.

–Yo tampoco, pero esta noche pensaré cómo sigue. ¿De veras no quiere venir conmigo a escucharlo? Puedo presentarlo como el abogado de Empire Motion Pictures en Uruguay, que prepara el contrato con el artista Bonapelch.

Reyles largó una risa corta y rebasó a un lento tranvía que nos precedía.

–No, Santini. Prefiero seguir lejos del imitador. Solo puedo actuar para la compañía de seguros. Incluso esto que estamos haciendo ahora no es correcto. No sé cómo le caerá a Sabino que un abogado aparezca de golpe en su casa.

–De acuerdo, solamente es mi chofer. Yo me encargo de lo demás, aunque me da mala espina que justo hoy el viejo no haya venido al Jauja. Creo que Sabino es el único naipe que puede desbaratar el juego de Bonapelch. O la confesión de Guichón, claro.

Reyles no respondió a mis comentarios, pero aceleró todavía más el Hudson, para llegar cuanto antes a la casucha del lustrabotas. A esa altura del viaje, el paisaje era el de un suburbio de casas bajas y espaciadas en una sucesión de pequeños jardines y quintas. Felizmente me acordaba del nombre de la calle de Sabino:

–“Possolo”: doble a la izquierda y siga tres cuadras más –le indiqué a Reyles.

No demoramos mucho más en llegar. La calle era humilde y marginada de casas con paredes de lata o ladrillos y ventanucos de madera. Los techos eran bajos y hechos de chapa acanalada. A mi indicación, Reyles se detuvo.

–Creo que es ahí donde vive Sabino.

Me bajé y Reyles permaneció al volante y con el motor en marcha. Era demasiado notorio el Hudson negro y demasiado claro el mediodía. Yo mismo era evidente, con mi abrigo oscuro y mi sombrero de cinta ancha. Algunos vecinos que pasaban me vieron y apreciaron el auto. Nadie como nosotros debía de visitar nunca a Sabino García y entonces comprendí que más valía que el lustrabotas solo hubiera sentido pereza de ir a trabajar.

Atravesé el estrecho sendero de tierra que desde la calle conducía a la casucha entre un corto espacio con yuyos y plantas silvestres. Enseguida me acordé del perro de Sabino que durante el día debía quedar suelto y alerta para cuidar lo poco que tenía su dueño. Sin embargo ahora no estaba merodeando ni ladrándole al extraño que llegaba.

Tanteé el picaporte de la puerta y la abrí porque no estaba cerrada con llave. Enseguida escuché el gruñido y el perro se me abalanzó y trató de morderme un tobillo. Lo aparté de una patada y entonces escapó aullando de dolor por entre el espacio que yo había abierto y salió de la casucha.

El billete de veinte dólares todavía estaba sobre la mesa. Sabino estaba en la cama, bocarriba, pálido y con los ojos abiertos y fijos en el techo. Sus brazos, rígidos a los costados del cuerpo, parecían crispados luego de un gran esfuerzo. Estaba vestido igual a como lo había dejado la noche anterior. A simple vista no tenía heridas o signos de violencia. Busqué manchas de sangre, pero no las había. Le toqué la

frente y estaba fría como la mañana. Después le cerré los ojos. El perro había vuelto, pero ya no gruñía ni quería atacarme. Solo olfateaba los pies del muerto y gemía y resoplaba con un desasosiego casi humano.

Miré en torno y no había nada revuelto o tirado. Tomé el billete y lo guardé en el bolsillo. En ese momento entró Reyles, que no había podido seguir esperando en el Hudson. Nos miramos y él vio a Sabino sobre la cama. Encendí un cigarrillo y le ofrecí, pero él lo rechazó. El perro le olfateó los zapatos y ladró. Yo lo acaricié y Reyles intentó decir algo, pero se arrepintió. Tenía la cara encendida.

–Quizá tuvo miedo del lío que yo le traje –dije–. Fue un infarto, supongo. Lo dejé bien, pero a lo mejor lo saqué de su rutina. Un hombre simple que vio y escuchó cosas que yo vine a sonsacarle. Antes de mi viaje, un tipo al que seguía se tiró del puente de Brooklyn. No soportó los asuntos que yo estaba investigando. Mi colega Brodsky me lo dijo: nos metemos demasiado en la mierda, Santini, y terminamos empujando a los demás. A Sabino le pasó eso y tal vez murió porque, como dicen en las novelas, "sabía demasiado".

Reyles se ajustó el nudo de la corbata y miró la hora en su reloj de pulsera.

–Tendremos que avisar a la policía y pensar en una buena razón para estar aquí. ¿Alguien lo vio anoche?

–Estaba muy oscuro. Tal vez vieron el taxi.

–Voy a hacer valer mi profesión y les diré la verdad: el caso Guichón-Salvo tal vez se reabra. Este pobre hombre era un testigo. En cuanto a usted, lo mejor es que desaparezca. Vamos hasta una parada de tranvías, voy a dejarlo y seguir hasta una garita policial. ¿Anotó todo lo que Sabino le dijo?

–Sí, pero eso no nos servirá de mucho, el que habló está muerto.

Mientras regresábamos al auto, Reyles maldecía por lo bajo. Yo pensaba que Bonapelch era un hombre de suerte y que si no encontraba a Guichón, el abogado no tenía chance alguna de probar la culpa del yerno de Salvo. Y no podía quitarme la idea de que Sabino había muerto por una sobredosis de preguntas que yo le había hecho.

–Hay otro nombre –dije.

–¿Sí?¿Cuál? –preguntó Reyles.

–Un tal Gaja, ¿lo conoce?

–No, para nada.
–Sabino lo mencionó como vinculado al asunto.
–Deberíamos averiguar quién es.
Otra vez el plural me fastidió, pero no comenté más nada.

26

Reyles me dejó en una parada y me indicó el número del tranvía que debía tomar para regresar. Antes me dijo que era difícil que consiguiera un taxi en donde estábamos. Él iba a encargarse de denunciar ante la policía la muerte de Sabino. Al despedirnos me propuso encontrarnos a media tarde en el Tupí Nambá para que evaluáramos toda la situación. El escaso avance que sobre el caso había logrado desde mi llegada se había perdido.

Durante el viaje, lento y con frecuentes detenciones para que subieran y bajaran pasajeros, revisé las anotaciones que había hecho en mi libreta luego de mi última conversación con el malogrado Sabino. Repasé nombres: Casaravilla, el aparente ideólogo del posible crimen, además de intelectual y compositor de tangos que estaba vinculado a la mafia de Argentina; el mozo Crescende, señalado por Sabino como el mensajero del complot, y un tal Gaja: ¿quién era y qué hacía? Podía sumarles los nombres de Paretti, portero del cine Alcázar, que había visto el accidente, y el del periodista Aldasoro, que según Bonapelch investigaba, en el sanatorio en donde Salvo había fallecido, la versión que indicaba que Bonapelch, luego de visitarlo una noche había dejado abierta la ventana de la habitación, por lo cual su suegro habría muerto de congestión. Sin embargo, el nombre más importante era el de Artigas Guichón, quien luego de embestir a Salvo y quedar libre había desaparecido de la ciudad.

Guichón era la pieza clave del caso, tal vez el ejecutor del plan ideado por Casaravilla para que Bonapelch recibiera dinero y pudiese saldar la deuda que tenía con el mafioso Galiffi. Pero entonces, ¿por qué Sabino había mencionado que “el conchabo con Guichón es un asunto que Bonapelch buscó, aunque también pudo ser al revés”. ¿Qué significaba esa duda?

Horas antes, una simple tarjeta y cierto acento al hablar me habían

permitido presentarme ante Bonapelch como un productor de películas y un cazatalentos, algo que sin duda O'Mara no toleraría, en caso de que se enterase. Pasar de las pinturas al celuloide no dejaba de ser un cambio de disfraz, pero me había servido para comprobar el grado de credulidad de Bonapelch y su falta de malicia para desconfiar de un desconocido que de buenas a primeras lo abordaba como si él fuera un artista. Entonces se me ocurrió pensar que a lo mejor las cosas eran al revés y que el presunto comprador de un sicario era más bien víctima de una extorsión muy bien armada. Era esa la duda de Sabino. Con las mismas piezas era posible armar otro rompecabezas.

Bajé del tranvía cuando este había terminado de trepar la cuesta de Agraciada y llegaba al Centro de la ciudad. Necesitaba caminar y estirar las piernas porque de pronto me sentí como cuando navegaba a bordo del Valdivia.

Tras caminar varias cuadras por la avenida principal de la ciudad, en una esquina compré el *Imparcial* y luego busqué algún café en donde sentarme a comer un bocadillo. Finalmente elegí una pequeña fonda ubicada en una calle transversal a la avenida. Era un salón alargado, con un mostrador al costado y mesas individuales ubicadas contra la pared que lo enfrentaba. Al fondo, el salón se hacía más ancho y más sombrío. Allí había mesas más grandes y pocos parroquianos ocupándolas. Elegí una cualquiera y esperé a que el mozo llegase para tomarme el pedido. En una lista manuscrita leí el menú. El plato del día era albóndigas con papas hervidas y sin pensarlo demasiado lo pedí, acompañado de vino de la casa.

Mientras aguardaba a que me sirvieran, repasé la edición del *Imparcial*. La información internacional destacaba la imposición del partido único en Alemania y el ascenso de Hitler se consolidaba como un fenómeno que preocupaba a las demás potencias. Las noticias locales no incluían sucesos relevantes, y en general se ocupaban de asuntos que escapaban a mi interés y comprensión. No obstante, un recuadro publicado en la página editorial me interesó de inmediato. Su título era un llamador: “¿Dónde está Guichón?”.

Leí con avidez lo que seguía: “A poco más de un mes y medio de la muerte de José Salvo, el responsable del «accidente», Artigas Guichón, ha desaparecido de la escena luego de ser liberado por la justicia…”.

El artículo insistía en la excesivamente rápida resolución de un asunto que hubiera merecido otras actuaciones policiales y judiciales y que hoy seguía ofreciendo dudas referidas a muchos detalles no aclarados en la investigación. El punto que destacaba era que el confeso autor del atropellamiento que en definitiva produjo la muerte de Salvo no solo estuviera libre sino que además hubiera salido de circulación, hasta el punto de resultar inubicable. Esa actitud era por demás sospechosa. El suelto concluía que, por oposición a esa situación, Ricardo Bonapelch, yerno de Salvo y beneficiario de su herencia, se exhibía sin pudor alguno por los ámbitos de la noche y además se ufanaba de su condición de constituyente electo, gracias a sus inocultables vínculos con el poder. La reflexión última era concluyente: "La desaparición del chofer Artigas Guichón no hace más que aumentar la suspicacia a propósito de este crimen impune. Si alguien ve a Guichón, que avise".

Sin duda el *Imparcial* daba en el clavo y resumía lo que yo pensaba: solo Guichón sabía lo que había sucedido. Y Bonapelch, claro.

Dejé el periódico y, mientras comía, una lenta desazón empezó a ganarme. ¿Qué estaba haciendo yo a miles de kilómetros de New York investigando un asunto que apestaba por donde se lo mirase? ¿Había tenido razón O'Mara en enviarme? Si en el Valdivia yo había sentido en algún momento bullir mi adrenalina ante el misterio o el peligro, en Montevideo nada de eso me sucedía. Ni siquiera la original expectativa de rencontrarme con mis orígenes podía ahora motivarme. El pasado allí no existía y en la calle San Salvador no quedaban rastros de mi infancia. La ciudad, oscura y chata si la comparaba con aquella en la que vivía, respiraba algo anodino y su exasperante calma no hacía más que desalentarme, de someterme a su ritmo cansino y lento que empezaba a parecerse a una pesadilla.

Tal vez el cadáver de Sabino García, su humilde y fría casucha y el perro abandonado que dejaba habían marcado el comienzo de mi hastío. O mejor: la muerte de Sabino me representaba la de mi propio padre, que me había negado a ver morir. Como fuera, ese mediodía supe que en realidad no tenía madera de detective y que todo lo que me había sucedido a partir de aquella recomendación de Thompson había sido un malentendido.

27

Después de almorzar regresé al hotel y, antes de subir a la habitación, el conserje me entregó anotados los arribos de barcos desde Río y Bahía que se habían producido en los últimos días. Los había copiado del informe marítimo que habitualmente publican los diarios. El único importante o al menos vinculado a mis sospechas sobre Vance Lamarr se había producido un día después de mi llegada y se trataba del Voltaire II, de la naviera Lamport & Holt Line de Liverpool, proveniente de Río de Janeiro en una travesía que había comenzado en New York.

–¿Podría ubicar a la empresa que representa a esta naviera en Montevideo? Necesito averiguar si llegó un pasajero en el Voltaire II –le dije al conserje y le mostré su anotación. Inmediatamente agregué–: Hay una compañía de seguros, Royal Insurance. Quisiera saber su número de teléfono y en dónde están sus oficinas.

Ya en la habitación, me acosté vestido a esperar a que el empleado me llamase. A los diez minutos, sonó el teléfono.

La naviera era representada por la empresa Dodero, pero esta solo se encargaba de controlar el arribo y surtir a los barcos de Lamport & Holt Line que llegaban al puerto de Montevideo. La lista de pasajeros debía conseguirla en la Aduana del Puerto o en la Dirección de Migraciones. Con relación a la compañía de seguros, el conserje había averiguado el teléfono y me preguntó con quién necesitaba hablar. Le dije que con su mandamás, el señor John Landis.

Cuando llegué al Tupí Nambá, Reyles ya estaba en una mesa. El café estaba bastante concurrido y el murmullo de las conversaciones me recordó al de una estación del metro a la hora pico. Reyles me recibió con una mueca que de manera optimista podía interpretarse como una sonrisa.

–Siéntese, Santini, ¿qué toma?

–Solo café, uno doble: ¿qué tal lo de García?

–Hice la denuncia y tuve que esperar a que llegara el forense. Recién vengo de allí. Se presume que fue un infarto. Por lo que dijo un vecino, García no tenía buena salud. A veces tomaba y eso no le hacía bien. No se culpe por lo que le pasó: el frío, la mala alimentación… En fin, tenía sesenta y cinco años y no se cuidaba. Lástima que no nos dio tiempo para una declaración. El juez resultó ser un conocido: lo llamé por teléfono y le expliqué todo. Se lo llevaron a la morgue y, bueno, creo que no tenía parientes. Iban a avisar al Jauja, supongo que allí tendría amigos. Pero ese es un asunto concluido y por desgracia nuestro testigo ya no existe.

Para Reyles todo había sido un mal trámite, una dificultad que entorpecía sus planes. Pero hacía un par de horas, los míos habían cambiado y Reyles se había convertido en un misterio.

–El asunto concluido es este caso, Reyles. Voy a telegrafiar a la Agencia para decirles que regreso en el primer barco que salga para New York.

Reyles sostuvo su taza de té a cinco centímetros de su boca y me miró sorprendido.

–¿Cómo dice? No entiendo lo que…

–Me ha mentido, Reyles –lo interrumpí.

–¿Cómo que le he mentido? Explíquese.

–Ya le dije que me sorprendió enterarme, cuando llegué y hablamos por primera vez, de que la investigación no había sido solicitada por la familia de Salvo. Usted admitió que cuando nos contactó telegráficamente prefirió mencionar a la familia, pero aquí cambió eso por el encargo de la compañía de seguros que usted asesora, Royal Insurance según me dijo. Hoy me comuniqué telefónicamente con esa compañía y no tienen la menor idea de quién es el doctor Reyles ni tampoco el señor Landis, nombrado por usted en nuestra charla. Los llamé porque de pronto me vino la necesidad de saber para quién estaba trabajando y por qué las reuniones de trabajo las teníamos siempre en cafés u hoteles. Fue fácil encontrar la explicación, ¿no es cierto? Está claro que usted me sigue mintiendo, ¿no? Mi jefe O'Mara eso no lo admite ni yo tampoco. De manera que hasta aquí llegamos, doctor Reyles. Le ruego que me pague de inmediato mis honorarios y

el importe del pasaje de regreso. Pediré que la cuenta del hotel se la envíen a su oficina, si es que tiene una.

Reyles palideció y apartó la taza de té para hacerle espacio a sus manos sobre la mesa. Yo le di un largo sorbo a mi café y aguardé nuevas mentiras.

–Está bien, Santini, entiendo que esté molesto, pero me gustaría explicarle todo, no me queda más remedio. Le ruego que me escuche y quizá comprenda los motivos para haberle mentido. Después, si quiere, podrá irse y antes le pagaré todo lo acordado, no tenga duda.

La mirada de súplica del doctor Reyles me pareció verdadera.

28

Si escuchaba a Reyles, no tenía nada que perder y a lo mejor me podía resultar entretenido. Lo dejé hablar:

–Hubiera sido difícil que en la Agencia aceptaran el caso y usted viajase si yo hubiese dicho la verdad. En realidad, esta investigación que le he encargado corre por mi cuenta. Preferí poner a la familia Salvo delante y luego a la compañía de seguros para que fuese más creíble todo. Digamos que, en los hechos, nada cambia: le pagaré todo como acordamos. De todas maneras, los Salvo no están alejados de este trabajo, aunque todavía no lo saben, concretamente Lorenzo, por supuesto. Los conozco, porque hace unos años trabajé para ellos en sus asuntos jurídicos a través del estudio que los asesoraba. Por diferencias económicas, me retiré del bufete y abrí mi propio estudio. Había tratado a José Salvo y estaba bastante al tanto de su desagrado con el matrimonio de su hija. Por supuesto, y esto ya se lo dije, Salvo nunca aprobó la relación y menos el casamiento. A través de él y de otras personas de su entorno me fui enterando del tipo de vividor que es Bonapelch. También le mentí cuando le dije que nunca lo había visto: muchas veces le entregué dinero que su suegro le dejaba en el bufete y que él inmediatamente malgastaba. Por esa razón no puedo acompañarlo esta noche al Jauja, en caso de que todavía tenga ganas de ir. Bonapelch me conoce y sabe que lo desprecio y que soy capaz de hacer lo necesario para que pague sus tropelías. ¿Sigo?

–Por supuesto. Esto me recuerda a *Las mil y una noches*.

–Entonces se produce el accidente y luego la muerte de Salvo. Usted tiene toda la información y no es necesario que agregue nada a lo que ya sabemos. Lo que Sabino le contó confirma mis sospechas y las de muchos, aunque por desgracia ya no contamos con ese testimonio. Pero Guichón está libre y Bonapelch también. Fue por eso que escribí a New York luego de que John Landis –que existe aunque no dirige

ninguna compañía de seguros sino que es un destacado corresponsal de United Press para el Río de la Plata– me recomendara su Agencia. Yo le había planteado la idea de realizar una investigación por mi cuenta y luego, si obtenía resultados, vendérsela a la familia Salvo. ¿Entiende? Un negocio como cualquier otro, en este caso, vender la verdad. ¿Cuánto cuesta esa verdad? Para los Salvo, hoy vale mucho. Es gente de mucho dinero, pero por ahora está empantanada en la investigación oficial que, por supuesto, es ineficaz y con seguridad manejada desde el poder para proteger al vergonzoso constituyente. Al comisario Cavassa no le interesa que la verdad se descubra y no me extrañaría nada que él mismo se haya ocupado de hacer invisible a Guichón. El autor material del crimen está libre y desaparecido y el instigador se pavonea por la ciudad con total impunidad. Lorenzo Salvo lo sabe, los del *Imparcial*, también: todo el que tenga un poco de sentido común y conozca las andanzas de Bonapelch sabe que hereda una fortuna con la muerte del suegro. Santini: lo contraté para que Bonapelch pague, pero sobre todo, para que Salvo compre la verdad que yo puedo venderle, o sea el caso que podemos lograr con su investigación. ¿Le queda claro, ahora?

Era raro, pero no una mala idea. Comprar una investigación para descubrir una verdad y luego ofrecérsela en venta a alguien que podía pagarla y mucho. El detalle era que, por lo que tenía yo hasta ese momento para llegar a esa verdad, el negocio de Reyles estaba lejos de poder concretarse. Pese a que la tercera versión que me había dado de sus motivaciones para contratarnos era la más difícil de tragar, decidí seguir creyéndole. Intentaría llegar hasta donde pudiese y luego vería qué tanta verdad o tanta prueba había obtenido.

–No me queda claro nada –dije–, no en el sentido al que yo estoy acostumbrado. Pero digamos que, a lo mejor, puedo ir esta noche al Jauja. Eso y poco más. Usted y yo sabemos que sin una confesión de Guichón no tenemos caso, ni verdad, ni un cuerno. No pensará que voy a salir a buscar al chofer como si fuera a un safari. No conozco este país ni esta ciudad. No sé qué idea brillante le dio ese Landis sobre lo que la Agencia podía lograr aquí. Ni Sherlock Holmes podría ir más lejos de lo que yo, en estos pocos días, he llegado. Encontrar a Guichón es buscar una aguja en un pajar en medio de la noche y con

niebla. No somos magos, doctor, apenas nos movemos con un poco más de tesón y sagacidad y quizá método. Creo que alguien que conozca más este ambiente que lo que puedo llegar a conocerlo yo a lo mejor le es más útil, incluso alguien de la propia policía que aceptase ser su socio en la aventura. Creo que su amigo Landis lee muchas novelas de detectives.

Reyles se sirvió otra taza de té y pareció más animado.

–Lo último que me sugirió es lo único que no puedo hacer y por eso fue que los llamé. En el país que vivimos no puedo confiar en nadie capaz de indagar en esto. A los pocos días de instalada la dictadura, se produce el accidente de Salvo. Un pobre diablo no logra el cometido de matarlo y termina llevándolo a un sanatorio y hasta admite que conocía al que acababa de atropellar. Hubo testigos que lo vieron –pero no declararon– y aun así el culpable fue rápidamente liberado, no estuvo preso ni diez días, ¿me entiende? Ni siquiera el apellido del muerto y todo el poder económico de su familia pudo lograr justicia. No tengo duda de que eso se debe a que Bonapelch está involucrado y sus vínculos con el tirano operaron para que todo quedase en un simple accidente con resultado fatal. Nadie aquí puede meter su nariz en este asunto sin que el régimen lo sepa, por eso Landis me dio la idea de que alguien desconocido trabajase en el caso y tratara de conseguir pruebas que incriminasen a Bonapelch.

–La clave está en saber en dónde está Guichón, como hoy pregunta el *Imparcial*. Pero no sabemos a quién preguntarle, porque ese hombre desapareció enseguida de quedar libre. Habría que interrogar a su madre o a gente cercana a su círculo, pero lo más probable es que Guichón no les haya dicho a dónde se iba. Tal vez le escriba a su madre, pero ¿cómo podríamos acceder a esa correspondencia? Solo con una investigación oficial y una orden judicial que lo habilite. Tengo otros nombres que Sabino me sugirió: el mozo Crescende, un tal Gaja, el mismo Casaravilla. Ubicarlos y preguntarles equivale a avisarles que estamos indagando. Ni siquiera van a admitir que conocen a Guichón, ¿verdad? Además van a alertar a Bonapelch. Nuestro mejor naipe era el lustrabotas. Estamos en un callejón sin salida, doctor.

–Entonces, ¿qué sugiere?

–Si no sabemos en dónde está Guichón, lo más lógico es acercarse a Bonapelch. Veremos qué puede lograr el productor de películas…

–Sigue adelante, por lo que veo.

–No me ha convencido del todo y tal vez esté equivocándome, pero lo de esta noche no quiero perdérmelo. Y a propósito, ¿en dónde hay una peluquería?

29

Esa noche lo llamé a Fernández por teléfono antes de salir para el Jauja. Por suerte pude ubicarlo, aunque ya había dejado de conducir por ese día. Igual aceptó venir hasta el Palacio Salvo. Nos encontramos en el *lobby* del hotel, pero no hizo preguntas sobre el cambio. Le expliqué que iba al Jauja a escuchar cantar a Bonapelch. Fernández frunció el ceño e hizo un ademán de taparse los oídos.

–Me imagino lo que eso significa, pero no voy por amor al tango. Necesito su cooperación. Quiero que estacione el auto frente al Jauja y espere a que salga. Si lo hago solo, todo estará bien. Si no, espere a ver lo que hago. Más bien quiero tenerlo cerca, y usted sabrá cómo complacerme. Le pagaré bien, por supuesto.

–No tengo duda –dijo Fernández–. ¿Lo llevo? –agregó.

–No es necesario, es muy cerca. Lo mejor es que antes se tome algún café para estar despejado. Yo primero voy a escuchar unos tangos y a intimar con Bonapelch; tendrá tiempo de llegar y estacionarse.

–Entendido, patrón.

Cuando llegué al Jauja, Bonapelch ya estaba en una mesa. Lo acompañaban unos individuos de traje oscuro y corbata negra con aspecto de acólitos del cantor. También estaba el boxeador negro, vestido igual que cuando lo había visto en el café Vaccaro. En cambio Bonapelch parecía un maniquí de una tienda de la 5.ª Avenida. Un traje de corte impecable color azul marino, camisa a rayas celestes y corbata de seda roja con pintas doradas. Llevaba el pelo brillante y estirado por la gomina y calzaba zapatos de charol negro con polainas gris claro. Al verme llegar, se levantó de la mesa y vino a mi encuentro. Él y sus amigos eran los únicos parroquianos que había en el Jauja.

–Estimado –dijo–, veo que es puntual. Hoy cerramos temprano el

local para que nadie nos moleste, ¿qué toma? Venga, siéntese con nosotros. Son mis guitarristas y mi amigo Angelito, gran boxeador por si no lo sabe. Una vez lo noqueó a Firpo, así como lo ve. Muchachos, este es el hombre de Hollywood –me presentó a todos con un ademán que me señaló y una sonrisa un poco lateral.

Los guitarristas se levantaron, mientras Bonapelch me acercaba una silla. El boxeador me miró sin trasuntar mucho interés. Yo extendí mi mano y estreché las de los otros tratando de sonreír como un productor de cine, sin tener idea de cómo lo hacían. Acodados en la barra, un par de mozos aguardaban atentos a que yo pidiera una bebida. Indudablemente necesitaba un *whisky*. Lo pedí y Bonapelch acotó:

–Del bueno, che, miren que el amigo conoce y está bien acostumbrado. No escatimen nada, que hoy me juego todo con el hombre.

Entonces me senté, me trajeron el *whisky* y Ricardo Bonapelch hizo una seña a sus guitarristas. Enseguida se levantaron y fueron por los instrumentos, que estaban en la trastienda del bar. Regresaron afinando las guitarras mientras caminaban. Bonapelch se incorporó y apuró la copa de *cognac* que había estado bebiendo mientras me esperaba.

–Vamos a lo nuestro, Santini –dijo y se tocó el nudo de la corbata.

Enseguida pareció ponerse en trance entrecerrando los ojos. Los guitarristas estaban listos y se colocaron detrás de él. El boxeador sonrió, pero me pareció que con cierta sorna ante el empaque que había adquirido Bonapelch.

–Como Carlos, yo siempre actúo con tres guitarras, pero hoy me falló una por una gripe –explicó Bonapelch sonriendo de costado–. Pero los muchachos presentes no me van a fallar –agregó y los miró como un padre mira a sus hijos luego de elogiarlos.

–¿Ha escuchado tangos? –preguntó el boxeador, mientras encendía un cigarrillo.

–Una vez, a un chico llamado Astor, que tocaba el bandoneón –dije y el negro asintió con aire incrédulo.

–Bueno, Angelito, no me le des la lata al hombre. Ahora sí va a escuchar un tango de veras –interrumpió Bonapelch.

A una seña, las guitarras empezaron a sonar y, luego de una breve introducción, el cantor empezó su serenata.

Mis conocimientos sobre el tango cantado eran inexistentes, por lo cual no estaba en condiciones de aquilatar con propiedad lo que oía. El primero que escuché hablaba de un barrio plateado por la luna. Después fue el turno de las madreselvas en flor y enseguida la historia de unas alas que de manera cruel había quebrado la vida. Me pareció que Bonapelch no cantaba mal, pero que no era él mismo al hacerlo, que estaba imitándolo, sin duda, al gran Gardel. Su gesticulación facial era asombrosa y el empaque que adoptaba, los gestos con brazos y manos y la manera de mover la cabeza eran notables. En la imaginaria película que yo había mentido producir, Bonapelch tendría un lugar de destaque, en caso de que se hiciera. Y en verdad, el cantor se esforzaba a fondo para pasar la prueba falsa. Cuando terminó su serie de tangos, hizo una reverencia, y los pocos que estábamos aplaudimos. Bonapelch levantó los brazos para indicarnos que dejáramos de hacerlo.

–Está bien, gracias, no es para tanto. Puedo hacerlo mejor y la verdad es que extraño la tercera guitarra –dijo el cantor y me miró buscando mi aprobación.

Yo le sostuve la mirada, sin expresar ninguna señal, imbuido en el rol de productor de la inexistente Empire Motion Pictures. No tenía claro qué beneficio podía tener para la investigación la comedia que estaba protagonizando y seguramente O'Mara no la aprobaría, porque era un hombre sensato que apreciaba los métodos ortodoxos. Desde que había salido de Manhattan, yo había incurrido en varias faltas al manual de la Agencia y ahora probablemente estaba cometiendo un nuevo error porque una cosa es vender pintura y otra es producir películas. Sin embargo, seguí el juego:

–Muy bueno lo que escuché, Bonapelch –dije, y el cantor sonrió, visiblemente emocionado.

Luego le hizo una seña a sus guitarristas para liberarlos de su servicio y con una amplia sonrisa me propuso:

–Lo invito a cenar al rancho que los muchachos tienen en el Buceo. Todo corre por mi cuenta y le aseguro que no va a arrepentirse: tragos, buena mesa y un par de amigas que hacen un numerito muy subido de tono. ¿Alguna vez vio un espectáculo de tortilleras? Esas nenas son

muy desfachatadas, créame. Ni que hablar que después pueden servirlo si le apetece, porque a ellas tanto les da de qué lado del mostrador están, ¿me sigue? Aquí le llamamos “garufa” a estas reuniones de camaradería. Vamos a celebrar y a brindar por la futura película. No me vaya a decir que no viene porque me ofendo.

No tuve más remedio que aceptar. Ese fue el error final que habría de cometer en mi investigación para el caso Bonapelch. Pero en ese momento me dejé llevar por la equivocación anterior de hacerme pasar por un productor de cine. Cuando después le contase todo a O’Mara, su silencio inicial habría de parecerme solo un gesto de paciencia ante mi cadena de torpezas que había empezado al lustrarme los zapatos dos veces el mismo día y con el mismo lustrabotas.

TERCERA PARTE

Un caso acabado

1

Nos subimos en el auto de Bonapelch, que era un largo Plymouth del 32, estacionado en una zona oscura de la calle. Manejaba el yerno de Salvo y a su lado iba su socio boxeador. Yo ocupé el asiento trasero, entre los dos guitarristas. Era un automóvil grande, y Bonapelch lo manejaba con bastante pericia.

Tomamos por la avenida principal de la ciudad en dirección al este. Enseguida empezó a circular una petaca con ginebra, que acepté con la misma lógica que había aceptado el mate del lustrabotas. Pronto la conversación se tornó caótica: los guitarristas aprobaban todas las ocurrencias de Bonapelch, que hablaba de juego y alardeaba de su suerte en el hipódromo. El boxeador permanecía callado, aunque de vez en cuando le indicaba a Bonapelch la ruta que debía tomar. Desde la posición en la que estaba, no podía distinguir bien por dónde íbamos. Tampoco podía darme vuelta para mirar por el ventanuco trasero para saber si Fernández nos seguía, porque eso habría resultado sospechoso.

En algún momento del viaje, desembocamos en la ribera del río y Bonapelch me dijo que la avenida que transitábamos homenajeaba al presidente norteamericano Woodrow Wilson. Le llamó Rambla y no supe qué significaba la palabra. Fugazmente pude ver casas que me recordaron unas que vi en un suburbio de Long Island. A mi derecha, se divisaba una playa con abundantes médanos. Bonapelch indicó: “Pocitos”, mientras doblábamos por una punta rocosa que se adentraba en la bahía.

Tras siete u ocho minutos más de marcha, llegamos a una calle que trepaba desde la Rambla y subía una especie de morro bajo hacia un espacio arbolado que enfrentaba a la costa. En un extremo de la playa me pareció ver un edificio con una torre, una especie de mirador que terminaba en un cono puntiagudo. Uno de los guitarristas me dijo que

era un *cabaret*.

Tras abandonar la Rambla y subir la cuesta, doblamos por una calle bastante oscura. Por fin Bonapelch detuvo el Plymouth y enseguida todos descendimos. La calle era una boca de lobo y me pareció que unas pocas casas se alineaban en la cuadra. La brisa que llegaba de la costa se sentía sisear entre los árboles, que eran altos y frondosos.

Bonapelch señaló un portón de madera y los guitarristas se adelantaron a abrirlo. Al fondo del terreno se veía una casa bastante simple, con dos ventanas iluminadas. Parecía una especie de cabaña rústica, con un porche en el frente y un techo de tejas francesas.

–Un lugar humilde pero bien provisto –comentó Bonapelch–, espero que se sienta cómodo –agregó con una sonrisa.

En ese momento algo cayó sobre mi nuca con la fuerza de un bate de béisbol que busca un *home round* y enseguida todo se volvió negro y la sonrisa de Bonapelch desapareció.

2

Nunca antes me había desmayado y cuando recobré el sentido estaba sentado en una silla en medio de un galpón o un garaje que quizá estaba detrás de la casa. Tenía las muñecas atadas detrás del respaldo de la silla y la cara y parte del pecho mojados por el agua que alguien me había arrojado. La escena ya la conocía por haberla leído en alguna novela de la colección *Dime Detective*. Sin embargo la ficción no es en nada comparable a la realidad en una situación así. Me dolía mucho la nuca y sentía náuseas.

Lentamente el lugar empezó a poblarse de voces y lo que al principio eran siluetas borrosas, se convirtieron en mis anfitriones. Enseguida deduje que el mismo puño que había derribado a Firpo me había dormido a mí, tal vez por instantes o minutos. También supe que no habría cena ni número especial de señoritas y, lo más importante: Bonapelch y sus secuaces ya habían descubierto quién era yo.

Por fin pude ver otra vez a los que me habían traído y ninguno de ellos sonreía. Los dos guitarristas estaban en mangas de camisa y tenían abiertos sus chalecos. Detrás de ellos, el negro lucía calmo y me miraba con un dejo de diversión. Me ofreció la petaca y tuve que aceptar un sorbo para que el temblor de las piernas se me pasara.

–No lo tome como algo personal –dijo, con una voz pastosa que arrastraba las sílabas como si chapotearan en melaza–, espero que el dolor se le pase solo, aquí no tenemos aspirinas.

A mi espalda, la voz de Bonapelch sonó lejana, como desde un abismo. Era mi cabeza, claro.

–Me parece que tendrá que explicarnos algunas cosas que nos llamaron la atención, don Santini. Yo había pensado que usted era una persona seria e importante, pero parece que nos quiso engañar. ¿Cómo se siente para contarnos la verdad? Le prevengo que a Angelito no le

gusta tener que trabajar en este rancho: aquí venimos a divertirnos, no a apretarle las clavijas a nadie. Pero no tuvimos más remedio que traerlo para que nos diga qué anda buscando. Le aviso que antes de cantar en el Jauja yo ya sabía que usted me estaba sobrando, que eso de la película y la tarjeta que me dio eran todas mentiras, mi amigo. Y mire que si le paso esto al comisario Cavassa va a ser peor para usted, por más gringo que sea y más dólares que pague. Así que cuente, nomás y no se olvide de ningún detalle. ¿Quiere un poco de agua para que se le aclare la garganta?

Pedí que me la trajeran, para ganar tiempo.

Lentamente había ido tomando conciencia de todos mis errores, como si el golpe los hubiera alineado en mi cabeza y estos brillasen con luz propia. Pese a que la mano del negro había hecho lo suyo lo que me dolía, más que el golpe, era haber sido tan descuidado y además haber creído en una sagacidad que no tenía. Había subestimado a Bonapelch. Antes de hablar, necesitaba hacer el inventario:

Error uno: lustrarme el mismo día dos veces los zapatos con el mismo lustrabotas. Fui notorio, un extraño para los habitués del Jauja, en especial para los mozos y sobre todo para uno: Crescende. Tuvo que verme y darse cuenta de que el pobre Sabino tenía una cara rara, la cara de un soplón.

Error dos: haber cambiado de hotel. Quise hacerlo para acercarme a Bonapelch y para despistarlo a Lamarr, en caso de que realmente fuera Lamarr el hombre que encendió la cerilla. Hasta creí que el empleado que me atendió en la conserjería del Hotel Salvo podía ser un informante para mi caso. Tuvo que ser él quien le advirtiera a Bonapelch sobre un gringo que había estado haciendo preguntas sobre el yerno de Salvo. Después que me instalé no debió ser difícil entrar a mi habitación cuando yo no estaba y revisar mis papeles, incluido el informe de Reyles y mi licencia de detective de la Agencia. Además, las averiguaciones que le encargué al conserje: la compañía naviera y la empresa de seguros. Nada de eso podía vincularse a un productor de películas o un cazatalentos.

Error tres: presentarme ante Bonapelch después de haber merodeado a diferentes horas en distintos días por el Jauja. Los productores no

actúan así y los ejecutivos de las empresas cinematográficas tampoco. Había procedido como un improvisado y me había guiado por la idea sobre Bonapelch que me había dado Reyles, otro engañador, si voy al caso.

Error cuatro: haber dejado el billete de veinte dólares en la casucha del lustrabotas. El que entró después a apretarlo por orden de Bonapelch vio el billete y unió todo. Sabía que yo había estado antes allí y probablemente ya sabía para qué. O, mejor, fue a preguntárselo a Sabino y este se le murió del susto, pobre tipo. De alguna manera, yo era responsable de esa muerte, qué duda cabía.

Tal vez esa convicción y esa culpa me dieron un coraje que nunca tuve para negarme a hablar. Era lo menos que le debía al pobre Sabino. Mis captores ya conocían lo que yo podía llegar a decirles, pero necesitaban, como dijo Bonapelch, todos los detalles. Si hablaba, iban a llegar a Reyles y, pese a que el abogado me importaba un comino, todavía creía en la ética del secreto profesional y en la protección de la identidad de un cliente.

Después de tomar medio vaso de agua, no abrí más la boca, salvo para quejarme.

3

Tuve la mala suerte de no desmayarme, por lo cual los golpes los sentí todo el tiempo. Al principio el boxeador me pegaba en la cara con la mano abierta, porque me tuvo cierta lástima o no quiso abusar de su fuerza conmigo. En cambio, uno de los guitarristas se ensañó bastante, pero para no dañar sus manos me golpeó con una barra de hierro de medio metro. Me dio en las costillas y en el estómago. También en los hombros.

Por fin, retomó la faena Rodríguez y me apuntó bien a los pómulos. La última trompada me la dio en la boca del estómago. Cuando me doblé sobre la falda, el guitarrista me golpeó con la barra en medio de la espalda. No podía respirar y pensé que ahí mismo iba a morirme.

Al final ellos parecían más cansados que yo. Entonces Bonapelch ordenó:

–Es un infeliz. Mejor llévenlo a la playa y tírenlo en algún médano. No lo desaten.

Después me habló a mí:

–Espero que le haya quedado claro, Santini, que no lo queremos ver por acá. Yo que usted me tomo el primer barco que salga y me olvido de todo este asunto. No sé quién lo contrató ni para qué. Y usted no quiere decirlo. No me importa, ¿sabe? Pero me parece que vino de muy lejos para nada. Yo tengo amigos en todos lados, ¿cómo se le ocurrió que yo no iba a enterarme de que andaba preguntando cosas sobre mí? Si hubiera sido más vivo, hubiera hablado y se ahorraba todo esto, qué macana, ¿no?

Los dos guitarristas me sacaron a rastras por los fondos de la casa y bajamos a la costa por una calle corta que moría en la Rambla. De Fernández no tuve noticias hasta que, un rato después de que me dejaran tirado en la arena y con las manos atadas, una linterna me iluminó. Era el chofer y su cara de susto me dio una idea de cómo

debía estar la mía.

Me desató las muñecas y me dio a beber algo fuerte de su petaca. Me dolía todo el cuerpo y estaba mareado.

–¿Puede caminar? –preguntó Fernández.

–Supongo que sí –dije y me incorporé.

Ayudado por el chofer, pude llegar hasta el auto estacionado en la Rambla. Subí y me quedé muy quieto mientras Fernández arrancaba. No se animaba a hacer comentario alguno.

–Se qué no va a preguntar nada, y se lo agradezco. Solo lléveme al hotel y ya veré qué hago.

–Nada de eso, primero a un hospital para que lo revisen y lo curen. Hay que sacarle radiografías por si le rompieron algún hueso.

–No vale la pena, van a hacer preguntas que no quiero contestar. Estoy así por esa misma razón. Necesito un baño caliente y unas aspirinas, aunque, pensándolo bien, no creo que en ese hotel todavía tenga alojamiento.

–Véngase para mi casa. Mañana yo paso por el Salvo y recojo su equipaje.

–Demasiada molestia –mascullé.

–No, para nada. Tengo una pieza en el fondo del terreno con baño y todo. Palabra que nadie lo va a molestar mientras se repone. Usted no puede andar así por la calle. Conozco un médico que puede venir a revisarlo sin hacerle preguntas.

Finalmente acepté, porque no tenía un solo lugar del cuerpo que no me doliese. Pero al menos le había cumplido al lustrabotas, o, para ser sincero, había conseguido una coartada moral para que la muerte del infeliz no siguiera pesándome.

–Discúlpeme, pero no le serví de mucho –dijo Fernández.

–Solo lo contraté como chofer y es lo que está haciendo, así que nada de disculpas.

Fernández lanzó una risa corta y sonora.

4

Fernández vivía en una casa de dos plantas bastante antigua, en un barrio de casas enjardinadas y algunas quintas llamado Atahualpa. Estaba casado con una mujer agradable y bonita, Albertina, que me atendió –los tres días que permanecí como huésped– con delicadeza y discreción. Nunca me preguntó qué me había pasado y hasta me curó las marcas de la cara sin hacer ningún comentario, salvo advertirme que el alcohol yodado iba a arderme un poco.

El médico amigo de Fernández, apellidado Lamas, tampoco me interrogó sobre las causas de mis heridas y magullones. Solo se cercioró de que no tuviera ninguna costilla fracturada, me suministró unos inyectables para aliviar el dolor y me indicó bolsa de hielo para bajar la inflamación en la cara.

El chofer había logrado recuperar todo mi equipaje del hotel. Pero de los documentos solo rescató el pasaporte. Mi libreta de anotaciones, los informes de Reyles y la carta y la identificación que me había dado la Agencia habían desaparecido junto con el Smith & Wesson y las cajas con las balas. Por fortuna, el dinero no lo habían encontrado, porque yo lo llevaba encima todo el tiempo, bajo una plantilla del zapato izquierdo.

En esos días que estuve en lo de Fernández, preferí no llamarlo personalmente a Reyles, pero encargué al chofer que lo hiciera. Le mandé decir que habían surgido inconvenientes y que yo lo llamaría cuando los problemas se hubieran solucionado.

La última noche que estuve en la casa, y luego de cenar, le conté a Fernández todo lo que había sucedido a partir de que Bonapelch terminó de cantar para mí en el Jauja. Estábamos solos en la mesa, tomando café, mientras Albertina lavaba la vajilla de la cena.

Fernández me escuchó sin interrumpirme una sola vez. Cuando terminé, solo dijo:

–Creo que tuvo suerte. Esos tipos con los que estuvo suelen meterse cocaína y se ponen muy excitados. Hacen sus joditas en esos ranchos y ahí pasa de todo. El boxeador es un pesado –y no solo en términos pugilísticos– y el imitador no se queda atrás, pero en realidad quizá sea el menos peligroso. Si se les hubiera ido la mano, a lo mejor usted no estaba aquí. Al lustrabotas fueron a apretarlo, no tenga dudas, y a lo mejor se les murió no bien lo zamarrearon un poco. Por lo que me dijo, era la única posibilidad que había de inculparlo a Bonapelch. Me parece que su abogado no va a encontrar la manera de probar lo que sabemos. Y usted, ¿piensa seguir en este embrollo?

Era la pregunta correcta en el momento correcto. Yo lo había perdido todo en la última apuesta y tendría que ir pensando en cómo justificar ante O'Mara regresar sin mi arma luego de un caso sin resolver.

–No, claro que no –respondí–. He fracasado en toda la línea y no tengo más naipes para jugar. Este es un caso acabado, Fernández.

Qué raro me sentía: en el Valdivia había actuado como un consumado profesional para desbaratar un secuestro, pero en Montevideo me había conducido como un *amateur* chapucero que ni siquiera había podido cuidar su propia arma. Era verdad: el caso Bonapelch estaba acabado para mí sin haber podido avanzar un solo paso para inculpar al imitador de Gardel. Una semana después de llegar al terreno de la investigación, tenía que comprar el pasaje para regresar a New York.

Terminé mi café y Fernández no hizo más comentarios.

–Mañana quiero que me lleve al Grand Hotel. Voy a alojarme allí hasta que pueda regresar a mi país. Ahora voy a pagarle los servicios, incluidas casa y comida.

–Váyase a dormir, mañana me paga –dijo Fernández y nos levantamos de la mesa.

5

Cuando entré de nuevo en el *lobby* del Grand Hotel el conserje me reconoció. Tuvo que notar las marcas de la paliza en mi cara, pero prefirió disimular el detalle. Se limitó a sonreír y a darme la bienvenida:

–Señor Santini, qué sorpresa.

Me registré y pude recuperar la habitación que ya había ocupado. El conserje no me hizo una sola pregunta vinculada a mi aspecto y solo preguntó si necesitaba algo, además de la habitación. Le agradecí y me encaminé valija en mano hacia el ascensor. Antes de entrar al hotel me había despedido de Fernández y le había ofrecido una suma de dólares, que no quiso aceptar. Solo me cobró los viajes y se puso a la orden para lo que yo necesitase antes de tomar el barco. Le agradecí y nos estrechamos las manos sin agregar nada a la despedida, salvo mirarnos como lo hacen los viejos amigos. No obstante, él no pudo con su ingenio y dijo antes de subir al auto:

–Piense que lo noqueó el mismo que sacudió a Luis Ángel Firpo.

Eso no dejaba de ser un consuelo anecdótico, que no conmovería a O'Mara.

Ya en la habitación, pedí que me comunicasen con el estudio de Reyles. Cuando me atendió, solo le dije que quería verlo esa misma mañana en su oficina. Me preguntó en dónde me había metido y dijo que había pasado por el Hotel Salvo para preguntar por mí. Eso me pareció un error, porque el conserje con seguridad iba a comentárselo a Bonapelch. Pero ya estaba hecho, que pasara lo que tuviese que pasar.

Finalmente, Reyles me dijo que la dirección de su estudio estaba en la tarjeta que me había entregado la primera vez que nos encontramos y que me esperaba en una hora.

Llené la tina del baño con agua caliente y me di un baño de

inmersión de quince minutos mientras pensaba qué habría de decirle a Reyles. Después, con inmenso cuidado, me afeité y luego me vestí. En el espejo me vi la cara, todavía magullada y con un gran cardenal entre el pómulo y el ojo derecho. Por suerte las costillas ya no me dolían tanto, pero cada vez que tosía, parecía que mi esqueleto iba a desarmarse. Me tragué dos aspirinas y salí en busca de un taxi que me llevara hasta el bufete del abogado.

La oficina de Reyles estaba ubicada en la avenida 18 de Julio, en un señorial edificio levantado en una esquina y su puerta principal era contigua a un cine llamado Rex Theatre. Subí seis pisos en el ascensor y luego me enfrenté a la puerta lustrada, con una chapa dorada que decía en letras grabadas: *Fernando Reyles - Abogado*. Oprimí el timbre y esperé. Enseguida la puerta se abrió y una joven vestida con sobriedad y elegancia me preguntó qué se me ofrecía:

–El doctor Reyles me espera –le dije.

La chica me invitó a pasar y me condujo directamente al amplio despacho de Reyles. No bien entré, Reyles salió a mi encuentro y vio de inmediato mi cara mientras me tendía su mano.

–¿Qué le pasó? –preguntó.

–Ángel Rodríguez en el quinto *round*, además de una barra de hierro manejada por un guitarrista. El mío es un oficio peligroso, doctor.

Luego de saludarnos, Reyles me invitó a sentarme en una butaca tapizada de cuero ubicada delante de su escritorio. Miré el lugar y me pareció adecuado a su propietario: altas bibliotecas de madera con puertas vidriadas, paredes empapeladas con sobrio gusto, lámparas de mesa y de pie con pantallas de pergamino, una gruesa alfombra sobre piso de tablas lustradas, cuadros con buenos marcos y los previsibles títulos del profesional colgados a la vista del cliente.

–¿Cuándo le pasó eso? –dijo Reyles mientras revolvía una taza de café–. ¿Quiere uno? –ofreció, y yo me negué.

–Hace tres días, en una noche de juerga con Bonapelch y sus amigos. ¿Se acuerda de que iba a escucharlo cantar en el Jauja?

Durante los diez minutos siguientes le conté a Reyles mi aventura en la casa cercana a la playa y le resumí los errores que había cometido antes de la paliza. También lo puse al tanto de lo que me habían sustraído de la habitación del Hotel Salvo y que ahora estaba alojado

otra vez en el Grand.

–Además de golpearme, se quedaron con mi documentación de detective y con el Smith & Wesson de la Agencia. Pero puede estar tranquilo de que no hablé y que su nombre no lo pronuncié. Además, en las notas que usted me había entregado su firma no figuraba y en mi libreta no escribí nunca sus datos, detalle que la Agencia siempre cuida cuando se trabaja en un caso. Creo que no saben que usted me contrató, porque de lo contrario usted ya se habría enterado, aunque fue un error ir a preguntar por mí al Salvo –concluí.

Reyles me había escuchado con atención mientras se bebía su taza de café. Ante lo último que le dije, pareció armar una expresión preocupada.

–Si me hubiera nombrado, puedo entenderlo: basta verle la cara. Pero no lo hizo. Además yo no di mi nombre en la conserjería. No les tengo miedo a Bonapelch y sus secuaces. Pero le agradezco su sentido profesional. De manera que lo descubrieron y usted ha venido para poner fin a sus servicios.

–Creo que ya no puedo hacer mucho más por usted ni por mí. Pensé que si me acercaba a Bonapelch algo podía obtener, pero me equivoqué. Hasta aquí llegamos, doctor. Y un pedido: necesito comprar un Smith & Wesson del 38, ¿podría decirme dónde?

6

Reyles me anotó un nombre y una dirección en una tarjeta de visita y me la extendió:

–Por obvias razones, hoy se controla mucho el comercio de armas. No se olvide que vivimos en dictadura. Esa gente que le anoté le va a solucionar el problema sin hacerle preguntas. Diga que yo lo recomiendo. Pero supongo que el porte de armas también se lo llevaron, ¿no? Se siente desnudo, me imagino.

–No es por eso: quiero entregar mi arma cuando regrese a New York, junto con la liquidación de gastos y un informe detallado del caso que investigué.

–¿Piensa renunciar?

–Lo estoy considerando: me parece que me equivoqué demasiado como para seguir como si nada en esta profesión. En realidad, entré en este negocio de casualidad y necesitado de un trabajo mejor que el que tenía. Pero me falta vocación o eso que nos hace creer en lo que hacemos. Pensé que lo tenía, pero ahora lo dudo.

Reyles se desprendió el último botón de su chaleco y se adelantó sobre el escritorio como para estar más cerca de mí, antes de decirme:

–Lo que me ha contado es muy desagradable y me hago cargo de su ánimo, pero no lo tome tan a la tremenda. En realidad, su investigación había logrado el valioso dato del testigo que por desgracia se murió, lo que no invalida su acierto. Quizá no fuimos rápidos para aprovechar lo que usted averiguó, pero bien miradas las cosas, todo lo que Sabino le confió es valioso si se pudiera probar, quizá con otro testigo. No sé, imagino alguien arrepentido o incapaz de seguir ocultando lo que sabe. A lo mejor, el mismo Guichón.

–No sea iluso, doctor. Ese pájaro voló lejos y debe tener protección. Será difícil que aparezca o que alguien lo encuentre. Como sea, no voy a seguir trabajando para usted porque tengo claro que no puedo llegar

más lejos en la investigación.

–Una sola pregunta más: ¿qué querían que usted les dijera?

–Solo saber para quién trabajaba. Me preguntaron si Salvo me había contratado, si era él quien me había traído para investigar. Pero no les contesté ni una sola vez.

–¿Eso se lo preguntó Bonapelch?

–No. Era el del hierro el que lo hacía. El boxeador no habló. Bonapelch solo les daba órdenes de que no dejasen de maltratarme, pero él no me hizo una sola pregunta.

–¿Por qué no siguieron apremiándolo?

–No lo sé. No es fácil, aunque parezca mentira. Se necesita cierta habilidad, además de fuerza. A lo mejor solo buscaron asustarme para que me abriese del asunto. En realidad lo lograron, aunque no por los golpes. La verdad es que me cansó todo esto, en especial usted.

Al escuchar lo último, Reyles volvió a recostarse en el respaldo de su silla. Intentó parecer sorprendido y tal vez molesto.

–¿Yo? ¿Por qué me dice eso?

–Sigo sin conocer la verdadera razón por la que me contrató. Esa historia de comprar una investigación y averiguar una verdad para después venderla no se la cree nadie, salvo yo hace unos días. Pero a decir verdad sus motivos ya no me interesan. Usted es tan falso como el imitador de Gardel y estoy seguro de que ya está inventando otra variante de su cuento. Lo único que necesito ahora es que me pague lo acordado, incluido el pasaje, y demos el tema por concluido. Las luces de Montevideo son muy tristes y no veo la hora de volver a Manhattan. Ni siquiera pienso en ir al Jauja para retribuirle las gentilezas a Bonapelch, aunque ganas no me faltan.

Reyles bajó la vista y lanzó un largo suspiro. Luego se incorporó y abrió un cajón del escritorio. Enseguida me extendió la fotografía de una mujer de no más de veinte años. Estaba sentada en un banco de plaza y llevaba un vestido amplio que quizá fuera blanco y al fondo se veía un arbusto florecido. Pese a que miraba a la cámara su actitud parecía sorprendida, como si no esperara que le tomaran una foto. Sostuve la instantánea y la miré más en detalle. La chica era bastante morena y llevaba el cabello lacio cortado a la *garçon*. Tenía ojos claros y los labios sin pintar. Era hermosa y con algo nórdico en sus rasgos.

Recogía las piernas con los antebrazos y estaba descalza.

–Esta es la razón –dijo Reyles–, la única verdadera.

7

Le devolví la fotografía a Reyles y este la miró como si nunca la hubiera visto o necesitara verla después de un largo tiempo de guardada en el cajón. Volvió a sentarse y siguió mirando el rectángulo que tenía en la mano.

–¿Quién es? –pregunté.

–Quién era, más bien. Se llamaba Felicia. ¿Le gustaría que le contara su historia? Tiene un final muy triste y en él estuvo involucrado Bonapelch. Murió hace diez años, atropellada por un furgón de reparto de hielo. ¿Qué me dice de la coincidencia? Hay más, que lo van a asombrar. ¿Sigo?

Me resultó evidente que sería inútil negarme a seguir escuchando. Reyles dejó la foto sobre el escritorio y su mirada se perdió en el vacío. De pronto me pareció un hombre derrotado.

–Claro, siga, me interesa –respondí.

Reyles amenazó empezar, pero luego se contuvo. Parecía dudar de lo que iba a decir. Por fin, se decidió.

–No quiero abusar de su tiempo, porque es una historia larga, pero a efectos de lo que puede interesarle a usted, voy a resumírsela. Felicia vivía con sus padres en Los Ombúes, un establecimiento de campo de poco más de seiscientas hectáreas de una familia del Prado, cuyo apellido no interesa. Cuando Felicia tenía siete años, allá por 1910, su madre, que era húngara y había llegado en el novecientos al país, murió de una peritonitis. Su padre no podía hacerse cargo de la niña ya que trabajaba en el campo de sol a sol. Entonces los dueños del lugar le propusieron que Felicia pasara a vivir en la capital, en la casa del Prado. Tenía que empezar a ir a la escuela y todo eso. El padre de Felicia tuvo que aceptar. La chica se vino para la capital y la familia terminó de criarla.

Felicia creció en la casa como una hermana más de los hijos de esa

familia y en los veranos regresaba a Los Ombúes para pasar con su padre. Como pudo ver en la foto, era muy hermosa y a medida que fue creciendo empezó a llamar la atención de todos los varones que la conocían. Cuando cumplió quince años ya tenía el aspecto de este retrato, y sus rasgos mezclaban lo criollo con la ascendencia de su madre húngara. Era exótica y salvaje a la vez. Pero debo ser claro en esto: la chica fue criada en esa familia también en el sentido de trabajar en la casa junto con la cocinera y una mucama que vivían allí. Se le dio cariño, un techo, educación y nunca le faltó nada, pero formaba parte de la servidumbre. Pese a eso, ¿qué hubiera sido de ella en el medio del campo, viviendo entre hombres y animales? Sin embargo, Felicia siempre supo que por su origen nunca iba a ser una igual en esa casa. Somos una sociedad aparentemente integradora e igualitaria, pero también hay, en ciertos sectores conservadores, una actitud aristocrática y una hipocresía que se disimula con el paternalismo social. Por supuesto, yo conocí esa situación porque visitaba esa casa cuando preparaba los exámenes de Derecho con uno de los hijos de la familia. Mi origen, si bien no es humilde, no llegaba al de esa familia patricia y acomodada. Muchas veces, estando en la casa, sentí eso mismo que Felicia padeció.

Pero sigo. Felicia creció, y cuando ya estaba desarrollada, uno de los varones de la casa intentó abusar de ella. Era el hermano mayor de mi compañero de estudios. Entonces, con apenas quince años, Felicia juntó su ropa y algunas pertenencias en una valija, y una madrugada se fue. No volvió con su padre, por supuesto. Fue el año que terminó la guerra y por más que la familia hizo todo lo posible por encontrarla, la chica desapareció. Se hizo la denuncia a la policía y hasta se pusieron anuncios en los diarios con una foto de Felicia, preguntando por su paradero. Pero nunca pudieron ubicarla. Su padre vino un tiempo a la capital y ayudado por sus patrones hizo todo lo posible por encontrarla. Por fin se dio por vencido y entonces él también desapareció.

Pasaron tres años y una tarde, paseando por el parque Rodó, me encontré con Felicia. Iba con una amiga algo mayor, y al cruzarnos, ella desvió su mirada, como si no me conociese. Yo la detuve y le dije que me alegraba verla y que no temiera porque no iba a decir a nadie

que la había encontrado. Para entonces yo me había distanciado de la familia del Prado, pese a que vivía a pocas cuadras de esa casa. Voy a resumirle lo que siguió a aquel encuentro.

Logré volver a ver a Felicia, que vivía en una pensión de la calle Sierra con la amiga. Trabajaba en una fábrica textil y en los años previos a nuestro encuentro había sobrevivido hasta mendigando. Nunca me contó detalles, pero debió ser dura la vida sin familia y sin un hogar. Al principio, a mí me veía formando parte de todo lo que había querido dejar atrás, pero lentamente fue aceptando que nos viéramos y rápidamente yo me enamoré. Fue verdadero lo que sentía. Enseguida traté de ayudarla, para que viviera en un lugar mejor. Ofrecí alquilarle un apartamento y hasta le propuse que viviera con su amiga, que era enfermera del Hospital Italiano. Pero Felicia era muy orgullosa, y se negó.

La nuestra fue una relación que frustró la barrera social. Yo era para ella un hijo de buena familia que ni siquiera trabajaba. Un futuro abogado que no conocía la vida tanto como ella. Felicia se dejaba querer, pero a mí no me quería. Era como un animalito asustado y a la vez dispuesto a atacar, tenía momentos en que ni siquiera me hablaba, solo dejaba que yo le ofreciese el brazo para caminar por la avenida Agraciada hasta el Centro los sábados de tarde. La llevaba a tomar el té en la confitería Americana o a mirar las vidrieras de 18 de Julio. Como ve, nuestro vínculo era platónico y solo una vez dejó que la besara. Comprenderá que eso me exacerbaba hasta convertirme en un esclavo de lo imposible.

En ese tiempo –no me pregunte cómo–, Felicia lo conoce a Ricardo Bonapelch.

8

Reyles hizo una pausa, porque necesitaba que yo mostrase interés en lo que seguía. Si era un nuevo cuento del abogado el que estaba oyendo, tenía que reconocer que este me interesaba bastante más que los anteriores de la compañía de seguros o la compra de una investigación. Parecía que por fin, con el caso acabado, yo iba a poder entender la verdadera razón por la cual había sido contratado.

–Ahora voy a abundar un poco en el personaje Bonapelch, del cual en todos estos años he podido saber bastante. "Conoce a tu enemigo" ha sido mi divisa. Yo ya le di una versión resumida de este canalla, pero es bueno que conozca algún detalle más sobre el hombre que a usted también lo humilló. Sobre todo, sus orígenes.

»Se sabe que Ricardo Bonapelch nació en 1900 –aunque hay datos que señalan 1899– en La Teja, un barrio de los suburbios, cercano al arroyo Pantanoso y al Cerro. Alguno me ha dicho que en realidad Bonapelch nació en el barrio de Villa Muñoz, pero sin aportar pruebas suficientes. Entonces dejemos La Teja como válido.

»Para que sepa, el nombre de La Teja fue tomado del revestimiento de los techos a dos aguas estilo británico que caracterizaba a sus primeras casas. A orillas de la bahía había un varadero natural y unos terrenos ocupados por saladeros que más tarde fueron adquiridos por el Estado para la construcción de la refinería. La familia Bonapelch tenía un origen humilde y el futuro émulo de Gardel era el mayor de siete hermanos. Su padre trabajaba en la localidad de La Paz, en el cercano departamento de Canelones, encargado de un restaurante.

»La educación escolar de Ricardo fue escasa y apenas concurrió hasta 4.º año de enseñanza primaria. Era un holgazán que faltaba a clase porque prefería escaparse a la vecina zona de La Tablada, cruce de caminos adonde llegaban las tropas de ganado del interior del país para que luego su carne fuese faenada y entregada al abasto de la

capital. Ese era y es un mundo de troperos, peones, comisionistas y funcionarios de los frigoríficos en el que se concentra el movimiento de nuestra principal riqueza. Durante décadas el lugar fue un hormigueo incesante de gente y animales que forma parte de un enclave cuyos ejes eran la llamada Ruta 1 vieja y el Camino de las Tropas. Las vías férreas también cruzan por el lugar porque La Tablada es el centro de una región que abarca las zonas limítrofes de Montevideo, San José y Canelones y un punto de confluencia con una variada geografía humana.

»Presumo que allí Bonapelch fue nadie, apenas un niño en busca de travesuras alejadas de las aulas y luego un adolescente que aprendió pronto el catálogo de carencias de los de su clase. Probablemente habrá mendigado o realizado diferentes changas ocasionales, como cuidar y refrescar a los caballos de los troperos mientras estos se aposentaban en los mostradores de las fondas y almacenes de la zona, luego de haber recorrido cientos de kilómetros al sol, sombra y lluvia conduciendo el ganado. En ese lugar polvoriento y de trasiego incesante, con olor a bosta y orines del ganado, quizá bebió su primera grapa y fumó su primer cigarrillo, con seguridad tabaco armado en una hojilla de papel. Sin duda escuchó disputas de payadores y hasta debió presenciar más de una pelea entre troperos que, animados por la caña, se enfrentaron con facones para dirimir una diferencia. Pero un buen día su padre se quedó sin empleo y entonces Bonapelch tuvo que asumir que esa cambiante diletancia al garete de un aprendiz de bribón no le alcanzaba para subsistir. Su condición de primogénito lo obligaba a ciertas responsabilidades y por fin consiguió un empleo de mozo en un restaurante de la avenida General Flores.

»En 1915 o 16, Bonapelch era un joven que podía definirse como el típico “buscavidas” que lentamente fue pasando del suburbio a las luces del centro. Entonces la avenida General Flores, construida sobre el trazado del viejo camino de Goes que unía el Centro y el barrio de la Aguada con el norte de la ciudad y la cuchilla Grande, era una arteria poblada lentamente de comercios y con una vida propia que en las siguientes décadas iría acrecentándose. La obligación de servir, ser atento y atender con rapidez los pedidos de las mesas lo enfrentó a Bonapelch a las diferencias que existían en la sociedad. Supo entonces,

aunque sin tener demasiada conciencia de lo que eso significaba, que su vida no podía depender de un ocasional empleo o de la relativa fortuna en las apuestas –con seguridad ya había concurrido al hipódromo erigido a finales del siglo anterior en el pueblo Ituzaingó– porque el azar podía facilitarle un día de gloria, o hundirlo sin remedio en la ruina hasta la siguiente quincena de sueldo. Quién iba a decirle que después iba a estar en el palco oficial del hipódromo acompañando al presidente, ¿no?

»Pero el empleo y el cambio de escenario de aprendizaje habrían de ponerlo en contacto con un mundo que desde finales del siglo anterior había empezado a difundirse con creciente fascinación: el tango. Al restaurante concurrían algunos músicos que mientras comían comentaban aspectos de su oficio y se referían a las nuevas composiciones que iban incorporando a su repertorio. Bonapelch debió escuchar los nombres de Alfredo Gobbi, Agustín Bardi, Vicente Grecco y Juan Maglio. Aprendió títulos de canciones y lentamente el sortilegio de la música empezó a imponerse en su espíritu. Desde un origen indefinido y plural, el tango se había abierto camino desde los quilombos para ir ganando el gusto popular. Sin duda Bonapelch conocía ya tangos que tuvo que oír en algún baile o en los prostíbulos a los que concurrió en esa incierta adolescencia que iba a dejar rápidamente atrás. Todavía no se había iniciado la radiodifusión en el país y eran pocos los lugares en donde había gramófonos o victrolas.

»Sin tener conciencia aún del parecido físico con el futuro ídolo del tango, circunstancia que descubriría después, Bonapelch ya en esos tempranos tiempos de Goes era un muchacho de buena figura, ojos oscuros y pelo renegrido que contrastaba con su tez blanca. De sonrisa fácil y ademanes varoniles, por entonces se miraba en un solo espejo: el que enfrentaba cada mañana al lavarse la cara para empezar su extensa jornada de trabajo. Debía de ser uno con el azogue gastado en sus bordes, que colgaba del humilde baño de su casa de La Teja. Cuando se veía, seguro que algo le desagradaba de él: sus ojos lo miraban con desdén y cierto desprecio y medían su desamparo. No se trataba de un desamparo afectivo sino material: sus bolsillos, al empezar cada día, por lo general estaban casi vacíos o apenas tenían los centésimos necesarios para pagar el tranvía de ida hacia su empleo.

El regreso dependía de las propinas o de que no perdiese demasiado jugando al monte con sus compañeros del restaurante en la hora de descanso. Y en este momento debemos estar en vísperas de 1920, cuando Felicia hacía dos años que había desaparecido y yo todavía no la había encontrado.

»Del restaurante de Goes, Bonapelch derivó hacia otro situado en la zona del Paso del Molino, llamado Restaurante Nacional, que pertenecía a un tío. No sabía que ese traslado le daría la oportunidad de su vida. De vez en cuando se desempeñaba también como chofer aunque por breves períodos no hacía nada, porque el azar de una tarde en el hipódromo le reportaba los pesos que compran algunos días de ocio. Pero él sabía que trabajar no era lo que le gustaba y que atender mesas o manejar un automóvil ajeno no cuadraban con su personalidad diletante. El Paso del Molino tenía, claro, una historia previa que probablemente Bonapelch conociera. Era un lugar más aparente que La Teja y tenía un origen patricio cuyo auge había empezado al promediar el siglo anterior.

»Permítame una pequeña digresión: la epidemia de fiebre amarilla que se abatió sobre Montevideo en 1857 había obligado a muchas familias pudientes a huir del contagio de la ciudad e instalarse en sus quintas cercanas del Paso del Molino y con ello se promovió un acelerado desarrollo del lugar. Algún entusiasta de la época escribió en el diario *La Nación* de Buenos Aires que el lugar apuntaba a ser un pequeño Versalles montevideano. El nombre de Paso del Molino se originó a partir de un molino de agua construido por la congregación de los Jesuitas en las márgenes del arroyo Miguelete, que atraviesa la zona. Paso del Molino es un barrio en el que se destacan algunas residencias verdaderamente principescas, rodeadas de magníficos jardines cultivados.

»Cuando Bonapelch empezó a incursionar por el Paso del Molino ese esplendor quizá ya había menguado porque había derivado un poco hacia el Este, hasta el cercano paseo del Prado, donde yo vivía, y que en el siglo anterior había concebido el visionario José Buschental. No obstante, la arteria principal de la zona, la avenida Agraciada, rebosaba de vida y comercios importantes –además de fábricas instaladas en las cercanías, en una de las cuales trabajaba Felicia

cuando nos rencontramos– y en ella y sus sitios aledaños Bonapelch empezará a hacerse notar.

»Lo nombraban por su apodo, Ito, y a los vecinos les llamaba la atención su manera de vestir: chambergo requintado sobre la frente, pantalones planchados con impecable raya –una moda muy reciente en la época– zapatos de taco, corbatas o pañuelos vistosos. Debajo de toda esa apariencia habitaba el arrabal y no es aventurado suponer que la indumentaria de Bonapelch era una manera de disimular su origen. Era fácil imaginarlo en la ceremonia de ponerse una por una las prendas que lo transformaban en alguien notorio que había ido cambiando el olor a bosta de La Tablada por el fresco perfume de los sauces, paraísos y eucaliptos de la zona. Es esos años, Bonapelch descubrió el arte del disfraz y la posibilidad de ser otro aun sin tener demasiado claro quién quería ser. En el despunte de los años veinte, el ascenso social se representaba también en la ropa y en los gustos y provocó que los sueños de grandeza de algunos se disparasen en una sociedad que progresivamente ha ido dejando atrás el tiempo de la barbarie.

»Es en el Paso del Molino que Bonapelch accedió al elusivo encanto de fincas que parecían salidas de suburbios europeos y entrevió conquistas amorosas que excedían sus modestas dotes intelectuales o cualquier mérito demostrable en el trabajo. Sabía también que ese juego de fingimientos y de primor indumentario al principio estuvo dirigido a impresionar al variable elenco de obreritas o sirvientas con las que se cruzaba en las aireadas calles del Paso del Molino. De ellas solo podía sacar réditos de placer ocasional y envanecerse al no tener que pagar por el sexo. Acaso era también una forma de ensayar su papel, de extrovertir lo que la ostentosa apariencia obligaba. A impulsos del fervor de sus veintipocos años, Bonapelch era a su manera un seductor y, por supuesto, esa condición debió fascinar a Felicia cuando un día, tal vez a la salida de la fábrica o en la parada del tranvía, lo conoció.

9

En ese punto del relato, Reyles pareció buscar algún tipo de resuello, como si la evocación hubiera significado un trabajoso descenso a las profundidades de sí mismo. Yo no lo había interrumpido una sola vez, y no iba a hacerlo ahora, por más que su pausa me dejó entrever que él quería que yo le preguntase o comentara algún detalle de la historia como forma de admitir que me interesaba. De hecho, así era, pero ahora yo estaba cada vez más alejado del caso Bonapelch, como también me había distanciado de la aventura en el Valdivia, pese a que Miranda White permanecía en mis sueños, acaso como la tal Felicia se había afincado en los de Reyles. Entonces el abogado prosiguió ante mi mirada impávida y mi mutismo:

–Hasta entonces yo desconocía la existencia de alguien llamado Ricardo Bonapelch, por más que pudimos habernos cruzado alguna vez en el Prado o el Paso del Molino, lugares que yo conocía bien porque me movía en esa zona cuando no estaba en el Centro, en las clases de la Facultad. Como sea, Bonapelch empezó siendo solamente Ricardo, alguien a quien Felicia conoció y por bastante tiempo se guardó de comentármelo. Yo todavía no había perdido las esperanzas de conquistarla, pero a decir verdad, apenas nos veíamos los sábados, cuando la llevaba a tomar el té o a mirar las vidrieras. A veces íbamos algún jueves al cine. Hasta que un día Felicia me confió que había conocido, meses atrás, a ese hombre, Ricardo, que era muy distinto a mí. No tenía mi educación ni sería pronto un profesional con título. Pero –me confesó Felicia– ella se había enamorado. Admitió que Ricardo solía desaparecer por semanas y que le gustaba la noche y el juego, pero que cuando regresaba y la esperaba en la puerta de la fábrica, ella renacía y podía perdonarle todas las ausencias. ¿Entiende? La había conquistado. Él sí lo había logrado y entonces yo no podía saber que eso era lo que acostumbraba a hacer con las pobres criaturas

que se le cruzaban. No podía estar al tanto de su ambición ni de su fatuidad y tampoco imaginar hasta dónde iba a poder llegar en su ascenso.

»Pese a que amaba a Felicia, comprendí que la había perdido y que iban a ser inútiles los paseos y la gentileza de invitarla a tomar el té con masitas. Me sentí un imbécil, por supuesto. Entonces me abrí. Nos dejamos de ver y no supe más nada de ella hasta que tuvo el accidente.

»De la noche del 23 de junio de 1923 no me olvido más: todo ese día hubo niebla y la cerrazón empeoró al atardecer. Llamaron a la puerta de mi casa y atendió mi madre. Me dijo que alguien que venía de parte de Felicia estaba buscándome. Al escuchar ese nombre, bajé las escaleras desde mi cuarto y corrí hacia la puerta. Entonces la vi a Susana, la enfermera, pálida y con los ojos llorosos. La hice pasar y enseguida me contó todo. ¿Usted cree en las coincidencias?

–¿En qué sentido? –pregunté.

–Cosas que suceden y de manera extraña anticipan otros hechos, que sin explicación copian el futuro, lo preanuncian. Yo siempre he pensado en que hay coincidencias deliberadas, como si un plan superior las produjese. Le aclaro que soy agnóstico, porque ser ateo da más trabajo. En realidad no creo en nada. Pero esa tarde Felicia había sido atropellada por un furgón de reparto, casi en el mismo lugar en donde, diez años después, Guichón iba a embestir a Salvo. ¿Va entendiendo? En Agraciada y Lucas Obes, precisamente, Felicia cruzó corriendo la avenida sin mirar y el furgón no tuvo tiempo de frenar. Hubo testigos, claro. Felicia murió en el acto porque se golpeó la cabeza contra el pavimento. Eso me lo fue contando Susana, que venía de la seccional adonde la habían citado para avisarle. Entre los efectos personales de la occisa encontraron en una libreta su nombre y el teléfono de la enfermería del Hospital. El cuerpo estaba en la morgue judicial, esperando las actuaciones forenses. Felicia estaba muerta por cruzar la calle a mitad de cuadra, como un animal desbocado o como alguien al que persiguieran. Todo resultaba muy absurdo. Susana no podía entender qué había pasado y venía a pedirme ayuda para darle a la pobre Felicia un entierro decente. Por supuesto que me encargué de todo.

–¿Detuvieron al conductor? –pregunté.

–Por unas horas, pero como le dije, había testigos y estos declararon que el chofer no pudo evitar embestir a Felicia porque ella misma se cruzó delante del vehículo. También se descartó el suicidio, ya que por el testimonio de Susana y de compañeras de trabajo interrogadas por el Juez, aparentemente no existían razones para sospechar algo así.

–¿Y qué tuvo que ver Bonapelch con el accidente?

Reyles sonrió con un rictus de amargura.

–En el momento en que se produjo, nada. Nadie venía corriendo detrás de la pobre Felicia, si a eso se refiere. En el parte policial, que después pude ver, los testigos declararon todos que fue una imprudencia la que produjo el accidente y que el chofer del furgón no pudo evitarlo de ninguna manera. Felicia se le cruzó delante y apareció desde atrás y por la derecha, sin darle tiempo a que frenara. Se descartó la incidencia de la niebla en el hecho y, como ya le dije, que se tratase de un suicidio.

»Además, por lo que me contó Susana, aparentemente la relación con Bonapelch estaba como siempre: Felicia le toleraba todo al canalla. Por supuesto que no estuvo presente en el velorio, al que concurrieron pocas personas: gente de la fábrica, la madre de Susana y yo, por supuesto. Al padre no se lo podía ubicar. Quizá Bonapelch no se enteró, aunque la noticia del accidente se publicó en la prensa. Susana no se ocupó de avisarle porque no sabía dónde vivía.

–¿Entonces? –pregunté, ya interesado en el caso, porque de hecho lo parecía.

–En el velorio me enteré, por comentarios de unas compañeras de Felicia, que esa tarde, a la hora que terminó su turno en la fábrica, Bonapelch estaba esperándola a la salida. Ya lo había hecho otras veces, por lo tanto lo conocían. La fábrica está en una zona cercana a donde ocurrió el accidente y, ¡adivine a quién pertenecía entonces esa fábrica textil!: nada menos que a la familia Salvo, en ese entonces socios de Campomar en el negocio de los tejidos de lana. Esa es otra de las coincidencias que hace un momento le señalaba. Lo importante es que Bonapelch estuvo con Felicia horas antes de que ella muriese. Ella había terminado su turno a las 4 de la tarde y a las 6 y media ya estaba muerta, de acuerdo con el parte policial. ¿Acababan de

separarse cuando ella corrió? ¿Dónde estaba Bonapelch en ese momento? Esas preguntas me las hice después, porque la sorpresa y el dolor no me dejaron pensar en ese momento con claridad. Pero luego pude entender lo que había sucedido.

10

No podía negar que la relación del doctor Reyles tenía todos los elementos de incógnita y misterio de las buenas historias policiales y, en el punto al que había llegado su relato, esperaba escuchar la solución del enigma de la chica que corrió hacia la muerte. Me costaba imaginar a ese hombre formal y leguleyo, que me había parecido tan suficiente en esos días, sufriendo por un amor imposible y por la muerte tan injusta de su amada. Pero, en verdad, no veía cómo podía adjudicarle a Bonapelch la responsabilidad del accidente. Sin embargo, Reyles me sorprendió.

–En toda situación inexplicable siempre es posible encontrar el detalle que se nos pasa por alto y que termina por aclararlo todo –dijo Reyles, con resignación.

–¿Y en este caso cuál sería?

–Luego del entierro, al otro día recorrí los bares de la zona, con la foto que le mostré de Felicia, preguntando a mozos y parroquianos si habían visto a esa persona en compañía de un hombre el día del accidente. En verdad no obtuve nada porque nadie recordaba a Felicia y yo no sabía cómo describirlo a Bonapelch, salvo decir que era alguien bien vestido y de buena pinta. También, a partir del parte policial pude ubicar a los testigos para preguntarles si habían visto a un hombre que estuviera cerca o siguiendo a Felicia antes de que el furgón la atropellase. Tampoco obtuve respuestas, porque los testigos solo habían prestado atención a los instantes finales de la chica corriendo y luego el momento del impacto del vehículo. Nadie de los que figuraron en el parte recordaba otra cosa que el golpe del cuerpo contra el capó del furgón, la pirueta en el aire y la caída, metros más adelante, en medio de la avenida Agraciada.

»Entonces recordé algo que la propia Felicia me había contado. Fue durante una de esas caminatas que hacíamos los sábados y en un

momento en que yo había podido vencer su reticencia a confiarse conmigo. Estábamos hablando de su infancia en el campo y la charla desembocó en la enfermedad y muerte de su madre. Lejos de retraerse o negarse a hablar de ese tema, Felicia pareció abrirse y contarme cómo había sufrido en aquel tiempo en que se llevaron a su madre cargándola en un charrete doblada de dolor para llevarla hasta el pueblo más cercano. Su padre se fue con ella y le prometió a Felicia que la madre iba a curarse y a regresar. Pero al otro día el padre regresó solo y solo le dijo que los médicos no habían podido hacer nada y que su madre estaba muerta.

»Me contó Felicia que al oír eso solo atinó a salir corriendo a campo traviesa, alejándose de la casa de los patrones, de los galpones, pasar el alambrado de los potreros y correr sin detenerse hasta quedar exhausta y sin resuello alguno que le permitiera desahogarse en llanto. Había corrido tanto que ya no se divisaban las casas ni los montes cercanos a ellas. Y desde esa vez, ese hábito de alejarse corriendo de las malas noticias o de los reveses iba a ser su recurso secreto para escapar de lo que la hería o la amenazaba. ¿Usted no le creería a alguien que le cuenta algo así?

–Supongo que sí –dije, con asombro.

–Por supuesto que cuando recordé aquella conversación, entendí la verdad de lo sucedido, aunque no pudiese probarla. Bonapelch la había herido a Felicia. Le había dicho algo que ella no soportó y entonces reaccionó como cuando tenía siete años y su padre le dijo que la madre había muerto. Instantes o minutos antes del accidente, Bonapelch estaba con ella y dijo algo –tal vez que la dejaba– que a la chica la hizo volverse y correr, sin mirar atrás pero tampoco sin mirar adelante. Solo iba impulsada por la necesidad de alejarse de lo que acababa de herirla, de hacerla sentir otra vez desgraciada o tal vez abandonada. No entiendo mucho de psicología, pero no se me ocurrió otra explicación para esa carrera desaforada. ¿Supo Bonapelch ese final? ¿Llegó a presenciar el accidente? Desde entonces me lo pregunto. Insisto: no tengo una sola prueba para demostrarlo, pero sí la convicción de que así tuvo que suceder. Sé también que, de ser así, Bonapelch no pudo tener conciencia de lo que hacía y que su culpabilidad es relativa. Pero a mí me ha bastado esa sospecha para

odiar desde entonces al imitador. Usted podrá decirme ahora que con la sospecha no alcanza y que ni siquiera admitiendo Bonapelch que los hechos fueron así, ninguna responsabilidad habría de su parte. Es cierto, pero eso a mí no me alivia de pensar en que la pobre Felicia habría merecido mejor suerte y que el destino de las personas a veces parece signado por el ensañamiento. Espero que ahora entienda para qué lo hice venir.

Claro que lo entendía. Reyles me había contratado para que lograse una acusación contra Bonapelch que resarciese el daño que pudo haberle causado a la chica. Reyles era un hombre de leyes, no un matón que hubiera podido cobrárselas a Bonapelch con dos tiros en la cabeza. Como abogado, necesitaba un caso para que la justicia se encargara de lo que él no pudo resolver diez años atrás. La muerte de Salvo no le importaba, solo le interesaba convertir su sospecha en una condena. En realidad, Reyles era un pusilánime y un fantasioso.

–Por supuesto que lo entiendo, doctor, pero acláreme esto: según lo que me contó hace unos días, usted lo conoció a Bonapelch cuando trabajaba en el estudio que atendía los asuntos de Salvo, ¿por qué no le preguntó qué había pasado aquel 23 de junio? ¿Por qué no lo encerró en un cuarto y lo obligó a recordar, como lo haría un hombre? ¿Por qué tuvo que esperar a que Bonapelch estuviera enredado en un posible asesinato para pensar en algo tan retorcido para vengarse? Todos estos años ha estado atragantado con ese accidente y la huida de la chica, sin siquiera molestar al posible instigador de la tragedia. En verdad, usted siempre me sorprende, aun diciendo la verdad. Y para serle sincero, esto que me acaba de contar me convence todavía más de que la Agencia nunca debió aceptar este caso. En realidad, lo único que he logrado al venir, además de que me rompieran la cara, es convencerme de que este es el último lugar de la Tierra en el cual quisiera vivir. Y vuelvo a decírselo: olvídese de que inculpen a Bonapelch de nada. Por todo lo que escuché sobre él, y luego de haberlo conocido, veo que es un triunfador, un hombre decidido y sin escrúpulos que a los cobardes como usted siempre les llevará ventaja. La paliza que debió darle y no se animó me la llevé yo. Ahora págueme y olvidemos todo esto.

11

Reyles no esperaba lo último que le dije, pero tampoco respondió para intentar defenderse. Solo volvió a abrir el cajón y sacar un sobre, que me entregó sin decir una palabra. Miré dentro del sobre y vi suficientes billetes verdes como para pagar el pasaje y los últimos días de estadía.

–¿Le hago un recibo? –pregunté mientras me ponía de pie.

–No es necesario, Santini. Lamento el tiempo que le hice perder. La paliza, usted se la buscó, porque yo no le pedí tanto y menos que jugase al productor de películas. Usted también es un hombre fantasioso.

–Solo quise hacer mi trabajo y que sirviera para algo. En realidad, por lo que me contó, quizá debió contratar a un sicario.

No me despedí de Reyles con la formalidad que él hubiese esperado. Ni siquiera le estreché la mano y solo dije “hasta un día de estos”, antes de darme vuelta y salir de la oficina. En ese momento no sabía que ese día habría de suceder casi veintitrés años después y cuando yo ya hubiese olvidado por completo el caso Bonapelch.

No bien salí a la avenida y me mezclé entre la gente que caminaba por el mediodía frío y soleado, tuve una nostalgia súbita de mi ciudad lejana y comprendí que absolutamente nada me unía a Montevideo. También imaginé cómo habría podido ser mi vida allí, de no haber emigrado mis padres a New York. Ninguna idea me vino a la mente y eso me dio el incontenible impulso de averiguar cuanto antes cuándo salía el primer barco que me pudiera depositar otra vez en Manhattan. Debería ser uno que hiciera escala en Río de Janeiro, porque todavía tenía un asunto pendiente del caso anterior. La última mirada de Miranda White en el puerto, mientras se alejaba con Odette y el chofer, todavía podía recordarla casi como si estuviera viendo una fotografía. Habían pasado menos de dos semanas, pero a mí me

parecía una eternidad.

Entré en una oficina del Telégrafo y envié un mensaje a O’Mara, en estos términos:

RESEARCH CASE CONCLUDED STOP BACK TO NY FIRST SHIP STOP
GUIDO

Llegué al hotel y solicité en la conserjería que averiguasen la próxima salida de un barco hacia New York y aclaré que también podía ser un carguero. También mencioné lo de la escala en Río. Después mostré la dirección que me había dado Reyles para ir a comprar el Smith & Wesson. El empleado me dijo que era bastante cerca y que podía ir caminando. Me explicó cómo llegar. Le agradecí y volví a salir del hotel.

Compré un revólver del calibre que había perdido, con funda y una caja de balas. El que me lo vendió no me hizo preguntas porque bastó con que mencionara a Reyles para que me atendiera sin indagar nada. Lo pagué con parte de los dólares que me había ganado por entregar a Miranda sana y salva. Salí de la armería con el Smith & Wesson calzado en la cintura pero sujeto por la espalda. Sin tener idea de para qué, le había colocado las seis balas, porque un arma descargada no sirve para nada. Supongo que el vendedor, al ver las huellas de la paliza en mi cara, pensó que yo podía estar tramando algo de lo que a lo mejor iba a arrepentirme, por eso cuando salía me dijo:

–No vale la pena, olvídese y cómprese también una pomada para ese pómulo.

Yo solo me volví y sonreí, pero no sé si eso lo tranquilizó.

Antes de regresar al hotel, me metí en una fonda cercana al puerto y pedí una fuente de *spaghetti* con tuco a la italiana y media botella de vino tinto. El olor del lugar me hizo recordar al restaurante de Brooklyn y por primera vez en varios días me acordé de mi padre y regresé al duelo. Los asuntos que lo habían interrumpido ya no existían y la tristeza otra vez reapareció y me fue invadiendo. ¿Qué estoy haciendo aquí, comiendo solo y con el cuerpo dolorido a miles de kilómetros de casa?, me dije y el apetito que traía desapareció luego de haber almorzado apenas medio plato y sin haber dado un

solo sorbo al vino.

Pedí la cuenta, pagué y me fui.

12

Conseguí pasaje de regreso en el Conte Biancamano, de la Italian Line, que saldría de Buenos Aires y luego de hacer una breve escala en Montevideo seguiría para Río y de allí, tras un día y medio de estadía en la capital de Brasil, continuaría su travesía hasta New York en el que era su último viaje comercial, ya que por lo que me informaron en la agencia naviera, el buque iba a ser incorporado al año siguiente a tareas militares por el gobierno de Mussolini. Por supuesto que otra vez habría de viajar en segunda clase, aunque, en comparación con el Valdivia, el barco era de construcción más reciente –había sido botado en 1925– y tenía dos niveles más por debajo de la segunda clase: económica y tercera clase.

Esperé tres días más en Montevideo para hacer la conexión. En realidad tuve suerte porque existían pocas frecuencias en esos meses para regresar a New York desde el sur. En ese lapso, me dediqué a redactar un pormenorizado informe del caso Bonapelch para entregárselo a O’Mara no bien llegase. Me aseguré de incluir el episodio final del Jauja y la noche de la paliza. También consigné la pérdida de mi revólver y la documentación que me acreditaba como detective de la Agencia. En un anexo, agregué el relato de Reyles sobre las verdaderas razones que tuvo para contratarnos.

En conjunto, el informe era el inventario de una misión fallida y acaso lo único que podía salvarme de quedar como un inepto era el contacto con el malogrado lustrabotas, porque al menos había servido para encontrar la punta de la madeja para inculparlo a Bonapelch. Claro que de la historia empezada en La Habana y continuada a bordo del Valdivia, no escribí una palabra. Nada de eso había sido oficial y pensaba contárselo a O’Mara personalmente, más allá de que quizá ya estuviera enterado por infidencia de Gómez.

Escribí la memoria de esos días en Montevideo en una máquina

Smith Corona que me prestaron en la conserjería, utilizando papel membretado del hotel. Debo reconocer que me sucedió algo inesperado mientras escribía. Por momentos sentí que, más que un informe burocrático para mi jefe, estaba escribiendo una historia de la cual yo era el protagonista. Hubo algo que me dominó mientras tipeaba cada párrafo y me hizo sentir lo que podría definirse como placer. Tal vez eso determinó que a veces alargara más de lo debido las descripciones y los detalles y me involucrase en reflexiones que iban más allá de lo que un informe para O'Mara exigía.

13

Decidí disfrutar de la noche final en Montevideo olvidando el deber. Ya más repuesto de la golpiza y con la cara casi sin huellas del maltrato, visité un *cabaret* ubicado muy cerca del hotel, llamado Royal Pigall. El lugar era lujoso y muy bien decorado y estaba bastante concurrido pese a que era un martes. Mis aspiraciones se limitaban a tomar un par de copas, distenderme y en lo posible encontrar una mujer atractiva con la cual celebrar mi partida. Necesitaba una despedida de la ciudad que me rescatara de esa melancolía que desde el mediodía en la fonda me había ganado.

La barra, las pequeñas mesas con mantel y portátil de pantalla, el escenario en donde tocaba lo que aquí se llamaba orquesta típica, los reservados y el espacio destinado al baile de las parejas tenían tanto refinamiento como cualquier *cabaret* de Broadway. La música era tango, a no dudar, y ese era el detalle que no me permitía soñar que estaba de regreso en la isla. Añoraba un poco de Cole Porter con la voz de Carmen McRae. Un camarero me ofreció una mesa libre, pero le dije que por el momento prefería la barra, desde la cual era posible dominar todo el espacio del lugar. Me senté en uno de los asientos altos y aguardé a que el barman se presentase –era costumbre, parece– y luego de decir “Rolando, a su servicio”, preguntarme qué iba a tomar. Pedí *whisky* Canadian Club, y para mi sorpresa, tenía esa marca. Lo pedí solo, con un vaso de agua fría.

Mientras paladeaba el primer sorbo, me dediqué a observar el ambiente: parejas muy arrimadas en las mesas, algunas en los reservados que ofrecían intimidad y penumbra, otras que bailaban en la pista y algunas mujeres solas que se desplazaban casi siguiendo el ritmo de la música machacosa y sincopada que pese a eso sonaba triste. Había hombres solos también que, como yo, quizá estaban a la búsqueda de compañía. Mi aspiración no era la conquista porque

estaba dispuesto a pagar, siempre que esa compañía lo valiese.

Por lo que me había comentado el conserje del hotel, en el teatro contiguo al *cabaret* y también en el escenario que estaba viendo había actuado Carlos Gardel, y era fama que aun sin actuar el cantor frecuentaba el lugar cuando venía a Montevideo. Tenía que concluir que, después de los días vividos en la ciudad, echaba en falta escuchar, al menos en un disco, la voz famosa que tantas imágenes justificaba en los bares. El Royal Pigall no era la excepción y desde donde estaba podía distinguir, en la luz incierta del fondo de la barra, fotos de Gardel actuando en el mismo espacio en el que en ese momento tocaba la orquesta. Era absurdo que, en su lugar, yo hubiera oído apenas el esfuerzo del imitador Bonapelch y sus matones. Decidí dejar las especulaciones inútiles y pasar a asuntos más prácticos:

–El *whisky* está muy bien –le dije a Rolando–, ahora necesito otro tipo de servicio.

–¿Sí? Usted dirá, señor.

–Alguna señorita que anime mi despedida de la ciudad y la convierta en algo inolvidable.

–¿Cuál de las dos, ella o la ciudad? –dijo Rolando y lanzó una risa distendida.

–La ciudad no la conocí mucho, pero probablemente la olvide, así que necesito algo que me ayude a recordarla cuando esté lejos.

–¿Le gustaría bailar antes?

–No sé bailar el tango.

–Es una lástima, porque todo empieza allí. Se aprecia la mercadería, si me permite ser directo. Los cuerpos entran en calor y la música ayuda. Para mí el tango es el sexo bailado, señor. Yo le recomendaría que, ya que va a irse, haga un curso rápido esta noche. Puedo recomendarle una profesora de primera categoría que, además, será excelente en lo que suceda después. Ella va a guiarlo en el baile y tal vez en lo otro y entonces sí, le aseguro, la despedida va a ser inolvidable.

–Me tienta su oferta, pese a que lo del baile lo veo problemático. ¿Está aquí la profesora?

El barman me sirvió otra medida de Canadian Club y sonrió con discreción.

–Lo del tango se puede postergar. No bien termina la típica, un pianista toca otro repertorio más accesible, *fox trot*, rumba, lo que le pidan. ¿Qué me dice de la señorita sentada en la primera de las mesas junto a la puerta principal del salón? ¿Puede verla?

La veía. Era una mujer de unos veinticinco años, melena negra y ojos pintados al estilo de las divas de Hollywood. Llevaba un vestido rojo con lentejuelas que lanzaban destellos como polvo de estrellas. En ese momento bebía una copa de *champagne* y parecía aburrirse sin que se notara.

–Se llama Giselle, pero nació a pocas cuadras de aquí. Si yo fuera usted, ya estaría invitándola a la pista porque en tres minutos el pianista va a resolverle el problema de tener que bailar un tango. ¿De dónde es usted? Es raro su acento al hablar.

–Vengo del norte y aprendí el español con una filipina, ¿por qué me lo pregunta?

–Por nada, simple curiosidad. Uno estando aquí conoce gente de toda procedencia. Estamos cerca del puerto y de los principales hoteles de la ciudad. ¿De qué parte del norte?

–New York, y antes, aunque usted no lo crea, de aquí mismo. Nací en Montevideo, pero me fui cuando tenía cinco años y nunca más volví. Tal vez mañana haga lo mismo.

–¿No le gustó Montevideo?

–No tuve tiempo de apreciarla mucho porque estuve trabajando. Pero no es el tipo de lugar que me gusta, estoy acostumbrado a otros ritmos. Hay detalles en esta ciudad que no logro entender: obsesión por los palacios, decenas de bares, calles oscuras y la mayoría de los edificios bajos. Están en dictadura pero no veo que la vida haya cambiado. A los sospechosos de delitos los eligen constituyentes y hay elecciones pese a que el gobierno es dictatorial.

–Mire usted, eso no lo había pensado. ¿Va a ir a la mesa de Giselle? Tome, invítela con esto –dijo Rolando y me dio una copa de *champagne*–. El que ella está tomando no es importado, el que acabo de servirle es francés –agregó con una guiñada cómplice.

Dejé la copa sobre la barra y le pregunté cuánto debía.

–No me debe nada, la casa invita… a lo mejor así un día decide regresar –dijo Rolando.

Le agradecí, tomé la copa y mi *whisky* y fui hasta la mesa de Giselle. Tuve que esquivar a dos parejas que recién llegaban. Ya frente a la mujer del vestido rojo, me presenté:

–Me llamo Guido Santini y desde la barra le envían esta copa de *champagne*. Como yo venía justo para aquí, se la traje. Me dicen que es francés. ¿Puedo acompañarla mientras termino mi *whisky*?

Giselle me miró de arriba abajo. Yo permanecí serio y atento, con la copa en una mano y el vaso en la otra. Una sonrisa imperceptible se dibujó en los labios de la joven. Tal vez la copa fuese una contraseña que le mandaba Rolando y que quizá significara: "aprovechá que es gringo y tiene plata".

El negocio entre ellos me importaba poco. Por eso, sin esperar a que Giselle respondiera, me senté frente a ella y dejé la copa y el vaso sobre la mesa. La copa que ella había estado tomando estaba vacía, y desde el escenario el pianista empezó a tocar una versión muy lenta pero reconocible de *Love for sale*, de Porter. Ninguna melodía más apropiada para lo que estaba empezando en la mesa. Ya frente a Giselle, mi mirada se fue aflojando y la de ella pareció volverse interesada.

–¿Le gustaría que bailáramos, Giselle?

–No es necesario que me trates de usted –dijo y sonrió, ahora con franqueza.

Su cara era hermosa y sus ojos negros lanzaban destellos que parecían lágrimas un segundo antes de caer.

Nos levantamos y caminamos hasta la pista. Resultaba evidente que el tango era el amo del lugar y lo que el pianista ofrecía tenía pocos adherentes. Por eso me sentí observado al ser el único que estaba bailando. Giselle se dejó llevar y atraer hacia mí.

–Rolando te dijo mi nombre, ¿no?

–También me dio la entrada para tu mesa; invitó él, palabra.

–¿De dónde sos? –dijo, y eso confirmó el código entre ella y el barman.

–De muy lejos, y mañana me voy.

–No tenemos futuro, ¿verdad?

–No. Entonces, vivamos el presente. Cuando terminemos los tragos te invito a ir a mi hotel. Es aquí cerca, el Grand.

–Lo conozco. ¿Por qué tanta urgencia?

–Digamos que más bien es curiosidad.

–¿Sí? ¿De qué?

–De saber qué tan largas son tus piernas.

–Eso va a costarte cincuenta por un rato y cien por toda la noche.

–Trato hecho. Quisiera la segunda opción.

–Servicio completo por veinte más, por si te interesa.

–Comprado.

–Ni siquiera me preguntás qué es.

–Imagino algo especial, que iré descubriendo. Es como un regalo sorpresa, supongo. Ya lo sabes, Rolando es muy buen vendedor. El curso de tango lo tendría que hacer por correspondencia, porque no vamos a tener tiempo, ¿no?

–Es una lástima, soy muy buena profesora.

–Supongo que sí. ¿Te importa si ya nos vamos?

–No, al contrario. Hoy esto está muy aburrido.

Salimos de la pista y yo pasé por la barra a recoger mi sombrero, que había olvidado encima del mostrador. Rolando me lo tendió con una reverencia. Le agradecí y le tendí un billete de propina, que él aceptó.

–Que tenga buen viaje, señor.

Le sonreí, me puse el sombrero y nos encaminamos hacia el vestíbulo del *cabaret*. Mientras Giselle iba al *toilette* y luego a la ropería a buscar su abrigo, vi a un hombre que entraba en ese momento. Era Ricardo Bonapelch.

14

Supe al instante que Bonapelch no iba a reconocerme con el sombrero puesto y el ala volcada sobre la frente. Además no miró hacia donde yo estaba mientras se quitaba el sobretodo y su sombrero para ir a dejarlos en la ropería. Yo permanecí en donde estaba porque era inevitable que él avanzase hacia mí. Las coincidencias que asombraban a Reyles seguían produciéndose. Cuando Bonapelch estaba a menos de un metro de enfrentarme, lo saludé:

–Amigo Bonapelch, no sabe cuánto me alegra verlo.

Bonapelch se detuvo y por fin me miró. Mi voz no le indicó en ese momento quién era yo. Me miró y debió preguntarse ante quién estaba. Tardó unos instantes en entender, buscó mi mirada, abrió la boca en un gesto de sorpresa. Había llegado solo, sin los guitarristas ni el boxeador y tenía el sobretodo colgado de un brazo y el sombrero pendía de la otra mano. Balbuceó unas palabras:

–Usted por acá –dijo y, acaso de nervios, sonrió.

Yo no necesitaba decirle nada, porque no me interesaba iniciar ninguna conversación con el imitador de Gardel. Sin embargo le pregunté:

–¿Le gustan las nueces, Bonapelch?

La pregunta lo tomó de sorpresa y no supo qué responder. Arqueó las cejas en un gesto que me indicó lo confuso que estaba. Quizá estuviera un poco bebido. No iba a tomarme el trabajo de contarle mi habilidad para partir nueces con los dedos, porque eso a él no habría de interesarle. Pero sí resolví hacerle una demostración práctica. Había llegado el momento del tratamiento Lamarr.

Me acerqué a Bonapelch todo lo que pude y con un rápido movimiento de la mano derecha lo tomé de las pelotas y cerrando los dedos como una tenaza oprimí hasta que dio un grito ahogado. Sus ojos se abrieron como platos y dejó caer el sobretodo y el sombrero

para intentar liberarse, pero yo seguía oprimiendo y él doblándose sobre sí mismo y chillando como un cerdo camino al matadero. Cuando lo solté, Bonapelch quedó de rodillas y luego se volcó hacia un costado para tomarse sus partes con desesperación.

–Esto no es por mí –le dije–, va por Felicia.

No sé si me escuchó o si entendió lo que le decía. El portero del *cabaret* había llegado al escuchar los gritos y vio a Bonapelch caído sobre su sobretodo y en posición fetal.

–Parece que se siente mal –comenté.

En ese momento llegaba Giselle con el tapado puesto.

–Vamos, preciosa –le dije y le ofrecí mi brazo.

Ella miró al hombre que todavía estaba gimiendo en el piso.

–Parece que le vino una orquitis aguda –le informé mientras salíamos.

–A ese hombre lo conozco, es un cliente habitual –dijo Giselle.

–Entonces lo van a atender, ya deben estar llamando a algún médico. ¿Sabes cómo se llama?

–Es Bonapelch, ¿estaba solo?

–Parece que sí, pero vamos a olvidarnos de todo. Todos estamos solos, pero por suerte esta noche no.

–Todavía no me contaste a qué te dedicás y de dónde venís.

–Sería muy complicado de explicar, pero para que sea fácil voy a decirte que vendo pintura y vengo de New York.

–¿Y vendiste mucha por acá?

–No, pero hice muchos amigos.

15

Lentamente, el Conte Biancamano fue alejándose del muelle. Acodado en la baranda de la cubierta, miraba la ciudad en el mediodía soleado. Hacía frío y soplaba el viento del sur, pero la niebla que me había recibido al llegar a Montevideo no se había presentado. El cielo era celeste y sin una sola nube y a medida que el barco se internaba en el estuario para doblar hacia el este, parecía más luminoso. Otros pasajeros contemplaban lo mismo que yo. La mayoría hablaba el español con un acento distinto a los montevideanos y la expresión "che" abundaba en los diálogos. Habían subido en Buenos Aires y con seguridad iban a seguir hasta New York luego de hacer la escala en Río. No eran muchos los que habían abordado el buque en Montevideo.

Tal como me había propuesto, la despedida de la ciudad fue, si no inolvidable, al menos muy placentera, porque Giselle había colmado mis expectativas y el consejo de Rolando fue acertado. En la cama había hecho valer cada peso que le pagué y, en cuanto al servicio completo, tenía que reconocer que la tarifa extra se justificaba. Además tuvo la delicadeza de ahorrarme la despedida, y cuando desperté a las nueve de la mañana ya se había ido. Me había dejado una breve esquela en una hoja del hotel:

> *Cuando vuelvas, voy a enseñarte a bailar el tango.*
> *Pasé bien. G.*

Ahora la noche y Montevideo iban quedando atrás y a medida que el Conte Biancamano navegaba paralelo a la costa yo iba sintiendo que todo lo que había esperado encontrar en la ciudad había sido solo una ilusión. Miraba su perfil de edificios bajos y el blanco de sus playas de arena sobre un río que era tan ancho que devenía en mar. Todo parecía dormitar en una suerte de imagen congelada en la cual no se

veía ningún signo de vida. Era una especie de postal la que divisaba, un decorado que ya no habría de volver a ver.

La silueta del Palacio Salvo era lo único vertical que asomaba a la distancia y, mucho más que el cerro bajo con su fortaleza en la cumbre, el edificio me pareció el rasgo más destacado de la ciudad. De paso era una especie de recordatorio final de mi fracaso en la tarea que me había traído hasta allí. Apretarle los cojones a Bonapelch la noche anterior había sido solamente una pequeña venganza por sus malos tratos, pero en realidad todo quedaba igual que cuando había llegado, sin contar que Montevideo tenía un lustrabotas menos.

Pero no valía la pena hacer ese balance ahora. Tras haber escrito el informe, lo mejor era postergar las conclusiones para cuando me presentara ante O'Mara. Lo único que haría en los días siguientes antes de llegar a Río sería imaginar un posible encuentro con Miranda White y leer un libro que había comprado en una librería cercana al hotel, llamada, por supuesto, El Palacio del Libro. El autor era Horacio Quiroga y el vendedor me había recomendado el libro como uno de sus mejores: *Los desterrados*. En sus dieciocho cuentos iba a encontrar un poco de evasión para la aburrida vida a bordo.

Pronto, la ciudad quedó atrás y la delgada línea verde de la costa fue desapareciendo hasta que mar y cielo fueron la única realidad que me rodeó. Metí la mano en el bolsillo del abrigo y encontré una de las tarjetas que había mandado imprimir para la inexistente Empire Motion Pictures, un recurso tonto que no me había llevado a ninguna parte. La retuve un instante más entre los dedos y luego la dejé caer por la borda y desaparecer en la estela que el barco iba dejando.

Entonces alguien me habló a mis espaldas. Enseguida reconocí esa voz un poco majadera y a la vez locuaz:

–Hombre, qué sorpresa, espero que no vuelva usted a meterme en líos a bordo –dijo Zuloaga.

Lucía un sobretodo de paño *beige* y un estupendo Borsalino al tono. Nos dimos un apretón de manos.

–¿Cómo le fue con Gardel, lo conoció finalmente?

–¡Claro! ¿Y sabe usted? ¡Es bajo y bastante rollizo! Le gusta la buena mesa y debe concurrir a un gimnasio para bajar de peso. Es un esclavo de la silueta. Me ha dado un gran reportaje y hemos cenado en

O'Rondeman, el café donde va siempre en el Abasto. Pagó él. Resultó un tío muy simpático, que saludaba a todos los que se le acercaban. Aunque le parezca mentira, todavía vive con su madre. ¿Y a usted cómo le ha ido? ¿Resolvió su caso? –preguntó Zuloaga.

–Era un caso difícil y, para serle sincero, no pude resolverlo. Me vuelvo a New York. ¿Y usted a dónde va?

–Sigo con usted, me espera otro reportaje para el *ABC*.

–¿Y a quién va a entrevistar?

–Al gran George Raft, ¿no ha visto *Scarface, el terror del hampa*? Es el actor del momento.

–Lo conozco, claro. Un día lo llevé en mi taxi y me dejó muy buena propina. También me firmó un autógrafo, que todavía guardo.

Zuloaga me miró con aire incrédulo y yo lo dejé con la duda. Cuando se vive en la capital del mundo, todo es posible.

CUARTA PARTE

Epílogo en Manhattan

1

New York, octubre de 1956

Cuando regresé del sur, hace veintitrés años, pensé que mis días en Montevideo habían sido solo un caso sin resolver de los tantos que seguía la Agencia. El extenso informe que le presenté a O'Mara y mi entrevista con él parecieron cerrar el asunto. Luego de leer las hojas mecanografiadas en el papel carta del hotel –cuya copia al carbónico me había guardado– y de escuchar mis argumentos que complementaban lo escrito, O'Mara encendió uno de sus puros y luego se quedó pensativo mirando flotar los aros de humo que había creado.

Cuando habló fue para decirme que nuestro trabajo no era infalible y que, cuando íbamos lejos e investigábamos en un terreno extraño, también podíamos fallar. Dijo que en términos profesionales yo había actuado con astucia y me había atenido a los métodos. Al disfraz de productor de películas le restó importancia, porque además, la paliza que obtuve a partir de él lo eximía de ser duro conmigo por ese error. En lo único que señaló su fastidio –además de por la pérdida de mi arma– fue en lo referente al testigo que había podido ubicar, el malogrado lustrabotas.

"Nunca se abandona o descuida a un testigo que puede ser decisivo para el caso que estamos siguiendo", dijo O'Mara y agregó: "De ser necesario, lo hubiera atado, amordazado y secuestrado hasta el momento de declarar". Parecía exagerado, pero fue así como ejemplificó la idea de mantener a Sabino aislado y a salvo. Por fin, O'Mara apartó el carpetín con el informe y sin quitar el habano de la comisura de sus labios sentenció: "Caso cerrado, olvídese".

Y eso fue lo que hice a partir de ese momento. Olvidarme de Reyles, Bonapelch y los demás integrantes de la trama. Dejar atrás los hechos

de Montevideo hasta perderlos en el devenir y el frenesí de New York. También tuve que olvidar a Miranda White, a quien busqué sin éxito en Río, el único día que el Conte Biancamano estuvo fondeado en el puerto, antes de volver a partir al otro día. Con ella, quité de mi memoria a su padre, Melvyn, y al servicial Gómez y dejé de temer el regreso de Vance Lamarr, una absurda fantasía construida a partir de mis propios miedos. También desaparecieron Fernández y su adorable mujer Albertina y el periodista del *ABC*, Zuloaga, de quien me despedí al pie de la rampa del barco, no bien descendimos en Manhattan, y nunca más supe de él.

Me rencontré con mi familia y consolé a mi madre con varias semanas de retraso, pero en definitiva lo hice. Me amigué con mi hermano y mi tío y me alegró ver que mi hermana Mafalda ya no llevaba el pelo teñido de rubio.

Tiempo después renuncié a la Agencia, porque, como ya había entrevisto en el sur, supe que no tenía madera de detective. Me mudé otra vez a Brooklyn y me incorporé al negocio familiar. Pero eso no duró mucho, porque tampoco me interesaba regentear ningún restaurante.

Regresé a Manhattan y alquilé un pequeño apartamento muy cerca de donde estaba el anterior. Conseguí un empleo en Bloomingdale's como auxiliar de seguridad de la tienda de la 5.ª Avenida y para ello me ayudó la recomendación de O'Mara, que pese a mi renuncia seguía pensando que lo mío era la detección.

Una vez que me estabilicé, me entregué al incipiente descubrimiento de la escritura, que había comenzado con la redacción del informe del caso Bonapelch. En realidad lo que intenté fue contarlo sin la objetividad que exigía la Agencia, sino animándome a incorporarle los detalles personales, una cierta dosis de intriga y bastante cinismo que evidentemente imitaba el de los autores que prefería: William Riley Burnett, Horace McCoy y Dashiell Hammett. En ese afán, terminé convirtiéndome en mi propio personaje, porque no tenía la capacidad de imaginar otra persona en mis zapatos. Me guiaba la idea de convertir aquel fracaso en algo que me justificara y que en algún momento interesase a algún editor.

El mínimo ambiente del apartamento pronto se llenó de novelas

policiales impresas en rústica y en papeleras repletas de folios que una vez terminados estrujaba, luego de leerlos. Tenía claro lo que quería escribir pero todavía no sabía cómo hacerlo. En ese proceso me fui descubriendo como alguien cuyo tesón lo había llevado bastante más lejos de lo que hubiera imaginado.

Como dije, ya pasaron veintitrés años de aquel nuevo comienzo, pero recién ahora he podido conocer el definitivo final del caso Bonapelch.

2

No voy a consignar aquí lo que he vivido en todos los años pasados desde que regresé de Montevideo.

Lo resumo: distintos empleos hasta volver otra vez a la Agencia y de ella al Hotel Roosevelt, donde actualmente trabajo como detective, aunque no en el sentido que lo concebía O'Mara, que en paz descanse ya que murió en 1949 de un cáncer de pulmón.

Tuve dos matrimonios fallidos y un hijo del segundo –hoy adolescente– que vive con su madre en Chicago. En medio de eso, en el 42 me rencontré con Miranda White en Río, ciudad a la que volví gracias a un proyecto cinematográfico para el que me contrataron como vigilante de los caprichos y desarreglos de un genio problemático. Se trataba de un documental que debía filmar Orson Welles y que nunca pudo terminar.

Ese viaje también se lo debo a O'Mara y lo que viví con Miranda formó parte de esa extraña aventura en tierras cariocas. Entre tanto escribí algunas novelitas detectivescas, dos de ellas publicadas en editoriales pequeñas y con mala distribución. A mi hermano Giulio lo veo de vez en cuando. Mamá murió en 1941, el día antes del ataque a Pearl Harbor. Tuve suerte de no ser llamado a filas después de ese desastre que nos metió en la guerra. Mafalda tiene un restaurante en Atlantic City y rara vez viene a New York. A veces hablamos por teléfono. Mi tío Gino murió tres años después que mi madre, en un accidente de automóvil.

Empecé a trabajar en el Roosevelt hace cinco años.

Para los que no lo conocen, está ubicado en la avenida Madison y la calle 45, muy cerca del Empire State, en pleno centro de Manhattan, con diecinueve pisos de altura y más de mil habitaciones. Ocupa una manzana entera y en 1947 fue el primer hotel de la ciudad con un televisor en cada habitación. También fue el primero en tener tiendas

en la planta baja con vidrieras en su fachada. Hasta el año pasado fue la residencia del gobernador Thomas Dewey y cuando en 1948 se postuló a la Presidencia enfrentando a Harry Truman siguió el escrutinio en una suite del Roosevelt.

El Roosevelt es enorme, sólido, lujoso y clásico para el que viene a New York. Cuando está con capacidad a pleno, es una ciudad dentro de otra, por lo tanto necesita seguridad y vigilancia discreta para resolver cualquier situación que incomode al cliente o atente contra sus bienes o su integridad física.

Un detective de hotel trabaja en sitios de alta categoría. Su habilidad principal es pasar desapercibido y mimetizarse con clientes o empleados. Tiene que estar dispuesto y preparado para resolver conflictos a través de la mediación, usando técnicas disuasorias que eviten que un problema acabe de una forma violenta. Para ser sincero, es una tarea aburrida y rutinaria y ese es el peligro: uno se acostumbra al tedio y puede aflojar la atención respecto de lo que sucede en el entorno.

Claro que no soy el único detective del Roosevelt. Hay dos más y estamos todos bajo la supervisión del gerente y de un encargado de seguridad. Pero yo soy el más veterano y el que por lo general controla el gran vestíbulo del hotel. Los verdaderos detectives suelen decirnos que nosotros somos una invención de las novelas, que apenas si podrían llamarnos guardias de seguridad con traje de calle. Pero la paga es buena y el ambiente agradable: mármol en pisos y paredes, buena madera en todos los muebles, alfombras mullidas, decoración de estilo, arañas de cristal y todo aislado de la estridencia de la calle.

Debo estar bien vestido, pero sin llamar la atención: ambo gris bien cortado, camisa blanca impecable y una corbata discreta. Mis zapatos tienen que estar siempre lustrados y mi barba rasurada todos los días. Por supuesto que no estoy armado, aunque en mi oficina del hotel tengo mi revólver para usar en casos extremos. Ante una situación delictiva que no podamos controlar, llamamos a la policía. A todo esto se le agrega la condición de ser invisible, de no llamar la atención jamás y de estar en el puesto sin dejar de circular, mirándolo todo para descubrir aquello que para los demás puede ser irrelevante.

3

En un hotel del tamaño del Roosevelt el movimiento de su *lobby* es permanente y salvo en agosto, cuando New York hierve de calor, suele haber siempre un centenar de personas deambulando por los distintos salones anexos al gran vestíbulo. A eso se le suma el personal, con los *bellboys* que acarrean equipajes y demás enseres de los pasajeros a su llegada o cuando se marchan. En sus puertas siempre hay dos o tres porteros haciendo señas a taxis. Por lo general yo me ubico en un lugar estratégico para dominar ese espacio y apreciar lo que sucede, en especial a las horas del *check out*, que suele hacerse entre las doce y la una del mediodía.

Por la tarde el movimiento se apacigua un poco, entonces me siento en uno de los mullidos sillones cercanos a la entrada de Madison.

Un día de inicios de octubre vi llegar a un hombre cuya fisonomía me pareció familiar. Había algo en su cara que me recordó otro tiempo. El oficio lo obliga a uno a ser capaz de retener y memorizar rostros y actitudes. Tardé pocos segundos en recordar quién era, pese a que estaba bastante cambiado: había engordado y se había quedado bastante calvo. Pero su bigote era el mismo y la elegancia al vestir también. Me descolocó un poco el bastón que ahora llevaba, pero no me quedaron dudas de que era el doctor Fernando Reyles.

Cuando pasó delante de mí, lo saludé:

–Doctor Reyles, bienvenido a New York.

Él se volvió sin detenerse y me miró. Creo que yo no he cambiado tanto como él. Mi pelo se encaneció y ahora lo llevo más corto, pero no he engordado un gramo y me mantengo en forma. Hacía veintitrés años que no nos veíamos, pero Reyles tampoco me había olvidado:

–Guido Santini –dijo, sin reprimir su asombro.

Me incorporé del sofá y avancé hacia Reyles con la mano tendida. Me la estrechó y esbozó una sonrisa forzada.

–¿Se aloja en el hotel? –le pregunté.

–Llegué ayer desde Miami, ¿y usted?

–Trabajo aquí.

Reyles me miró como si todavía no creyese que era yo y finalmente su expresión asombrada y precavida se diluyó en otra más resignada.

–Pasaron muchos años, no esperaba volver a verlo –dijo.

–Es cierto. Yo tampoco esperaba verlo, pero lo reconocí. ¿Se dedica a lo mismo?

–Trabajo para varias empresas, vine en representación de los exportadores de lana. Negocios, contratos, en fin, es largo de explicar. El año pasado también estuve en diciembre, con la comitiva del presidente Luis Batlle Berres. ¿Y usted, sigue investigando?

–Con algunos cambios en el medio, pero digamos que sí, aunque ahora solo trabajo dentro del hotel.

–¿Y qué hace?

–Lo mejor que me puede pasar es que no tenga que hacer nada, porque eso significa que todo marcha bien en el Roosevelt. Por lo general solo miro y trato de anticiparme a ciertas situaciones. A veces es muy aburrido, pero uno se acostumbra a todo.

–Ya veo. Es muy buen hotel este, y por su tamaño entiendo que necesite sus servicios. Si mal no recuerdo, la última vez que nos vimos usted no había quedado muy conforme conmigo. Creo que ni siquiera nos despedimos cuando usted se fue.

Era cierto y Reyles tenía muy buena memoria.

–Sí. En ese momento yo estaba muy contrariado con mi fracaso, quizá reaccioné mal. Los dos éramos más jóvenes. Y a propósito, ¿qué pasó con aquel personaje, Bonapelch? –pregunté porque, inevitablemente, el único tema que podíamos tener en común Reyles y yo, más de veinte años después, era ese.

Reyles me miró con una cierta sonrisa dibujada debajo del bigote.

–Veo que no lo ha olvidado –dijo.

–No, claro, en todos estos años no pude hacerlo. Los casos no resueltos son siempre una incógnita que puede seguirnos a todas partes.

–La incógnita ya no existe: Ricardo Bonapelch murió el año pasado, el 21 de agosto, en la cárcel. Ingresó en 1941, ocho años después del

accidente de Salvo. Consiguió el indulto dos días antes de morir de un cáncer de páncreas. Caso resuelto, mi amigo.

La información de Reyles, concisa y escueta, me dejó sin reacción. El caso Bonapelch, si bien no olvidado, había quedado en una especie de condición latente, y ahora resurgía otra vez desde las profundidades de mi memoria, con todos sus detalles intactos, como si las más de dos décadas transcurridas no hubieran existido.

–Pero entonces… –empecé a decir y Reyles me interrumpió.

–Le diré el lugar común: la justicia tarda pero llega. Pero no creo que este sea el lugar ni el momento para que le cuente cómo se dieron los hechos hace quince años para que Bonapelch cayese.

–Las coincidencias se siguen dando, doctor, ¿recuerda su teoría? Quién iba a decirme que usted iba a hospedarse en el Roosevelt para contarme el final de la historia.

–Así que pretende eso…

–Espero que comprenda: no tendré otra oportunidad de escuchar de primera mano lo que sucedió.

–No, por supuesto, aunque posiblemente he olvidado algunos detalles porque fue un asunto muy intrincado cuando por fin todo salió a luz y, a decir verdad, temo no guardar un recuerdo pormenorizado de esos días. ¿Su curiosidad le da para tanto?

–¿A qué se refiere?

–¿En realidad quiere saber cómo sucedió todo? Bonapelch fue condenado por el delito de "homicidiopacto-precio", una manera de nombrar un asesinato, y luego catorce años después muere en prisión. ¿Para qué quiere más detalles? Ya le dije: caso resuelto.

Dudé en comentarle a Reyles mis verdaderas razones para que me contara toda la historia, pero al final se lo dije:

–En realidad, mi interés en que me cuente tiene una razón que no es la que piensa. Desde hace años escribo. Todo empezó, precisamente, con el informe que redacté sobre nuestro caso para presentarlo en la agencia y del cual poseo una copia. No voy a abundar en una vocación que despunto en las horas en las que no estoy de servicio. Al principio fue un *hobby* de fin de semana, pero luego se convirtió en algo más importante. He publicado un par de novelas con argumentos detectivescos, con muy poca repercusión, claro. Pero hace más de

veinte años empecé a escribir sobre el caso Bonapelch y avancé hasta donde pude. Me faltaba el final y ahora lo tengo, si usted me lo cuenta. ¿Acepta?

Reyles no respondió y quedó pensativo, como si el pedido, no solo no se lo esperara sino que le impusiese una tarea para la cual no tuviera voluntad o fuerzas. Por fin dijo:

–Es bueno su argumento y a lo mejor usted se lo cree, pero yo no. Lo suyo es simple y humana curiosidad, Santini, no se engañe. Pero puedo entenderlo. No tenemos mucho tiempo porque yo salgo pasado mañana para Chicago en tren. Pero hoy podemos cenar y entonces le contaré todo lo que sé o todavía recuerdo. ¿Invita usted?

–Por supuesto. Nos encontramos en el salón Madison a las ocho. Los tragos también corren por mi cuenta.

–Así que una novela… ¿Tiene título?

–Sí. De poder terminarla se llamará *El caso Bonapelch*.

–Un poco obvio, pero no está mal.

4

A las ocho en punto estaba en la barra del salón Madison y había pedido un Martini. Mi turno había terminado y yo podía beber si así lo deseaba. Normalmente no lo hacía, pero en esa ocasión necesité una copa, aunque más no fuera que para que Reyles supiese que la invitación no había sido un alarde. El abogado llegó cinco minutos después y pidió un Jack Daniels sin hielo. Nos sentamos en los asientos altos y con respaldo de la barra.

–Así que escribe –dijo Reyles y dio un sorbo a su Jack.

–Como le dije, hace tiempo que lo hago. Nunca pensé que la escritura pudiera interesarme. Pero lo he tomado como una especie de terapia, esa cosa que se ha puesto de moda. No sé si tengo reales condiciones, pero me gusta escribir después que termino mi trabajo. He escrito más que lo poco que he podido publicar. Una vez estuvo Hemingway en el Roosevelt y tuve oportunidad de conocerlo y hasta me firmó un ejemplar de *Tener y no tener*. Es una estrella hasta por la manera que tiene de mirar a las personas. Cuando ríe, entrecierra los ojos y sus pómulos se encienden. Gran bebedor, aquí mismo lo demostró. Y gran conversador, claro.

–¿Le contó que escribe?

–No. A él le interesó más saber que yo era detective del hotel. Le conté sobre mi trabajo y todo eso. Es fama que él admira las armas y el riesgo. Estuvimos hablando un rato sobre escopetas, que nunca las usé en mi vida. Él las ama. Pero vayamos a lo nuestro, Reyles. ¿Entonces me va a contar?

–Quedamos en eso. Mientras me daba un baño de inmersión estuve haciendo memoria. El caso Bonapelch fue el gran escándalo de 1941. De pronto todo ese asunto que parecía olvidado, resurgió. La situación política era diferente: gobernaba el general Baldomir, electo constitucionalmente luego del período dictatorial. Pese a ser yerno de

Terra y jefe de Policía cuando el golpe de 1933, él rencauzó el país nuevamente hacia la democracia. Aun así, en 1942 dio algo llamado “golpe bueno” y promulgó una nueva Constitución que restituía derechos perdidos durante el terrismo. En ese nuevo escenario, Bonapelch era un hombre que había perdido poder, un individuo que dilapidó fortunas en el juego y la vida fácil y participó de malos negocios. Su estrella se eclipsó. Además, su admirado y venerado ídolo ya no estaba en este mundo. En 1935, Gardel había muerto en un accidente de aviación en Medellín. Todo tuvo, de alguna manera, su lógica y una serie de hechos confluyeron en 1941 para que la verdad se revelara por fin. O una posible versión de esta.

Lo último que dijo Reyles me llamó la atención.

–¿Pero quedaron dudas?

–No se adelante –dijo Reyles y apuró el Jack.

–¿Cenamos? –propuse.

–¿En el hotel?

–No, lo invito a un restaurante italiano que queda a dos calles. Un sitio tranquilo que sirve muy buena pasta. Comprenda que me he pasado mis buenas horas aquí. Tengo ganas de tomar un poco de aire.

Pagué los tragos y salimos a la avenida Madison.

5

La cena en D'Alessandro transcurrió sin que el tema Bonapelch apareciera en la conversación. Reyles prefirió hablar del presente y de los motivos de su viaje. Me contó que en 1940 se había casado y tenía una hija llamada Estela. Su mujer era taquígrafa del Poder Legislativo. También habló del Uruguay y de los problemas económicos que estaban asomando en el horizonte. Como cuando lo conocí, el abogado seguía siendo un gran conversador y me costaba interrumpirlo cuando se explayaba en comentarios que iban sucediéndose mientras daba cuenta de los *spaghetti*.

Pero, ya con el *cognac* y el café, mi pedido fue complacido. Yo llevaba mi libreta de apuntes y le pedí que me permitiera anotar los datos que me pareciesen relevantes. No tuvo inconveniente y enseguida empezó a relatarme el final del caso Bonapelch.

Lo primero que dijo fue que confiaba en su memoria y que, cuando el año anterior se supo que Bonapelch había muerto, los medios de prensa refritaron todo lo escrito quince años antes, cuando Bonapelch había sido enviado a prisión. No obstante, la información fue matizada por el tiempo transcurrido desde los hechos, en especial la muerte de Salvo y el posterior proceso, ocho años después, contra los tres involucrados principales: Bonapelch, Guichón y otro nombre que ya había oído durante mi investigación: Gaja.

Con voz pausada y tono neutro, Reyles avanzó en su relato. Mientras lo hacía, noté que aquel hombre obsesionado con el imitador de Gardel ya no existía. Su vínculo de odio con Bonapelch y la pasión que ponía en denostarlo se habían convertido en otra cosa, como si, logrado el objetivo de que Bonapelch pagase sus culpas, el asunto hubiera dejado de pesarle y lo mentase por obligación. Esa actitud nueva le permitía referirse a la historia sin anteponer aquel encono con el personaje: contaba desde la reflexión, no desde la pasión.

Durante las dos horas que duró la sobremesa, Reyles me resumió de manera clara y concisa aquel escándalo montevideano de 1941 mientras yo iba anotando nombres, cifras, lugares y hechos que, lejos de darme una certeza final sobre la culpabilidad de Bonapelch, alentaron mis dudas. El propio Reyles admitió que, pese a la condena que había sufrido, Bonapelch había negado siempre ser responsable por la muerte de su suegro. Hasta el último día que permaneció recluido, cuando ya había sido operado en el hospital penitenciario y los médicos lo habían desahuciado, Bonapelch dijo que era inocente. Murió dos días después de que se le concediera el indulto que tantas veces su abogado había pedido.

Cerca de la medianoche salimos del restaurante.

Reyles cumplió en contarme todo lo que yo necesitaba saber y ahora yo iba a intentar terminar mi novela inconclusa.

Acompañé al abogado hasta el Roosevelt y allí nos despedimos con un simple apretón de manos, aquel que no nos dimos en Montevideo. La conversación con Reyles, además de darme las claves que me faltaban para concluir la fallida investigación y la novela, me hizo recapacitar sobre la idea que me había formado todos esos años sobre el abogado. En realidad no sabía a ciencia cierta qué lo había impulsado veintitrés años antes a recurrir a un detective de New York para resolver un caso en una capital lejana del sur. La última de las razones que había invocado, la de Felicia y su desgraciado final del que responsabilizó directamente a Bonapelch, en la charla no fue mencionada ni una sola vez. Tal vez había sido otra de sus mentiras que sucesivamente había esgrimido para justificar el haberme contratado. Pero ya no tenía sentido indagar más en ese asunto: allá Reyles y sus motivos. Lo importante era que ahora la historia cerraba.

6

Según el relato de Reyles, cuando corría el año 1940, Ricardo Bonapelch y su mujer, María Elisa Salvo, se presentaron ante un juzgado para realizar una denuncia contra su exapoderado, el procurador Enrique Lages. Lo acusaban de haberlos privado de su fortuna al realizar negocios ruinosos en perjuicio del matrimonio. Fue así que Bonapelch puso en movimiento una maquinaria que al final terminaría por volverse en su contra.

El juez de Instrucción encargado del caso, el doctor Julio De Gregorio, no tuvo más remedio que internarse en los vericuetos de los movimientos de bienes y capital de los denunciantes. Descubrió notorias irregularidades en la forma de manejar esos asuntos, que además implicaban al apoderado Lages. Este alegó que en realidad esos manejos turbios se habían producido cuando él todavía no administraba los negocios del matrimonio. A medida que el juez fue indagando, las maniobras aparecían cada vez más enrevesadas y el monto del dinero dilapidado crecía. Como dijo Reyles, con su denuncia Bonapelch había abierto la caja de Pandora.

Para entonces, la dictadura, que en parte había protegido a Bonapelch, ya no existía y Uruguay vivía otra vez en democracia. Bonapelch no solo era amigo del dictador Gabriel Terra sino que el secretario de este, Juan Antonio Trujillo, había sido en algún momento su apoderado antes que Lages. Al parecer, Trujillo también había realizado manejos fraudulentos con el dinero de Bonapelch, lo que Reyles atribuyó a la incapacidad intelectual de este para comprender los negocios y evitar ser estafado. Por otra parte, cesada la dictadura, el terrismo se había dispersado y Bonapelch ya no tenía amigos políticos que lo protegieran.

Hasta que en 1941 se desata el gran escándalo y Bonapelch pasa de acusador a acusado. El procurador Lages contrataca, y con un amigo

de Bonapelch como testigo, lo acusa de haber sido el actor intelectual de la muerte de su suegro, José Salvo, al instigar el accidente que finalmente le costaría la vida al poderoso industrial.

Como yo mismo lo había constatado en 1933, desde el momento mismo de esa muerte, el rumor de la calle y la campaña periodística del *Imparcial* habían señalado la responsabilidad de Bonapelch, pero hasta entonces no se había obtenido una prueba contundente que lo incriminara. El testigo aportado por Lages resultó ser un tal Lincoln Gaja, que además de amigo de Bonapelch había actuado como su secretario o comisionado en sus negocios. El juez, gracias al testimonio de Gaja, terminó incorporando un caso dentro de otro. Yo recordaba el nombre de Gaja porque el lustrabotas me lo había dado.

Al investigarse el manejo de los fondos de Bonapelch, surgió una cifra: veinticinco mil pesos de la época, aproximadamente el equivalente en dólares. El juez le preguntó a Gaja si Bonapelch le había entregado ese dinero. Al principio este lo negó, pero luego lo admitió. Explicó que con eso debía pagar una cuenta. Esa era una respuesta muy vaga para el juez, en función de todas las irregularidades que ya se habían comprobado. El interrogatorio continuó. Por fin y luego de horas de preguntas, el interrogado admitió que ese dinero se lo debía entregar a Artigas Guichón –el torpe chofer que había atropellado a José Salvo– por encargo de Bonapelch. Ante tal revelación, el juez procedió a realizar un careo entre Gaja y Bonapelch.

Si bien Bonapelch se mantuvo en sus dichos de haber entregado ese dinero a Gaja para que este le pagara una cuenta en el Banco Francés –la misma versión que había dado Gaja al comienzo de su declaración–, las posteriores revelaciones de su exsecretario demostraron que Bonapelch era un crédulo que confiaba en las personas más de lo razonable.

En posesión de los veinticinco mil pesos, lejos de cumplir con el encargo de Bonapelch, Gaja no tuvo mejor idea que ir a la ruleta y en pocos minutos perder cuatro mil pesos. Para recuperarse de esa pérdida, viajó a Buenos Aires y durante cuatro meses permaneció allí, jugándose el resto del dinero en el hipódromo de Palermo. Por esa razón –pensé– en Montevideo me hubiera resultado imposible ubicar a

Gaja para interrogarlo.

El que juega por necesidad pierde por obligación. Desprovisto ya de la suma que Bonapelch le había entregado, Gaja se guardó de contarle nada a su incauto amigo. Enterado Bonapelch de la pérdida –no es necesario precisar de qué manera– se indignó con su amigo y empezó a contarle a todo el mundo que Gaja, en vez de levantar un supuesto pagaré en un banco de plaza, había perdido todo el dinero que él le había dado en el juego. Lo del pagaré era un cuento. Cuando el ambiente en el que se movía Gaja le preguntó si era cierto lo que andaba diciendo Bonapelch, el aludido respondió que eso era cierto, pero que el dinero no se lo había dado para levantar ningún conforme sino para que se lo entregase a Artigas Guichón.

Al llegar a esta parte de su relato, Reyles me señaló que todo ese episodio revelaba la falta de cuidado y discreción por parte de Bonapelch que, o bien actuaba en público con una impunidad total y sin medir las implicancias de lo que andaba ventilando a los cuatro vientos, o era un torpe sin remedio. Para el entorno que lo conocía, la unión del dinero con el nombre de Guichón, con Gaja como intermediario, implicaba la confesión pública de que el accidente de Salvo había sido pagado. Reyles sostuvo que, aun admitiendo que Bonapelch gozara entonces de la protección del poder, con amigos influyentes desde el dictador para abajo, su descuido al acusar a Gaja ante todos los que lo conocían parecía ser la conducta de alguien culpable que, por todos los medios, no quiere ser descubierto.

7

A partir de las sorprendentes revelaciones de Gaja, lo que había sido *vox populi* en 1933, en 1941 habría de adquirir, por fin, consistencia penal. Bonapelch estaba siendo cercado por una serie de hechos que lo incriminaban y su desparpajo de antes se estaba volviendo en su contra.

Reyles me señaló que, como en toda buena trama de misterio, una carta providencial debe aparecer para aderezarla. Hablaba, no de un naipe en una mano afortunada o fatal, sino de una misiva escrita de puño y letra por Bonapelch, enviada en 1932 a un tal Emilio. La carta estaba en poder del diario *El Día*.

Ese documento no había sido publicado hasta entonces por ese matutino del Partido Colorado –el mismo al que pertenecía el dictador Terra, aunque el diario era opositor y enemigo de este–. Luego de que el caso Bonapelch retomara estado público, *El Día* lo publicó. En tanto la Dirección de Investigaciones de la Policía comunicó al juez que había recibido, por correo y en forma anónima, una serie de documentos y testimonios escritos que inculpaban a Gaja y Bonapelch. Esto, al parecer, formaba parte de una documentación obtenida en 1934 por la investigación privada que Lorenzo Salvo, hermano del difunto José, había contratado para esclarecer el sospechoso accidente de abril de 1933. Reyles se ufanó porque la idea de una investigación privada se le había ocurrido primero a él que a la familia de Salvo.

Como resulta obvio, Reyles no recordaba de manera textual el contenido de esa misteriosa carta. Lo primero que me señaló, sin embargo, era que la ortografía, sintaxis y pobre redacción de la carta desnudaban el nivel intelectual de Bonapelch y su tortuoso razonamiento. A su vez lo que expresaba, de manera ambigua, era la imposibilidad de pagarle al tal Emilio, debido a su mala situación económica, y que tampoco estaba en condiciones de realizar un

negocio acordado entre ellos. Lo que dejaba entrever como solución para cumplir con el pago era que su suegro, en ese momento enfermo de congestión, muriese, y por tanto su mujer y él podrían cobrar la herencia, lo que en la carta no se dice expresamente pero se infiere, según Reyles, por las veladas sugerencias que el autor desliza. Una sola palabra recordaba textualmente Reyles: “velleza”, escrita con uve y referida a la muerte providencial de Salvo.

Bonapelch no pudo negar ante el juez la autoría de la carta, ni tampoco explicar las alusiones a ese “señor” enfermo, que no podía ser otro que Salvo. Para demostrarlo, entre la documentación enviada a la policía en forma anónima, figuraban dos certificados médicos que probaban la enfermedad que en ese momento aquejaba a José Salvo. Para sustanciar la naturaleza del negocio que mencionaba la carta, Bonapelch mentó sucesivamente sardinas, la compra de un caballo de carrera y otros emprendimientos fantasiosos que iba cambiando a medida que el juez lo interrogaba.

Por lo visto, Bonapelch no solamente hablaba de más sino que también escribía. A Reyles le resultó evidente que la investigación llevada adelante por Lorenzo Salvo logró incriminar a Bonapelch con algunos documentos que se sumaron a la declaración de Gaja, pero todavía faltaba la pieza clave que derrumbaría definitivamente al imitador de Carlos Gardel, quien a la sazón hacía seis años había muerto calcinado en un accidente aéreo en Medellín.

Antes de que esos documentos llegaran al despacho del juez, el 29 de agosto de 1941 se produjo un hecho decisivo en el proceso para incriminar a Bonapelch. Si la carta reveladora había sido, según Reyles, un recurso sacado de una novela de intriga, la detención en un pueblo del interior del país de Artigas Guichón había sido un giro cinematográfico que daría el golpe de gracia a la suerte de Bonapelch. El hasta entonces desaparecido embestidor de Salvo regresaba tras casi ocho años de ausencia de la capital para confesarlo todo. ¿En dónde había estado todo ese tiempo?

Reyles se enteró por la prensa de que tras quedar libre luego del “accidente”, Guichón se instaló como rematador en Melo, capital del fronterizo departamento de Cerro Largo. Luego se mudó para la vecina ciudad brasileña de Yaguarón, donde aparentemente regenteó un

cabaret. Más tarde se trasladó a Tacuarembó –en donde, según Reyles, nació Gardel– y allí arrendó un campo en Paso del Cerro para dedicarse a explotarlo. También formó una familia y tuvo dos hijos.

Ante los largos interrogatorios del juez, Guichón terminó admitiendo su vinculación con Bonapelch en la planificación del accidente de Salvo. Contó que la idea la sugirió el poeta Casaravilla en el mismo café Jauja, tal vez como broma. Pero la propuesta en sí era tentadora porque podía haber dinero por medio. El juez no pudo interrogar a Casaravilla sobre ese tema porque había muerto en 1935 de una hemorragia cerebral que le sobrevino en un prostíbulo. A su vez, Guichón introdujo una nueva cifra en el caso: eran cincuenta mil los pesos que hubo en juego por matar a Salvo.

El juez realizó un careo entre Guichón y Bonapelch. Según el relato de Reyles, fue un encuentro duro, plagado de insultos, amenazas y hasta algún conato de violencia entre ambos. Guichón trató con confianza y familiaridad a Bonapelch: lo llamaba “Ricardo” y lo tuteaba. A Bonapelch eso lo enfurecía. Durante todo el interrogatorio, Bonapelch negó sistemáticamente su vinculación con lo que Guichón sostenía, alegando su completa inocencia. En cambio Guichón, que ya había confesado lo suyo ante el juez, quiso por todos los medios inculpar al yerno de Salvo.

A Reyles esa actitud le llamó mucho la atención, pero en ese momento y siguiendo el proceso por la prensa y por trascendidos que le suministró un defensor de oficio de Gaja, no tuvo explicación para esa avidez de Guichón por hundirlo a Bonapelch con él. ¿Acaso este no le había pagado por el “favor”? ¿Qué había sido de los cincuenta mil pesos? Una mitad efectivamente la había perdido Gaja en el juego, pero ¿y la otra? ¿Le pagaba Bonapelch periódicamente su silencio y un día dejó de hacerlo?

Por lo que declaró Bonapelch, los hechos habían ocurrido a la inversa de como Gaja y Guichón los habían descrito. En realidad había sido Guichón el que le propuso asesinar a Salvo a cambio de cincuenta mil pesos. Como Bonapelch se negó de plano, Guichón le aseguró que igual lo haría y que si no le pagaba lo acusaría de ser su cómplice. Tras la muerte de Salvo, Gaja y Guichón habrían empezado a extorsionar a Bonapelch.

Considerándolo así, no sonaba descabellado, pensé mientras Reyles me lo contaba. Algo así me había sugerido el lustrabotas del Jauja cuando lo había interrogado, veintitrés años antes. Además, no se podía dejar de razonar lo siguiente: cualquiera que concurriera al café en esa época sabía que Guichón y Bonapelch frecuentaban el lugar y que en algún momento Gaja los había presentado. ¿Había sido tan torpe Bonapelch para elegir un sicario tan evidente para sus propósitos?

Reyles refirió que también se insinuaban los nombres de otros posibles candidatos para eliminar a Salvo, en beneficio de Bonapelch, pero él pensaba que no eran más que especulaciones fantasiosas para descalificar a Bonapelch. De lo que Reyles no tenía duda era de que, perdido el apoyo político que tuvo durante la dictadura, Bonapelch había caído en desgracia. Eso sucedió en parte por obra de esa paciente investigación llevada a cabo por Lorenzo Salvo. Este, pese a que había muerto en 1936, logró que los detectives que contrató obtuviesen información y documentos que, si bien en los años inmediatos a la muerte de su hermano no habían logrado incriminar a Bonapelch, luego terminarían hundiéndolo.

Cuando me contó todo, Reyles se detuvo en este detalle: ¿por qué Guichón confesó sin más su delito cuando, de haberlo negado quizá el juez no hubiera tenido pruebas contra él, salvo la declaración de Gaja? Esas dudas las pudo resolver mucho tiempo después, cuando el doctor Hughes, defensor de oficio de Gaja, le contó a Reyles a propósito de un misterioso vuelo en avión a Tacuarembó y sobre un error de fechas en el tiempo necesario para la prescripción de un delito. Antes de referirme esa parte de la historia, Reyles completó el desenlace de los interrogatorios del juez a Bonapelch, Gaja y Guichón.

8

Para Reyles, hubo muchos factores que incidieron, además del cambio político, en la caída de Bonapelch. El imitador y amigo de Gardel, el vividor de su propia esposa con déficit mental, el sonriente galán prostibulario y despilfarrador y socio de pésimos negocios terminó traicionado y empujado a la ruina por sus propios amigos, incluido el boxeador Rodríguez, quien llegó a declarar ante el juez que Bonapelch le había propuesto ser el ejecutor de su suegro. El que hasta entonces había sido un rey en ese mundo tenebroso que habitaba, pese a su ignorancia y a sus escasas luces para ser discreto y no exponerse a la maledicencia, terminó siendo víctima de la propia escoria que lo rodeaba. Había dado tantos indicios de que quería muerto a su suegro que la suya había sido una profecía autocumplida. La misma justicia que por años había dejado dormir expedientes en su contra, en 1941 tuvo una actitud rápida y decidida.

Pero hubo –según Reyles– un factor más que, según su parecer, agilitó el fin de Bonapelch. Su figura ya no tenía cabida en el Uruguay de la época. Era un personaje anacrónico, un resabio de una década oscura y la rémora de un tiempo siniestro que el país había superado. Además, muerto Gardel, el imitador había perdido sentido al desaparecer el imitado. Cuando ambos alternaban juntos socialmente, Bonapelch era como un emisario privilegiado del ídolo. Se mostraba con él, lo llevaba a todos lados –incluida la casa presidencial–, le hacía regalos. En la cima de su devoción había hecho construir a su costo, en un barrio de la costa montevideana, un lujoso *chalet* que Gardel no llegó a disfrutar porque se murió antes de que lo terminaran. Sí usaba un solitario de brillantes que Bonapelch le había regalado y que sirvió para identificar su cadáver luego del accidente.

Todo el mundo en Montevideo sabía que Bonapelch estaba vinculado al accidente de Salvo, pero por años ese vínculo no se había

podido probar. Era posible –sostuvo Reyles– que esa impunidad o la posible extorsión de la que Bonapelch dijo haber sido víctima mantuviesen todo el asunto en un estado de latencia, pero nunca sepultado u olvidado.

Bonapelch fue finalmente confinado en el establecimiento correccional conocido como Miguelete. Para el juez, los testimonios de Gaja y Guichón y lo que pudo apreciar en los careos, sumados a la carta enviada a Emilio y otros indicios que se sumaron, fueron prueba suficiente de la responsabilidad del yerno de Salvo como autor intelectual del accidente que al final terminó con la vida del industrial. También fueron encarcelados, por la misma causa, Guichón y Gaja.

Las sentencias definitivas tardaron ocho años en dictarse. El juez de Crimen condenó a Bonapelch a veinticuatro años de prisión. Guichón recibió una condena de veintiséis y Gaja fue sentenciado a diez. En junio de 1951, tres años después de que salieran las sentencias, el Tribunal de Apelaciones las confirmó en segunda instancia.

9

Cuando terminó su relato, Reyles parecía satisfecho. En cambio yo acababa de entender que mi investigación en Montevideo nunca habría obtenido las pruebas que el abogado necesitaba. En realidad jamás había tenido posibilidades de éxito, por más que los datos del lustrabotas me habían aproximado mucho a la verdad. Había sido muy optimista O'Mara al enviarme en nombre de la Agencia para intentar resolver un caso que, como acababa de escuchar, tardó años en aclararse.

Pero todavía faltaba una vuelta de tuerca que Reyles se había guardado de comentar.

–Siempre me pareció extraño que Guichón confesara enseguida su participación criminal en el accidente –dijo Reyles–. Pudo mantener la versión inicial, cuando luego de atropellar a Salvo y ser detenido declaró que todo fue producto de una mala maniobra. Tenía a su favor el hecho de que él mismo llevó con vida a Salvo hasta el Sanatorio Navarro. Cuando entonces lo detuvieron, la justicia le inició un sumario por lesiones graves primero, que luego se cambió por homicidio culposo, lo cual, por razones que ignoro, nunca culminó en sentencia. Como vimos, Guichón estuvo unos pocos días detenido y luego fue liberado. Pero transcurridos ocho años en los cuales nadie más lo molestó por lo del accidente, al ser indagado por el juez ante los hechos que salieron a luz primero por el testimonio de Lages y luego por el de Gaja, lo contó todo. No existían pruebas materiales sobre lo que estos dijeron, ni testigos. Sin embargo, Guichón admitió su conducta delictiva al confesar que embistió a Salvo por encargo de Bonapelch.

–No entiendo a dónde quiere llegar –le dije.

–A un misterioso vuelo a Tacuarembó y a un error de cálculo en el tiempo de prescripción de un delito. Ya le explicaré eso. Antes, otra

precisión sobre Guichón. Para empezar, y en relación con las causas de la muerte de José Salvo hay una circunstancia asombrosa: al cadáver no se le practicó autopsia. El certificado de defunción no estableció que su muerte fuera ocasionada por las lesiones sufridas en el accidente, sino que habían sido originadas por circunstancias posteriores, es decir, la bronconeumonía. El abogado defensor de Guichón argumentó en su momento que una autopsia oficial no podía ser suplida por los informes de un sanatorio privado, pero estos argumentos no fueron aceptados por el juez. Y ahora voy al detalle que explica la actitud de Guichón de confesar sin reservas y además, en el careo con Bonapelch, insistir en su acuerdo con este para eliminar a Salvo, tratando de que aquel lo admitiera.

Con gran habilidad, Reyles había dejado para el final un aspecto insospechado de la trama enrevesada del caso Bonapelch. Tras darse un respiro para dar el último sorbo a su copa de *cognac*, prosiguió:

–Durante el careo entre Guichón y Bonapelch varios abogados estuvieron presentes, entre ellos el doctor Hughes, defensor de oficio de Gaja. Él mismo me contó que en determinado punto del careo, Bonapelch le dijo a Guichón que lo que sostenía sobre él era falso y que además eso que había confesado le costaría la cárcel para toda la vida. Ante ese comentario, Guichón insistió en que estaba diciendo la verdad y que la cárcel no le preocupaba porque un abogado –cuyo nombre no voy a revelar– le había dicho que su delito ya había prescrito. Eso hubiera sido cierto si el profesional no hubiese calculado mal el lapso transcurrido entre el hecho criminal y ese preciso momento en que Guichón estaba detenido. Teniendo en cuenta que Guichón todavía no había sido acusado, se necesitaba más tiempo para que el delito prescribiese: recién habían pasado siete años y medio desde que se había cometido. Un error forense garrafal o un dato deliberadamente erróneo provocaron en Guichón la confesión con la que pretendía hundir a Bonapelch y salvarse él, ¿se da cuenta? El pobre infeliz confió en la opinión de alguien que lo indujo a creer que zafaba de la justicia. Eso explica su rápida confesión. Incluso se dijo en su momento que en realidad no había sido detenido, sino que se había presentado voluntariamente en la Jefatura de Policía. No obstante, ese comentario de Guichón desapareció del sumario, no existe constancia

de esos dichos, pese a que estaban presentes y los escucharon, además del juez y el fiscal, dos abogados, entre ellos Hughes. Pero falta un detalle más.

Mientras yo solicitaba la cuenta para pagar la cena, Reyles hizo una nueva pausa, como para que yo pudiera asimilar lo dicho antes. El gigantesco rompecabezas del caso Bonapelch parecía estar armado y con casi todas sus piezas encastradas. La que faltaba quizá fuera la más importante.

Reyles encendió un habano y eso hizo que recordase a O'Mara. Envuelto en las volutas de humo del puro y con expresión satisfecha, Reyles culminó su relación de los hechos:

–Imagine un viajante de comercio que va en avión a Tacuarembó, en el centro del país, unos días antes de que Guichón venga a Montevideo. Es un avión taxi, que lleva pocos pasajeros. Uno de ellos, vecino de asiento del viajante, le comenta que va a visitar a Guichón. ¿Verdad que es extraño que alguien se tome un avión desde la capital para ir a ver a un simple chacarero en medio del campo? ¿Tanta urgencia tenía? Eso mismo pensó el viajante, que por supuesto sabía quién era Guichón, y se lo comentó al regresar a un abogado que a su vez conocía al doctor Hughes. Enterado del dato, Hughes se presentó de inmediato ante un juzgado días después que los tres implicados hubieran sido encarcelados, para que se averiguase, por intermedio de la policía, la identidad y el paradero del misterioso pasajero que voló para visitar a Guichón. En el contexto de la causa era sin duda alguien importante, por no decir decisivo. Bastaba con conseguir la lista de pasajeros del vuelo para encontrarlo. ¿Usted piensa sobre esto lo mismo que yo?

–Supongo –respondí– que el desconocido iba a encontrar a Guichón y decirle que su crimen había prescrito y, además, ofrecerle dinero para que fuera a declarar en contra de Bonapelch. ¿Sería el abogado cuyo nombre no va a darme o alguien enviado por él?

–Dejemos los nombres y analicemos los hechos. Es probable que ese hombre desconocido fuera a comprarlo a Guichón. Por supuesto que además lo engañó, se aprovechó de su ignorancia. Una jugada muy perversa de los que querían incriminarlo a Bonapelch. Pero fíjese qué detalle: el juzgado ante el cual Hughes presentó la denuncia aplazó la

diligencia y luego no la cumplió. El hombre del avión es el único cabo suelto que nos queda, además de la negligencia de un juzgado en actuar ante una denuncia. Demasiada casualidad, ¿verdad?

–Sí, de acuerdo. Pero en definitiva, ¿usted cree que Bonapelch era culpable o la verdad es que fue extorsionado por Guichón y Gaja? –pregunté, porque yo mismo no sabía qué pensar.

–Para serle sincero, siempre me quedará la duda. Durante años estuve seguro de que Bonapelch, de manera torpe y eligiendo mal sus secuaces, había sido el autor intelectual de la muerte de Salvo. No obstante, hoy pienso que hubo demasiada celeridad en 1941 y que quizá el poder que durante años había intentado en vano conseguir las pruebas para acusarlo –y hablo del poder de la familia Salvo, que además contó con el brillante patrocinio del doctor Juan José de Amézaga, quien luego sería presidente de la República– obró para que todo se volviese en contra de Bonapelch. Por supuesto que en eso incluyo al misterioso emisario que voló para verlo a Guichón. El doctor Hughes sostuvo que hubo una gran fragilidad en la prueba condenatoria, porque esas pruebas servían para fundar la culpabilidad de cualquiera de los procesados. Hoy puedo decirle que finalmente le concedí a Bonapelch el beneficio de la duda. Soy un hombre que cree en la Ley y en el Derecho, pese a que en aquel tiempo, cuando nos conocimos, pensaba que todo eso podía forzarse para condenar a alguien a quien odiaba. Los años me demostraron que estaba en un error.

10

Mientras caminábamos hacia el hotel, Reyles me detalló el final de los tres condenados:

–El que tenía menor pena, Lincoln Gaja, fue liberado en 1946, luego de cumplida la mitad de su condena. En cuanto a Bonapelch, en junio de 1955 le informaron a su abogado que otra vez el pedido de libertad anticipada le había sido denegado. Bonapelch ya estaba enfermo y a raíz de su desmejoramiento, el 13 de agoto le realizaron una cirugía exploratoria en el hospital penitenciario. Se le descubrió un tumor maligno en el páncreas. El pronóstico médico no daba esperanzas. Ante el diagnóstico, su abogado pidió otra vez la libertad anticipada con carácter urgente. Ya a punto de morir, se la concedieron. Dos días después de haberla logrado, el 21 de agosto, Bonapelch murió en la cárcel. Según las autoridades del establecimiento, durante su reclusión había mantenido una conducta ejemplar. Si bien al principio había ingresado como el personaje que era, luciendo su ropa de *dandy* y cuidando su apariencia pese a estar encerrado, después fue perdiendo esa condición hasta convertirse en un preso más, que siempre proclamó su inocencia. Por supuesto que perdió su fortuna y se sabe que cuando murió tenía apenas treinta pesos entre sus pertenencias.

–¿Y el autor material? –pregunté.

–Guichón seguía en prisión. En 1943 intentó ahorcarse con una sábana, luego de dejar cartas para su mujer, de la que ya estaba divorciado. Ese año, luego de ese suicidio fallido, fue vuelto a interrogar y se le permitió agregar algún otro testimonio sobre la muerte de Salvo. Esto le provocó una extraña confusión porque dijo no saber de qué estaban hablándole. Era un hombre desequilibrado que en algún momento tuvo que ser internado en el manicomio. No supe más nada sobre él, salvo que continúa preso.

–¿De veras duda de la culpabilidad de Bonapelch? –insistí en

preguntar.

Reyles me miró y dudó en responder.

–El beneficio de la duda siempre es a favor del imputado –dijo, sin agregar otra cosa que un gesto de resignación.

Pareció estar agotado, luego de la sobremesa y el relato.

Luego de que nos despedimos me fui caminando por Madison hacia el sur. A esa hora ya no funcionaba el metro pero no estaba muy lejos de mi apartamento. Lo que había escuchado y en parte anotado había empezado a sedimentarse en mi mente. En los días siguientes iba a desempolvar la novela empezada años antes, para revisarla y agregarle el final de la historia, que se iniciaba en el momento en que me había rencontrado con el doctor Fernando Reyles en el *lobby* del Roosevelt.

Pensé en el final de Bonapelch y en los treinta pesos a los que había quedado reducida su fortuna, las treinta monedas que eran el magro saldo de los errores de su vida. El imitador de Gardel lo había perdido todo, incluido el parecido con su ídolo. El monto de la apuesta había sido grande, y tal vez eso lo había mantenido en el juego más allá de sus reales posibilidades. Había muerto a mi edad actual y hasta el mismo final sostuvo que era inocente. Tal vez lo había sido, pero eso ya no podría probarse.

La duda de Reyles también era la mía, y por lo que había escuchado, la resolución del caso tenía demasiados detalles que no cerraban. Todas las dudas apuntaban al misterioso hombre del avión, cuyo nombre desconocía. Esa era la pieza faltante, pero ya sabía que nunca iba a poder encontrarla.

Ahora que casi todo parecía encajar y enterado del desenlace de la trama, tenía que admitir que aquella travesía en el Valdivia finalmente había valido la pena. Por fin tenía una historia que tal vez superase mis intentos anteriores, cuando había elaborado argumentos que solo eran ficción. No bien llegase a mi apartamento, buscaría en las carpetas las decenas de capítulos mecanografiados y empezaría a corregirlos en función de lo que Reyles me había revelado.

Mientras caminaba, las luces de Montevideo se me representaron nítidas otra vez en mi memoria. Unas luces difusas que se alejaban sin remedio, porque la niebla y la distancia las iba debilitando a medida que el barco que recordaba navegaba dejando atrás el estuario.

Acodado en la baranda de cubierta, las miraba extinguirse junto con la silueta del edificio más alto de la ciudad. Su perfil iba esfumándose en la lejanía y la ciudad baja que se extendía a sus pies iba desapareciendo en el horizonte. Esa imagen de su único rascacielos era la que prevalecía sobre las demás y se imponía como un símbolo de aquellos días, cuando un caso lejano me había regresado a la capital más austral del mundo.

Segunda parte. Un caso perdido

- ○ 1
- ○ 2
- ○ 3
- ○ 4
- ○ 5
- ○ 6
- ○ 7
- ○ 8
- ○ 9
- ○ 10
- ○ 11
- ○ 12
- ○ 13
- ○ 14
- ○ 15
- ○ 16
- ○ 17
- ○ 18
- ○ 19
- ○ 20
- ○ 21
- ○ 22
- ○ 23
- ○ 24
- ○ 25
- ○ 26
- ○ 27
- ○ 28
- ○ 29

Tercera parte. Un caso acabado

- ○ 1
- ○ 2
- ○ 3
- ○ 4
- ○ 5
- ○ 6

Yaguarón 1568, 11100, Montevideo, Uruguay
Teléfono 2901 3668
prensauy@penguinrandomhouse.com
www.megustaleer.com.uy

ISBN: 978-9974-723-39-9

Diseño: Proyecto de Enric Satué
Primera edición: junio de 2014
Primera edición digital: marzo de 2015

ISBN 978-9974-723-39-9

Conversión a formato digital: Libresque



Hugo Burel

Nació en 1951. Es escritor, periodista, publicitario, diseñador gráfico y Licenciado en Letras.

Ha publicado 18 libros de narrativa entre cuentos y novelas y ha ganado varios premios nacionales e internacionales entre los que se destacan el Premio Juan Rulfo de Radio Francia Internacional (1995), el Premio Lengua de Trapo de narrativa (Madrid, 2001), el Premio de Inéditos del MEC-Ministerio de Educación y Cultura (1995) y el Premio Bartolomé Hidalgo 2004.

Recientemente conquistó dos veces el Primer Premio de narrativa del MEC con *El corredor nocturno* (Alfaguara, 2007) y *El desfile salvaje* (Alfaguara, 2009). En 2008 recibió el Florencio teatral a la mejor obra de autor nacional por *La memoria de Borges*. En diciembre de 2009 publicó *Un día en la vida- Qué cantaron Los Beatles*. En abril de 2010 apareció *Diario de la arena*, su última novela editada por Alfaguara. Como periodista actualmente escribe la columna Generación Espontánea en suplemento dominical del diario *El País* de Montevideo. En 2009 se estrenó en Buenos Aires y luego en Madrid y Montevideo la versión fílmica de su novela *El corredor nocturno*, dirigida por el español Gerardo Herrero y protagonizada por Miguel Angel Sola y Leonardo Sbaraglia.

Actualmente trabaja en un nuevo proyecto con Gerardo Herrero –*La alemana*– del cual es autor del guión inspirado en su cuento homónimo.